

ZBIGNIEW BRZEZINSKI

**LA ERA
TECNOTRONICA**

PAIDOS

Buenos Aires

INDICE

Introducción 15

I EL IMPACTO GLOBAL DE LA REVOLUCION TECNOLÓGICA 23

La inauguración de la era tecnológica 33

El propagador ambivalente 54

Guetos globales 71

Fragmentación y unificación globales 97

II LA ERA DE LA FE VOLÁTIL 113

La búsqueda de una visión universal 118

Turbulencia dentro de las creencias institucionalizadas 133

El histrionismo como forma de la historia en transición 159

Ideas e ideales que trascienden la ideología 182

III COMUNISMO: EL PROBLEMA DE LA PERTINENCIA 197

La paradoja stalinista 202

La burocratización del hastío 220

El futuro soviético 243

El comunismo sectario 273

IV LA TRANSICION NORTEAMERICANA 297

La tercera revolución norteamericana 304

La reacción de la Nueva Izquierda 339

La crisis del liberalismo 360

V ESTADOS UNIDOS Y EL MUNDO 385

El futuro norteamericano 389

Perspectivas internacionales 413

Una comunidad de naciones desarrolladas 440

AGRADECIMIENTOS

Si bien este libro se ocupa del comunismo sólo en parte —y ello principalmente en relación con los problemas de mayor envergadura que me inquietan— el Instituto de Investigaciones sobre Asuntos Comunistas de la Universidad de Columbia me proporcionó una asistencia inestimable desde el punto de vista de la investigación, así como un ambiente amable y estimulante. Mis colegas del Instituto no imaginan hasta qué punto me ayudaron a plasmar gradualmente mis ideas, verificar mis opiniones y ensanchar mis perspectivas.

Varios amigos y colegas leyeron y comentaron el manuscrito. Estoy especialmente agradecido al profesor Samuel P. Huntington por sus críticas ponderadas y sus utilísimas recomendaciones; al profesor Albert A. Mavrinac, que perseveró en la cordial tradición de cuestionar mis argumentos y obligarme a reconsiderar algunas de mis proposiciones; a la señora Christine Dodson, ex auxiliar administrativa del Instituto, que preparó una crítica muy constructiva y perspicaz, de la extensión de un capítulo, acerca de todo el borrador; y al profesor Alexander Ehrlich al evitarme incurrir en algunos errores en los temas de economía. También le estoy muy reconocido y agradecido a la señorita Sophia Sluzar, actual auxiliar administrativa, que supervisó con gran competencia la redac-

ción general del manuscrito y que anteriormente había colaborado en la elaboración de las tablas y compilación de los datos necesarios. La señorita Toby Trister, mi ayudante de investigaciones, se dedicó a señalar incansablemente mis errores, a llenar las lagunas bibliográficas y a completar la investigación. Las señoritas Dorothy Rodnite y Michelle Elwyn y el señor Myron Gutmann consagraron sus energías gentil y eficientemente y aun en momentos de gran apremio, a completar el manuscrito. Con todos ellos he contraído una deuda que me complazco en reconocer.

También deseo dejar constancia de mi agradecimiento al señor Marshall Best, de The Viking Press, en cuya experiencia y sabio consejo confié a menudo, y al señor Stanley Hochman por su inteligente trabajo de supervisión editorial.

Debo una mención especial a mi esposa. En toda mi carrera de escritor no he encontrado una lectora más atenta, una crítica más feroz y una perfeccionista más decidida... ¿o acaso debo decir obstinada? No titubeo en confesar, aunque sólo ahora lo digo con alivio, que cualquier mérito que pueda tener este ensayo se debe en gran medida a sus esfuerzos.

Z. B.

Octubre de 1969

INTRODUCCION

Quizás ha pasado ya la época de la “gran” visión global. En algunos aspectos, ésta era un sucedáneo obligado de la ignorancia, una forma de compensar en extensión la falta de profundidad que caracterizaba la comprensión que el hombre tenía de su mundo. Pero aun así, el producto del mayor conocimiento puede ser una mayor ignorancia —o por lo menos, una mayor sensación de ignorancia— acerca del lugar donde nos hallamos y del camino por el cual marchamos, pero sobre todo de la dirección en que deberíamos encaminarnos. Ello, se entiende, en relación con los tiempos en que realmente sabíamos menos pero creíamos saber más.

No estoy seguro de que así deba ser. De todos modos, no estoy satisfecho con la comprensión fragmentada, microscópica, de las partes, y pienso que hace falta una aproximación a una perspectiva más amplia, aunque acaso también menos refinada. Este libro implica un esfuerzo por suministrar esa perspectiva. Es una tentativa de definir, dentro de un contexto dinámico, el sentido de un aspecto capital de nuestra realidad contemporánea: el proceso político global emergente que diluye cada vez más los límites tradicionales entre la política interna y la internacional. En el curso de la búsqueda de esta definición, destacaré en especial la importancia que tiene para Estados Unidos la aparición

de este proceso, y procuraré sacar conclusiones del examen de las fuerzas que lo plasman.

El tiempo y el espacio configuran nuestra percepción de la realidad. El momento específico y el encuadre particular dictan la forma como se determinan las evaluaciones y prioridades internacionales. A veces, cuando las circunstancias están históricamente "maduras", el encuadre y la hora pueden confluír para aportar una comprensión especial. En un momento muy conflictivo es más fácil articular una fórmula lúcida. Desde este punto de vista, las condiciones de guerra, crisis y tensión son particularmente fecundas. La situación de crisis permite formular juicios de valor más drásticos, a tono con la antigua propensión del hombre a dividir su realidad en lo bueno y lo malo. (La dialéctica marxista se ajusta aparentemente a esta tradición e introduce la dicotomía moral en todos los juicios.) Pero al margen de esta condición crítica, que en sus formas más extremas abarca las alternativas de guerra o paz, la política global no se presta a las definiciones terminantes y a los pronósticos categóricos, ni siquiera en un marco de grandes cambios. Como consecuencia, en la mayoría de los casos resulta inmensamente difícil librarse de la influencia restrictiva de lo inmediato y observar con un criterio objetivo el cuadro total.

Toda tentativa abstracta de enunciar una fórmula sintética debe contener, necesariamente, cierta dosis de distorsión. Las influencias que condicionan las relaciones entre los estados y la evolución general de los asuntos internacionales son demasiado heterogéneas. Sin embargo, en la medida en que tengamos conciencia de que cualquier fórmula de este tipo contiene un elemento de falsedad, y por tanto debe ser experimental, la tentativa implica un progreso hacia una comprensión por lo menos parcial. La alternativa consiste en capitular frente

a la complejidad, en confesar que no se puede encontrar ningún sentido en lo que está sucediendo. El triunfo consiguiente de la ignorancia se cobra su propio tributo en forma de tácticas inestables elaboradas por contragolpe, en la sustitución del pensamiento por consignas, en la adhesión rígida a fórmulas generales elaboradas en otra época para enfrentar circunstancias que eran, en esencia, distintas de las nuestras, aunque se parecieran superficialmente a ellas.

Hoy, los países con un mayor desarrollo industrial (en primer lugar Estados Unidos) empiezan a salir de la etapa industrial de su evolución. Ingresan en una era en que la tecnología, y sobre todo la electrónica —de aquí el neologismo “tecnológico”¹—, se convierten cada vez más en los principales factores de cambio social, alterando las costumbres, la estructura social, los valores y el enfoque global de la sociedad. Precisamente porque ahora el cambio es tan acelerado y complejo, es quizá más importante que nunca que el sentido de la historia guíe nuestro manejo de la política exterior, y hablar de historia en este contexto equivale a hablar simultáneamente del pasado y del futuro.

Puesto que este libro pone el acento en los asuntos internacionales, sólo satisface de modo muy parcial la necesidad de contar con una evaluación más exhaustiva. No representa una tentativa de compendiar la condición humana, de combinar la filosofía y la ciencia, de suministrar respuestas a los interrogantes más abstrusos vinculados con nuestra realidad. Es mucho más modesto, y sin embargo tengo la incómoda sensación de que ya es demasiado ambicioso, porque aborda inevitablemente todos estos problemas.

El libro se halla dividido en cinco partes principales. La primera se ocupa de la influencia de la revolución científico-tecnológica sobre los asun-

las mundiales en general, estudia en términos más específicos la posición ambigua del principal propagador de esa revolución¹ —Estados Unidos— y analiza los efectos de ésta sobre el llamado Tercer Mundo. La segunda parte examina la forma como las consideraciones precedentes han influido sobre el contenido, el estilo y la configuración del enfoque político que el hombre tiene de su realidad global, con especial referencia al papel cambiante de la ideología.) La tercera parte evalúa la pertinencia contemporánea del comunismo en relación con los problemas de la modernidad, y encara en primer término la experiencia de la Unión Soviética, para examinar luego la situación general del comunismo internacional como movimiento que en una época pretendió combinar el internacionalismo con el humanismo. La cuarta parte gira en torno de Estados Unidos, una sociedad que es al mismo tiempo la pionera social y el conejito de Indias de la humanidad, y procura definir el impulso de cambio y el significado histórico de la actual transición norteamericana. La quinta bosqueja en términos muy generales la orientación que podría tomar Estados Unidos para solucionar eficazmente los dilemas internacionales e internos antes descriptos.

Una vez aclarado lo que se propone el libro, quizá también le resulte útil al lector saber lo que no se propone. En primer término, no es un ejercicio de "futurolología"; es un esfuerzo encaminado a elucidar las tendencias actuales, a desarrollar una perspectiva dinámica de lo que está sucediendo. En segundo término, no es un libro de política general, en el sentido de que no se fija la meta de desarrollar sistemáticamente una serie coherente de recetas y programas. Sin embargo, en la quinta parte procura indicar cuál es el rumbo general que Estados Unidos debería y, en algunos sentidos, podría tomar.

Al desarrollar estas tesis, he ampliado algunas de las ideas que adelanté inicialmente en mi artículo "America in the Technetronic Age", publicado en *Encounter*, enero de 1968, artículo que provocó considerables polémicas. Debo agregar que no sólo procuré ampliar y aclarar algunos de los planteos que enuncié, bastante condensados, en aquel artículo, sino que he corregido mucho algunas de mis ideas a la luz de las críticas constructivas que me hicieron mis colegas. Además, ese artículo abordaba un solo aspecto (encarado primordialmente en la primera parte) del cuadro mucho más vasto que he procurado pintar en este volumen.

Espero que este ensayo ayude al lector a entender mejor la índole del mundo político en que vivimos, las fuerzas que lo plasman, los distintos rumbos por los que se encamina. En este sentido, quizá contribuya a presentar una imagen más nítida de los nuevos procesos políticos que se registran en nuestro mundo, distanciándose de los criterios más tradicionales que se emplean para examinar la política internacional. Espero, también, que las proposiciones experimentales, las generalizaciones y las tesis que enuncio aquí —aunque necesariamente especulativas, arbitrarias y en muchos sentidos inevitablemente vanas— aporten algo a la discusión cada vez más generalizada en torno del papel que le corresponde a Estados Unidos en el mundo.

En el curso de mi trabajo he expresado mis propias opiniones y he expuesto mis prejuicios. Por tanto, este ensayo se parece más a una "reflexión", apuntalada por pruebas, que a una ejercitación sistemática de la metodología de las modernas ciencias sociales.²

Finalmente, permítanme cerrar esta introducción con una confesión que adelanta en cierta medida mi alegato: es posible que al lector de mentalidad

apocalíptica le choque mi tesis, porque todavía sostengo una opinión optimista acerca del papel de Estados Unidos en el mundo. Digo "todavía" porque los dilemas que se enfrentan allí y en todo el mundo me preocupan mucho y me preocupan aun más las implicaciones sociales y filosóficas de la orientación del cambio en nuestra época.

Sin embargo, mi optimismo es auténtico. Aunque no pretendo subestimar la gravedad de los problemas norteamericanos —la lista es larga, los dilemas son agudos y los síntomas de una reacción significativa son cuando más ambivalentes—, pienso sinceramente que esta sociedad cuenta con la capacidad, el talento, la riqueza y, cada vez más, con la voluntad necesarios para superar las dificultades inherentes a la actual transición histórica.

NOTAS

¹ En la primera parte nos ocuparemos de esto con más detenimiento.

² En este contexto, coincido con la opinión de Barrington Moore (h.), quien dice que "cuando cotejamos el grueso del pensamiento contemporáneo con el de figuras importantes del siglo XIX, afloran varias diferencias. En primer término, el espíritu crítico prácticamente ha desaparecido. En segundo término, la sociología moderna, y quizás en menor medida también la ciencia política, la economía y la psicología modernas, son ahistóricas. En tercer término, la ciencia social moderna tiende a ser abstracta y formal. Cuando se trata de investigar, la ciencia actual despliega un considerable virtuosismo técnico. Pero este virtuosismo ha sido conquistado a expensas del contenido. La sociología moderna tiene menos que decir acerca de la sociedad que la de hace cincuenta años." Véase su libro *Political Power and Social Theory*, Cambridge, Massachusetts, 1958, pág. 123. [Hay versión castellana: *Poder político y teoría social*. Barcelona, Anagrama, 1970.]

LA ERA TECNOTRONICA

“La vida humana se reduce al verdadero padecimiento, al infierno, sólo cuando se superponen dos eras, dos culturas y religiones . . . Hay épocas en las que una generación íntegra queda así atrapada entre dos eras, dos formas de vida, y, en consecuencia, pierde toda facultad de entenderse a sí misma y no tiene ninguna pauta, ninguna seguridad, ningún simple asenso.”

Hermann Hesse: *El lobo estepario*

PRIMERA PARTE

**EL IMPACTO GLOBAL DE LA REVOLUCION
TECNOTRONICA**

La paradoja de nuestra época consiste en que la humanidad está pasando, simultáneamente, por un proceso de mayor unificación y de mayor fragmentación. Este es el principal acicate del cambio contemporáneo. El tiempo y el espacio están tan comprimidos que la política global se encamina hacia formas más vastas y entrelazadas de cooperación, así como hacia la disolución de las lealtades institucionales e ideológicas consagradas. La humanidad se convierte en algo más integrado e íntimo a pesar de que las diferencias que existen entre las condiciones de las sociedades individuales se ensanchan. En estas circunstancias la contigüidad, en lugar de promover la unidad, genera tensiones estimuladas por un nuevo sentimiento de congestión global.

Aflora un nuevo tipo de política internacional. El mundo deja de ser un ruedo en el que interactúan, colaboran, chocan o guerrean naciones relativamente autónomas, "soberanas" y homogéneas. La política internacional, en la acepción originaria del término, nació cuando grupos de personas empezaron a identificarse a sí mismas, y a las otras, en términos mutuamente excluyentes (territorio, idioma, símbolos, creencias), y cuando esta identificación se convirtió a su vez en el elemento dominante de las relaciones entre los grupos. El concepto

de interés nacional —fundado sobre factores geográficos, animosidades o amistades tradicionales, la economía y consideraciones de seguridad— implicaba un grado de autonomía y especificidad que sólo era viable mientras las naciones estaban suficientemente separadas, en el tiempo y el espacio, hasta el punto de contar con el margen de maniobra y la distancia necesarios para conservar sus identidades independientes.

Durante la era clásica de la política internacional, los armamentos, las comunicaciones, la economía y la ideología tenían esencialmente envergadura nacional. Cuando se inventó la artillería moderna fue necesario formar arsenales y ejércitos profesionales nacionales, y en épocas más recientes una nación podía lanzar eficaz y rápidamente sus pertrechos contra las fronteras de otra. Las comunicaciones, sobre todo después de la invención de la máquina de vapor, con la aparición concomitante de los ferrocarriles, reforzaron la integración nacional al permitir que la gente y las mercancías se desplazaran por la mayoría de los países en un lapso que rara vez pasaba de los dos días. Las economías nacionales, que descansaban a menudo sobre principios autárquicos, estimulaban tanto la conciencia como el desarrollo del interés colectivo, protegido por barreras arancelarias. El nacionalismo personalizó tanto los sentimientos comunitarios que la nación se convirtió en una extensión del yo.¹

Estos cuatro factores mencionados están cobrando, ahora, dimensiones globales. Las armas de capacidad destructiva total pueden actuar sobre cualquier lugar del mundo en cuestión de minutos... menos tiempo, en verdad, del que necesita la policía de una gran ciudad para acudir en una emergencia. La comunicación y el contacto recíprocos son, en todo el mundo, más estrechos que lo que lo eran hace cincuenta años entre una comarca de

una potencia europea de mediana magnitud y su propia capital. Los vínculos supranacionales prosperan, en tanto que las reivindicaciones nacionalistas, aunque todavía potentes, se están diluyendo. Naturalmente, este cambio se ha acentuado en los países avanzados, pero ningún país escapa a sus efectos. La consecuencia es una nueva era: la era del proceso político global.

Pero aunque el proceso es global, seguimos estando muy lejos de la auténtica unidad del género humano. El mundo contemporáneo asiste a un cambio semejante, en muchos sentidos, al que tuvo sus orígenes en la aparición de los grandes centros urbanos. El desarrollo de estos centros debilitó las formas de autoridad íntimas y directas y fomentó la aparición de muchas lealtades antagónicas y entrecruzadas. El habitante típico de la ciudad se identifica simultáneamente con una multitud de grupos —ocupacionales, religiosos, recreativos, políticos— y sólo opera raramente en un ambiente dominado por un sistema único de valores y por un compromiso personal unilineal. La política metropolitana es, en Estados Unidos, típicamente compleja: los grupos de intereses específicos y de presión, las comunidades étnicas, las organizaciones políticas, las instituciones religiosas, las grandes fuerzas industriales o financieras, e incluso el hampa, interactúan dentro de un esquema que incluye simultáneamente la guerra limitada y la convivencia.

La política global adquiere algunas características análogas. Las naciones de distinta magnitud, que se encuentran en etapas históricas diferentes desde el punto de vista de su desarrollo, interactúan, creando fricciones, diversas pautas de entendimiento y cambios de alineación. Si bien las reglas formales del juego mantienen la ilusión de que en éste sólo intervienen aquellos participantes llama-

dos “estados” —que se convierten, en verdad, en los únicos jugadores importantes cuando estalla la guerra— lo cierto es que, en épocas de paz, el juego se hace en condiciones mucho más informales, con una participación mucho más heterogénea. Algunos estados cuentan con un poder abrumador; otros, los “miniestados”, se eclipsan a la sombra de las corporaciones internacionales multimillonarias del dólar, los grandes bancos y los intereses financieros. Las organizaciones supranacionales de tipo religioso o ideológico y las nuevas instituciones internacionales que en algunos casos “representan” los intereses de los pequeños jugadores (por ejemplo, las Naciones Unidas), y que en otros enmascaran el poder de los grandes (por ejemplo, el Pacto de Varsovia o la OTASO).

Por tanto, los métodos que se emplean para enfrentar los conflictos internacionales empiezan a parecerse a los que se utilizan para enfrentar los disturbios urbanos. Un rasgo típico de la concentración de la humanidad lo encontramos en las características rutinarias que asumen los conflictos. La violencia directa está cada vez más regulada y restringida, y en última instancia pasa por ser una desviación respecto de la norma. Se crean mecanismos organizados, en forma de personal uniformado y asalariado, para circunscribir la violencia a límites socialmente tolerables. Se acepta que es inevitable un cierto grado de criminalidad: en consecuencia, en aras del orden, el delito organizado es generalmente preferible a la violencia anárquica, y se convierte, indirecta e informalmente, en una prolongación del orden.

Durante muchas décadas los estadistas se fijaron la meta de reducir los conflictos, en escala global, a una dimensión rutinaria. Se procuraba controlarlos mediante acuerdos, convenciones y pactos. Ninguno de éstos fue eficaz en un sistema de unidades

relativamente autónomas y soberanas, pero la aparición de las comunicaciones rápidas, que crearon no sólo la contigüidad física sino también la conciencia instantánea de los acontecimientos lejanos, y la inauguración de la era nuclear, que por primera vez puso al alcance de por lo menos dos países un auténtico poder de destrucción universal, alteraron fundamentalmente el esquema de los conflictos internacionales. Por un lado estos factores rebajaron su nivel, y por otro aumentaron su potencial y ensancharon su alcance.

Las guerras urbanas del hampa no provocan mucha indignación moral, y tampoco se interpretan como graves amenazas para la paz social. Sólo se combaten con empeño los estallidos de violencia que apuntan contra esa paz, corporizada en la vida humana y en los grandes intereses creados: por ejemplo, bancos, negocios o propiedades privadas. Asimismo, en las regiones más avanzadas del mundo el *establishment* y la clase media de la "ciudad global" tienden a ser indiferentes a los conflictos del Tercer Mundo y a interpretarlos como rasgos inseparables del bajo nivel de desarrollo... siempre, claro está, que dichos conflictos no repercutan sobre las relaciones entre los países más poderosos. En consecuencia, las guerras del Tercer Mundo parecen tolerables mientras su escala internacional se detenga por debajo de la amenaza potencial a los grandes intereses.²

En nuestra época, la reducción de los conflictos al nivel rutinario también implica un pasaje de la guerra continuada a los estallidos esporádicos de violencia. La era industrial hizo posible la guerra continuada, prolongada. Antaño los ejércitos se enfrentaban, libraban batallas feroces, campales, y como los primitivos gladiadores, obtenían victorias decisivas o caían derrotados. La era industrial permitió que las sociedades movilizaran su potencial

humano y sus recursos y los pusieran al servicio de guerras prolongadas que no terminaban de definirse, que se parecían a la lucha clásica y que ponían en juego la pericia y la resistencia. Las armas atómicas, que jamás se utilizaron en un conflicto entre potencias nucleares, plantean la posibilidad de una aniquilación mutua que, por su magnitud, tiende a paralizar a sus poseedores y a reducirlos a un estado de contención pasiva, con estallidos esporádicos de violencia en la periferia de la confrontación. Aunque en otros tiempos la violencia desembocaba generalmente en el uso de todo el arsenal disponible, hoy estos países que cuentan con el poderío máximo tratan de emplear el mínimo en la defensa de sus intereses.

Desde que aparecieron las armas nucleares, un código rudimentario de moderación elaborado por la vía empírica en el curso de enfrentamientos que fueron desde el de Corea hasta el de Cuba, pasando por el de Berlín, gobierna las relaciones entre las superpotencias. Es probable que, en ausencia de estas armas, la guerra entre Estados Unidos y la Unión Soviética hubiera estallado hace mucho tiempo. Su poder destructivo ha tenido, pues, un efecto básico sobre la medida en que la fuerza se aplica a las relaciones entre los estados y ha obligado a introducir, en la conducta de los países más poderosos, una dosis de prudencia que no tiene precedentes. Dentro del frágil contexto en el que se produce la transformación contemporánea de nuestra realidad, las armas nucleares han creado, por tanto, un sistema totalmente nuevo que disuade de confiar en la fuerza abrumadora.

En el caso de la política urbana, el sentimiento de lealtad suprema a la nación, representada esta última por la expresión institucional del poder estatal, compensa la escasa aceptación que tiene la autoridad inmediata y el poco respeto que se le

tributa. La ciudad global carece de esta dimensión suprema, y gran parte de la búsqueda contemporánea de orden se encamina a crearla, o a encontrar alguna forma de equilibrio que se le aproxime. Sin embargo, por lo demás, la política global también se caracteriza por las confusas pautas de participación, congestión e interacción que socavan, acumulativa aunque gradualmente, la exclusividad y primacía de esos compartimientos hasta ahora relativamente impenetrables: los estados nacionales. En el ínterin la política internacional se convierte progresivamente en un proceso mucho más íntimo e imbricado.

Las eras son abstracciones históricas. También prestan un servicio de tipo intelectual: son los jalones de un camino que cambia imperceptible, pero profundamente, con el transcurso del tiempo. La identificación del momento en que termina una era y empieza otra depende de un juicio arbitrario: ni el principio ni el fin se pueden definir clara y tajantemente. En el plano formal, la política en su proceso global funciona más o menos como antaño, pero las fuerzas que configuran la realidad interna de ese proceso son, cada vez más, aquellas cuya influencia o alcance trasciende los límites nacionales.

NOTAS

¹ Este fue un cambio capital respecto de la época feudal anterior. En esa época las armas eran principalmente personales, las comunicaciones eran muy limitadas y primordialmente orales, la economía era primitiva y rural, y la ideología subrayaba la obediencia directa, religiosa, a un jefe al que se conocía personalmente. Tales condiciones reforzaban un proceso político "intranacional" más fragmentado, y eran el reflejo de éste.

² "Durante los años posteriores a 1945 el desarrollo de las armas nucleares, la formación de bloques de poder y de

sistemas de alianzas multilaterales, y el creciente costo financiero de la guerra moderna, han contribuido a frenar el estallido de una conflagración formal entre las naciones avanzadas, industriales. Durante estos años, la mayoría de los 'conflictos' se desarrollaron en Africa, el Medio Oriente y Asia, o sea en el llamado Tercer Mundo. Y muchos de ellos siguieron o estuvieron asociados con la disolución de los imperios coloniales, ya fueran éstos el otomano, el británico, el francés o el japonés, y a la subsiguiente aparición de nuevos estados que a menudo eran pequeños, pobres e inseguros." (Véase David Wood: "Conflict in the Twentieth Century", *Adelphi Papers*, junio de 1968, pág. 19). El estudio citado contiene una lista de 80 conflictos que se produjeron en los años 1945-1967. En todos ellos, con excepción de 8, participaron, en ambos bandos, miembros del Tercer Mundo.

Theodoro H. von Laue también cita la analogía con la política metropolitana en su importante libro *The Global City*. Nueva York, 1969. El análisis de von Laue acerca del impacto del sistema "metropolitano" occidental sobre la política mundial durante el último siglo, es particularmente interesante.

LA INAUGURACION DE LA ERA TECNOTRONICA

El impacto de la ciencia y la tecnología sobre el hombre y su sociedad, especialmente en los países más avanzados del mundo, se está convirtiendo en la principal fuente del cambio contemporáneo. Los últimos años han asistido a una proliferación de libros emocionantes y estimulantes sobre el futuro. En Estados Unidos, Europa Occidental y, en menor medida, en Japón y la Unión Soviética, se han hecho muchos esfuerzos sistemáticos, eruditos, encaminados a proyectar, pronosticar y entender lo que nos reserva el futuro.

La transformación que se registra actualmente, sobre todo en Estados Unidos, ya está creando una sociedad cada vez más distinta de su predecesora industrial. La sociedad postindustrial se está convirtiendo en una sociedad tecnotrónica: ² una sociedad configurada en lo cultural, lo psicológico, lo social y lo económico por la influencia de la tecnología y la electrónica, particularmente en el área de las computadoras y las comunicaciones. El proceso industrial ya no es el principal determinante del cambio social que altera las costumbres, la estructura social y los valores de la sociedad. En

la sociedad industrial el conocimiento técnico se orientaba principalmente hacia un fin específico: la aceleración y el perfeccionamiento de las técnicas de producción. Las consecuencias sociales eran un subproducto tardío de esta preocupación capital. En la sociedad tecnocrática el conocimiento científico y técnico no sólo aumenta la capacidad de producción sino que la rebasa rápidamente para influir de modo directo en casi todos los aspectos de la vida.) En consecuencia, tanto la capacidad creciente de calcular instantáneamente las interacciones más complejas, como la creciente disponibilidad de medios bioquímicos de control humano, aumentan la envergadura potencial del diseño premeditadamente elegido, y por consiguiente refuerzan las presiones encaminadas a dirigir, elegir y cambiar.

El empleo de estas nuevas técnicas de cálculo y comunicación subraya la importancia social de la inteligencia humana y la pertinencia inmediata del estudio. La creciente capacidad para descifrar las pautas del cambio aumenta la necesidad de integrar el cambio social; esto, a la vez, aumenta la importancia de las hipótesis básicas vinculadas con la naturaleza del hombre y con los méritos de una u otra forma de organización social. Por ello la ciencia acrecienta la pertinencia de los valores, en lugar de reducirla, pero exige que se enuncien en términos que trascienden las ideologías más burdas de la era industrial. (En la parte II abordamos este tema con más detenimiento.)

Nuevas pautas sociales

Según Norbert Wiener, "el centro de una revolución industrial anterior a la de primer orden" se encuentra en los estudios del siglo xv vinculados

con la navegación (la brújula náutica), así como en el perfeccionamiento de la pólvora y la imprenta.² Actualmente el equivalente funcional de la navegación es el salto al espacio, que exige una capacidad acelerada de cálculo que no está al alcance del cerebro humano; el equivalente de la pólvora es la moderna física nuclear, y el de la imprenta es la televisión, junto con las comunicaciones instantáneas de largo alcance. Esta nueva revolución tecnocrónica se traduce en la aparición progresiva de una nueva sociedad que difiere cada vez más de la industrial en una serie de aspectos económicos, políticos y sociales. Citaremos sucintamente los siguientes ejemplos para resumir algunos de los contrastes:

1) (En la sociedad industrial la forma de producción se desplaza de la agricultura a la industria, y la máquina reemplaza al empleo del músculo humano y animal. En la sociedad tecnocrónica la mano de obra industrial se traslada a los servicios, y la automatización y la cibernética reemplazan a los individuos que manejaban máquinas.

2) En la sociedad industrial los problemas de ocupación y desocupación —para no hablar de la urbanización previa de la mano de obra posrural— dominan la relación entre empleadores, trabajadores y mercado y la necesidad de asegurar un bienestar social mínimo a las nuevas masas industriales es una fuente de serias preocupaciones. En la nueva sociedad emergente, los problemas vinculados con la obsolescencia de las especialidades, la seguridad, las vacaciones, el ocio y la participación en las ganancias son los que dominan la relación, y el bienestar psíquico de millones de trabajadores manuales de la clase media baja, relativamente seguros pero potencialmente desorientados, se convierte en un problema cada vez más apremiante.)

3) Uno de los objetivos capitales de los reformadores sociales de la sociedad industrial consiste en derribar las barreras¹ tradicionales que cierran el camino de la educación, para crear así el punto de partida básico sobre el que descansa el mejoramiento de la condición social. La educación, que sólo se puede obtener durante períodos limitados y específicos, apunta inicialmente a desterrar el analfabetismo y luego a impartir preparación técnica, fundada generalmente sobre el razonamiento escrito, ilativo. En la sociedad tecnotrónica la educación no sólo es universal sino que los estudios avanzados están al alcance de casi todos aquellos que cuentan con la capacidad necesaria, y se otorga mucha más importancia a la selección cualitativa. El problema esencial consiste en descubrir las técnicas más eficaces para explotar racionalmente el talento social. Para alcanzar este objetivo se utilizan las últimas técnicas de comunicación y cálculo. El proceso educacional dura más tiempo y se vale cada vez más de auxiliares audiovisuales. Además, la avalancha de nuevos conocimientos determina que se multipliquen los cursos de actualización.

4) En la sociedad industrial el liderazgo social pasa de la tradicional aristocracia rural a la élite urbano-plutocrática. Su base es la fortuna recién adquirida y la competencia encarnizada suministra un desahogo —y un estímulo— para su energía. En la sociedad tecnotrónica el liderazgo político, que a su vez está cada vez más copado por individuos que poseen aptitudes especiales y talento intelectual, enfrenta el predominio plutocrático. El conocimiento se convierte en un instrumento de poder y la movilización eficaz del talento en un medio importante para conquistar poder.

5) En la sociedad industrial, por contraste con lo que sucedía en la Edad Media, la universidad es una torre de marfil distanciada del entorno,

un depósito de conocimientos intrascendentes, aunque respetados, y es, durante un breve lapso, el semillero de los nuevos miembros de la élite social institucionalizada. En la sociedad tecnocrática la universidad se convierte en un centro intelectual muy comprometido, en la fuente de constantes planificaciones políticas e innovaciones sociales.

6) (La confusión que acompaña al pasaje de una sociedad rural rígidamente tradicionalista a otra de tipo urbano fomenta la tendencia a buscar respuestas totales a los dilemas sociales. Esta es la razón por la que en la sociedad en vías de industrialización prosperan las ideologías.) (La excepción norteamericana a esta regla se explica por la ausencia de una tradición feudal, tal como lo explica muy bien Louis Hartz.) En la era industrial la lectura favorece el pensamiento conceptual estático, interrelacionado, afín con los sistemas ideológicos. En la sociedad tecnocrática las comunicaciones audiovisuales estimulan imágenes de la realidad más dinámicas, disímiles, que no se pueden encasillar en sistemas formales, al mismo tiempo que las exigencias de la ciencia y las nuevas técnicas de computación otorgan prioridad a la lógica matemática y al razonamiento sistemático.) Los científicos son quienes más sienten la tensión resultante, y por eso algunos procuran circunscribir la razón a la ciencia en tanto que expresan sus emociones mediante la política. Además, la creciente aptitud para reducir los conflictos sociales a dimensiones cuantificables y mensurables refuerza la tendencia a adoptar un criterio más pragmático respecto de los problemas sociales, y estimula simultáneamente un flamante interés por la preservación de los valores "humanos".

7) En la sociedad industrial, a medida que las masas anteriormente pasivas entran en acción, se producen agudos conflictos políticos en torno de

problemas tales como la adquisición de derechos civiles y electorales. El problema de la participación política es esencial. En la era tecnotrónica se trata, cada vez más, de asegurar la auténtica participación en decisiones que parecen demasiado complejas y demasiado alejadas de la órbita del ciudadano común. La alienación política se convierte en un problema. Asimismo, la lucha por la igualdad política de los sexos deja paso a la lucha por la igualdad sexual de las mujeres. En la sociedad industrial la mujer —operaria de máquina— deja de ser físicamente inferior al hombre, discriminación que tiene bastante importancia en la vida rural, y empieza a reclamar sus derechos políticos. En la sociedad tecnotrónica emergente la automatización amenaza a hombres y mujeres, el talento intelectual se convierte en un factor de peso, la “píldora” estimula la igualdad sexual, y las mujeres empiezan a exigir la equidad completa.)

8) En la sociedad industrial los sindicatos y los partidos políticos organizan a las masas que acaban de adquirir derechos civiles y las unifican en torno de programas relativamente simples y más o menos ideológicos. Además, las apelaciones al sentimiento nacionalista, comunicadas mediante la proliferación de diarios que emplean, por supuesto, el idioma de los lectores, influye sobre las actitudes políticas. En la sociedad tecnotrónica la tendencia parece orientarse hacia la aglutinación del apoyo individual de millones de ciudadanos desorganizados, que caen fácilmente bajo la influencia de personalidades carismáticas y atractivas, personalidades que explotan eficazmente las últimas técnicas de comunicación para manejar las emociones y controlar la razón. El empleo de la televisión —y por tanto la tendencia a reemplazar el lenguaje por las imágenes, que son internacionales en lugar de nacionales, y a incluir escenas bélicas o cuadros de

hambre registrados en lugares tan remotos como lo es, por ejemplo, la India— crea una preocupación bastante más cosmopolita, aunque muy impresionista, por los asuntos internacionales.

9) En la primera etapa de la industrialización el poder económico tiende a personalizarse, sea en grandes empresarios como Henry Ford, o en funcionarios de la burocracia industrial como Kaganovich o Minc (este último en la Polonia stalinista). En la etapa siguiente, la aparición de una interdependencia muy compleja entre las instituciones oficiales (incluidas las militares), los centros científicos y las organizaciones industriales, estimula la tendencia hacia la despersonalización del poder económico. El poder económico se hace cada vez más invisible a medida que aumenta su fusión con el poder político y simultáneamente crece el sentimiento de impotencia individual.

10) En la sociedad industrial, la adquisición de bienes y la acumulación de riqueza personal se convierten, para una cantidad inusitada de personas, en formas de realización social. En la sociedad tecnocrática, la aplicación de la ciencia a fines humanos y la creciente preocupación por la calidad de la existencia se convierten en metas viables y en un imperativo moral cada vez más importante para una multitud de ciudadanos, sobre todo jóvenes.

Eventualmente, estos cambios y muchos otros, incluidos algunos que influyen de modo más directo sobre la personalidad y la calidad del ser humano en sí mismo, determinarán que la sociedad tecnocrática sea tan distinta de la industrial como ésta lo fue de la agraria.⁴ Y así como el pasaje de la economía agraria y la política feudal a la sociedad industrial y los sistemas políticos fundados sobre la identificación emocional del individuo con la nación-estado dio origen a la política internacional contemporánea, así también la aparición de la so-

ciudad tecnotrónica refleja el nacimiento de una nueva relación entre el hombre y su realidad global expandida.

Explosión/implosión social

Esta nueva relación es tensa: el hombre todavía debe definirla conceptualmente y ponerla así al alcance de su propia inteligencia. Nuestra realidad global expandida se fragmenta y simultáneamente se proyecta sobre nosotros. Esta explosión e implosión coincidentes se traducen no sólo en un resultado de inseguridad y tensión, sino también en una imagen totalmente nueva de lo que muchos todavía llaman asuntos internacionales.

La vida parece perder cohesión a medida que el entorno se altera rápidamente y los seres humanos se hacen cada vez más manejables y maleables. Todo parece más transitorio y temporario: la realidad exterior parece ser más fluida que sólida, el ser humano más sintético que auténtico. Incluso nuestros sentidos captan una "realidad" totalmente nueva, que nosotros mismos hemos forjado pero que, desde el punto de vista de nuestros sentidos, es muy "concreta".⁵ Sobre todo, la posibilidad de introducir modificaciones biológicas y químicas en lo que hasta ahora se interpretaba como la esencia inmutable del hombre ha despertado la preocupación general. Algunos arguyen que la conducta humana se puede prefijar y sujetar a un control deliberado. El hombre conquista cada vez más la facultad de determinar el sexo de sus hijos, de afectar con drogas la magnitud de su inteligencia y de modificar y controlar sus personalidades. Al disertar sobre un futuro del que estamos separados, cuanto más, por unas pocas décadas, un estudioso del control de la inteligencia afirmó: "Vislumbro

el día en que contaremos con los medios para manejar la conducta y el funcionamiento intelectual de todas las personas mediante la manipulación ambiental y bioquímica del cerebro, y ése será el día en que, inevitablemente, sentiremos la tentación de valernos de esos medios.⁶

Por tanto, es lícito preguntarse si la tecnología y la ciencia multiplicarán el número de alternativas que se le presentan al individuo. Bajo un titular en el que se leía: "El estudio define a la tecnología como una bendición para el individualismo",⁷ el *New York Times* transcribía las conclusiones preliminares de un simposio de Harvard sobre la trascendencia social de la ciencia. A sus participantes se les atribuía haber dicho que "la mayoría de los norteamericanos cuentan con una gama más rica de opciones personales, con una experiencia más vasta y con un sentimiento de autoestima mucho mayor que los de cualquier otra época de la historia". Quizá sea así, pero un juicio de este tipo descansa esencialmente sobre la exploración intuitiva, y comparativa, del estado de ánimo presente y pasado de los norteamericanos. En este contexto es muy importante intercalar la advertencia de un observador perspicaz: "Tenemos el deber de analizar minuciosamente hasta qué punto es válido, en función de la conducta actual, el aserto de que una de las ventajas de la tecnología consistirá en multiplicar la cantidad de opciones y alternativas entre las que podrá decidirse el individuo. Teóricamente, esto podría ser cierto. En la práctica, es posible que el individuo recurra a uno de sus muchos mecanismos psicológicos para ahorrarse el fastidio que le produce el exceso de información, conformándose con una gama de alternativas mucho más pobre que la que la tecnología pone, en principio, a su alcance."⁸ En otras palabras, los verdaderos interrogantes giran en torno de la medida en que el indi-

viduo aprovechará las opciones, de la medida en que estará intelectual y psicológicamente preparado para aprovecharlas y de la forma en que la sociedad global creará un encuadre favorable para su aprovechamiento. El hecho de que las opciones existan no basta para probar que haya un mayor sentimiento de libertad o autoestima.

Es posible que en lugar de aceptarse a sí mismo como un ente espontáneo, el hombre de las sociedades más avanzadas se preocupe cada vez más por autoanalizarse conscientemente en función de pautas exteriores explícitas: ¿Cuál es mi coeficiente intelectual? ¿Cuáles son mis aptitudes, características personales, capacidades, atractivos y rasgos negativos? El "hombre interior", que acepta espontáneamente su propia espontaneidad, chocará cada vez más con el "hombre exterior", que busca conscientemente su imagen de sí mismo, y es posible que la transición del uno al otro no sea fácil. Esto también planteará problemas complejos cuando se trate de determinar el marco lícito del control social. La posibilidad de practicar en gran escala el control químico de la mente, el peligro de que los reiterados trasplantes deterioren la individualidad, la posibilidad de modificar la estructura genética, obligarán a elaborar una definición social de las pautas comunes de aplicación y restricción. Como dijo el autor ya citado: "... si bien el producto químico afecta al individuo, éste tiene importancia para sí mismo y para la sociedad en su contexto *social*, en el trabajo, en el hogar, en el juego. Las consecuencias son consecuencias sociales. Cuando se decida el destino que les daremos a estos modificadores del yo y de la experiencia (y por tanto modificadores de la personalidad después de la experiencia), y cuando se decida la forma de abordar a los seres humanos 'cambiados', tropezaremos con nuevos interrogantes tales como '¿Quién soy yo?'

¿Cuándo soy quien soy?" "¿Quiénes son ellos en relación conmigo?" "9

Además, el hombre vivirá cada vez más en ambientes de factura humana, alterados rápidamente por la mano del hombre. Hacia fines de este siglo aproximadamente las dos terceras partes de los habitantes de los países avanzados residirán en ciudades.¹⁰ Hasta ahora el desarrollo urbano ha sido de modo primordial el subproducto de necesidades económicas accidentales, del magnetismo de las metrópolis, y de la reacción de muchas personas que huyen de la miseria y la explotación rural. No ha sido planificado deliberadamente para mejorar las condiciones de vida. El impacto de las ciudades "accidentales" ya contribuye a despersonalizar la vida individual a medida que se comprime la estructura de parentesco y que las relaciones perdurables de amistad son más difíciles de conservar. Quizá Julian Huxley no exageró demasiado cuando advirtió que "el hacinamiento de los animales genera una conducta neurótica y distorsionada o típicamente patológica. Podemos tener la certeza de que lo mismo es válido, en principio, para los seres humanos. Es incuestionable que la vida urbana de hoy estimula las enfermedades mentales masivas, el vandalismo creciente y los posibles estallidos de violencia colectiva."¹¹

También es probable que la brecha generacional complique los problemas de identidad, y que la disolución de los vínculos y los valores tradicionales propios de la familia ampliada y de las relaciones comunitarias perdurables contribuya a agudizar dichos problemas. El diálogo entre las generaciones se está convirtiendo en un diálogo de sordos. Ya no opera dentro del encuadre conservador-liberal o nacionalista-internacionalista. La ruptura de la comunicación entre las generaciones, tan patente durante las rebeliones estudiantiles de 1968, hincó

sus raíces en el hecho de que los viejos símbolos ya no tenían valor para muchos jóvenes. El debate implica la aceptación de un marco común de referencia y lenguaje. Puesto que faltaba este marco, la discusión resultaba cada vez más imposible.

Aunque actualmente el choque se produce en torno de los valores (muchos jóvenes rechazan los de sus mayores, quienes a su vez argumentan que los jóvenes han eludido la responsabilidad de enunciar los propios), en el futuro el conflicto intergeneracional también girará en torno de la idoneidad. Dentro de pocos años, a los rebeldes de los países más avanzados, que actualmente ocupan el lugar más visible, se les sumará una nueva generación que reclamará el poder en el gobierno y los negocios, una generación que ha aprendido a razonar lógicamente, que está tan acostumbrada a explotar los auxiliares electrónicos del razonamiento humano como nosotros estamos acostumbrados a utilizar máquinas para aumentar nuestra movilidad, que se expresa en un lenguaje funcionalmente asociado con estos auxiliares, que acepta como procesos gerenciales de rutina las innovaciones del tipo de los sistemas de planificación-programación-presupuestación (*planning-programming-budgeting systems*, o PPBS) y la aparición en las altas jerarquías empresarias de "altos ejecutivos de computación".¹² Cuando la vieja élite defienda lo que interpreta no sólo como sus propios intereses creados sino, básicamente, como su propia forma de vida, el choque resultante podrá generar problemas conceptuales aun más agudos.

Absorción global

Pero en tanto nuestra realidad inmediata se fragmenta, la realidad global absorbe cada vez más al

individuo, lo envuelve e incluso, ocasionalmente, lo abrumba. Las comunicaciones son la causa evidente, ya muy debatida, e inmediata. Los cambios generados por las comunicaciones y las computadoras allanan el camino para una sociedad extraordinariamente imbricada, cuyos miembros se encuentran en un contacto audiovisual continuado e íntimo: interactúan constantemente, comparten en forma instantánea las experiencias sociales más intensas y se sienten impulsados a comprometerse personalmente incluso en los problemas más distantes. La nueva generación ya no define al mundo exclusivamente sobre la base de la lectura, sea ésta de análisis ideológicamente estructurados o de descripciones exhaustivas. También lo experimenta y lo siente vicariamente a través de las comunicaciones audiovisuales. Esta forma de comunicar la realidad se desarrolla, sobre todo en los países más avanzados,¹³ más rápidamente que el medio escrito tradicional y suministra la principal fuente de noticias para las masas (véanse los cuadros 1-3). "Hacia 1985 la distancia no será una excusa para que se demore la información, que circulará desde todos los rincones del mundo hasta los poderosos centros nerviosos urbanos que aglutinarán las mayores concentraciones de seres humanos de la tierra."¹⁴ El discado telefónico global, que en los países más avanzados incluirá el contacto visual instantáneo, y un sistema global de televisión vía satélite que permitirá que algunos países "invadan" los hogares de otras naciones,¹⁵ crearán una intimidad mundial sin precedentes.

La nueva realidad no será, empero, la de la "aldea global". La llamativa analogía de McLuhan olvida contemplar que la estabilidad personal, la intimidad interpersonal, los valores implícitamente compartidos y las tradiciones eran ingredientes importantes de la aldea primitiva. Una analogía

más justa es la de la "ciudad global": una red nerviosa, agitada, tensa y fragmentada de relaciones interdependientes. Sin embargo, esta interdependencia se caracteriza más por la interacción que por la intimidad. Las comunicaciones instantáneas ya están creando algo afín a un sistema nervioso global. Los desperfectos ocasionales de este sistema nervioso, producidos por apagones o averías, serán tanto más desquiciantes por cuanto la confianza mutua y la estabilidad recíprocamente reforzada —que son típicas de la intimidad aldeana— estarán ausentes del proceso de esa interacción "nerviosa".

La creciente participación del hombre en los asuntos globales se refleja en, y es indudablemente plasmada por, el carácter cambiante de lo que hasta ahora se catalogaba como noticias locales. La televisión se ha sumado a los diarios para expandir el horizonte inmediato del espectador o lector hasta el punto en que "local" significa, cada vez más, "nacional", y en que los problemas globales se disputan su atención en una escala sin precedentes. La inmunidad física y moral a los acontecimientos "extranjeros" no se puede salvaguardar eficazmente en circunstancias en que, por una parte, existe una creciente conciencia intelectual de la interdependencia global, y por otra, los acontecimientos mundiales se introducen electrónicamente en el hogar.

Esta condición también determina que la gente tenga una imagen distinta de los asuntos extranjeros. Incluso en el pasado próximo se tomaba conocimiento de la política internacional por medio del estudio de la historia y la geografía, y mediante la lectura de los diarios. Esto fomentaba un enfoque muy estructurado, hasta rígido, en el cual convenía encasillar los hechos o las naciones en términos relativamente ideológicos. Sin embargo, hoy los asuntos internacionales solicitan la atención del niño o el adolescente de los países avanzados en

Cuadro 1

RECEPTORES DE RADIO Y TELEVISION POR CADA 1 000 HABITANTES
CIRCULACION ESTIMADA DE LOS DIARIOS POR CADA 1 000 HABITANTES

	1960			1966		
	Radios	TV	Diarios	Radios	TV	Diarios
Estados Unidos	941	310	326	1 334	376	312
Canadá	452	219	222	602	286	212*
Suecia	367	156	(1962) 490	377	277	501
Reino Unido	289	211	514	300	254	488
Alemania Occidental	287	83	307	459	213	332
Checoslovaquia	259	58	236	269	167	288
Francia	241	41	(1962) 252	321	151	248*
Unión Soviética	205	22	172	329	81	274
Argentina	167	21	155	308	82	128*
Japón	133	73	396	251	192	465
Brasil	70	18	54	(1964) 95	30	33
Argelia	54	5	28	(1964) 129	(1965) 13	(1965) 15
India	5	—	11	13	—	13

Fuente de cuadros 1 y 2: UNESCO *Statistical Yearbook*, 1967, cuadros 5.1; 8.2; 9.2.* Estadísticas del UN *Statistical Yearbook*, 1968.

Cuadro 2

AUMENTO ABSOLUTO POR CADA 1 000 HABITANTES
EN RECEPTORES DE RADIO Y TELEVISION, Y
CIRCULACION DE DIARIOS, 1960-1966.

	Radios	TV	Diarios
Estados Unidos	+ 393	+ 66	— 14
Canadá	+ 150	+ 67	— 10
Suecia	+ 10	+ 121	+ 11
Reino Unido	+ 11	+ 43	— 26
Alemania Occidental	+ 172	+ 130	+ 25
Checoslovaquia	+ 10	+ 109	+ 52
Francia	+ 80	+ 110	— 4
Unión Soviética	+ 124	+ 59	+ 102
Argentina	+ 141	+ 61	— 27
Japón	+ 118	+ 119	+ 69
Brasil	+ 25	+ 12	— 21
Argelia	+ 75	+ 8	— 13
India	+ 8	—	+ 2

forma de acontecimientos dispares, esporádicos, aislados... pero cautivantes: las catástrofes y los actos de violencia que se registran tanto en la escena internacional como en la doméstica se imbrican y, aunque es posible que no despierten reacciones ni positivas ni negativas, ya no entran en las categorías prolijamente clasificadas del “nosotros” y el “ellos”. La televisión, en particular, produce una actitud “esfumada”, mucho más impresionista y comprometida respecto de los asuntos mundiales.¹⁶ Todos los que enseñan política internacional se dan cuenta de que la actitud de los jóvenes se modifica notablemente en función de estas pautas.

Sin embargo, esta intromisión e interacción global y directa no contribuye a la mejor “comprensión” de los problemas contemporáneos. Por el contrario, se puede argüir que hoy, en algunas instancias, a

Cuadro 3

USO APROXIMADO DE MEDIOS EN CADA UNO DE LOS CUATRO GRUPOS DE AUDIENCIA

Porcentaje de la población norteamericana que:

Leyó libros que no son de ficción el año pasado

Lee un número por mes de *Harper's*, *National Review*, etc.Lee un número por mes de *Time*, *Newsweek* o *U.S. News*Lee un número por mes de *Look*, *Life* o *Post*

Lee el diario

Lee el *New York Times*

Lee primeramente en el diario las noticias nacionales o internacionales

Quiere más noticias internacionales en el diario

Escucha diariamente la radio

Escucha el noticioso de la radio diariamente

Utiliza diariamente el televisor

Mira el noticioso de la TV

Prefiere la TV como medio noticioso

Prefiere el noticioso entre todos los espectáculos de la TV

Mayoría masiva (50-60 %)	Masa periférica (20-40 %)	Graduados univers. (10-25 %)	Elite (menos del 1 %)
--------------------------------	---------------------------------	------------------------------------	-----------------------------

5 15 30 50

1/2 2 10 25

5 10 45 70

25 50 65 30

70 80 90 95

1/5 1/2 5 50

10 20 30 50

10 20 30 50

60 70 85 ?

50 60 65 ?

80 75 65 ?

45 45 45 ?

60 35 20 ?

5 15 30 50

Fuente: *Television Quarterly*, primavera de 1968, pág. 47. Estos datos han sido inferidos en su mayor parte de John Robinson, *Public Information about World Affairs*, Ann Arbor, Michigan, 1967.

la mayoría le resulta más difícil “entender”... o sea, confiar, subjetivamente, en su propia capacidad para evaluar los acontecimientos sobre la base de algún principio organizado. La participación en los hechos, instantánea pero vicaria, produce incertidumbre, sobre todo a medida que resulta cada vez más patente que las categorías analíticas consagradas ya no bastan para abarcar las nuevas circunstancias.¹⁷

La explosión científica —el aspecto de nuestra realidad total que se expande más rápidamente, a un ritmo más acelerado que la población, la industria y las ciudades— intensifica, en lugar de reducir, estos sentimientos de inseguridad. Es sencillamente imposible que el ciudadano medio, e incluso los intelectuales, asimilen y organicen significativamente, para su uso personal, la avalancha de conocimientos. En todos los campos científicos se multiplican las quejas de que el alud de informes publicados, ponencias científicas y artículos de alto nivel, así como la proliferación de revistas profesionales, determinan que los estudiosos deban optar entre convertirse en especialistas cerrados o en generalizadores superficiales.¹⁸ Por tanto, a medida que se expande el conocimiento, es más difícil compartir las nuevas perspectivas comunes y además ya no es posible sustentar las perspectivas tradicionales, como las que emanan de los mitos primitivos o, más recientemente, de ciertas ideologías condicionadas por la historia.

La amenaza de fragmentación intelectual, que tiene su origen en la brecha abierta entre el ritmo de expansión del conocimiento y la tasa de asimilación, plantea un serio interrogante acerca del futuro de la unidad intelectual del género humano. Generalmente se pensaba que el mundo moderno, cada vez más configurado por las revoluciones industrial y urbana, asumiría una cosmovisión más

homogénea. Quizá sea así, pero es posible que sea la homogeneidad de la inseguridad, la incertidumbre y la anarquía intelectual. En consecuencia el resultado no deberá ser, necesariamente, un ambiente más estable.]

NOTAS

¹ Esta sección ha sido adaptada, en parte, y en versión revisada, de mi ensayo "America in the Technetronic Age". *Encounter*, enero de 1968. En este contexto deseo destacar que Daniel Bell, de la Universidad de Columbia, y Donald Michael, de la Universidad de Michigan, realizaron sobre este tema general un trabajo de pioneros.

² Daniel Bell, uno de los pioneros en esta materia, utilizó el término "postindustrial". Sin embargo, yo prefiero el neologismo "tecnotrónica" porque transmite de modo más directo la naturaleza de los impulsos principales que favorecen el cambio en nuestra época. Asimismo, el término "industrial" describió lo que podría haberse denominado era "postagrícola".

³ Norbert Wiener: *The Human Use of Human Beings*. Nueva York, 1967, págs. 189-190.

⁴ Bell sostiene que las "cinco dimensiones de la sociedad postindustrial" abarcan: 1) La creación de una economía de servicio. 2) El predominio de la clase profesional y técnica. 3) La prioridad del *conocimiento teórico* como fuente de innovación y de decisión política en la sociedad. 4) La posibilidad de un crecimiento tecnológico autónomo. 5) La creación de una nueva "tecnología intelectual". Daniel Bell: "The Measurement of Knowledge and Technology", en *Indicators of Social Change*. Eleanor Sheldon y Wilbert Moore (comps.). Nueva York, 1968, págs. 152-153.

⁵ En "Computer Technology", *Toward the Year 2018*. Nueva York, 1968, pág. 102, Charles R. DeCarlo describe el uso de la "holografía" para crear la sensación de presencia viva así como de realidad de la conversación, mediante rayos láser de largo alcance provenientes de un satélite.

⁶ Testimonio del doctor D. Krech, en *Government Research Subcommittee*, según una publicación del *New York Times*, 3 de abril de 1968, pág. 32; véase también Gordon R. Taylor: *The Biological Time Bomb*. Nueva York, 1967.

⁷ *The New York Times*, 18 de enero de 1969.

⁸ Donald N. Michael: "Some Speculations on the Social Impact of Technology", texto mimeografiado de la disertación pronunciada en el seminario de Columbia sobre Tecnología y Cambio Social, 1966, pág. 11.

⁹ Michael, *op. cit.*, págs. 6-7.

¹⁰ En 1900 había 10 ciudades con poblaciones de un millón o más habitantes; en 1955 la cifra se elevó a 61; en 1965 había más de 100 ciudades con poblaciones de un millón o más habitantes. Actualmente, en Australia y Oceanía las tres cuartas partes de la población viven en ciudades; en América y Europa (incluida la URSS), la mitad de la población; y en África y Asia, un quinto.

¹¹ Sir Julian Huxley: "The Crisis in Man's Destiny", *Playboy*, enero de 1967, pág. 4. En "Why Is Man Aggressive?", *Impact of Science on Society*, abril-junio de 1968, pág. 90, G. N. Carstairs argumenta que el crecimiento demográfico, el hacinamiento y la opresión social fomentan la agresividad irracional e intensificada. Los experimentos realizados con ratas parecen confirmar esta hipótesis, que también es avalada por la observación de la conducta humana en las grandes ciudades. El lector encontrará el *cri du coeur* de un sociólogo francés contra la congestión, en Jacques Ellul: *The Technological Society*. Nueva York, 1965, pág. 321.

¹² Véase Neal J. Dean: "The Computer Comes of Age", *Harvard Business Review*, enero-febrero de 1968, págs. 83-91. Respecto de la "profunda revolución" que la computadora desencadenó en "nuestras pautas mentales y de comunicación", véase Anthony G. Oettinger: "Educational Technology", *Toward the Year 2018*. Nueva York, Foreign Policy Association, 1968.

¹³ Por ejemplo, en su *Massen-medien in der Bundesrepublik Deutschland*, Berlín, 1966, Hermann Meyn suministra datos que prueban acumulativamente que el alemán occidental medio de más de 15 años leía quince minutos por día, escuchaba radio durante una hora y media y miraba televisión durante una hora y diez minutos.

¹⁴ *The United States and the World in the 1985 Era*. Syracuse, Nueva York, 1964, págs. 90-91.

¹⁵ Se calcula que dentro de una década los satélites de televisión transportarán suficiente energía para transmitir programas directamente a los receptores, sin la intervención de estaciones receptoras-transmisoras.

¹⁶ Véase John P. Robinson y James W. Swinehart: "World Affairs and the TV Audience", *Television Quarterly*, primavera de 1968.

¹⁷ Para dar un ejemplo sencillo, recordemos que durante casi 20 años el anticomunismo fue el gran principio orga-

nizativo en torno del cual se nucleaban muchos norteamericanos. ¿Cómo encajan, entonces, en este marco, acontecimientos del tipo del enfrentamiento entre Moscú y Pekín o, cuando uno se ha acostumbrado a definir a Moscú como más liberal, acontecimientos del tipo del enfrentamiento entre Moscú y Praga?

¹⁸ Se calcula, por ejemplo, que la NASA emplea unos 15.000 términos técnicos especiales, todos los cuales están compilados en su propio diccionario (CTN *Bulletin* [Centres d'études des conséquences générales des grandes techniques nouvelles, París, junio de 1968 pág. 6.) También se calcula que "el número de libros publicados casi se ha duplicado cada 20 años, desde 1450, y que ya han sido publicados unos 30 millones; la cifra proyectada para 1980 es de 60 millones". Véase Cyril Black: *The Dynamics of Modernization*. Nueva York, 1966, pág. 12. Y que la "ciencia por sí sola asiste a la publicación de 100.000 periódicos por año, en más de 60 idiomas, cifra que se duplica cada 15 años". Véase Glenn T. Seaborg: "Uneasy World Gains Power over Destiny", *The New York Times*, 6 de enero de 1969.

II

EL PROPAGADOR AMBIVALENTE

Estados Unidos es el principal propagador global de la revolución tecnotrónica. La sociedad norteamericana es la que más influye, actualmente, sobre todas las otras, al promover una transformación acumulativa, de largo alcance, en su filosofía y sus costumbres. En diversas etapas de la historia distintas sociedades se desempeñaron como capitalizadoras del cambio, al estimular en otras la imitación y la adaptación. Lo que Atenas y Roma fueron en el pasado remoto para el mundo mediterráneo, o lo que China fue para gran parte de Asia, Francia lo fue más recientemente para Europa. Las letras, las artes y las ideas políticas francesas ejercieron una atracción magnética, y la Revolución Francesa fue, quizás, el elemento que más contribuyó, por sí solo, al surgimiento del nacionalismo populista del siglo xix.

No obstante sus tensiones internas —en verdad, en algunos sentidos, merced a ellas (véase la cuarta parte)— Estados Unidos es la sociedad innovadora y creativa de hoy. Y también ejerce una influencia muy desquiciante en la escena mundial. Ciertamente, el comunismo, que, a juicio de muchos norteamericanos, es el principal factor de desasosiego, no hace más que capitalizar frustraciones y aspiracio-

nes nacidas de la influencia que Estados Unidos ejerce sobre el resto del mundo. Estados Unidos es el centro de la atención, la emulación, la envidia, la admiración y la animosidad mundiales. Ninguna otra sociedad inspira sentimientos tan vehementes. No existe ninguna otra sociedad cuyos problemas internos —incluida la violencia racial y urbana— sean escrutados con tanta atención. No existe ninguna otra sociedad cuya política despierte tanto interés, hasta el punto de que para muchos ciudadanos de países extranjeros la política interna norteamericana se ha convertido en una prolongación esencial de la propia. No existe ninguna otra sociedad que disemine de modo tan masivo su propia forma de vida y sus propios valores mediante la cinematografía, la televisión, las ediciones extranjeras de sus revistas nacionales con tiradas de muchos millones de ejemplares o sencillamente mediante sus productos. Ninguna otra sociedad es objeto de juicios tan dispares.

La influencia norteamericana

Al principio la influencia norteamericana sobre el mundo era de índole primordialmente idealista: a Estados Unidos se lo asociaba con la libertad. Después la influencia se hizo más materialista: Estados Unidos se convirtió en el país de las oportunidades, groseramente definidas en términos de dólares. Hoy en día las mismas ventajas materiales se pueden buscar en otras partes, con menos riesgos personales, y los asesinatos de los Kennedy y de Martin Luther King, así como las tensiones raciales y sociales, para no hablar de Vietnam, han empañado un poco la identificación de Estados Unidos con la libertad. En cambio, la influencia norteamericana es en primer término científica y tecnológica, como

consecuencia de la ventaja que Estados Unidos lleva en el campo científico, tecnológico y educacional.¹

El desarrollo científico y tecnológico es un proceso dinámico. Depende en primer lugar de los recursos que se le destinan, del personal disponible, de la base educacional sobre la que descansa y, en último lugar, pero no porque ello sea menos importante, de la libertad de innovación científica. Estados Unidos ocupa una posición de vanguardia en estos cuatro rubros. La sociedad norteamericana contemporánea destina más fondos a la ciencia e invierte más recursos en la investigación que cualquier otro país.²

Además, el pueblo norteamericano tiene acceso a la educación en mayor escala que el de la mayoría de las otras sociedades avanzadas. (Véanse los cuadros 4 y 5.) En Estados Unidos, a comienzos de la década de 1960, más del 66 por ciento de los jóvenes de 15 a 19 años estaban inscriptos en institutos educacionales. En Francia y Alemania Occidental las cifras correspondientes al mismo rubro eran de aproximadamente el 31 y el 20 por ciento, respectivamente. Las poblaciones sumadas de Francia, Alemania, Italia y el Reino Unido equivalen a la de Estados Unidos: más o menos 200 millones de almas. Pero en Estados Unidos el 43 por ciento de los jóvenes de edad universitaria están inscriptos, en tanto que en los otros cuatro países solamente lo están entre el 7 y el 15 por ciento (la cifra más baja corresponde a Italia y la más alta a Francia). El porcentaje soviético era inferior al de Estados Unidos aproximadamente en un 50 por ciento. En números reales hay alrededor de siete millones de estudiantes universitarios en Estados Unidos y sólo alrededor de un millón y medio en los cuatro países europeos. En el tope de la escala, que corresponde al grupo de 20 a 24 años, la cifra

norteamericana era del 12 por ciento, en tanto que la de Alemania Occidental, primer país de Europa en este rubro, era de alrededor del 5 por ciento.

Cuadro 4

ACCESO A LA EDUCACION SUPERIOR POR CADA 100.000 HABITANTES DE LA POBLACION TOTAL (1950, 1965)

	1950	1965	Aumento absoluto 1950-1965
Estados Unidos	1 508	2 840	+ 1 332
Alemania Occidental	256	632	+ 376
Francia	334	1 042	+ 708
Japón	471	1 140	+ 669
Unión Soviética	693	1 674	+ 981
Polonia	473	800	+ 327
India	113 (1963)	284	+ 171
Indonesia	8 (1963)	95	+ 87
Brasil	98	189	+ 91
Argelia	52	68	+ 16

Fuente: UNESCO Statistical Yearbook, 1967, cuadro 2.10, págs. 185-199.

Cuadro 5

CIFRA TOTAL DE GRADUADOS DE INSTITUTOS DE EDUCACION SUPERIOR POR CADA 100.000 HABITANTES DE LA POBLACION TOTAL (1964)

Estados Unidos	(1965)	349
Alemania Occidental		109
Francia		96
Japón		233
Unión Soviética		177
Polonia		81
India	(1962)	45
Indonesia		—
Brasil		25
Argelia		—

Fuente: UNESCO Statistical Yearbook, 1967, cuadro 2.14, págs. 259-268.

Para el grupo de 5 a 19 años la situación era a grandes rasgos idéntica para Estados Unidos y Europa Occidental (aproximadamente el 80 por ciento), y la Unión Soviética marchaba a la zaga con el 57 por ciento.³

Como consecuencia, Estados Unidos cuenta con una pirámide de talento social cuya ancha base puede sustentar eficazmente al vértice conductor y creativo. Esto es cierto a pesar de que en muchos sentidos la educación norteamericana tiene a menudo deficiencias intelectuales, sobre todo en comparación con las normas más rigurosas de los institutos secundarios europeos occidentales y japoneses. Sin embargo, la ancha base de gente relativamente capacitada facilita la rápida adaptación, el desarrollo y la aplicación social de las innovaciones o los descubrimientos científicos.⁴ Si bien no es posible hacer cálculos exactos, algunos expertos han sugerido que una sociedad contemporánea tendría dificultades para modernizarse rápidamente si, entre las personas en edad de tener educación superior, sólo la tuviera menos del 10 por ciento, y entre las personas en edad de tener educación elemental sólo la tuviera menos del 30 por ciento.

Además, tanto la estructura organizativa como la atmósfera intelectual del mundo científico norteamericano favorecen la experimentación y la rápida adaptación social. En un informe especial sobre la política científica norteamericana, elevado a principios de 1968, un grupo de expertos vinculados con la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) llegó a la conclusión de que la iniciativa científica y técnica está profundamente arraigada en la tradición y la historia norteamericanas.⁵ El espíritu de competencia y la importancia dada a la explotación inmediata han determinado que los frutos de los inmensos esfuerzos de investigación realizados en el campo de la

defensa y el espacio se hayan podido trasladar rápidamente a la economía total, a diferencia de lo que sucede en la Unión Soviética, donde los subproductos económicos de un esfuerzo de parecida magnitud han sido ahora insignificantes. Vale la pena destacar que “los mismos rusos estiman que la productividad de sus investigadores es inferior en un 50 por ciento a la de los norteamericanos y que se tarda dos o tres veces más en sacar provecho de las innovaciones”.⁶

Este clima y las recompensas concomitantes para los logros creativos generan una atracción magnética (el “drenaje de cerebros”) que evidentemente beneficia a los norteamericanos. Estados Unidos ofrece a muchos científicos profesionales, aun de países avanzados, no sólo mayores incentivos materiales sino también una oportunidad singular para explotar al máximo su talento. Antaño, los escritores y artistas occidentales se dirigían sobre todo a París. Ultimamente la Unión Soviética y China han ejercido alguna atracción ideológica, pero en ninguno de estos casos se observó el desplazamiento de un porcentaje ponderable de la élite científica. Aunque los científicos inmigrantes ven inicialmente a Estados Unidos como una plataforma para su trabajo creativo, y no como una sociedad nacional a la que transfieren su lealtad política, en la mayoría de los casos esta lealtad se obtiene luego mediante la asimilación. El magnetismo profesional que Estados Unidos ejerce sobre la élite científica del mundo no tiene precedentes históricos, ni por su magnitud ni por su envergadura.⁷

Aunque es probable que los europeos sientan esta atracción en menor medida (sobre todo en razón de los problemas internos de Estados Unidos y, en parte, en razón del adelanto científico europeo), el éxito del libro *El desafío americano*, de J. J.

Servan-Schreiber, refleja el hecho de que los europeos con inquietudes tienden básicamente a aceptar el argumento de que nadie está más próximo que Estados Unidos a ser la única sociedad auténticamente moderna desde el punto de vista de la organización y la escala de su mercado económico, su administración de empresas, la investigación, el desarrollo y la educación. (Por el contrario, se piensa que la estructura del gobierno norteamericano es notablemente arcaica.) La sensibilidad europea está condicionada en esta área no sólo por el temor al aumento del poderío tecnológico de Estados Unidos, sino también, y en gran medida, por la creciente presencia, en los mercados europeos, de importantes firmas norteamericanas que explotan la ventaja que les da su magnitud y su mejor organización para asumir gradualmente el control de industrias claves. La presencia de estas firmas; la aparición bajo su égida de algo afín a una nueva élite empresaria internacional; el estímulo que brindan, con su presencia, para la adopción de las prácticas y los sistemas de capacitación que son típicos de las compañías norteamericanas; la creciente conciencia de que la llamada brecha tecnológica es también una brecha gerencial y educacional . . . : todos estos factores determinaron que la élite empresaria y científica europea elaborara una evaluación positiva de la "tecnoestructura" norteamericana y deseara adaptar parcialmente la experiencia de Estados Unidos.

La influencia norteamericana sobre la cultura de masas, las costumbres de la juventud y las formas de vida es menos tangible pero no menos generalizada. Cuanto más alto es el ingreso per cápita de un país, tanto más aplicable parece ser el término "americanización". Esto indica que las formas exteriores de la conducta característica norteamericana de nuestra época no son tanto un

producto cultural como la expresión de un determinado nivel de desarrollo urbano, técnico y económico. Sin embargo, el hecho de que estas formas se aplicaran por primera vez en Estados Unidos y luego se "exportaran", determinó que se convirtieran en símbolos de la influencia norteamericana y de la relación de innovación y estímulo que predomina entre Estados Unidos y el resto del mundo.

Estados Unidos es un fenómeno singular de nuestro tiempo porque la confrontación con lo nuevo forma parte de la experiencia norteamericana cotidiana. Cuando el resto del mundo observa lo que sucede en Estados Unidos, para bien o para mal, descubre lo que le espera, ya se trate de los últimos descubrimientos científicos en materia espacial y de medicina o del cepillo de dientes eléctrico; del arte *pop* o del LSD; del aire acondicionado o de la contaminación atmosférica; de los problemas de la vejez o de la delincuencia juvenil. Las pruebas son más esquivas en materia de estilo, música, valores y costumbres sociales, pero también en estos casos el término "americanización" designa obviamente una fuente concreta.

Asimismo, los estudiantes extranjeros educados en universidades norteamericanas han promovido una revolución de tipo organizativo e intelectual en la vida académica de sus países. Los cambios que se han registrado en la vida académica de Alemania, el Reino Unido, Japón y, más recientemente, Francia, y en mayor medida en los países menos desarrollados, se pueden remontar a la influencia de las instituciones educacionales norteamericanas. Dado el progreso de las comunicaciones modernas, sólo será cuestión de tiempo que los estudiantes de la Universidad de Columbia y, digamos, los de la Universidad de Teherán, asistan simultáneamente a las disertaciones del mismo profesor.

Esto es tanto más probable cuanto que la sociedad norteamericana, más que cualquier otra, se "comunica" con el mundo entero.⁹ Aproximadamente el sesenta y cinco por ciento de las comunicaciones mundiales tienen su origen en este país. Además, Estados Unidos ha promovido activamente la implantación de un sistema de comunicación global vía satélite y marcha a la vanguardia en el desarrollo de una red mundial de información.¹⁰ Se espera que esta red tome cuerpo hacia 1975.¹¹ Por primera vez en la historia, el conocimiento acumulado de la humanidad será accesible en escala global y podrá obtenerse en forma casi instantánea, a pedido.

¿Un nuevo imperialismo?

Todos estos factores determinan que exista un nuevo tipo de relación entre Estados Unidos y el mundo. Esta relación tiene connotaciones imperialistas y sin embargo es en esencia muy distinta de la tradicional estructura imperial. En verdad, el hecho de que después de la Segunda Guerra Mundial varias naciones pasaran a depender directamente de Estados Unidos en cuestiones de seguridad, política y economía, creó un sistema que desde muchos puntos de vista, incluido el de la envergadura, guardaba una semejanza superficial con los imperios británico, romano y chino de antaño.¹² Más de un millón de soldados norteamericanos acantonados en unas cuatrocientas bases estadounidenses de primera magnitud y en casi tres mil bases menores diseminadas por todo el mundo; las cuarenta y dos naciones atadas a Estados Unidos por pactos de seguridad; las misiones militares norteamericanas que entrenan a oficiales y soldados en muchos otros ejércitos nacionales y

los aproximadamente doscientos mil empleados civiles del gobierno norteamericano que ocupan cargos en el exterior, crean llamativas analogías con los grandes sistemas imperiales clásicos.¹³

Sin embargo, el concepto de "imperial" enmascara, en lugar de develar, una relación entre Estados Unidos y el mundo que es más compleja y también más íntima. El aspecto "imperial" de la relación fue, en primer lugar, una respuesta transitoria y bastante espontánea al vacío que creó la Segunda Guerra Mundial y a la posterior amenaza del comunismo. Además, nunca se estructuró formalmente ni se legitimó en forma explícita. El "imperio" fue, cuanto más, un sistema informal caracterizado por el deseo de igualdad y no intervención. En razón de ello, fue más fácil que los atributos "imperiales" se replegaran apenas cambiaron las condiciones. Hacia fines de la década de 1960, la anterior dependencia político-militar directa respecto de Estados Unidos había declinado, con pocas excepciones (muchas veces a pesar de los esfuerzos políticos de Estados Unidos encaminados a prolongarla). Su lugar lo ocupó la influencia más vasta pero menos tangible de la presencia y la innovación económicas norteamericanas, surgidas directamente de Estados Unidos o estimuladas en el exterior por las inversiones norteamericanas (las cuales rinden anualmente un producto bastante mayor que el producto bruto nacional de la mayoría de los grandes países).¹⁴ En efecto, "la influencia norteamericana tiene una naturaleza porosa y casi invisible. Funciona mediante la interpenetración de las instituciones económicas, la armonía cordial de los dirigentes y partidos políticos, los conceptos compartidos de los intelectuales refinados, la fusión de los intereses económicos. Es, en otras palabras, algo nuevo en el mundo, algo que todavía no ha sido bien elucidado."¹⁵

Lo que los análisis más ortodoxos del imperialismo, y sobre todo los marxistas, no llegan a captar, es lo que hay de novedoso en la relación —compleja, íntima y porosa— de Estados Unidos con el mundo. Quienes interpretan dicha relación sólo en términos de una embestida imperial, hacen caso omiso del papel que desempeña la dimensión esencial de la revolución tecnológico-científica. Esta revolución no sólo cautiva la imaginación de la humanidad (¿quién puede dejar de conmoverse frente al espectáculo del hombre que llega a la Luna?) sino que estimula, ineludiblemente, la imitación de los más avanzados por los más atrasados y promueve la exportación de nuevas técnicas, métodos y aptitudes organizativas desde los primeros hacia los segundos. Sin duda esto genera una relación asimétrica, pero es necesario examinar el contenido de esta asimetría antes de aplicarle el mote de imperialismo. Como toda otra sociedad, Estados Unidos prefiere, ciertamente, ser más y no menos avanzado, pero también asombra que ningún otro país haya hecho un esfuerzo parecido —de origen oficial y privado, mediante empresas y sobre todo mediante fundaciones— encaminado a exportar su experiencia técnica, a divulgar sus descubrimientos especiales, a impulsar nuevos métodos agrícolas, a mejorar los centros educacionales, a controlar el crecimiento demográfico, a mejorar la atención médica, etcétera. Todo esto tiene connotaciones imperialistas y sin embargo sería engañoso rotularlo así.¹⁶

En verdad, a los norteamericanos que no consiguen entender cabalmente lo que sucede en su propia sociedad, les resulta difícil captar la influencia global que ha ejercido dicha sociedad en su papel singular de diseminadora de la revolución tecnotrónica. Esta influencia es contradictoria: favorece y socava simultáneamente los intereses nor-

teamericanos, tal como han sido enunciados por los artífices de la política norteamericana; promueve la causa de la cooperación en mayor escala al mismo tiempo que desarticula las estructuras sociales o económicas vigentes; sienta las bases para el bienestar y la estabilidad y nutre a las fuerzas que luchan por la inestabilidad y la revolución. A diferencia de las potencias imperialistas tradicionales, que se aferraban al principio del *divide et impera* (aplicado con llamativa similitud por los británicos en la India y más recientemente por los rusos en Europa Oriental), Estados Unidos ha tratado de promover el regionalismo tanto en Europa como en América latina. Sin embargo, al proceder así, ha contribuido a crear organismos de mayor envergadura que están en mejores condiciones para resistir su influencia y competir económicamente. La modernización, copiada implícita y muchas veces explícitamente del modelo norteamericano, favorece, potencialmente, un mayor bienestar económico, pero en el ínterin desquicia las instituciones existentes, socava las costumbres prevalecientes y estimula resentimientos que apuntan directamente contra la fuente del cambio: Estados Unidos. El resultado es una fuerte tensión entre la estabilidad y el orden globales que Estados Unidos busca subjetivamente, y la inestabilidad, la impaciencia y la frustración que promueve inconscientemente.

Estados Unidos se ha presentado como la primera sociedad global de la historia. Es una sociedad cada vez más difícil de delinear en términos de sus fronteras culturales y económicas exteriores. Además, es difícil que en el futuro próximo Estados Unidos deje de ejercer la influencia innovadora que caracteriza su relación actual con el mundo. Los países que (extrapolando las tendencias actuales) alcanzarán a fines de este siglo el nivel del producto bruto nacional per cápita que Estados Unidos

tenía en 1965, probablemente no serán más de trece.¹⁷ A menos que se produzca un gran estancamiento científico y económico o una crisis política (véase la cuarta parte), a fines de siglo Estados Unidos continuará siendo un factor importante de cambio global, al margen de que el espíritu subjetivo predominante sea pro o antinorteamericano.

NOTAS

¹ Incurriendo en una gran generalización, se puede decir que Roma exportó el derecho; Inglaterra la democracia parlamentaria de partidos; Francia la cultura y el nacionalismo republicano; y que Estados Unidos exporta actualmente la innovación tecnológico-científica y la cultura de masas derivada del gran consumo.

² Según un informe legislativo de 1968, "actualmente, Estados Unidos gasta en investigación y desarrollo unos 24.000 millones de dólares anuales —aproximadamente dos tercios de ellos financiados por el gobierno federal— contra solo 6000 millones que invierte toda Europa Occidental". Se ha calculado que la cifra que corresponde a la Unión Soviética oscila alrededor de los 8000 millones de rublos, pero puesto que los costos norteamericanos son más altos, un rublo compra aproximadamente 3 dólares de investigación. En 1962, según la OCDE, Estados Unidos invertía 93,70 dólares per cápita en investigación y desarrollo; Gran Bretaña 33,50 dólares; Francia 23,60 dólares; y Alemania 20,10 dólares. Tomando como punto de referencia el producto bruto nacional, Estados Unidos invertía en investigación y desarrollo el 3,1 por ciento; Gran Bretaña el 2,2; Francia el 1,5; Polonia el 1,6; Alemania el 1,3; y la Unión Soviética el 2,2. El total de científicos, ingenieros y técnicos consagrados a la investigación y el desarrollo ascendía a 1.159.500 en Estados Unidos; 211.100 en Gran Bretaña; 111.200 en Francia; 142.200 en Alemania; 53.800 en Bélgica y Holanda; y aproximadamente 1.000.000 en la Unión Soviética. Véase C. Freeman y A. Young: *The Research and Development Effort in Western Europe, North America and the Soviet Union*, OECD, 1965, págs. 71-72, 124. Fuente para Polonia: Discurso de A. Werblan, publicado por Polish Press Agency, 15 de octubre de 1968. Los polacos preveían llegar al 2,5 por ciento sólo hacia 1975. Para una estima-

ción optimista del potencial humano de la URSS en el campo científico, véase *Scientific Policy in the USSR*, informe especial de la OCDE, 1969, sobre todo págs. 642-647. En escala global, Estados Unidos aporta aproximadamente un tercio del potencial humano total del mundo en el campo científico. Véase "The Scientific Brain Drain from the Developing Countries to the United States", *Twenty-third Report by the Committee on Government Operations*, Cámara de Representantes, Washington, D.C., marzo de 1968, pág. 3, que en adelante citaremos como *Report*...

³ Cyril E. Black: "Soviet Society: A Comparative View", en Allen Kassof (comp.): *Prospects for Soviet Society*, Nueva York, 1968, pág. 36; A. B. Trowbridge: "The Atlantic Community Looks to the Future", en *Department of State Bulletin*, 17 de julio de 1967, pág. 72.

⁴ La ventaja científica de Estados Unidos es particularmente grande en las llamadas industrias de frontera, que abarcan los campos más avanzados de la ciencia. Se ha calculado que aproximadamente el 80 por ciento de los descubrimientos científicos y técnicos hechos durante las últimas décadas se originaron en Estados Unidos. Casi el 79 por ciento de las computadoras del mundo trabajan en Estados Unidos. La ventaja norteamericana en materia de lasers es aun más marcada. La Agencia Internacional de Energía Atómica ha calculado (en su informe *Power and Research Reactors in Member States*, Viena, 1969) que Estados Unidos utilizará más energía nuclear con fines pacíficos que la suma de los 11 países que lo siguen (incluidos Japón, toda Europa Occidental, Canadá y la Unión Soviética).

Para medir el grado de innovación, los analistas de la OECD indagaron dónde se usaron por primera vez 139 inventos escogidos. Se investigaron nueve sectores industriales que dependían mucho de las innovaciones (computadoras, semiconductores, productos farmacéuticos, plásticos, hierro y acero, máquinas herramientas, metales no ferrosos, instrumental científico y fibras sintéticas). Los resultados mostraron que en los últimos 20 años Estados Unidos tuvo la tasa más alta de innovación, porque aproximadamente el 60 por ciento de los 139 inventos se utilizaron por primera vez en dicho país (el 15 por ciento en Gran Bretaña, el 9 por ciento en Alemania, el 4 por ciento en Suiza, el 3 por ciento en Suecia). Estados Unidos cobra el 50-60 por ciento de todas las facturas del área de la OCDE por patentes, licencias, etcétera. También predomina en el campo comercial, porque le corresponde alrededor del 30 por ciento de la exportación mundial de grupos de productos de investigación intensiva. Véase J. Richardson y

Ford Parks: "Why Europe Lags Behind", *Science Journal*, vol. 4, agosto de 1968, págs. 81-86.

Llama la atención, por ejemplo, el hecho de que si bien Europa Occidental todavía supera ligeramente a Estados Unidos en el rubro de las patentes registradas por año, la aplicación industrial de éstas es "aproximadamente ocho veces mayor en Estados Unidos.

El liderazgo norteamericano también sobresale en el campo de la ciencia pura. En un informe inusitadamente categórico, la Academia Nacional de Ciencias afirmó a fines de 1968 que Estados Unidos marcha a la vanguardia en el campo de la matemática, y citó como prueba el hecho de que el 50 por ciento de las prestigiosas Fields Medals conferidas desde 1945 fueron otorgadas a norteamericanos; que los matemáticos norteamericanos desempeñan un papel de primera línea en los congresos internacionales de esta disciplina (presentando más del 33 por ciento de las ponencias científicas), y que las revistas extranjeras de matemática citan con extraordinaria frecuencia las investigaciones norteamericanas. Véase *The New York Times*, 24 de noviembre de 1968.

También es cada vez más acentuado el predominio norteamericano en los premios Nobel de física, química y medicina. Entre los años 1901 y 1939 Estados Unidos y Canadá ganaron 13 premios, en tanto que Francia, Alemania, Italia, el Benelux y el Reino Unido ganaron un total de 82, Escandinavia ganó 8, la URSS 4 y Japón ninguno. Entre 1940 y 1967 las cifras respectivas fueron: 42, 50, 6, 8 y 2.

⁵ "Desde las primeras horas de la República, el derecho de los ciudadanos a 'buscar la dicha', estipulado en la Declaración de la Independencia, ha sido uno de los principios capitales de la sociedad norteamericana. También es la base de una política social inspirada por la perspectiva de nuevos beneficios emanados de la iniciativa científica y técnica. ¿Cómo podríamos dudar del aporte esencial que estos beneficios, que en verdad han contribuido tanto a la defensa nacional y a la carrera por el prestigio mundial, prestarán para la conquista de otras grandes metas nacionales? Este es el impulso que le ha conferido a la ciencia, madre del conocimiento, la imagen de un verdadero recurso nacional. La empresa está indisolublemente ligada a los fines de la sociedad norteamericana, que trata de construir su futuro sobre el progreso de la ciencia y la tecnología. En este sentido, toda la sociedad es una consumidora de conocimiento científico, que se aplica para distintos fines: en el siglo pasado, para aumentar la productividad agrícola y facilitar el desarrollo territorial, y después para apuntalar la defensa nacional, para salvaguardar la salud pública

y para explorar el espacio. Estas actividades influyen sobre el destino de la nación, y parece natural que todas las aptitudes se movilicen para cooperar. Así es como la industria, las universidades y las organizaciones privadas se asocian al programa del gobierno". Conclusión de un informe preparado por el secretariado de la OCDE, enero de 1968, según la cita del *New York Times*, 13 de enero de 1968, pág. 10.

⁶ "The Technological Gap in Russia", *The Economist*, 9 de febrero de 1969.

⁷ Como dijo E. Piore, vicepresidente y principal científico de IBM: "Estados Unidos se ha convertido en el centro intelectual del mundo, el centro de las artes, la ciencia, la economía." Véase "Towards the Year 2000", *Daedalus*, verano de 1967, pág. 958. Es sintomático que a comienzos de la década de 1960, el 44 por ciento de los paquistaníes que estudiaban en institutos de educación superior de 15 países extranjeros lo hicieran en Estados Unidos, así como el 59 por ciento de los indios, el 32 por ciento de los indonesios, el 56 por ciento de los birmanos, el 90 por ciento de los filipinos, el 64 por ciento de los tailandeses y el 26 por ciento de los cingaleses. Véase Gunnar Myrdal: *Asian Drama*. Nueva York, 1968, pág. 1773. En 1967 Estados Unidos otorgó 10.690 títulos de médico en sus propias universidades, y en ese mismo año recibió como inmigrantes permanentes a 3457 médicos. Véase *Report ...*, pág. 3. También en ese año emigraron a Estados Unidos 10.506 científicos, ingenieros y médicos de los países desarrollados. Véase "The Brain-Drain of Scientists, Engineers and Physicians from the Developing Countries to the United States", audiencia ante una Subcomisión de Actos del Gobierno, Cámara de Representantes, Washington, D.C., 23 de enero de 1968, págs. 2, 96, en adelante citado como *Hearing ...*

⁸ John Diebold: "Is the Gap Technological?", *Foreign Affairs*, enero de 1968, págs. 276-291.

⁹ Para ejemplos del predominio de las comunicaciones norteamericanas sobre la élite latinoamericana de ingenieros y técnicos, véase Paul J. Deutschmann y otros: *Communication and Social Change in Latin America*. Nueva York, 1968, especialmente págs. 56, 70.

¹⁰ El Instituto de Política y Planeamiento, de Arlington, Virginia, calcula que el volumen de comunicación por dígitos no tardará en exceder a la conversación humana sobre el Atlántico. Esto ya ha sucedido en Estados Unidos. Además, en el curso de la próxima década el valor de la exportación de información de Estados Unidos a Europa superará el valor de las exportaciones materiales.

¹¹ Véase Leonard H. Marks: "American Diplomacy and a Changing Technology", *Television Quarterly*, primavera de 1968, págs. 7 y 9.

¹² Bruce M. Russett: "Is There a Long-Run Trend toward Concentration in the International System?", *Journal of Comparative Political Studies*, abril de 1968. Para analogías un poco forzadas con imperios pasados, véase George Liska: *Imperial America*, Baltimore, 1966; y para una evaluación muy crítica, véase Claude Julien: *L'Empire américain*, París, 1968, especialmente caps. 1, 6-11; véase también de Ronald Steel: *Pax Americana*, Nueva York, 1967. Para una crítica del enfoque "imperial", véase Stanley Hoffmann: *Gulliver's Troubles*. Nueva York, 1968, págs. 46-51.

¹³ *The New York Times*, 17 de noviembre de 1968, informa, citando fuentes oficiales, que 200.000 civiles norteamericanos trabajan en el exterior. Respecto de compromisos, véase *US Commitments to Foreign Powers*, Comisión de Relaciones Exteriores, Washington, D.C., 1967, especialmente págs. 49-71; para datos sobre bases, véase *The New York Times*, 9 de abril de 1969.

¹⁴ Judd Polk: "The New World Economy", en *Columbia Journal of World Business*, enero-febrero de 1968, pág. 8, calcula que la inversión norteamericana en el exterior se traduce en remesas de aproximadamente 165 mil millones de dólares.

¹⁵ Joseph Kraft: "The Spread of Power", *The New York Times Book Review*, 22 de setiembre de 1968, pág. 10 (crítica del libro de Amaury de Riencourt: *The American Empire*. Nueva York, 1968).

¹⁶ En este contexto, compárase *The Age of Imperialism*, de Harry Magdoff, Nueva York, 1969, que ve a Estados Unidos simplemente como una potencia imperial con motivaciones políticas, por un lado, con *President's Five-Year Review and Annual Report*, 1968, de la Fundación Rockefeller, que describe las actividades de la Fundación en el extranjero, por otro. También se puede citar a la Fundación Ford.

¹⁷ Hermann Kahn y Anthony J. Wiener: *The Year 2000*. Nueva York, 1967, pág. 149. [Hay versión castellana: *El año 2000*. Madrid, Alianza, 1969.]

III

GUETOS GLOBALES

El Tercer Mundo es víctima de la revolución tecnotrónica. Sea que los países menos desarrollados crezcan rápida o lentamente o que no crezcan en absoluto, es casi inevitable que muchos de ellos sigan dominados por sentimientos cada vez mayores de carencia psicológica. En un mundo electrónicamente intercomunicado, el subdesarrollo absoluto o relativo será intolerable, en especial cuando los países más avanzados empiecen a superar la era industrial en la que los países menos desarrollados todavía tienen que ingresar. Ya no se trata de la "revolución de las expectativas crecientes". El Tercer Mundo enfrenta, ahora, el espectro de las aspiraciones insaciables.

En otra época histórica, los problemas insolubles alimentaban el fatalismo, porque se pensaba que formaban parte de una condición universal. Actualmente, los mismos problemas provocan frustración porque se los interpreta como un fenómeno particular que no aflige a otros, más afortunados. El problema de los guetos urbanos de Estados Unidos tiene una analogía elocuente con la posición global de los países menos desarrollados, sobre todo de Africa y Asia. Su problema no consiste en la falta de cambio.¹ Ni siquiera, en algunos casos, en el cambio insuficientemente rápido, porque en los

últimos años varios países subdesarrollados alcanzaron una tasa de crecimiento extraordinaria y sostenida (por ejemplo, Corea del Sur, Taiwan y Ghana). Su problema emana, más exactamente, de una creciente sensación de carencia relativa, que se agudiza en razón del desarrollo de la educación y las comunicaciones. Como consecuencia, es posible que la resignación pasiva deje paso a estallidos activos de ira espontánea.

Perspectivas de cambio

Es inmensamente difícil pronosticar el rumbo económico y político que tomarán los países subdesarrollados. Es posible que algunos de ellos, y particularmente los de América latina, hagan progresos respetables y lleguen, dentro de las dos décadas próximas, al nivel económico de los países actualmente más avanzados. También es posible que en los mapas de Asia y Africa se multipliquen los islotes de desarrollo, suponiendo que en el conjunto de esas regiones impere un clima de paz y de estabilidad política relativas. Pero el pronóstico general no es optimista. Las proyecciones medias confeccionadas para varios de los países subdesarrollados más importantes vaticinan que en 1985 el producto bruto nacional per cápita será de 107 dólares para Nigeria, de 134 dólares para Pakistán, de 112 dólares para Indonesia, de 169 dólares para la India, de 185 dólares para China, de 295 dólares para la República Árabe Unida y de 372 dólares para Brasil. (A modo de contraste, en 1985 la cifra per cápita prevista para Estados Unidos es de 6510 dólares, para Japón de 3080 dólares, para la URSS de 2660 dólares y para Israel de 2978 dólares.)² Lo más notable es que en tanto es probable que el producto bruto nacional per

cápita de los países avanzados que acabamos de citar se duplique entre los años 1965 y 1985, en esas mismas dos décadas de desarrollo el producto bruto nacional per cápita de un nigeriano sólo se incrementará en 14 dólares, el de un paquistaní en 43 dólares, el de un indonesio en 12 dólares, el de un indio en 70 dólares, el de un chino en 88 dólares, el de un egipcio en 129 dólares y el de un brasileño en 92 dólares.

En los últimos años se ha debatido intensamente la amenaza que la superpoblación entraña para el desarrollo económico, y en verdad para la existencia misma. Hay que agregar que esta amenaza incluye un crucial componente sociopolítico. La superpoblación promueve la fragmentación de las haciendas rurales y por consiguiente estratifica y complica aun más la estructura de clases campesina, agravando las desigualdades o intensificando los conflictos de clase. También es muy probable que se produzcan tremendos problemas de desocupación. Según la Organización Internacional del Trabajo, hacia 1980 la fuerza de trabajo de las naciones asiáticas en vías de desarrollo habrá trepado de los 663 millones a los 938 millones de personas. En el mismo periodo, según las proyecciones de las tasas actuales de crecimiento, se crearán sólo 142 millones de nuevos empleos.³

Aunque admitamos que el control de la natalidad tenga una aceptación creciente y que esto baste para solucionar el problema de la superpoblación, el panorama económico de los países subdesarrollados, vertido en términos del producto bruto nacional per cápita, sólo se ilumina marginalmente cuando se lo compara con las cifras previstas para las sociedades más avanzadas. Por ejemplo, en el caso poco probable de que hacia 1985 la población de Indonesia sea la misma de 1965, su producto bruto nacional per cápita será de 200 dólares en

lugar de los 112 previstos; en las mismas condiciones, el de Pakistán será de 250 dólares en lugar de los 134 previstos y el de la República Árabe Unida será de casi 500 dólares en lugar de 295. Puesto que es inevitable que se produzca un cierto crecimiento demográfico, las cifras enunciadas corresponden a niveles inalcanzables, aunque sean en sí mismas singularmente pobres cuando se las compara con las de las regiones más avanzadas del globo.

La mención de estas cifras no excluye la posibilidad de que se hagan adelantos en algunos campos. Probablemente sea cierto que "la imagen del mundo de 1985 dista de ser desoladora, no obstante el hecho de que todavía subsistirán grandes áreas de pobreza. En verdad, hacia 1985, se habrán eliminado, en general, las hambrunas masivas, la carencia masiva de vivienda y las epidemias que han diezmando, históricamente, a poblaciones íntegras. Aunque los países subdesarrollados seguirán siendo comparativamente pobres, tendrán un acceso mayor y más inmediato al transporte y a los sistemas de comunicaciones internacionales, y al suministro de drogas, asistencia médica, alimentos, techo y ropas, mediante la ayuda mundial, en caso de catástrofe. El excedente de la producción norteamericana será un elemento importante para la alimentación de las naciones pobres." ⁴ Es lícito suponer que la mayor planificación internacional en materia de acuerdos de intercambio de mercancías, medios de transporte, regulaciones sanitarias, finanzas y educación, permitirá abordar de manera más ordenada y deliberada los problemas que nacen del atraso, del crecimiento lento y de la mayor disparidad entre los niveles de vida. La implantación de comunicaciones cada vez más estrechas permitirá reaccionar instantáneamente frente a las emergencias y practicar consultas visuales continuas, a

larga distancia, entre especialistas. En caso de necesidad, la ayuda podría mobilizarse y desplazarse de un extremo al otro del globo en tanto tiempo como el que ahora se emplea para enfrentar un desastre nacional... o incluso urbano.

La revolución agrícola de Asia ya pone en tela de juicio el realismo de las predicciones sobre hambrunas y mortandades masivas que estaban tan de moda. Las campañas educacionales masivas y la introducción de nuevos cereales y abonos han estimulado un aumento impresionante de la productividad. Es posible que dentro de pocos años Pakistán, las Filipinas y Turquía se conviertan en países exportadores de granos. Tailandia y Birmania ya lo son. Quizás el efecto acumulativo de estos éxitos sirva para "apuntalar la confianza de los dirigentes nacionales en su capacidad para encarar otros problemas aparentemente insolubles. Quizá sirva también para reforzar la fe en la tecnología moderna y en el potencial que ésta tiene para aumentar el bienestar de sus pueblos."⁵

Sin embargo, aunque se cumplan los vaticinios más optimistas, sigue en pie el hecho de que, por mucho que mejoren en algunos sentidos las condiciones materiales de vida del Tercer Mundo, estas mejoras no podrán marchar a la par de los factores que alimentan el cambio psicológico. El cambio básico, revolucionario, es el producto de la educación y las comunicaciones. Este cambio, necesario y deseable para estimular una actitud receptiva respecto de las innovaciones (por ejemplo, para que los campesinos acepten los fertilizantes), también hace tomar conciencia de las insuficiencias y del atraso.

En este sentido es revelador cotejar la transformación socioeconómica contemporánea del Tercer Mundo con la que se produjo en Rusia a comienzos de siglo. En Rusia la revolución industrial se ade-

lantó a la educación masiva: la alfabetización siguió, en lugar de preceder, al cambio material.⁶ Los movimientos revolucionarios, y sobre todo el marxista, lucharon por cerrar la brecha mediante la educación política, o sea la radicalización de las masas. Ahora, en el Tercer Mundo, una revolución subjetiva precede al cambio del entorno objetivo y produce un estado de desasosiego, intranquilidad, cólera, angustia e indignación. En verdad, se ha observado que "cuanto más se acelera la ilustración más frecuente es el derrocamiento de los gobiernos".⁷

Esta brecha entre la conciencia naciente de las masas y la realidad material parece estar ensanchándose. En los años 1958-1965 el ingreso per cápita del ciudadano indio aumentó de 64 a 86 dólares⁸ y el del indonesio de 81 a 85 dólares; el ingreso del argelino disminuyó de 236 a 195 dólares.⁹ El porcentaje de la población económicamente activa en rubros ajenos a la agricultura aumentó sólo en Argelia (del 10 al 18 por ciento). En las grandes áreas atrasadas no se produjeron adelantos significativos en materia de vivienda, cantidad de médicos por cada mil habitantes y consumo personal. En algunas de ellas se produjo, incluso, un retroceso.¹⁰ (Véase el cuadro 6.)

La transformación subjetiva

Aunque las condiciones objetivas cambian lentamente, el entorno subjetivo se modificó a ritmo acelerado. Los progresos más espectaculares se han registrado, sobre todo, en dos campos: el de las comunicaciones y el de la educación. La cantidad de radios se cuadruplicó, en la India, entre 1958 y 1966 (de 1.500.000 a 6.400.000); en el resto del Tercer Mundo las cifras se han duplicado o tripli-

cado. La era de la televisión apenas comienza en estas regiones, pero es indudable que en las dos décadas próximas las radios de transistores y la televisión estarán al alcance de todos.¹¹ El acceso a la educación superior también ha progresado aceleradamente: en la India, el aumento fue, entre 1958 y 1963, de aproximadamente el 50 por ciento (de 900.000 a 1.300.000 estudiantes), y hacia 1968 había alrededor de 1.900.000 alumnos en 2749 facultades y 80 universidades; en Indonesia el aumento fue del 30 por ciento (de 50.000 a 65.000) entre 1958 y 1964 y en la República Árabe Unida fue de más del 50 por ciento (de 83.000 a 145.000) durante ese mismo quinquenio. La inscripción en las escuelas primarias de la India saltó de 18.500.000 alumnos en 1951 a 51.500.000 alumnos en 1966, según las estadísticas de la UNESCO. (Véase el cuadro 7.)

El mayor acceso a la educación provoca, a su vez, problemas específicos. Por un lado, el acceso a la capacitación avanzada, sobre todo de naturaleza técnica, es demasiado restringido para sustentar una modernización de gran envergadura e intensidad.¹² En el Tercer Mundo la educación técnica intermedia todavía está penosamente atrasada. Por otro lado, muchos de los países menos desarrollados aún tienen insuficiente capacidad para absorber al personal capacitado y en razón de ello se forma una clase de graduados universitarios insatisfechos, compuesta especialmente por egresados de las facultades de derecho y de artes liberales, graduados que no pueden encontrar empleos remunerativos acordes con sus mayores pretensiones. Aunque éste ya es un problema agudo en varios países,¹³ podría empeorar si se automatizaran las fábricas y las burocracias de los países menos desarrollados, que ya están sobresaturadas de personal.¹⁴

Cuadro 6

	P.N. per cápita en dólares norteamericanos		Porcentaje de la población empleado fuera de la agricultura		Aumento (en porc.)
	1958	1966	1950	1960	
Estados Unidos	2 602	3 842	90,4	93,5	3,1
Alemania Occidental	1 077	2 004	74,2	86,6 (1961)	12,4
Francia	1 301	2 052	72,5 (1954)	80,2 (1962)	7,7
Italia	598	1 182	60,5 (1951)	71,8 (1962)	11,3
Unión Soviética	1 100	1 500 (1965)	52,0	60,8 (1959)	8,8
Polonia	800	1 100 (1965)	42,8	46,6	• 3,8
Checoslovaquia	—	—	61,4	80,5 (1965)	19,1
Japón	344	986	—	74,0	—
India	72	105	27,0 (1951)	27,1 (1961)	0,1
Indonesia	84	95 (1963)	—	32,0 (1961)	—
República Árabe Unida	120	179 (1965)	37,3 (1947)	43,3	0,6
Brasil	310	333	51,9	48,4	-3,5

	Porcentaje de población en localidades de más de 20.000 habitantes		Cantidad media de personas por habitación		Aumento (en porc.)
	1950	1960	1950	1960	
Estados Unidos	41,4	46,9	0,7	0,7	0,0
Alemania Occidental	41,5	47,6	—	0,9	—
Francia	33,3 (1954)	—	1,0 (1954)	1,0 (1962)	0,0
Italia	41,2 (1951)	—	1,3 (1951)	1,1 (1961)	-0,2
Unión Soviética	—	35,5 (1959)	—	1,5 (1956)	—
Polonia	25,5	31,9	—	1,7 (1961)	—
Checoslovaquia	21,0 (1947)	25,3 (1961)	1,5	1,3 (1961)	-0,2
Japón	—	72,0	—	1,2 (1963)	—
India	12,0 (1951)	—	—	2,6	—
Indonesia	9,1 (1955)	—	—	—	—
República Árabe Unida	29,1 (1947)	29,1 (1955)	—	1,6	—
Brasil	20,1	28,1	1,3	1,3	0,0

Cuadro 7

	Número de alumnos en institutos de enseñanza superior			Número de radios		
	1958	1965	Aumento (en porc.)	1958	1966	Aumento (en porc.)
Estados Unidos	3.042.200	5.526.325	81,6	161.000.000	262.700.000	63
Alemania Occidental	173.320	372.929	115	15.263.000	27.400.000	79
Francia	186.101	509.764	174	10.646.000	15.861.000	49
Italia	216.248	300.940	39	6.112.000	11.163.000	83
Unión Soviética	2.178.900	3.860.500	77	36.667.000	76.800.000	109
Polonia	111.820	251.864	125	4.465.000	5.593.000	25
Checoslovaquia	48.805	141.687	190	3.317.000	3.829.000	15
Japón	566.551	1.116.430	97	14.610.000	24.787.000	70
India	913.380	1.310.000 (1963)	43	1.560.000	6.485.000	316
Indonesia	49.557	65.635 (1964)	32	631.000	1.250.000	98
República Árabe Unida	83.251	177.123	113	792.000	1.613.000 (1965)	104
Brasil	86.868	155.781	79	4.000.000	7.500.000 (1964)	88

	Número de receptores de televisión		Número de teléfonos		Aumento (en porc.)
	1958	1966	1958	1966	
Estados Unidos	50.250.000	74.100.000	66.630.000	98.789.000	48
Alemania Occidental	2.125.000	12.720.000	5.090.102	9.532.417	87
Francia	989.000	7.471.000	3.703.578	6.554.441	77
Italia	1.098.000	6.855.000	2.988.465	6.467.597	116
Unión Soviética	1.767.000	19.000.000	2.370.000	4.459.000 (1965)	88
Polonia	85.000	2.540.000	446.236	1.411.481	216
Checoslovaquia	328.000	2.375.000	789.679	1.582.852	100
Japón	1.600.000	19.002.000	4.334.602	16.011.745	269
India	400 (1962)	4.000	367.000	926.617	153
Indonesia	—	4.600	—	116.332	28
República Árabe Unida	128.000 (1962)	375.000	185.452	335.000	81
Brasil	700.000	2.500.000	928.117	1.431.653	54

Fuentes de cuadros 6 y 7: *UN Statistical Yearbooks, 1960-1967*; *UNESCO Yearbook, 1967*.

El nivel con frecuencia bajo de lo que se describe oficialmente como educación superior también contribuye a agravar el problema. Según una descripción confesadamente subjetiva, pero perspicaz: "En el mejor de los casos, quizás el 5 por ciento del total de alumnos de los institutos de enseñanza superior de la India reciben lo que las normas aprobadas en todo el mundo reconocerían como una educación decorosa... En la mayoría de los lugares las pautas académicas han caído tan bajo que apenas se podría decir de ellas que han sobrevivido."¹⁵ Esta situación no está circunscripta en modo alguno a la India. "En las escuelas sudasiáticas de todos los niveles la enseñanza tiende a desalentar el pensamiento autónomo y el desarrollo de esa mentalidad inquisitiva y experimental que es imprescindible para el desarrollo... No se trata sólo de que a los pueblos sudasiáticos los estén educando insuficientemente: los están maleducando en gran escala."¹⁶ También en América latina: "Ya se ha reconocido plenamente que, en América latina, la educación tiene defectos capitales, que existe una alta tasa de analfabetismo, y que el sistema educacional no guarda relación con las exigencias del desarrollo económico, al margen de las graves deficiencias que existen en otros rubros culturales."¹⁷ La "educación" de este tipo favorece la formación de una clase de jóvenes insuficientemente preparados, cuya frustración, creciente radicalismo y susceptibilidad a los esquemas utópicos la hacen muy semejante a la *intelligentzia* del siglo XIX de las regiones más atrasadas de Europa, y particularmente de Rusia y los Balcanes.

Un pequeño porcentaje de estudiantes —que están excepcionalmente dotados y pueden conseguir becas o que provienen de familias ricas— viajan al exterior en busca de una educación mejor. Como consecuencia de ello, sienten la tentación

de adaptarse a los estilos y formas de vida extranjeros e incluso de quedarse en otros países. En efecto, se escinden de su propia sociedad, sea emigrando internamente cuando regresan o absteniéndose, sencillamente, de regresar. En 1967, por ejemplo, el 26 por ciento de los jóvenes chinos que estudiaban ciencias e ingeniería en Estados Unidos optaron por no volver a Taiwan. Para la India, el porcentaje fue del 21 por ciento y para Corea y Pakistán fue del 15 y el 13 por ciento respectivamente.¹⁸ Es desconcertante que los países subdesarrollados hayan aportado exactamente la mitad de la cantidad total de ingenieros, científicos y médicos que emigraron a Estados Unidos en el año que concluyó en junio de 1967: 10.254 sobre 20.760.¹⁹ Se prevé que esta cifra aumentará en los años por venir.²⁰ Simultáneamente, muchos de los que regresan a sus países natales lo hacen después de haberse “sumergido en valores y en un sistema educacional que preparan a los individuos para vivir en un país avanzado, y que pueden restarles la posibilidad de desarrollar una personalidad acorde con las exigencias de una vida activa en sus propias comunidades”.²¹

El efecto acumulativo de estos factores favorece la implantación de un esquema político muy turbulento y extraordinariamente amorfo. Sin considerar las diferencias específicas que existen entre los países del Tercer Mundo, se puede decir en términos generales que la base de la pirámide política de los países menos desarrollados la ocupan las masas campesinas, que siguen consagradas primordialmente al trabajo manual y que son en gran parte analfabetas,²² pero que ya no están estrictamente circunscriptas a su medio inmediato, porque las radios de transistores establecen un contacto íntimo con la sociedad nacional y las ayudan a tomar conciencia de sus carencias materiales o na-

cionales;²³ sigue, por orden, la población urbana cada vez más numerosa,²⁴ compuesta en gran medida por una primera generación de habitantes poscampesinos que buscan nuevas fuentes de autoridad;²⁵ luego viene una pseudointelectualidad que abarca aproximadamente entre el 2 y el 3 por ciento de la población y que está compuesta por personas relativamente jóvenes, que durante la última década adquirieron una cierta educación formal avanzada —a menudo de pésima calidad profesional— y que, puesto que viven en malas condiciones y piensan que la sociedad no les ofrece las oportunidades a las que tienen derecho, son muy sensibles a los programas xenófobos de tipo militante; en el vértice de la pirámide se encuentra una élite relativamente culta pero reducida, que lucha por conquistar la estabilidad y el progreso (Irán) o, a veces, por demorar o impedir las reformas (algunos países latinoamericanos), porque, para decirlo con las palabras de un estudioso brasileño, “así lo quieren. Para conservar sus privilegios dependen de la perpetuación del statu quo.”²⁶ Estos privilegios son los de la propiedad o, más a menudo, cuando se trata de naciones nuevas, los de la ubicación burocrática.

Los guetos de la ciudad global tienen, en consecuencia, algunas analogías con los guetos raciales de Estados Unidos. En las ciudades norteamericanas el problema no reside en la falta de desarrollo o cambio, sino que surge porque los pobres se dan cuenta de que ni siquiera el cambio acelerado modificará muchas cosas para mucha gente en el futuro próximo, y porque tienen cada vez más conciencia de que los más ricos también empiezan a sentir remordimientos por la existencia de esta brecha material. Tal comunicación de factores genera un sentimiento de carencia aguda que culmina en la intensificación de la hostilidad política contra

el mundo exterior.²⁷ La movilización de la hostilidad dentro de Estados Unidos ha permitido multiplicar el número de negros norteamericanos que reciben educación superior y que por tanto están en condiciones de suministrar, en una escala socialmente significativa, un liderazgo que estimula la expresión de agravios que hasta ahora permanecían callados. Otro factor fue el rápido aumento de la cantidad de negros norteamericanos que viven en las ciudades²⁸ y que se han emancipado, por ello, del letargo de la tradicional existencia campesina, dominada por los blancos, para entrar en contacto directo con la comunidad blanca que, aunque esencialmente conservadora, sustenta valores cada vez más ambivalentes. Dentro de este contexto, las tentativas de introducir reformas agudizaron la tensión y las fricciones e impulsaron a algunos miembros de la comunidad dominante a adoptar una postura reaccionaria contra el cambio, en tanto que otros, entre los que eran mayoría los indigentes, argumentaban que no podía producirse ningún cambio significativo dentro del marco del sistema vigente.

Los guetos raciales norteamericanos han crecido siguiendo pautas que no son muy distintas de las que rigen la expansión de los gigantescos centros urbanos empobrecidos de Asia. Los negros del Sur han tendido a desplazarse hacia las ciudades del Norte impulsados por la miseria y las injusticias, y no porque supieran que en ellas había trabajo. En las grandes ciudades norteamericanas la tasa de desempleo es varias veces mayor que la media nacional. En Asia las ciudades habitadas por masas empobrecidas e improductivas han crecido aceleradamente en los últimos años no porque en ellas hubiera perspectivas de trabajo, sino porque el campo era un foco de miseria e inseguridad. "La urbanización del sur de Asia no es un síntoma de

crecimiento, como lo fue en Occidente, sino un aspecto de la pobreza continua.”²⁹

La analogía entre los guetos de la ciudad global y los de Estados Unidos puede extenderse a los problemas que enfrenta la élite política intelectual del Tercer Mundo. En Estados Unidos, la “integración” tendía a interpretarse como la asimilación selectiva de unos pocos individuos capaces de adaptarse a las normas predominantes de la comunidad hegemónica. Sin embargo, esta asimilación también implica una pérdida de talento y experiencia para la comunidad negra, donde la “seudointelectualidad” menos culta y más militante asume, cada vez más, el liderazgo carismático de las masas mediante la explotación del racismo a la inversa. Las élites sociales consolidadas del Tercer Mundo también han tendido a emular las formas de vida del mundo más avanzado y a emigrar a él ya sea directa o vicariamente.

El vacío político

El vacío resultante lo llena una seudointelectualidad nativa, sobre cuyas ideas influyen las doctrinas de Frantz Fanon, Régis Debray, el Che Guevara y otros. El marxismo europeo del siglo XIX, dirigido originariamente a un proletariado urbano que acababa de divorciarse de la vida rural, es adaptado románticamente a las condiciones de los guetos globales del siglo XX, sumidos en el atraso industrial. “El intelectual revolucionario es un fenómeno virtualmente universal de las sociedades en vías de modernización. ‘El intelectual descontento es más proclive que nadie a promover la violencia, por lo menos en el contexto de la India’, observaron Hoselitz y Weiner. ‘Estas son las personas que forman los cuadros de los partidos polí-

ticos menos responsables, que constituyen el círculo íntimo de los demagogos y que se convierten en dirigentes de los movimientos milenaristas y mesiánicos, todos los cuales pueden amenazar la estabilidad política cuando las circunstancias están maduras'. En Irán existían más probabilidades de que fueran los extremistas de izquierda y derecha y no los moderados, que provenían de la ciudad, quienes surgían de los estratos económicos intermedios, y quienes tenían mejor educación.”³⁰

En este contexto emocional, la ayuda extranjera, destinada a despejar las condiciones específicas de atraso y pobreza, se convierte en un punto de fricción adicional y aun cuando contribuye a aliviar la situación objetiva estimula mayores tensiones subjetivas. En los guetos urbanos de Estados Unidos los programas de ayuda gubernamental y privada administrados por blancos irritan a los negros. Sin embargo, cuando los administran los negros, son los blancos quienes alegan que los fondos destinados a programas específicos de desarrollo se utilizan para fomentar la militancia negra. En la escala global la fórmula empleada para promover la desconfianza de las masas respecto de las motivaciones políticas que inducen a los países avanzados a suministrar ayuda económica es la del “neocolonialismo”.³¹ Los países donantes de esa ayuda acusan a los beneficiarios de cohecho, corrupción e ineficacia.

Para contrarrestar este peligro, por lo menos en parte, se opta por la asistencia económica de origen internacional, que encierra, a su vez, otro peligro. La ayuda sólo puede ser, en el mejor de los casos, un remedio parcial para una condición que tiene profundas raíces psicológicas además de materiales. La asistencia económica sólo puede ser eficaz cuando se movilizan los recursos emocionales del país beneficiado y cuando se estimula un sen-

timiento de entusiasmo popular y de determinación. Esto depende, a su vez, de la presencia de líderes nativos que sepan conmover a las masas y utilizar inteligentemente la ayuda exterior. Tales líderes no abundan y allí donde los hay tienden, a menudo, a ser indiferentes a los intereses y los consejos de los extranjeros, con lo que provocan el resentimiento de éstos. Las dificultades con las que tropezó Estados Unidos en sus negociaciones con Nasser y Ayub Khan, que no sólo fomentaban el emocionalismo de las masas sino que eran sensibles a éste, son ejemplos demostrativos.

Asimismo, aunque las autoridades estén decididas a promover el cambio social, deben enfrentar el hecho irritante de que la realidad sólo se puede modificar muy gradualmente, entanto que la movilización popular en favor del cambio sólo se puede lograr estimulando el entusiasmo y la emotividad de las masas. Los gobernantes tropiezan, pues, con un dilema. Si admiten que la lentitud del cambio es un hecho real, se privan del apoyo de las masas y ceden la iniciativa política a los demagogos radicales; si movilizan a las masas en favor de metas inalcanzables crean las condiciones para un eventual estallido... a menos que dicha movilización sirva para subordinar las masas a un control centralizado, burocrático, como el que los dirigentes comunistas implantan con tanta eficacia. Además, para obtener el apoyo de los propietarios y de los grupos más cultos, los planificadores de la reforma actúan a menudo "con mucha cautela para no desquiciar el orden social tradicional... permiten que las leyes contengan toda clase de escapatorias e incluso se abstienen de aplicarlas".³² Así es como la distancia que separa a la promesa del cumplimiento tiende a hacerse mayor.

Existe la perspectiva de que los resentimientos crezcan a medida que se ahonda la brecha inter-

puesta entre el Tercer Mundo y el mundo desarrollado.³³ En verdad, es probable que se intensifiquen cuando, hacia el año 2000, el espectro se amplíe y abarque los pocos estados tecnocráticos postindustriales más avanzados (Estados Unidos, Japón, Suecia, Canadá), más o menos una docena de estados industriales maduros (que sólo entonces se estarán aproximando al nivel actual de Estados Unidos), los diez a quince estados actualmente subdesarrollados que hacia el año 2000 habrán llegado al nivel de los que hoy son países recién industrializados que pasan por una etapa temprana de desarrollo, el grupo numeroso de países (aproximadamente sesenta) que todavía estarán en la etapa preindustrial y finalmente los que continuarán estancados en condiciones extremadamente primitivas. Los países del tercero y cuarto grupos, en los que se concentrará la mayor parte de la población del globo y donde el progreso sólo habrá llegado, en el mejor de los casos, a un nivel de eficacia parcial, serán, probablemente, focos de una actividad política volátil, así como de resentimiento, tensión y extremismo.³⁴

En este contexto, es difícil imaginar cómo podrán subsistir en un país como la India, o cómo podrán desarrollarse en otros estados, las instituciones democráticas (copiadas primordialmente de la experiencia occidental pero típicas sólo de las naciones occidentales más estables y ricas).³⁵ “Es mucho lo que dependerá del ritmo del desarrollo económico propiamente dicho y desde este punto de vista los augurios distan de ser favorables.”³⁶ Es probable que todo desemboque en agitaciones esporádicas y en el auge de las dictaduras personales. Estas últimas se fundarán sobre doctrinas unificadoras de orientación nacionalista, y serán radicales en materia social, con la esperanza de que la combinación de xenofobia y carisma suministre la esta-

bilidad mínima necesaria para imponer la modernización socioeconómica desde arriba.

Como sucede en el caso de los guetos urbanos norteamericanos, es posible que esto genere una relación más tensa con el mundo próspero y avanzado. En los últimos años éste ha aceptado —por lo menos como postulado general y todavía a regañadientes— el deber moral de contribuir materialmente al desarrollo del Tercer Mundo. La rivalidad de la guerra fría, que hizo que los dos bandos desarrollados compitieran entre sí mediante el suministro de ayuda a los países atrasados contribuyó, sin duda, a estimular esta “nueva moral”. Es dudoso que los sentimientos filantrópicos persistan en el caso de que amaine la guerra fría: ³⁷ ciertamente no perdurarán si una creciente animosidad entre el Norte y el Sur reemplaza a la rivalidad entre Oriente y Occidente. Es muy posible que los pueblos del mundo desarrollado se refugien en el argumento autocomplaciente de que el fanatismo irracional de los líderes de los guetos globales impide la cooperación. Semejante postura negativa determinará que el abismo se ensanche aun más y que la humanidad, que por primera vez empieza a vivir en un estado de intimidad subjetiva, se divida con mayor encono.

NOTAS

¹ “La tasa de crecimiento de estos países durante la Década del Desarrollo no alcanzó la cifra del 5 por ciento que se había fijado como objetivo mínimo. En realidad, la tasa media de 54 países que representan el 87 por ciento de la población del mundo en vías de desarrollo fue de solo el 4,5 por ciento anual entre 1960 y 1965... En estos 54 países ya mencionados, había un grupo de 18 con una tasa media de crecimiento del 7,3 por ciento anual, en tanto que la de otros 15 países apenas llegaba al 2,7 anual... Entre estos dos extremos había 21 países cuya tasa media

de crecimiento era del 4,9 por ciento." Véase "Towards a Global Strategy of Development", informe del secretario general de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo. Nueva York, 1968, pág. 5.

² Véase Kahn y Wiener, *op. cit.*, cuadros págs. 161-165 y 123-130, donde se encontrará un análisis más completo de las hipótesis sobre las que descansan estos cálculos. Véase también, sin embargo, Everett E. Hagan: "Some Facts About Income Levels and Economic Growth", *Review of Economics and Statistics*, febrero de 1960. Hagan señala que las comparaciones entre países desarrollados y subdesarrollados son, en algunos sentidos, engañosas, y tienden a exagerar las disparidades.

³ Conferencia de la OIT, setiembre de 1968, según la información del *New York Times*, 3 de setiembre de 1968. Véanse otras impresionantes proyecciones demográficas para América Latina en Louis Olivos: "2000: A No-Space Odyssey", *Américas* (OEA), agosto de 1969.

⁴ *The United States and the World in the 1985 Era*, págs. 78-79.

⁵ Lester R. Brown: "The Agricultural Revolution in Asia", *Foreign Affairs*, julio de 1968, pág. 698, y la disertación de Brown en la Kansas State University: "A New Era in World Agriculture", 3 de diciembre de 1968. Los datos de 1967, que muestran cómo en el Tercer Mundo la producción de alimentos supera el crecimiento demográfico, se encontrarán en *Ceres* (revista de la FAO), septiembre-octubre de 1968, págs. 17-18. Para una evaluación más pesimista, véase Myrdal: *The Asian Drama*. Nueva York, 1968, págs. 417, 1029-1049.

⁶ Entre 1887 y 1904, la producción de los yacimientos carboníferos rusos aumentó en un 400 por ciento (de 5 millones a 21,5 millones de toneladas) y la fundición de hierro en un 500 por ciento. Entre 1861 y 1870 se construyeron 9700 kilómetros de vías férreas, y entre 1891 y 1900 se terminaron 20.000 kilómetros. "La producción de carbón aumentó, en Rusia, en un 40 por ciento durante el lapso 1909-1913, contra un aumento del 24 por ciento en Estados Unidos, del 28 por ciento en Alemania, del 7 por ciento en Gran Bretaña y del 9 por ciento en Francia, siempre durante el mismo período. En el rubro de los lingotes de hierro, la producción de Rusia aumentó en un 61 por ciento durante el período 1909-1913, en tanto que la tasa de aumento fue del 33 por ciento en Alemania, del 20 por ciento en Estados Unidos, del 8 por ciento en Gran Bretaña y del 46 por ciento en Francia. Aunque el atraso económico de Rusia no se había disipado al comenzar la guerra, era evidente que estaba desapareciendo. El nivel

de vida no era alto, pero estaba mejorando. En los 20 años que precedieron a la guerra la población de Rusia aumentó aproximadamente en un 40 por ciento, en tanto que el consumo interno de mercadería se duplicó con creces." Véase S. Pushkarev: *The Emergence of Modern Russia 1801-1917*. Nueva York, 1963, pág. 280. Sin embargo, en las vísperas de la Primera Guerra Mundial había sólo 117.000 estudiantes superiores en un país con unos 160 millones de habitantes, y el 56 por ciento de la población era analfabeta. Véase Pushkarev, *op. cit.*, págs. 286, 292. El 49 por ciento de los niños de 8 a 11 años no recibían ninguna instrucción, en tanto que el porcentaje de conscriptos que sabían leer y escribir aumentó, entre 1874 y 1913, a un ritmo de poco más del uno por ciento anual. Véase A. G. Rashin: *Formirovanie Rabocheho Klassa Rossii*. Moscú, 1958, pág. 582.

⁷ "Por ejemplo, para 66 naciones, el índice de correlación entre la proporción de niños que concurrían a la escuela primaria y la frecuencia de las revoluciones era -0,84. En cambio, para 70 naciones la correlación entre el ritmo de cambio en la inscripción en escuelas primarias y la inestabilidad política era 0,61." Véase Samuel P. Huntington: *Political Order in Changing Societies*. New Haven y Londres, 1968, pág. 47. [Hay versión castellana: *El orden político en las sociedades en cambio*. Buenos Aires, Paidós, 1972.]

⁸ Conviene destacar que éstas son cifras medias. "Un estudio que correspondía a los años 1965-1966 indicó que la mitad de la población de la India vivía con 14,60 rupias o menos por mes (aproximadamente 10 centavos de dólar por día) . . . En síntesis, el bajísimo ingreso medio no empieza a paliar los abismos de miseria de la India." Véase Myrdal, *op. cit.*, pág. 565.

⁹ Véase *United Nations Yearbook of National Accounts Statistics*, 1966, cuadro 7B.

¹⁰ Myrdal, *op. cit.*, págs. 322, 540-541, 552 y sigs., 1585. Véase también *United Nations Statistical Yearbook*, 1967, para datos sobre médicos por habitantes a comienzos de las décadas de 1960 (pág. 696); sobre número de viviendas ocupadas, dimensión media, densidad de ocupación y comodidades generales (cuadro 202, págs. 708 y sigs.); y sobre calorías por día, proteínas y consumo industrial de algodón, lana, caucho, acero, estaño y fertilizantes en los años 1955-1965, abarcando el consumo general (págs. 498-511).

¹¹ El presidente de la Comisión India de Energía Atómica calculó que en cinco años se podría transmitir televisión comunitaria vía satélite para la totalidad de las 560.000

aldeas de la India, a un costo de sólo 200 millones de dólares. Véase *The New York Times*, 15 de agosto de 1968. En setiembre de 1969 Estados Unidos concertó un acuerdo con la India para crear, hacia 1972, un satélite que transmitiría programas de televisión sobre agricultura y control de la natalidad para aproximadamente 5000 aldeas de cuatro estados donde se habla la lengua hindi. Véanse también nuestras consideraciones anteriores sobre el impacto norteamericano.

¹² Véanse las tablas 4 y 5, así como las comparaciones de más alcance entre el Tercer Mundo y Estados Unidos y Europa Occidental (en cifras actuales y proyecciones para el año 2000), incluidas en *Higher Education*, Committee on Higher Education. Londres, 1963, especialmente los apéndices I y V.

¹³ Para un análisis de algunos ejemplos pertinentes, véase *Twenty-Third Report by the Committee on Government Operations*, Cámara de Representantes, Washington, D.C., marzo de 1968, que en adelante citaremos como *Report...* También *Hearing before a Subcommittee on Government Operations*, Cámara de Representantes, Washington, D.C., 23 de enero de 1968, que en adelante citaremos como *Hearing...*

¹⁴ "A medida que el procesamiento científico de información progrese en los centros urbanos de Asia, Africa y América Latina, hacia 1985, grandes contingentes de empleados, mensajeros, seleccionadores y archivistas que actualmente forman la mayor parte de la burocracia pública y privada de la India, Nigeria o Brasil empezarán a sentir la amenaza del desplazamiento y la inseguridad de la desocupación." Véase *The United States and the World in the 1985 Era*, pág. 91. Se calcula que aproximadamente la mitad del millón de desocupados que se prevé que habrá en Ceilán hacia 1970 tendrán títulos de educación superior. Véase "The International Report", *The Economist*, 15 de junio de 1968, pág. 47.

¹⁵ Joseph Lelyveld: "India's Students Demand — A Safe Job in the Establishment", *The New York Times Magazine*, 12 de mayo de 1968, págs. 53, 58; para un juicio igualmente negativo, véase Myrdal, *op. cit.*, págs. 1784 y 1790.

¹⁶ Myrdal, *op. cit.*, págs. 1645, 1649.

¹⁷ Raúl Prebisch: "The System and the Social Structure of Latin America", en Irving Louis Horowitz, Josué de Castro y John Gerassi (comps.): *Latin American Radicalism*. Nueva York, 1969, pág. 31.

¹⁸ *Report...*, págs. 7-8.

¹⁹ *Hearing...*, pág. 96.

²⁰ *Report...*, pág. 17.

²¹ *Report...*, pág. 9, citando el testimonio del doctor C. V. Kidd, director del departamento de física de la American University de Beirut. ¶

²² Hacia 1960, en Pakistán, aproximadamente el 70 por ciento de los varones mayores de 15 años, y el 90 por ciento de las mujeres mayores de 15 años eran analfabetos; en la India, los porcentajes eran del 60 y el 85 por ciento respectivamente; en Indonesia del 40 y el 70 por ciento; en Birmania del 20 y el 60 por ciento. En América latina, hacia 1960, el 35,6 por ciento de los varones y el 12,6 por ciento de las mujeres de Brasil eran analfabetos; en la Argentina, los porcentajes eran del 7,5 y el 9,7 por ciento respectivamente; en Chile, del 15,1 y el 17,6 por ciento; en Perú del 25,6 y el 52,4 por ciento; y en Venezuela del 30,2 y el 38,3 por ciento. Véase Myrdal, *op. cit.*, págs. 540. 1672; *UN Statistical Yearbook*, 1965.

²³ En consecuencia es demasiado tarde para sugerir que puesto que la participación marcha más aceleradamente que la real institucionalización de los procesos políticos, lo que convendría hacer, para impedir el caos, sería restringir o demorar los programas que estimulan un mayor grado de participación. Por ejemplo, frenando las campañas contra el analfabetismo para que la alfabetización no se adelante al desarrollo económico y político. Aunque esto fuera viable, la proliferación de las radios de transistores (y pronto de la televisión) empieza a producir la misma movilización política que la alfabetización produjo entre el proletariado urbano de fines del siglo XIX. Por eso Frantz Fanon observó con mucha razón en *Studies in a Dying Colonialism*, Nueva York, 1965, que "desde 1956 la compra de una radio significó, en Argelia, no la adopción de una técnica moderna para recoger información, sino el acceso al único medio que servía para ponerse en contacto con la Revolución, para vivir con ella" (pág. 83).

²⁴ Las ciudades asiáticas con una población de más de cien mil habitantes crecen a un ritmo tres veces mayor que el del crecimiento demográfico general de los países en cuestión. Véase Myrdal, *op. cit.*, pág. 469.

²⁵ William Kornhauser: *The Politics of Mass Society*. Glencoe, Illinois, 1959. [Hay versión castellana: *Aspectos políticos de la sociedad de masas*. Buenos Aires. Amorrortu. 1969.]

²⁶ H. Jaguaribe: "Foreign Technical Assistance and National Development", ponencia presentada en Princeton, 1965, págs. 25-26, citada en *Hearing...*, pág. 57; véase también Irving Louis Horowitz: "Political Legitimacy and the Institutionalization of Crises in Latin America", *Com-*

parative Political Studies, abril de 1968, especialmente págs. 64-65.

²⁷ Véase, por ejemplo, William H. Grier y Price M. Cobbs: *Black Rage*. Nueva York, 1969.

²⁸ La proporción del total de negros que residen en el Norte y el Oeste casi se cuadruplicó entre 1910 y 1960, cuando el 73 por ciento de los negros vivían en zonas urbanas y constituían, por tanto, una población más urbanizada que los blancos, de los cuales solo el 70 por ciento residía en zonas urbanas. Véase Philip M. Hauser: "Demographic Factors in the Integration of the Negro", Talcott Parsons y Kenneth B. Clark (comp.): *The Negro American* Boston, 1965, págs. 74-75.

²⁹ Myrdal, *op. cit.*, pág. 471; véase también págs. 467-469 para datos del crecimiento urbano comparado con el crecimiento nacional. Para datos más completos sobre el crecimiento de las ciudades del Tercer Mundo, véase G. Breese: *Urbanization in Newly Developing Countries*. Englewood Cliffs, New Jersey, 1966. [Hay versión castellana: *La urbanización en los países de desarrollo reciente*. México, Porrúa, 1967.]

³⁰ Samuel P. Huntington: *Political Order in Changing Societies*, New Haven y Londres, 1968, pág. 290. [Hay versión castellana: *El orden político en las sociedades en cambio*. Buenos Aires, Paidós, 1972], citando también a Bert F. Hoselitz y Myron Weiner: "Economic Development and Political Stability in India", en *Dissent*, vol. 8, primavera de 1961, pág. 177, y Benjamin B. Ringer y David L. Sills: "Political Extremists in Iran", en *Public Opinion Quarterly*, vol. 16, 1952-1953, págs. 693-694.

³¹ En un nivel más refinado se dice que el sistema económico de los países adelantados es intrínsecamente incapaz de suministrar verdadera ayuda. "Así —observa Furtado (el economista latinoamericano)— la corporación ha sido creada para satisfacer las necesidades de lucro en una economía avanzada, y cuando alguien trata de trasplantar su tecnología a países pobres, en vías de desarrollo, se generan contradicciones furiosas. Las máquinas más modernas ahorran mano de obra, lo que implica una hendidión en Estados Unidos y una maldición en un país donde la desocupación es angustiante. La producción en masa necesita de la presencia de un mercado gigantesco, que no existe en una sociedad agrícola arcaica. Por ello —deduce Furtado— la estructura misma de la vida económica de las nuevas naciones —que les ha sido impuesta en el último siglo— determina que les resulte difícil absorber los beneficios del progreso científico y técnico en aquellas raras ocasiones en que podrían tener la oportunidad de hacerlo.

En consecuencia, las naciones ricas se especializan en actividades que facilitan el trabajo, multiplican los bienes, fomentan el ocio y elevan el nivel de vida. Las naciones pobres deben conformarse con los trabajos miserables de la producción primaria y con un mercado estancado o en decadencia, deben vender barato y comprar caro a las industrias prósperas." Véase Michael Harrington: *American Power in the Twentieth Century*. Nueva York, 1967, pág. 9.

³² Myrdal, *op. cit.*, pág. 117.

³³ En 1965, la producción per cápita del mundo desarrollado fue doce veces mayor que la del mundo subdesarrollado; se calcula que hacia el año 2000 la proporción será 18 veces mayor. Véase Herman Kahn y Anthony J. Wiener: *The Year 2000*. Nueva York, 1967, pág. 142. En 1965, Illinois tuvo por sí solo un producto bruto mayor que el de toda Africa. El de California fue mayor que el de toda China.

³⁴ Para un análisis útil y pertinente de la relación entre la violencia y el desarrollo económico, véanse Bruce M. Russett y otros: *World Handbook of Political and Social Indicators*. New Haven, 1964, especialmente págs. 301-310; y John H. Kautsky: *Communism and the Politics of Development*. Nueva York, 1968, especialmente el cap. 10, "Communism and Economic Development", escrito en colaboración con Roger W. Benjamin. Para una clasificación un poco distinta de las sociedades, véase Cyril E. Black: *The Dynamics of Modernization*. Nueva York, 1966, pág. 150. Para un pronóstico mucho más optimista, véase Walt Rostow: *The Stages of Economic Growth*, Cambridge, Massachusetts, 1960, pág. 127. [Hay versión castellana: *Las etapas del crecimiento económico*. México, Fondo de Cultura Económica, 1963, 2ª ed.]

³⁵ "Al igual que los estados de la Europa del siglo xvii, los países no occidentales de hoy pueden acceder a la modernización política o al pluralismo político, pero normalmente no pueden acceder a ambos al mismo tiempo." Véase Huntington, *op. cit.*, págs. 136-137.

³⁶ Myrdal, *op. cit.*, pág. 300.

³⁷ Algunos portavoces del Tercer Mundo se han dado cuenta de esto. El delegado de Argelia a la asamblea del Consejo Social y Económico de las Naciones Unidas, celebrada en Ginebra, dijo en julio de 1966: "Puesto que la distensión de la guerra fría ha permitido que se aplacara el conflicto entre los bloques con distintos sistemas sociales, es lícito temer que el antagonismo Oriente-Occidente gire sobre su eje y se convierta en un antagonismo del Norte contra el Sur." Citado por Harrington, pág. 20.

IV

FRAGMENTACION Y UNIFICACION GLOBALES

El efecto acumulativo de la revolución tecnotrónica es contradictorio. Por un lado, marca los comienzos de una comunidad global; por otro, fragmenta a la humanidad y la saca de su quicio tradicional. La revolución tecnotrónica ensancha el espectro de la condición humana. Agudiza las diferencias que separan a la humanidad, desde el punto de vista de las condiciones materiales, al mismo tiempo que reduce la tolerancia subjetiva de la humanidad para con estas desigualdades.

Aunque las diferencias entre las sociedades se desarrollaron gradualmente en el curso de la historia del hombre, sólo se agudizaron al producirse la Revolución Industrial. Hoy algunas naciones viven en condiciones no muy distintas de las que imperaban en los tiempos precristianos, y muchas viven en circunstancias que no son mejores que las de la Edad Media. Sin embargo, unas pocas vivirán en una situación tan novedosa que todavía es difícil imaginar cuáles serán las ramificaciones sociales y personales del cambio. Como consecuencia de ello, las actitudes y opiniones de la humanidad podrían sufrir una triple división, muy tajante. La coexistencia de sociedades agrarias, industriales y

novedosamente tecnocráticas, cada una de las cuales alimentará distintos enfoques de la vida, determinará que el entendimiento sea más difícil en el preciso momento en que se hace más viable, y que la aceptación global de ciertas normas resulte menos factible cuando se hace más imperativa.

Congestión fragmentada

La triple división global podría poner aun más tenso el ya débil cañamazo del orden social y político, provocando el caos doméstico y, posiblemente, internacional. La creciente anarquía del Tercer Mundo se complicaría, probablemente, con pasiones racistas y nacionalistas. En el mejor de los casos, esto crearía en el mundo grandes focos de desorden y caos; en el peor de los casos, la inestabilidad del Tercer Mundo podría arrastrar a las naciones más desarrolladas a formas antagónicas de intervención que quizá tendrían, sobre las relaciones norteamericano-soviéticas, el mismo efecto que los conflictos de los Balcanes tuvieron sobre el orden europeo antes de la Primera Guerra Mundial.

En el mundo más avanzado la tensión entre el hombre "interior" y el hombre "exterior" —entre el hombre preocupado por su sentido interior y su relación con el infinito, por un lado, y el hombre estrechamente comprometido con su medio y consagrado a plasmar lo que considera finito, por otro— provoca una aguda crisis de identidad: filosófica, religiosa y psíquica. El temor de que la maleabilidad del hombre permita socavar lo que anteriormente se juzgaba inmutable en él, agrava esta crisis. La explosión del conocimiento científico plantea el peligro de la fragmentación intelectual y la incertidumbre aumenta en proporción directa a la expansión de lo que se sabe. De esto resulta,

sobre todo en Estados Unidos (véase la cuarta parte para un análisis más detallado), una búsqueda cada vez más acelerada de nuevas formas sociales y políticas.

La influencia de Estados Unidos como primera sociedad global refleja estas tendencias encontradas. Aunque Estados Unidos busca la estabilidad global y utiliza sus inmensos recursos para impedir cataclismos revolucionarios, su impacto social sobre el mundo es perturbador, innovador y creativo. Al mismo tiempo que provoca violentos antagonismos contra su propia presencia, genera expectativas que se miden con pautas norteamericanas y que en la mayoría de los países no se podrán satisfacer hasta muy entrado el siglo próximo. Acelera la unificación de otras sociedades, no sólo porque desde la década de 1960 el regionalismo se convirtió en la fórmula declarada de la política exterior de Washington, sino también porque las otras naciones ven en la unificación la mejor arma para combatir la influencia norteamericana. Por tanto, en su papel de primera sociedad global unifica, cambia, estimula y desafía a los otros países... a menudo contra sus propios intereses inmediatos. Así es como la "americanización" crea aspiraciones comunes y reacciones muy diferenciadas.

En el Tercer Mundo, la influencia norteamericana intensifica las contradicciones sociales y los conflictos intergeneracionales. Las comunicaciones de masas y la educación crean expectativas —para las cuales la riqueza material de Estados Unidos suministra un vago modelo— que la mayoría de las sociedades sencillamente no pueden satisfacer. Puesto que no es posible contener las comunicaciones ni la educación, es lógico esperar que las tensiones políticas aumenten a medida que las actitudes puramente localistas y tradicionales dejan paso a perspectivas globales de mayor envergadura. En el

mundo avanzado, el desafío contemporáneo gira cada vez más en torno de la identidad del hombre, pero la fragmentación social es el problema principal del Tercer Mundo. A su vez, este problema compete en una carrera histórica con un sentimiento que madura lentamente en los países avanzados: el de que éstos tienen la responsabilidad global de contribuir al desarrollo del Tercer Mundo.

Incluso el nacionalismo está sujeto a influencias contradictorias. Nunca ha sido tan fuerte y nunca ha disfrutado de un apoyo tan vasto, vehemente y consciente, tanto de las masas populares como de la intelectualidad. La interacción de las naciones-estados todavía gobierna las cuestiones vinculadas con la guerra y la paz, y la identificación primaria del hombre sigue descansando sobre el nacionalismo. Los estados no rusos de la Unión Soviética son quizá la única excepción a la exitosa disolución de los imperios coloniales lograda por el nacionalismo. Sin embargo, precisamente porque las cosas son así, el nacionalismo está dejando de ser la fuerza compulsiva que determina la naturaleza general del cambio en nuestra época. Aunque todavía es fuente de muchas tensiones, lo atempera la creciente certeza, compartida incluso por las élites más nacionalistas, de que actualmente la cooperación regional y continental es necesaria para alcanzar muchas metas puramente nacionales. El triunfo del nacionalismo convierte a la nación en un objeto capital, pero ya no en el sujeto vital de los procesos dinámicos.

Puesto que se encuentra implantado en un entorno congestionado, imbricado, confuso e impersonal, el hombre busca solaz en la intimidad restringida y familiar. La comunidad nacional es, obviamente, aquella sobre la que el hombre puede replegarse y es muy posible que la definición de la comunidad nacional se haga más restrictiva a medida que se

desarrolla una mayor cooperación supranacional. La nación-estado fue, para muchos pueblos, una transacción dictada por razones económicas y de seguridad, y por otros factores. Con el tiempo se llegó a un equilibrio óptimo, muchas veces al cabo de siglos de lucha. Ahora el equilibrio se está rompiendo porque aparecen nuevos marcos de cooperación, más vastos, y porque las computadoras, la cibernética, las comunicaciones, etcétera, determinan que sea cada vez más posible integrar eficazmente muchas unidades pequeñas, cohesionadas, en conjuntos mucho mayores.

Como consecuencia, los flamencos y los valones de Bélgica, los francocanadienses y los anglocanadienses de Canadá, los escoceses y los galeses del Reino Unido, los vascos de España, los croatas y los eslovenos de Yugoslavia y los checos y los eslovacos de Checoslovaquia alegan —como es posible que aleguen pronto algunas de las nacionalidades no rusas de la Unión Soviética y los diversos grupos étnico-lingüísticos de la India— que sus naciones-estados particulares ya no son compatibles con la necesidad histórica. Europa o algún otro acuerdo regional (el Mercado Común) los hizo superfluos en el plano superior, en tanto que en el plano inferior se necesita una comunidad lingüística y religiosa más cohesionada para superar el impacto de la implosión-explosión que es típica de la metrópoli global.

Este proceso no implica, por tanto, un retorno a las emociones o al estilo extático del nacionalismo del siglo XIX, aunque tenga muchas analogías superficiales con él. Se desarrolla, en general, en un contexto que admite la necesidad actual de montar una mayor cooperación en un plano superior al nacional. Acepta como ideal la integración funcional de regiones y aun de continentes. Refleja

tanto el deseo de contar con un sentimiento más definido de personalidad en un mundo crecientemente impersonal, como al cambio que se ha registrado en algunas de las estructuras actuales del Estado. Esto vale incluso para el degaullismo, descrito a menudo como una regresión al nacionalismo del siglo XIX. Sin embargo, la mayor ambición del degaullismo consistía en construir una Europa que fuera "europea" y que no estuviese dominada por una hegemonía exterior, aunque, en verdad, el liderazgo político debía quedar en manos de Francia.

El "nuevo" nacionalismo tiene muchos elementos del viejo, sobre todo en algunas de las naciones recientemente creadas. Allí el nacionalismo continúa siendo una fuerza radical, transformadora, que moviliza creativamente los sentimientos comunitarios pero que también estimula el aislamiento y los conflictos étnicos.¹ Sin embargo, en general es cierto que, como lo hace notar el autor de un sugestivo ensayo, "la visión y los objetivos de la sociedad han cambiado. Hoy un nuevo concepto del hombre y su mundo desafía los conceptos del Renacimiento que guiaron la conducta durante los últimos quinientos años." La nación-estado, en cuanto unidad fundamental de la vida organizada del hombre, ha dejado de ser la principal fuerza creativa: "Los bancos internacionales y las corporaciones multinacionales actúan y planifican en términos que llevan mucha ventaja a los conceptos políticos de la nación-estado."² Pero a medida que la nación-estado cede gradualmente su soberanía, aumenta la importancia psicológica de la comunidad nacional y la tentativa de fundar un equilibrio entre los imperativos del nuevo internacionalismo, por un lado, y la necesidad de contar con una comunidad nacional más íntima, por otro, es la fuente de fricciones y conflictos.

Las innovaciones científicas y tecnológicas en materia de armamentos determinan que sea más difícil alcanzar ese equilibrio. Es irónico recordar que en 1878, al comentar la guerra franco-prusiana, Friedrich Engels proclamó que “las armas empleadas han llegado a un nivel tal de perfección que ya no es posible un mayor progreso capaz de producir efectos revolucionarios”.³ No sólo se han inventado nuevas armas sino que se han alterado fundamentalmente algunos de los conceptos básicos de la geografía y la estrategia. El control del espacio y el clima ocupan el lugar de Suez o Gibraltar como elementos clave de la estrategia.

Es posible que a la coherencia perfeccionada, los misiles de cabezas múltiples y las bombas más poderosas y precisas, se les sumen en el futuro las naves de guerra espaciales automatizadas o tripuladas, las instalaciones submarinas, las armas químicas y biológicas, los rayos de la muerte y otros dispositivos bélicos. Quizá también se pueda controlar el clima.⁴ Estas nuevas armas podrían alentar la confianza en una victoria unilateral, relativamente “económica”; o podrían permitir una lucha por interpósita persona, cuyo desenlace estratégico y político sería decisivo pero que sería librada por unos pocos seres humanos (como en el caso de la batalla de Gran Bretaña) o hasta por robots, en el espacio exterior⁵ o sencillamente podrían crear un estado de inestabilidad recíproca tan grande que la quiebra de la paz sería inevitable, aunque el hombre admitiera racionalmente la inutilidad de la guerra.

Además, sería posible y tentador explotar con fines estratégico-políticos los frutos de las investigaciones sobre el cerebro y la conducta humana. Gordon J. F. MacDonald, un geofísico que se especializa en problemas bélicos, ha escrito que una

serie de descargas electrónicas correctamente sincronizadas y generadas por medios artificiales “podría desembocar en una sucesión de oscilaciones que producirían niveles de energía relativamente altos sobre determinadas regiones de la tierra... Así, se podría crear un sistema que deterioraría seriamente la actividad cerebral de poblaciones muy numerosas de regiones escogidas durante un lapso prolongado... Aunque la idea de utilizar el entorno para controlar la conducta en beneficio de un país pueda alarmar a algunas personas, es muy probable que en las próximas décadas se perfeccione la tecnología que hará viable dicha utilización.”⁶

Esta tecnología estará primordialmente, y para empezar, con exclusividad, en manos de los países más avanzados.⁷ Pero es probable que en las próximas décadas algunos países del Tercer Mundo hagan progresos importantes en sus esfuerzos por obtener armas muy destructivas o las obtengan realmente. Y aunque no puedan emplearlas contra las grandes potencias sin provocar su propia extinción, quizá sientan la tentación de usarlas, y las usen, en guerras “piratas” entre ellas mismas. Uno se pregunta, entonces, si las grandes potencias interpretarán estas guerras como una amenaza directa contra la estructura de la paz y si en razón de ello organizarán e impondrán eficazmente una respuesta conjunta. La carencia de instituciones globales aprobadas se podría compensar temporariamente mediante pactos y acuerdos *ad hoc*, confeccionados para enfrentar amenazas específicas, pero es imaginable que en algunos casos no se logre la unanimidad necesaria para concertar una reacción conjunta. Por tanto, la aniquilación mutua de algunos de los estados menores sigue siendo, por lo menos, un hecho posible.

Hacia una conciencia planetaria

Sin embargo, sería erróneo sacar el corolario de que la fragmentación y el caos son las realidades dominantes de nuestra época. Por primera vez está empezando a manifestarse una conciencia humana global. Esta conciencia es una prolongación natural del largo proceso en virtud del cual se han ensanchado los horizontes personales del hombre. Con el transcurso del tiempo, la autoidentificación del hombre se expandió de su familia a su aldea, de ésta a su tribu, de ésta a su región y de ésta a su nación. Más recientemente se expandió a su continente (antes de la Segunda Guerra Mundial no era tan usual como hoy que los estudiantes universitarios o los intelectuales se declararan sencillamente europeos o asiáticos).

La desaparición, durante los últimos tres siglos, de la aristocracia europea esencialmente supranacional, y la posterior nacionalización de la Iglesia cristiana, el socialismo y el comunismo, determinaron que en los últimos tiempos la actividad política más significativa tendiera a desarrollarse dentro de los compartimientos nacionales. Ahora volvemos a asistir a la aparición de élites supranacionales, compuestas por empresarios, estudiosos, profesores y funcionarios públicos internacionales. Los vínculos de estas nuevas élites trasponen las fronteras nacionales, sus perspectivas no están limitadas por tradiciones nacionales y sus intereses son más funcionales que nacionales. Estas comunidades globales cobran fuerza y es probable que, tal como sucedía en la Edad Media, antes de que transcurra mucho tiempo las élites sociales de la mayoría de los países más avanzados tengan una mentalidad y una filosofía muy internacionalista o globalista. La creación de la red de información global, que

abrirá el cauce a la interacción intelectual y a la integración de conocimientos, en forma casi continuada, reforzará aun más la tendencia actual a forjar élites profesionales internacionales y a crear un idioma científico común (en la práctica, el equivalente funcional del latín). Esto, sin embargo, podría crear una brecha peligrosa entre ellas y las masas movilizadas detrás de consignas políticas, cuyo "nativismo", explotado por líderes más nacionalistas, podría encauzarse contra las élites "cosmopolitas".

Las élites intelectuales tienden a pensar cada vez más en términos de problemas globales. Un aspecto significativo de este proceso reside en la forma en que se identifican los problemas globales: la necesidad de superar el atraso técnico, de eliminar la pobreza, de ampliar la cooperación internacional en materia educacional y sanitaria, de evitar la superpoblación, de crear medios eficaces para salvaguardar la paz.⁸ Estos son problemas globales. Hace treinta años, sencillamente no ocupaban el primer plano de la escena y la atención se concentraba, entonces, en conflictos regionales, nacionales o territoriales mucho más específicos.

La revolución tecnotrónica crea condiciones que hacen cada vez más viables las respuestas globales a estas necesidades y al sufrimiento humano en general. En verdad, ya ha tomado forma una estructura rudimentaria de instituciones sociales y económicas globales.⁹ La presencia de medios para cooperar intensifica el sentimiento de que existe la obligación de actuar globalmente. El sentimiento de impotencia tranquiliza fácilmente la conciencia. La conciencia intranquila es generalmente aquella que sabe que existe la posibilidad de actuar de otro modo. El sentimiento de proximidad, la contigüidad del sufrimiento, la capacidad de destrucción global de las armas modernas, son elementos

que ayudan a estimular una filosofía que ve al género humano como una comunidad.

Es reconfortante, en este contexto, que las pautas con las que el público mide la competencia internacional estén experimentando un cambio constructivo. En el pasado reciente, y todavía hoy, la expansión territorial, la población y vagas pretensiones nacionales de superioridad cultural e ideológica, así como el poderío militar en general y la victoria en los enfrentamientos directos en particular, suministraban y suministran los criterios con que se miden el status y la influencia. Gradualmente, estas pautas están dejando paso a la rivalidad en las cifras del producto bruto nacional, en las estadísticas de ingreso y consumo per cápita, en las oportunidades educacionales, en los logros científicos y de creatividad, en la investigación y el desarrollo, en los datos sanitarios y de nutrición e incluso en los puntajes de las competencias olímpicas, para no hablar de la carrera espacial entre las dos superpotencias. La actual rivalidad internacional, traducida en la confección de gráficos más impresionantes y en el empleo de nuevos índices para medir el prestigio nacional, habría sido prácticamente incomprensible para una persona de 1914. En esa época la geopolítica nacionalista proporcionaba un estímulo más directo.

Hoy empieza a predominar una orientación distinta. Los problemas sociales se interpretan cada vez menos como los frutos de una maldad deliberada y cada vez más como los subproductos involuntarios de la complejidad y la ignorancia. Las soluciones no se buscan en las simplificaciones emocionales sino en el empleo del conocimiento social y científico que ha acumulado el hombre. Se piensa, cada vez más, que las variaciones del desarrollo científico y de la psique humana no se prestan a las soluciones doctrinarias formuladas con antici-

pación. Además, las consecuencias imprevistas de los descubrimientos científicos han generado, sobre todo en los países más avanzados, una conciencia de que los problemas básicos con los que tropieza el hombre tienen una trascendencia común para la supervivencia humana, al margen de la diversidad doméstica internacional.

El interés por la ideología deja paso a la preocupación por la ecología. Sus comienzos se manifiestan en la inusitada inquietud pública por cuestiones tales como la contaminación de la atmósfera y el agua, el hambre, la superpoblación, la radiación y el control de las enfermedades, las drogas y el clima, así como en la multiplicación de las iniciativas no nacionalistas encaminadas a explorar el espacio o el lecho oceánico. Ya se ha generalizado el consenso de que la planificación es deseable y de que es también el único recurso para enfrentar las diversas amenazas ecológicas.¹⁰ Además, dados los progresos continuos de las computadoras y las comunicaciones, hay razones para prever que la tecnología moderna hará más viable esta planificación. Asimismo, el análisis multiespectral practicado desde los satélites terrestres (un subproducto de la carrera espacial) augura una planificación más eficaz en relación con los recursos de nuestro planeta.

Sin embargo, la nueva conciencia global sólo empieza a convertirse ahora en un factor influyente. Todavía le falta identidad, cohesión y foco. Gran parte de la humanidad —mejor dicho, la mayor parte de la humanidad— todavía no la cultiva ni está dispuesta a apoyarla. La ciencia y la tecnología aún sirven para apuntalar reivindicaciones ideológicas, para reforzar aspiraciones nacionales, para recompensar intereses estrechamente nacionales. La mayoría de los países gastan más en armas que en servicios sociales y la suma que los dos estados más poderosos destinan a la ayuda extranjera está muy

por debajo de sus presuntas misiones globales.¹¹ En verdad, se puede argüir que en algunos sentidos el mundo dividido, aislado y parcelado de antaño tenía más cohesión interna y disfrutaba de una mayor armonía que la volátil realidad global de hoy. Las culturas consagradas, las religiones tradicionales firmemente abroqueladas y las identidades nacionales distintivas, suministraban un marco estable y un punto de apoyo sólido. La distancia y el tiempo aislaban los compartimientos, evitando las fricciones excesivas. Hoy el marco se desintegra y los aislantes se disuelven. La nueva estructura global todavía debe encontrar su estructura, su consenso y su armonía propios.

NOTAS

¹ "... No obstante todas las semejanzas con el nacionalismo europeo, el nuevo nacionalismo del sur de Asia es algo muy distinto. Difiere en muchos más sentidos y por motivos más fundamentales que los que se desprenden de la enumeración precedente. La razón capital consiste en que un proceso histórico que en Europa ha abarcado siglos, se ha comprimido en pocas décadas, y en que se ha alterado el orden de los acontecimientos... Allí el nacionalismo es necesario para impulsar el cambio, en verdad, todos los cambios necesarios, y viceversa. Las dificultades implícitas en esta armonización de estrategias, cuya necesidad histórica es evidente para todos los dirigentes intelectuales y políticos cultos de la región, son inmensas." Véase Myrdal. *op. cit.*, págs. 2118-2119.

² A. Barber: "The 20th Century Renaissance", ensayo privado, Institute of Politics and Planning, Washington, D. C., 1968, págs. 1-8.

³ En Friedrich Engels: *Herr Eugen Duhring's Revolution and Science*, citado por D. G. Brennan: "Weaponry", *Toward the Year 2018*. Nueva York, 1968, pág. 2.

⁴ Como dijo un especialista: "Hacia el año 2018, la tecnología pondrá al alcance de los dirigentes de las principales naciones una cantidad de técnicas para librar la guerra secreta, que reducirán al mínimo la necesidad de emplear fuerzas de seguridad. Un país podrá atacar encubiertamente a su competidor con medios bacteriológicos, debili-

tando tremendamente a su población (aunque con una mortalidad mínima) antes de ocuparlo con sus propias fuerzas armadas reconocidas. Asimismo las técnicas de modificación del clima podrán emplearse para producir largos períodos de sequía o tormenta, lo que debilitará la capacidad de la nación y la obligará a aceptar "las exigencias de su competidora". Véase Gordon J. F. MacDonald: "Spree", *Toward the Year 2018*, pág. 34.

⁵ Véase Brennan, *ibid*, pág. 19. M. W. Thring desarrolla esta posibilidad en su ensayo "Robots on the March", en Nigel Calder (comp.): *Unless Peace Comes*. Londres, 1968, págs. 155-164.

⁶ Gordon J. F. MacDonald: "How to Wreck the Environment", *Unless Peace Comes*, pág. 181.

⁷ Esto le ha hecho decir a un estudioso preocupado: "Ya sirva para matar, herir, provocar náuseas, paralizar, provocar alucinaciones, o aterrorizar al personal militar y a los civiles, el uso sistemático de las armas biológicas o químicas exigirá la elucidación de grandes problemas morales." Véase Donald N. Michael: "Some Speculations on the Social Impact of Technology", texto mimeografiado de una disertación en el Seminario de la Universidad de Columbia sobre Tecnología y Cambio Social, pág. 6.

⁸ "Estamos descubriendo la necesidad de coordinar en el nivel mundial, de sondear el futuro para que las piezas puedan ensamblarse con más precisión. Esto nos ha llevado a los comienzos de la planificación global. La FAO es una pionera: su Plan Mundial Indicativo es el primer ensayo de este tipo, la versión modelo de lo que estará listo en 1969. La OIT trabaja empeñosamente en la elaboración de un Plan Mundial de Ocupación.

"El Centro de Planificación, Proyecciones y Políticas de Desarrollo de las Naciones Unidas está preparando lo que podría definirse como el encuadre de un plan maestro que abarca todas estas actividades. Esto forma parte de la tarea que le fue asignada por las resoluciones de la asamblea en virtud de las cuales el secretario general deberá elaborar, para decirlo en términos sencillos, nuevas iniciativas de desarrollo que deberán implicar un progreso respecto de las de la década actual." Véase Jan Tinbergen: "The Way Out of the Labyrinth", *Ceres* (revista de la FAO), vol. 1, nº 3, mayo-junio de 1968, pág. 20.

⁹ Para mencionar sólo unas pocas: una organización mundial de la salud, una organización mundial para los alimentos y la agricultura, una organización mundial del trabajo, una organización mundial para la educación y la cultura, un banco mundial, una organización meteorológica global, una agencia internacional de energía atómica, una

organización internacional de aviación civil, una agencia internacional para el uso pacífico del espacio exterior, una agencia para el aprovechamiento de los lechos oceánicos, etcétera.

¹⁰ Victor C. Ferkiss: *Technological Man: The Myth and the Reality*. Nueva York, 1969, pág. 199. Michael Harrington: *American Power in the Twentieth Century*. Nueva York, 1967, págs. 39, 43, 48. También el elocuente alegato que pronunció Aurelio Peccei, de la Olivetti Corporation, en Akademgorodok, URSS, el 12 de setiembre de 1967: "Considerations and the Need for Worldwide Planning" (mimeografiado).

¹¹ Se calculó que en 1966 el gasto mundial en armamentos fue 40 por ciento mayor que el presupuesto mundial para educación y tres veces mayor que para salud pública. En ese mismo año Estados Unidos destinó aproximadamente 4000 millones de dólares a ayuda exterior, y la Unión Soviética aproximadamente 330 millones de dólares con los mismos fines (ambas cifras han sido tomadas de "World Military Expenditures, 1966-1967", U.S. Arms Control and Disarmament Agency, Washington, D.C., 1968, especialmente págs. 9-12).

SEGUNDA PARTE

LA ERA DE LA FE VOLÁTIL

La era de la fe volátil se halla íntimamente ligada al impacto de la revolución tecnocrónica sobre las ideologías y las filosofías existentes. Lo que el hombre piensa está estrechamente vinculado con lo que experimenta. La relación entre lo uno y lo otro no es causal sino interactuante: la experiencia influye sobre el pensamiento y el pensamiento condiciona la interpretación de la experiencia. Actualmente, la pauta dominante parece ser cada vez más la de las perspectivas muy individualistas, no estructuradas, cambiantes. Las creencias institucionalizadas, que fueron el producto de la fusión entre las ideas y las instituciones, ya no parecen ser tan vitales e importantes y el escepticismo que tanto contribuyó a socavar las creencias institucionalizadas choca ahora con el nuevo énfasis en la pasión y el compromiso. El resultado es, para muchos, una era de modas, de creencias efímeras, en la que las emociones les suministran a algunos el elemento cohesivo que antes se encontraba en las instituciones y en la que las destenidas consignas revolucionarias proporcionan la inspiración necesaria para enfrentar un futuro totalmente distinto.

En la formación de la conciencia humana colectiva que condiciona nuestra respuesta a la realidad y que brinda el encuadre para estructurar intelectualmente esa realidad, se pueden distinguir varias

fases de gran envergadura. Las grandes religiones de la historia documentada fueron esenciales para forjar una perspectiva que ligaba la preocupación individual del hombre por su vida interior con un Dios universal, fuente de una norma de conducta que los comprometía a todos. La realidad era de factura divina y la línea divisoria que separaba lo finito de lo infinito era vaga.

La fase ideológica asociada con la industrialización y la alfabetización masiva implicó una proclividad mucho mayor al activismo social y destacó los objetivos más inmediatos, definidos en términos de la nación o de algún otro bien colectivo, tomando como foco principal la condición exterior del hombre. El activismo reclamaba una definición más explícita de nuestra realidad y surgieron los encuadres intelectuales sistemáticos, incluso dogmáticos, destinados a satisfacer esta necesidad.

En nuestra época, la gente impugna las ideologías consagradas porque su naturaleza institucionalizada, que otrora fue útil para movilizar a las masas relativamente incultas, se ha convertido en un obstáculo para la adaptación intelectual, en tanto que se piensa cada vez más que su preocupación por los elementos exteriores de la vida descuida la dimensión interior, más espiritual. La acción individual, fundada sobre la indignación moral y estimulada por un nivel mucho más alto de educación general, sustituye a la actividad muy organizada, aunque elude la pasividad y la indiferencia por la realidad exterior que eran típicas de la era preideológica.

Las ideologías imperativas dejan paso, por tanto, a las ideas compulsivas, pero sin la escatología que caracterizó a otras eras históricas. A pesar de ello, la gente siente aún la necesidad de contar con una síntesis capaz de definir el significado y el empuje histórico de nuestro tiempo. En el curso de esta

búsqueda la pasión predominante es la igualdad: entre los hombres dentro de las instituciones y dentro de las sociedades, entre las razas y entre las naciones. La igualdad motiva a los rebeldes de las universidades —tanto de Oriente como de Occidente— y a las naciones nuevas que luchan contra las más consolidadas y ricas. Este énfasis, así como el miedo a la obsolescencia personal, despierta en muchos individuos el temor de que la nueva era post-industrial imponga una diferenciación aun mayor de aptitudes, competencias y preparación intelectual, agudizando las disparidades que existen dentro de la condición humana en una época de interacción global cada vez mayor.

V

LA BUSQUEDA DE UNA VISION UNIVERSAL

“El hombre llegó silenciosamente al mundo.”¹ Pero aunque este advenimiento está envuelto en el misterio —en el sentido de que todavía es poco lo que sabemos acerca del comienzo real de la existencia humana— el hombre ha exhibido, desde los tiempos más remotos de la historia, un vivo deseo de entenderse a sí mismo y de entender su entorno. Aunque lo hiciera grosera y primitivamente, el hombre siempre ha procurado cristalizar un principio organizativo que, poniendo orden en el caos, lo vinculara con el universo y lo ayudara a definir el lugar que ocupa en éste.²

No obstante el hecho de que en otros tiempos desaparecieran culturas íntegras,³ la evolución humana —o el desarrollo social— ha implicado, por un lado, la expansión de la conciencia que el hombre tiene de sí mismo y de sus semejantes como seres humanos dotados de determinadas cualidades comunes. y, por otro, el creciente esfuerzo intelectual sistemático encaminado a definir y organizar en términos coherentes su realidad exterior. Se ha producido, por tanto, lo que Teilhard de Chardin definió como “un enriquecimiento de la conciencia. . . una corriente en virtud de la cual se crea y se en-

grosa una tradición continuada y transmisible de reflexión".⁴

En términos de la totalidad de la existencia humana, esta "corriente" puede ser en verdad corta, como se apresuran a destacarlo los críticos de la teoría del progreso histórico. Sin embargo, la historia documentada suministra pruebas contundentes del desarrollo —a menudo vacilante y desigual, pero desarrollo al fin— de la conciencia que el hombre tiene de un destino humano común, de ciertos anhelos universales, y de una pauta moral común. ⁵ Hasta cuando han competido entre sí, las religiones y las ideologías lo han hecho cada vez más en términos y en aras de principios que, vistos en perspectivas históricas, parecen implicar diferencias semánticas y no de fondo. No queremos decir con esto que no haya habido a menudo grandes diferencias en la práctica. Es notable, sin embargo, que la causa de los conflictos haya residido en que los diversos grupos se atribuían, en forma excluyente, las mejores cualidades para interpretar y aplicar valores universales como la democracia, el bienestar social, la dignidad individual y la libertad personal.

Las religiones universales

El salto crucial en el desarrollo de la autoconciencia humana en escala masiva se produjo con la aparición de las grandes religiones, las primeras síntesis universales que expandían la visión del hombre en dirección vertical y horizontal, al mismo tiempo. Verticalmente, para definir en términos vastos y complejos la relación del hombre con un Dios que no lo era sólo de un grupo reducido sino *de todos*; horizontalmente, para articular una serie de imperativos que gobernaban los deberes del hombre para con el hombre sobre la base de que todos compar-

tían la chispa divina. Así, el universalismo surgió como actitud mental en una época en que el hombre todavía era localista y estaba aislado en compartimientos socioculturales que se excluían mutuamente.

En consecuencia, el nacimiento de las religiones universales implica la aparición de la humanidad. La afirmación de la igualdad del hombre ante Dios en términos de su espíritu, su conciencia o su alma, sentó las bases para la importancia trascendental del ser humano y para la afirmación muy posterior de la igualdad de los hombres en sus dimensiones política y social. En este sentido, el cristianismo proselitista, que universalizó las tradiciones griega y judaica, más limitadas, fue una fuerza particularmente revolucionaria y fue interpretado como tal por la autoridad consagrada, no obstante la distinción que hizo entre la igualdad ante Dios y la obediencia al César en las condiciones que éste fijaba. Si se puede decir que la historia humana abarca tanto una lucha como una evolución hacia la emancipación progresiva del hombre, entonces la conquista de la igualdad ante lo sobrenatural fue el primer paso importante que se dio en ese sentido.

Pero el hombre primitivo no podía controlar ni comprender ni su propia persona ni su ambiente. Ambos eran esencialmente un misterio, una dación que había que aceptar, cualesquiera que fuesen las penurias que deparaba la vida. Como consecuencia de ello, el futuro lejano se convirtió en un objeto de mayores preocupaciones que el presente inmediato. La incapacidad de enfrentar eficazmente la enfermedad, las plagas, la mortalidad infantil, el corto lapso de vida o los desastres naturales como las inundaciones y las plagas agrícolas, determinó que el hombre buscara refugio en definiciones omnímodas de su realidad. Estas a su vez justificaban, por lo menos parcialmente, la filosofía que

decía que los afanes humanos eran inútiles y que era necesario aceptar los hechos con espíritu fatalista. Al refugiarse en un futuro autónomo, lejano y divino, el hombre se libró de la obligación de luchar violentamente con el presente en condiciones para las que no estaba ni intelectual ni materialmente preparado.

Incluso la noción de “libre albedrío” —un componente capital de la más activista de las grandes religiones, el cristianismo— implicaba fundamentalmente un acto interior de conciencia necesario para la gracia divina, antes que un punto de partida para la acción externa motivada moralmente. No se subrayaba la lucha por mejorar las condiciones externas, porque la hipótesis tácita decía que no era posible mejorarlas fundamentalmente. Se exaltaba al hombre interior. Al fijar su atención en lo universal y en el futuro divino, el hombre podía dominar el presente mediante el sencillo recurso de ignorarlo. La acción social mínima estaba asociada a una consagración máxima a lo sobrenatural.

Para satisfacer la necesidad capital de su época, o sea para asentar sólidamente al hombre en un mundo que no era inteligible, y para asegurar su firme control sobre el espíritu de ese hombre, las creencias religiosas se cristalizaron en dogmas y se organizaron en instituciones.⁶ Cuantas más exigencias individuales imponía la religión, tanto mayor era su grado de institucionalización.⁷ (Esto ha impulsado a varios estudiosos a buscar analogías entre el islamismo y el cristianismo, por un lado, y el comunismo, por otro.)⁸ La institucionalización engendró un mayor activismo (las Cruzadas y las guerras santas del Islam) y determinó que las organizaciones religiosas emplearan la fuerza sobre su ambiente. Sin embargo, el poder se aplicó para

extender la conquista del espíritu y no para efectuar cambios sociales. La institucionalización de la fe combinó, por tanto, dos funciones: fue el mecanismo de autodefensa de los fanáticos contra un predio no creyente y fue una herramienta de proselitismo que sirvió no sólo para conquistar adictos sino también para vencer la inercia de las masas, que eran, en buena medida, indiferentes a los deberes espirituales.⁹

Aunque el cristianismo ha sido la más activista de las grandes religiones y ha sentado así las bases para los movimientos revolucionarios seculares que dominaron posteriormente la historia de Occidente, el proceso de institucionalización —y por tanto el surgimiento de un compromiso entre la religión organizada y el statu quo— tendió a acallar el mensaje radical implícito en el concepto cristiano de la historia: la búsqueda de la salvación “en la tierra como en el cielo”. En la práctica, las iglesias cristianas han terminado por aceptar gradualmente la estratificación social, e incluso por beneficiarse con ella (como en América latina) y algunas corrientes luteranas llegaron incluso a sancionar como dogmas algunos conceptos de desigualdad racial que se contradicen dramáticamente con la revolución igualitaria que estuvo encarnada, al principio, en la nueva relación cristiana entre Dios y el hombre.

Las otras grandes religiones han sido más pasivas, tanto en la práctica como en la teoría. El budismo no contiene imperativos de cambio social pero ofrece medios para que el hombre se salve de la realidad. A diferencia del cristianismo, el Nirvana no se convirtió en un trampolín para el activismo temporal. Igualmente el fatalismo, que es el rasgo capital de la religión islámica, ha sido adverso aun a la presencia de ese elemento de tensión entre la “paz eterna” y el “cielo en la

tierra” que es tan fuerte en el cristianismo y que ha estimulado su activismo reprimido.¹⁰

La identidad nacional

Cuando se desarrolló en Occidente la capacidad del hombre para dominar su medio, el racionalismo secular, acompañado por una mayor conciencia de la complejidad social así como por una quiebra de la estructura vigente de lealtad religiosa, lanzó un desafío a la religión institucionalizada. Esta lealtad religiosa descansaba simultáneamente sobre la estrechez y sobre el universalismo de los horizontes del hombre: la estrechez emanaba de la ignorancia masiva, del analfabetismo y de una visión circunscrita al entorno inmediato por las comunicaciones limitadas; el universalismo se explicaba por la aceptación de la idea de que el destino del hombre se encuentra esencialmente en manos de Dios, en tanto que el presente limitado no es más que el umbral de un futuro infinito. El flamante secularismo impugnó ambas dimensiones y al proceder así necesitó un foco intermedio de lealtad para la proyección externa de la identidad del hombre o sea algo ubicado entre lo inmediato y lo infinito. La nación-estado y el nacionalismo fueron la respuesta.

La doctrina de la soberanía creó la base institucional para desafiar la autoridad secular de la religión consagrada y esta impugnación allanó a la vez el camino para la concepción abstracta de la nación-estado. La soberanía depositada en el pueblo, en lugar de la soberanía depositada en el rey, marcó la consumación del proceso que, durante los dos siglos anteriores a las revoluciones francesa y norteamericana, alteró radicalmente la estructura de la autoridad en Occidente ¹¹ y preparó el terreno

para un nuevo concepto dominante de la realidad. La nación-estado se convirtió simultáneamente en la encarnación de los compromisos personales y en el punto de partida para el análisis de la realidad. Este cambio marcó una nueva fase de la conciencia política del hombre.

El nacionalismo no se propuso encauzar al hombre hacia lo infinito sino movilizar a las masas impersonales en aras de objetivos próximos e inmediatos. Paradójicamente, estos objetivos concretos emanaban del objeto de culto, todavía intangible y trascendental, aunque nuevo: la nación. La nación se convirtió en la fuente de un afecto extático, lírico, y fue esta relación muy emocional, simbolizada por los nuevos himnos ("La Marsellesa"), banderas y héroes, la que sirvió para estimular al pueblo. Los objetivos concretos asumieron la forma de la preocupación masiva por las fronteras, por los territorios irredentos, por los "hermanos" a los que había que rescatar del cautiverio en el extranjero y, en términos más generales, por el poder y la gloria del Estado como expresión formal de la nación. El Estado se convirtió así en la forma institucional de la nueva fe dominante, con un derecho hegemónico a reclamar la consagración activa del hombre, designado, ante todo y sobre todo, con el nombre de ciudadano.

El título "hombre ciudadano" pone otro hito simbólico en la evolución del hombre como ser social. Ahora la igualdad ante Dios competía con la igualdad ante la ley; el igualitarismo espiritual estaba reforzado por el igualitarismo legal. Hay que destacar que la igualdad legal fue consagrada tanto por la Revolución Norteamericana, que complementó su preocupación por la igualdad ante la ley con una fuerte adhesión a los valores religiosos —en verdad, hacía emanar la primera de los segundos— como por la Revolución Francesa, que fundó el panteón

de la igualdad humana sobre el rechazo explícito de la tradición religiosa. En ambos casos se postulaba, como principio universal, la igualdad legal del ciudadano y así se dio otro paso gigantesco hacia la redefinición progresiva de la naturaleza del hombre y de su ubicación en el mundo.

El nacionalismo esfumó la distinción entre el hombre interior, contemplativo, preocupado por su relación con Dios y el hombre exterior, preocupado por configurar su medio. El nacionalismo, como ideología, era más activista: las relaciones del hombre con sus semejantes se objetivaban externamente mediante normas legales y no dependían, como la relación del hombre con Dios, de la conciencia personal. Sin embargo, al mismo tiempo, la definición del hombre como "nacional" se basaba primordialmente sobre criterios abstractos, históricamente determinados y muy emocionales. Este enfoque encerraba una considerable vaguedad e incluso irracionalidad cuando se lo empleaba como encuadre conceptual para explicar las relaciones entre las naciones y el desarrollo interno de éstas. El nacionalismo sólo aguzaba parcialmente el autococonocimiento de los hombres. Los movilizaba activamente pero no servía para estimular sus facultades críticas; era un vehículo masivo para las pasiones y fantasías humanas antes que un marco conceptual que permitiera disecar y reestructurar luego, deliberadamente, nuestra realidad.

El universalismo ideológico

Esta es la razón por la cual el marxismo representa una nueva etapa vital y creativa dentro de la maduración de la cosmovisión del hombre. El marxismo es simultáneamente una victoria del hombre exterior y activo sobre el hombre interior y pasivo

y una victoria de la razón sobre la fe: subraya la capacidad del hombre para forjar su destino material —finito y definido como la única realidad del hombre— y postula la capacidad absoluta del hombre para entender verdaderamente su realidad como punto de partida de sus esfuerzos activos encaminados a plasmarla. El marxismo otorga más importancia que cualquier otra forma anterior de pensamiento político al examen sistemático y riguroso de la realidad material y a las pautas de acción derivadas de este examen.

Aunque se puede argumentar que este método intelectual riguroso fue subvertido, eventualmente, por su fuerte componente dogmático, lo cierto es que el marxismo expandió la conciencia popular al infundir a las masas una intensa preocupación por la igualdad social y al suministrarles una justificación histórica y moral para exigir dicha igualdad. Más que eso, el marxismo fue en su hora el método más avanzado y sistemático para analizar la dinámica del desarrollo social, para descubrir sus categorías y para extrapolar de aquélla ciertos principios vinculados con la conducta social. Lo hizo en una forma que permitió arribar a principios muy simplificados, que transmitían aun a las personas relativamente incultas la sensación de que su comprensión de los fenómenos se había aguzado básicamente y de que sus resentimientos, frustraciones y aspiraciones vagas podrían encarrilarse hacia actos provistos de trascendencia histórica.

En razón de esto el marxismo apeló simultáneamente a los instintos éticos, racionales y prometeicos del hombre. El componente ético, sustentado por las emociones del hombre, se abrevaba en la herencia judeocristiana; el racional respondía al creciente deseo del hombre por comprender en forma más sistemática la dinámica de su entorno material; y el prometeico reflejaba la "fe del hom-

bre en sus fuerzas, la idea de que el pueblo hace la historia y de que nada puede detener su marcha hacia la perfección".¹²

En este sentido, el marxismo se ha desempeñado como un mecanismo del "progreso" humano, aunque su práctica haya quedado muchas veces a la zaga de sus ideales. Teilhard de Chardin observa en determinado momento que "no obstante su monstruosidad ¿acaso el totalitarismo moderno no es en realidad la distorsión de algo formidable y por tanto muy próximo a la verdad?"¹³ En otro contexto, comenta que "para continuar siendo humanos, o para serlo en mayor medida, todos los pueblos se sienten inexorablemente impulsados a formular las esperanzas y los problemas del mundo moderno en los mismos términos en que los ha formulado Occidente".¹⁴ Lo que no dice es que mucha gente ubicada fuera de la influencia inmediata de Occidente y de su tradición cristiana, encontró en el marxismo el elemento capaz de estimular el intelecto y de movilizar las energías humanas con un fin útil.

Además, el marxismo ha contribuido decisivamente a la institucionalización y la sistematización políticas del esfuerzo deliberado por definir la índole de nuestra era y la relación del hombre con la historia en cualquier momento dado de ésta. El énfasis en esta cuestión ha obligado a meditar sobre la importancia relativa de las distintas fuerzas de cambio, a evaluar las distintas interpretaciones históricas y a ensayar cuanto menos un juicio experimental. Asimismo, ha provocado una serie de interrogantes subsidiarios, todos los cuales ayudaron a forzar la admisión del cambio y la adaptación a éste. ¿Qué etapas particulares se pueden descifrar, dentro de la era dada? ¿Una etapa dada es de tensión internacional, de mayor estabilidad, de ubicación cambiante del conflicto, de

nuevas alianzas? ¿Cuáles son nuestros mayores enemigos actuales... subjetiva y objetivamente? ¿Quiénes son ahora nuestros aliados? ¿Cuáles son las fuentes de peligros principales, secundarios y terciarios?

Para examinar periódica, formal y concienzudamente estos problemas, es imprescindible sondear sistemáticamente la escena internacional. Esto no debe interpretarse en el sentido de que los comunistas contemporáneos siempre han sabido captar con exactitud el significado de los nuevos fenómenos internacionales. En verdad, la convicción de que sus herramientas analíticas proporcionan una guía infalible para descubrir el significado íntimo de las cosas los ha despistado muchas veces. Renuentes a aceptar la idea de que la verdad es relativa y esquiva, han elevado sus vislumbres inevitablemente parciales a la categoría de dogmas absolutos y han reducido problemas complejos a simplificaciones groseramente exageradas.

Sin embargo, definir al comunismo —la expresión institucionalizada del marxismo— primordialmente como “una enfermedad propia de la transición que lleva de la condición tradicional a la moderna”,¹⁵ o afirmar que el “marxismo es, en verdad, sólo un epifenómeno del desarrollo técnico, una etapa del doloroso matrimonio entre el hombre y la técnica”,¹⁶ equivale a desechar lo que probablemente sobrevivirá como el mayor aporte del marxismo: su influencia revolucionaria y de apertura, que puso ante la mente del hombre perspectivas antes descuidadas.

Afirmar esto no presupone ignorar el posterior efecto esclavizante del marxismo institucionalizado —sobre todo cuando está en el poder— ni su incapacidad analítica para enfrentar los problemas del mundo avanzado del siglo xx. De lo que se trata es de explicar que el marxismo representa, en la

evolución gradual de la cosmovisión del hombre, una etapa tan importante y progresista como la aparición del nacionalismo y de las grandes religiones.

En los tres casos —religión, nacionalismo y marxismo— la innovación tuvo muchos antecedentes y no fue el producto súbito de un acto totalmente autónomo de genio creativo. Marx capitalizó los logros intelectuales de sus predecesores inmediatos, para algunos de los cuales el socialismo tenía una marcada base religiosa.¹⁷ Igualmente, el nacionalismo y las grandes religiones fueron las síntesis coherentes de estados de ánimo, actitudes y una cierta receptividad social que habían madurado a lo largo de un extenso período. Además, en los tres casos, al progreso de la percepción lo siguió la corrupción práctica: las guerras religiosas y la Inquisición; los odios nacionales expresados en matanzas masivas sin precedentes; el terror brutal, las purgas y la subyugación totalitaria de la mente y del cuerpo en nombre de una ideología “humanista”.

Sea como fuere, en los tres casos, una vez ensanchados los horizontes intelectuales del hombre, no fue posible volver a comprimirlos. La igualdad ante un Dios universal y el énfasis en la conciencia individual, la igualdad frente a la ley y la consagración a un ente social más vasto que el inmediato, la igualdad social y la preocupación por disecar con criterio analítico el empuje dinámico de la historia... todo ello ayudó, acumulativamente, a refinar y expandir la conciencia política y social del hombre. Admitido el papel predominante que desempeña Occidente en la configuración del pensamiento de nuestra época, ahora, en la segunda mitad del siglo xx, prácticamente todos son hasta cierto punto —a menudo sin saberlo— cristianos, nacionalistas y marxistas.

NOTAS

¹ Pierre Teilhard de Chardin: *The Phenomenon of Man*. Nueva York, 1961, pág. 183.

² Véase Claude Lévi-Strauss: *The Savage Mind*, Chicago, 1966.

³ En este contexto, véase Jacques Soustelle: *Les Quatre Soleils*. París, 1967. Soustelle ataca con vehemencia la teoría progresiva de la historia que formularon Marx, Spengler, Toynbee y Teilhard de Chardin. Para un análisis más complejo, véase Michel Foucault: *Folie et déraison*. París, 1961.

⁴ Teilhard de Chardin, *op. cit.*, págs. 178-179.

⁵ Aquí nos referimos a *nuestra* historia, a nuestra civilización histórica. Por lo demás, Claude Lévi-Strauss tiene mucha razón cuando señala que: "...se olvida que cada una de las decenas o los centenares de sociedades que coexistieron en el mundo o que se sucedieron desde que apareció el hombre, ha reivindicado para sí la esencia de todo el sentido y la dignidad que puede alcanzar la sociedad humana, y que aunque se tratara de una pequeña tribu nómada o de una aldea perdida en el medio de la jungla, su pretensión se ha fundado, a su juicio, sobre una certidumbre moral semejante a la que nosotros podemos invocar en nuestro caso. Pero ya se trate de su caso o del nuestro, es necesaria una buena dosis de egocentrismo e ingenuidad para creer que el hombre se ha refugiado en una sola de las formas históricas o geográficas de su existencia, cuando la verdad acerca del hombre reside en el sistema de sus diferencias y rasgos comunes". Véase *The Savage Mind*. Chicago, 1966, pág. 249.

⁶ No me propongo intervenir en la polémica entre marxistas, freudianos y junguianos acerca de la autonomía y funcionalidad del desarrollo religioso, ni me siento capacitado para ello. Lo que me interesa aquí es la aparición de un marco conceptual e institucional para definir la relación del hombre con su realidad.

⁷ La insistencia de la Iglesia Católica en el celibato proporciona un ejemplo extremo. Como ha observado un estudioso: "El celibato le aseguraba la lealtad absoluta de su personal, algo que no estaba al alcance de otras instituciones religiosas modernas. A menudo reforzó su extraordinaria capacidad para resistirse a la autoridad secular. Vale la pena destacar, de paso, que las iglesias con sacerdotes casados, fuera la luterana, la anglicana o la ortodoxa (esta última sólo permite el matrimonio de los sacerdotes de jerarquía inferior) no han podido enfrentar

a la autoridad secular en la medida en que ha podido hacerlo la Iglesia Católica. Las iglesias protestantes y la ortodoxa han sido, típicamente, servidoras y apéndices de la autoridad secular. Rara vez pudieron darse el lujo de resistirla. Una de las razones de ello consistió, precisamente, en que sus clérigos estaban muy integrados a la urdimbre de la vida social civil." Véase Lewis A. Coser: "Greedy Organizations", *European Journal of Sociology*, vol. 7, 1967, pág. 206.

⁸ Véase, por ejemplo, Jules Monnerot: *Sociology and Psychology of Communism*. Boston, 1960.

⁹ Para este contexto, Jacques Toussaert ofrece datos interesantes en su libro *Le Sentiment religieux en Flandre à la fin du Moyen-âge*. París, 1963.

¹⁰ "El autor no conoce ningún caso en el que la religión haya sido un factor de cambio social en el Asia meridional de nuestros días." Véase Myrdal, *op. cit.*, pág. 103. Véanse también Teilhard de Chardin, *op. cit.*, págs. 209-211, para un comentario sobre la pasividad de las religiones orientales, y Kavalam M. Panikkar: *Hindu Society at Cross Roads*. Bombay, 1955.

¹¹ "Tanto en su versión religiosa como en la secular, tanto en Filmer como en Hobbes, el núcleo de la nueva doctrina de la soberanía residía en el deber absoluto de obediencia que el súbdito tenía para con su rey. Ambas doctrinas facilitaron la modernización política al legitimar la concentración de autoridad y la quiebra del orden político pluralista medieval. Fueron los equivalentes, para el siglo xvii, de las teorías sobre la supremacía partidaria y la soberanía nacional que hoy se emplean para liquidar la autoridad de los organismos tradicionales locales, tribales y religiosos. En el siglo xvii, la participación masiva en la política todavía era cosa del futuro, y por tanto la racionalización de la autoridad implicaba la concentración del poder en un monarca absoluto. En el siglo xx, la generalización de la participación y la racionalización de la autoridad se producen simultáneamente, y por tanto la autoridad debe concentrarse en un partido político o en un líder carismático, capaces ambos de incitar a las masas y de desafiar a las fuentes tradicionales de autoridad. Pero en el siglo xvii el monarca absoluto era el equivalente funcional del partido monolítico del siglo xx." Véase Huntington, *op. cit.*, pág. 102.

¹² Kh. Momjan: *The Dynamic Twentieth Century*. Moscú, 1968, pág. 21.

¹³ Teilhard de Chardin, *op. cit.*, pág. 257.

¹⁴ *Ibid.*, pág. 211.

¹⁵ Rostow: *The Stages of Economic Growth*, págs. 162-163. Véase también pág. 158, donde se describe el marxismo como "un sistema lleno de fallas pero lleno también de legítimas comprobaciones parciales, un gran aporte formal a la ciencia social, una guía colosal para la política pública."

¹⁶ Jacques Ellul: *The Technological Society*. Nueva York, 1965, pág. 290.

¹⁷ Pierre Leroux (1797-1871) se contó entre los primeros que analizaron conceptualmente el término "socialismo" y lo utilizaron en sus escritos. Interpretó el socialismo como la materialización de imperativos religiosos.

VI

TURBULENCIA DENTRO DE LAS CREENCIAS INSTITUCIONALIZADAS

A las instituciones les resulta cada vez más difícil reivindicar dogmáticamente la pureza prístina de las creencias que pretenden corporizar. Esto vale tanto para las iglesias cristianas como para los partidos comunistas; en algunos de los países más avanzados esta dificultad también implica, sobre todo entre los jóvenes, una crisis de lealtad respecto de los procedimientos de la democracia liberal.

Actualmente la relación entre las ideas y las instituciones es turbulenta: las instituciones se resisten a las ideas por temor a que éstas generen cambios capaces de socavar su autoridad y los portavoces de las ideas se rebelan contra las instituciones en razón de que se supone que éstas son inseparables de las restricciones intelectuales.

Este proceso forma parte de la secularización progresiva de nuestra vida. El nuevo carácter de las comunicaciones contemporáneas, que permite la rápida difusión de las ideas e imágenes y que exige menos esfuerzos organizados para realizar proselitismo, desempeña un papel importante en dicho proceso. Hoy, más gente está expuesta a impresiones que son más fluidas y más volátiles que cualesquiera de las anteriores. Ya no es necesario

desafiar los tabúes rígidos y tradicionales con visiones distintas y más atractivas, ni vencer la inercia social con una movilización organizada de los esfuerzos. Todo esto determina que las creencias institucionalizadas estén a la defensiva: sus esfuerzos están cada vez más encaminados a conservar la lealtad de sus adictos y a combatir las influencias hostiles a las creencias estructuradas, formalizadas y muy institucionalizadas.

Marx escribió hace más de un siglo que "hasta ahora se ha pensado que lo único que permitió que los mitos cristianos prosperaran durante el Imperio Romano fue el hecho de que todavía no se hubiera inventado la imprenta. Todo lo contrario. La prensa diaria y el telégrafo, que en una época difundieron inventos por todo el mundo, fabrican más mitos (que el rebaño burgués acepta y agranda) en un día que los que antes se podrían haber fabricado en un siglo."¹ Cuando a la prensa y el telégrafo se les suma el papel global contemporáneo de la radio y la televisión, y a la religión se le agregan las ideologías actuales, las observaciones de Marx resultan aun más pertinentes.

Otro factor actúa a la par de los fenómenos ligados con los medios de difusión y al ritmo del cambio social de origen tecnológico. A juicio de muchas personas inquietas, sobre todo jóvenes, la fusión de las religiones o las ideologías con las instituciones ha producido una rigidez burocrática así como una distorsión de los valores. La larga tradición del énfasis que la religión institucionalizada pone en el hombre interior ha estimulado la pasividad social y la indiferencia de hecho ante los dilemas humanos concretos, al margen de los compromisos formales con el humanitarismo. La preocupación ideológica más contemporánea por la movilización del hombre exterior ha creado sistemas políticos cuya práctica refuta la trascendencia moral de los

objetivos humanitarios que proclaman con frecuencia. En el primer caso la elevación espiritual del hombre ha creado condiciones favorables para su indigencia social, en el segundo la afirmación de su primacía social ha precipitado su degradación espiritual.

Marxismo institucional

Además, muchas personas piensan que las actuales creencias institucionalizadas ya no suministran respuestas adecuadas a los problemas contemporáneos, ni en el plano exterior, ambiental, de la existencia humana, ni en el plano interior, contemplativo. No obstante el progreso intelectual que el marxismo significa para nuestro pensamiento, no basta como única base para la comprensión significativa de nuestra realidad. Ya no es posible interpretar satisfactoriamente los descubrimientos de la ciencia moderna, los progresos logrados en el estudio de la psique humana e incluso los procesos socioeconómicos contemporáneos mediante el uso exclusivo del encuadre marxista. Al mismo tiempo, la preterición del elemento espiritual y la búsqueda renovada de la auténtica naturaleza del hombre interior —búsqueda que es tanto más urgente en razón de las novedades científicas relacionadas con la naturaleza del cerebro y la personalidad del hombre— han puesto aún más en descubierto las insuficiencias del marxismo tomado como única base para definir el significado de la existencia humana.

El vínculo que existe entre las ideas y las instituciones marxistas encarnadas en partidos comunistas burocráticos y dogmáticos acentúa esta insuficiencia. Precisamente porque el marxismo, como cuerpo de ideas y como método socioeconómico, se ha integrado a la herencia intelectual de Occi-

dente, su vitalidad intelectual y su significación política —esta última concebida en términos generales como fuente de influencia para los programas sociales— ya no dependen de una organización de fanáticos. Esta organización fue necesaria para hacer proselitismo, tomar el poder y conservarlo. Las condiciones específicas que imperaban en Rusia justificaron la fórmula leninista sobre la utilidad histórica de dicho partido y sobre la absoluta necesidad de que el individuo se le subordinara.

Luego, los elementos burocráticos que tomaron inevitablemente el control de la organización cuando ésta conquistó el poder tendieron, naturalmente, a otorgar mayor prioridad al aparato que a las ideas que éste debía defender y, presumiblemente, nutrir. Como resultado de ello la existencia de los partidos comunistas se ha convertido en un obstáculo material para la mayor aceptación y el mayor desarrollo del pensamiento marxista. La organización burocrática de los partidos, su preocupación intrínseca por sus intereses creados de tipo institucional —aun a expensas de la doctrina marxista que dicen encarnar—, su temor a la exploración intelectual, han estimulado acumulativamente la oposición externa y la esterilidad interna.

El hecho asombroso de que el partido comunista soviético no haya producido *un solo* pensador marxista creativo e influyente en los cincuenta años que trascurrieron desde que tomó el poder en 1917, es típico de esta esterilidad. (Lo que es más, sus principales luminarias intelectuales, los orígenes de cuya creatividad se remontaban a antes de 1917, fueron físicamente liquidadas bajo el régimen soviético.) Esto llama la atención cuando se piensa en la importancia que el primer partido comunista que llegó al poder le adjudicaba oficialmente al marxismo-leninismo “creador”. En el resto del mundo, los filósofos marxistas más inquisitivos e influ-

yentes —George Lukacs, Ernst Bloch, Adam Schaff o Leszek Kolakowski— entraron invariablemente en conflicto con la disciplina partidaria o fueron expulsados eventualmente del partido.

Mientras el marxismo era una escuela de pensamiento aislada, el partido podía desempeñarse como un mecanismo eficaz para transmitirlo a las masas o, en términos más generales, como una entidad autoerigida en motor de la historia. Pero cuando el marxismo se convirtió en parte de la gran corriente de la historia, insistir en su identidad y su exclusividad segregadas, institucionales, implicó disminuir su influencia y ahogar su creatividad. Sin embargo, esto es precisamente lo que han seguido haciendo los partidos comunistas y el Partido Comunista de la Unión Soviética ha llegado incluso al extremo de ampliar su jurisdicción y ha reivindicado su derecho de vigilar el acierto de las interpretaciones hechas por otros partidos.

El resultado ha sido una creciente indiferencia de los afiliados respecto de la doctrina y un creciente desapego de los pensadores marxistas más creativos. Esto no quiere decir que las ideas socialistas se han desacreditado. Por el contrario, aun en Europa Oriental, donde el comunismo ha tenido que competir con el nacionalismo antisoviético, los datos ciertamente muy limitados y fragmentarios sobre el estado de la opinión pública indican que el socialismo —interpretado a grandes rasgos como una tentativa de crear una sociedad más justa mediante la ayuda social, el acceso masivo a la educación, los servicios sociales, la propiedad pública de los principales medios de producción y el igualitarismo social— cuenta con un vasto apoyo popular, en tanto que no sucede lo mismo con el comunismo como creencia institucionalizada.² También en Occidente la mayoría de los partidos no socialistas admiten ahora que la sociedad de bien-

estar social es deseable y normal, aunque no requiere necesariamente la nacionalización en gran escala. La Iglesia Católica¹ expresó un criterio muy parecido en la notable encíclica papal *Mater et Magistra* (1961)/

En consecuencia, el "marxismo institucional" o comunismo ya no aborda una realidad intelectual hostil a sus aspiraciones sociales o incluso a algunas de sus hipótesis subyacentes. Ya no enfrenta a un mundo que rechaza intelectualmente al marxismo, o sea, un territorio virgen que debe ser invadido por misioneros fanáticos organizados en forma colectiva. En razón del mismo fenómeno, actualmente la única función histórica del partido cerrado de tipo leninista parece ser la de ayudar a conservar el poder allí donde lo ejercen los comunistas. Por tanto, el pensador marxista ya no puede ser comunista si desea seguir siendo pensador.

El vínculo leninista entre las ideas y el poder, con todas las restricciones y predisposiciones al dogmatismo que le son inherentes, aleja del comunismo tanto a los intelectuales "buscadores de verdad" como a los "buscadores de eficiencia".³ El primer grupo, integrado típicamente por filósofos, humanistas y escritores, reacciona contra la preocupación excesiva por el hombre exterior, activo: procura restaurar y renovar el interés por el significado interior de la vida y enfrentar fenómenos socio-psicológicos del tipo de la alienación y también encuentra una incompatibilidad básica entre la búsqueda de libertad personal que el marxismo dice encarnar y la institucionalización marxista de un sistema de poder. Las críticas más lúcidas y más intensas al sistema emanan casi siempre de este grupo. En los países no comunistas, el grupo también abarca a mucho de lo que se ha dado en llamar la "nueva izquierda", que se preocupa intelectualmente por los problemas "capitales" relaciona-

dos con el individuo. Es significativo que Cohn-Bendit, el dirigente radical de los estudiantes franceses de 1968, haya reservado sus dardos más agudos para el Partido Comunista francés.⁴

Otra amenaza que se cierne sobre el vínculo consagrado entre la ideología y la institución es la que emana del desafío de los intelectuales "eficientistas", que son, típicamente, los economistas, los científicos y los nuevos gerentes. Estos se preocupan sobre todo por la eficiencia socioeconómica y piensan que la entronización de los dogmas y la subordinación de las ideas a las instituciones, con su secuela de dogmatismo conservador, ponen un serio obstáculo al cambio social positivo. Menos preocupados por el hombre interior y más por la satisfacción de las exigencias del hombre exterior, no impugnan frontalmente el sistema. Pero puesto que su ofensiva es indirecta y puesto que la legión de atacantes es cada vez más numerosa y más indispensable para una sociedad industrial, sus críticas son más difíciles de silenciar. Los buscadores de verdades embisten de frente y donde los sistemas son más débiles y están más desorganizados han podido triunfar ocasionalmente, para luego ser aplastados por la intervención de un poder superior. Los "eficientistas" no enfrentan, sino que tratan de desgastar. Sus éxitos y sus derrotas, reflejados en el ciclo de reformas económicas y posteriores repliegues que se registran dentro del mundo comunista, son menos visibles, menos vastos, pero quizá más tangibles.

Sin embargo, llegará el momento en que incluso el grupo "eficientista" tendrá que abordar los interrogantes más fundamentales relacionados con la naturaleza del hombre y con el fin de la existencia social. Hasta que llegue ese momento, siempre subsistirá la posibilidad de que la élite gobernante pueda tener un éxito por lo menos temporario en

su afán de aislar a la comunidad científica en compartimientos estancos, de exprimir su talento y de corromperla con un sistema de recompensas, todo ello mientras se reserva la facultad de definir los objetivos principales.

Los filósofos marxistas contemporáneos, conscientes de este peligro, y reaccionando contra la tradición burocrática dogmática, han sido proclives a ratificar la prioridad de la razón y la conciencia humanas sobre los intereses creados de la organización y a señalar las limitaciones inherentes a cualquier encuadre ideológico que se quiera aplicar a la realidad. Al escribir en 1956, Leszek Kolakowski se hizo eco de un estado de ánimo muy difundido cuando atacó la idea degradada de que el término "marxista" ya no designa a "una persona que acepta una cosmovisión definida y significativa, sino a una persona con una configuración intelectual categórica que se distingue por su predisposición a aceptar las ideas fijadas por vía institucional".⁵ Kolakowski rechazó el "marxismo institucional" y afirmó que la interferencia del partido en las empresas científicas es, por definición, no marxista, porque contradice la esencia del marxismo: una indagación deliberada, científica y racional que apunta a aproximarse lo más posible a la verdad. Con un criterio parecido, los filósofos yugoslavos vinculados con la revista *Praxis*, de Zagreb —revista que se destaca por su insistencia en el hecho de que "marxismo" y "verdad institucional" son dos términos contradictorios— ridiculizaron las opiniones de un filósofo soviético que había "afirmado que el Comité Central del Partido enunciaba las mejores soluciones para los problemas teóricos más importantes, incluidos los de índole filosófica; a su juicio, la tarea filosófica más importante de la época consiste en 'amalgamar a todas las fuerzas dentro del campo socialista'". Contestando la tesis soviética, un filó-

sofo yugoslavo observó que “las resoluciones aprobadas por el Comité Central no son en modo alguno de tipo filosófico”.⁶

La objeción a la idea de que el marxismo, como ciencia de la historia, suministra pautas prácticas y éticas para el futuro, es aun más fundamental. Los revisionistas más críticos y los adversarios más desembozados de la fusión del pensamiento marxista con un partido de tipo leninista, han atacado también esta premisa. Kolakowski lo ha hecho con particular elocuencia:

Una filosofía de la historia digna de consideración describe sólo lo que ha existido, el pasado y no el futuro creativo del proceso histórico. Por esta razón, quienes desean subordinar su propia intervención en los procesos futuros a los pronunciamientos de la filosofía de la historia no son más que turistas que escriben sus nombres sobre los muros de ciudades muertas. Todos pueden, si lo desean, interpretarse en términos históricos y descubrir los determinantes a los que estuvieron sujetos en el pasado. Pero no pueden hacerlo en relación con la personalidad que todavía no han adquirido. Nadie puede deducir su propio desarrollo futuro partiendo de los pronunciamientos de la filosofía de la historia en la que confía. Ejecutar semejante milagro equivaldría a convertirse uno mismo en el pasado irrevocable o sea, cruzar el río de la muerte que, dice el poeta, nadie ve dos veces.⁷

Incluso algunos pensadores marxistas relativamente ortodoxos, como Adam Schaff, que han defendido en forma activa la fusión de las ideas y las instituciones, han tenido que enfrentar eventualmente la opción entre la lealtad institucional y la integridad intelectual, a expensas de su buena ubicación en el partido. Al decidirse tardíamente por la segunda, Schaff confesó con franqueza que su propio pensamiento ya no podía seguir circunscripto a la definición conservadora, dogmática, y por tanto institucional del marxismo y que había llegado el

momento de reconocer que su comprensión más avanzada de la sociología del marxismo lo obligaba a recurrir a perspectivas⁷ y profundizaciones no marxistas.⁸ Apenas una década antes, Schaff había sido uno de los críticos ortodoxos que habían combatido con más eficacia las ideas de su compatriota polaco Kolakowski, del alemán oriental Wolfgang Harich, y de los revisionistas yugoslavos.⁹

Ya hemos dicho que el marxismo, divulgado en el plano popular bajo la forma del comunismo, implicó un gran progreso en la capacidad del hombre para conceptualizar su relación con el mundo. Puso fin a una época de la historia humana que podría definirse como la de la inconsciencia histórica. Le infundió al hombre el sentido de la dinámica social y lo impulsó a preocuparse conscientemente por ésta. A pesar del determinismo materialista, fue portador de un mensaje esencialmente ético, al que debió muchos de sus atractivos. Y fue el portador de dicho mensaje merced a una doctrina que pretendía emanar de un método de investigación totalmente racional. Su éxito ayudó, por tanto, a estimular una reacción contra las verdades derivadas de creencias aparentemente irracionales y contra las instituciones que se atribuían el monopolio de la verdad. Pero lo que había sido necesario para ayudar a terminar con la era de la inconsciencia histórica, sobre todo en el plano popular, resultó contraproducente en la era de la ciencia, de la difusión rápida y del cambio cada vez más acelerado.

El marxismo institucionalizado, que fue inicialmente la ideología de una clase intelectual con poca base, débil y relativamente aislada, que pretendía encauzar la historia y a las masas populares, se ha convertido en la doctrina oficial de un grupo de burócratas no intelectuales, apoyados por millones de personas (aproximadamente el diez por ciento

de la población adulta de la mayoría de los países comunistas) para las que la afiliación formal es a menudo una manifestación de ortodoxia social conservadora o de oportunismo profesional, antes que un compromiso ideológico o intelectual. Para apuntalar una institución cada vez más despojada de su contenido intelectual creativo, los funcionarios gobernantes se van refugiando gradualmente en el nacionalismo del Estado, que es su principal vínculo emocional con las masas. Por una paradójica y cruel ironía de la historia, resulta que, después de tomar el poder, el comunismo se vale cada vez más de los factores inconscientes y viscerales que el marxismo pretendió superar.¹⁰

El cristianismo organizado

Igualmente dramático, aunque de fondo distinto, es el problema que enfrentan hoy las religiones institucionalizadas, y sobre todo el cristianismo. A diferencia del comunismo, la cristiandad contemporánea ya no es un sistema de poder: su autoridad temporal no sólo es limitada sino que se está reduciendo. Por otra parte, es al mismo tiempo un sistema de doctrinas y una institución, sobre todo en su versión católica. La tensión entre las creencias y la institución es, para la Iglesia, una historia antigua y a menudo dolorosa. Pero los esfuerzos de los papas Juan XXIII y Paulo VI por revitalizar la Iglesia, que se tradujeron en el Segundo Concilio Vaticano, le dieron una nueva dimensión al problema.¹¹ Estos esfuerzos se desarrollan en un encuadre que incluye un interés sin precedentes de los cristianos inquietos (no sólo de los católicos) y múltiples testimonios de creciente indiferencia por las formas religiosas consagradas. En otras palabras, la participación masiva en el cambio, que

significa que los guardianes oficiales de la institución no pueden controlarla totalmente, coexiste con la incertidumbre acerca de los mejores métodos para devolver a la Iglesia su auténtico sentido sin diluir su identidad espiritual.

Para decirlo con las palabras de Unamuno, el dilema fundamental de la Iglesia consiste en que el "catolicismo oscila entre la mística, que es la experiencia íntima del Dios vivo en Cristo, experiencia intransmisible y cuyo peligro es, por otra parte, absorber en Dios la propia personalidad, lo cual no salva nuestro anhelo vital y entre el racionalismo al que combate..., oscila entre ciencia religiosizada y religión científicada."¹² Optar por lo uno implica privarse de lo otro. Sin embargo, ninguna de las dos alternativas basta por sí misma. El misticismo significaría distanciarse del mundo contemporáneo; el científicismo significaría dejarse absorber por él.

Este es un viejo dilema de la Iglesia y ha sido planteado y resuelto en forma distinta en diferentes etapas históricas. *Mater et Magistra* y el Segundo Concilio Vaticano, que corresponden a una era plasmada por los conflictos ideológicos, las innovaciones científicas, el despertar masivo del pueblo, la pasión política y el estancamiento religioso, se pueden interpretar como un esfuerzo encaminado a lograr tres grandes objetivos: 1) actualizar la estructura institucional de la Iglesia, para que no le reste vitalidad al componente ideológico (conservamos este término porque es el que se utiliza a lo largo de todo el capítulo) y para que las creencias institucionalizadas vuelvan a pesar sobre las dimensiones interior y exterior de la vida humana; 2) encauzar mejor las energías de la Iglesia, en conjunto, hacia problemas sociales que van desde la pobreza personal y la injusticia social hasta la desigualdad internacional y 3) recomponer los des-

garramientos doctrinarios de la Iglesia y poner fin a la era de intolerancia y conflictos entre el cristianismo y las religiones no cristianas.

El esfuerzo generó nuevas tensiones en la relación entre las ideas y las instituciones, precisamente porque empujó en parte a la Iglesia en la dirección deseada. La reforma institucional, promulgada en un momento en que los reclamos de actualización teológica provienen cada vez más de la jerarquía misma de la Iglesia (como en el caso del comunismo, las presiones emanan más de la periferia que del centro: lo que Yugoslavia ha sido para el Kremlin, Holanda lo es para el Vaticano), ha desencadenado una profunda crisis de la autoridad papal. El hecho de que el papa Paulo VI reiterara la interdicción del control artificial de la natalidad (en *Humanae Vitae*, 1968) cuando hacía poco tiempo que el Segundo Concilio Vaticano había adoptado el concepto de la colegialidad para los asuntos de la Iglesia, provocó la enérgica reacción negativa de varios consejos nacionales de obispos. A la vez, estas reacciones impulsaron al Papa a alertar contra "actitudes que se apartaron no poco de la doctrina tradicional de la Iglesia y amenazaron el orden en el seno de la Iglesia misma".¹³

Sin embargo, el Vaticano no pudo sofocar el desasosiego teológico. Casi haciéndose eco de los filósofos marxistas que reclamaban un diálogo interno sin restricciones, los teólogos católicos denunciaban (sobre todo en una declaración pública lanzada en diciembre de 1968 por cuarenta teólogos de primera línea) los esfuerzos de la curia vaticana por resolver las diferencias teológicas mediante decretos administrativos. Reivindicaban su derecho a una libertad absoluta de indagación, emancipada de toda limitación institucional.

El mayor énfasis en las cuestiones sociales, enunciado con sensibilidad en *Mater et Magistra*, planteó

un problema distinto. La intensa participación en los conflictos mundanos, y sobre todo en la lucha contra la injusticia social, determinó necesariamente que la atención de la Iglesia se fijara en el hombre exterior y a menudo la hizo competir directamente con los movimientos socialistas o comunistas. Los católicos más jóvenes y más comprometidos desde el punto de vista social vieron en esta competencia —sobre todo en América latina— la única forma posible de salvar la misión de la Iglesia. Y los conservadores temieron que la Iglesia se transformara, sencillamente, en otro movimiento revolucionario temporal. La controversia fue particularmente encarnizada en las regiones donde el problema era de actualidad inmediata; por ejemplo, en el nordeste brasileño.¹⁴ Allí, como en otras partes, los conservadores intuyeron que lo que la Iglesia ganara a corto plazo le costaría demasiado a largo plazo, y que la trascendencia social se pagaría con la pérdida de la identidad. En términos más generales arguyeron que el éxito social, lo mismo que el éxito económico, podría ser perjudicial para los valores espirituales. Es lícito pensar que desde su punto de vista la experiencia del protestantismo en Estados Unidos no era tranquilizadora.¹⁵

El ecumenismo también alimentó tensiones institucionales y doctrinarias. Los puristas temieron que acelerara la disolución del contenido doctrinario y que transformara a la Iglesia Católica de los países más avanzados en una vaga organización ética consagrada, junto con otras instituciones análogas, a la beneficencia social. A los puristas les resultó aun más desconcertante que se entablara un diálogo “ecuménico” entre los cristianos y los comunistas, diálogo en el que los católicos participaban activamente. El hecho de que este diálogo pudiera prosperar, aunque recibiera relativamente poca atención pública, fue en sí mismo un testimonio de

que aunque ninguno de los dos bandos había renunciado formalmente a la pretensión de tener el monopolio de la verdad absoluta, esta idea ya no predominaba en el pensamiento occidental ni tampoco en aquellas instituciones que eran, a su vez, el producto de la tradición maniqueísta.¹⁶

Sin embargo, sería equívoco interpretar este diálogo como un cambio fundamental en la relación doctrinaria entre el cristianismo y el marxismo. Los participantes eran individuos que, por sus inquietudes intelectuales, reflejaban ellos mismos la tensión entre las instituciones y las ideas: los esfuerzos encaminados a limitar el ámbito de la indagación filosófica les producían una irritación intrínseca. Por tanto ambos bandos representaban la periferia intelectual y no el centro mismo del poder burocrático. Los centros exhibían una cierta ambivalencia, que se manifestaba no tanto en relación con los encuentros, tolerados, en parte, por razones de táctica política, como en relación con la medida en que decían que los respectivos portavoces habían ocultado las diferencias entre los dos sistemas de pensamiento.¹⁷

No obstante estas limitaciones, los debates, que sin duda continuarán y se ampliarán, tuvieron mucha importancia. Demostraron que es cada vez más difícil constreñir la búsqueda de una visión universal significativa dentro de los marcos que fijan las instituciones, puesto que la existencia misma de las instituciones depende de la conservación de su identidad distintiva y exclusiva. Esta es la razón por la cual lo que exteriormente parece ser modesto y limitado ha sido, en verdad, un cambio radical respecto del criterio tradicional de Occidente que anatematizaba semejante diálogo.¹⁸

Las reformas y los debates internos del catolicismo ya han servido para reemplazar la autoridad de la institución por el gobierno de la propia con-

ciencia en muchos aspectos de la vida personal. (Esta ha sido, por ejemplo, la reacción de muchos obispos y laicos católicos frente al problema del control de la natalidad.) Para una persona motivada espiritualmente, la conciencia puede ser una maestra más severa que la autoridad de la Iglesia, pero en la mayoría de los casos el predominio de la conciencia determina inevitablemente que la Iglesia sea cada vez más prescindible. Este fue el dilema que indujo al papa Paulo VI a adoptar una actitud plasmada crecientemente por la necesidad de defender la institución, no obstante su anterior simpatía por la innovación: "Hoy, como lo puede ver cualquiera, la ortodoxia, o sea la pureza de la doctrina, no parece ocupar un lugar de privilegio en la psicología de los cristianos. ¿Cuántas cosas, cuántas verdades son impugnadas y cuestionadas? ¿Cuánta libertad se reivindica respecto de la auténtica herencia de la doctrina católica, no sólo para . . . explicarla mejor al hombre de nuestro tiempo, sino a veces para sujetarla a ese relativismo en el que el pensamiento profano . . . busca su nueva expresión, o para adaptarla . . . al gusto contemporáneo y a la receptividad de la mentalidad moderna?"¹⁰

El Papa no se equivocó al decir que "la ortodoxia . . . no parece ocupar un lugar de privilegio en la psicología de los cristianos". Esto vale no sólo en el plano de la obediencia formal, pública, a ciertos rituales consagrados, sino incluso en el de la sustancia esencial de la fe (como muestra el cuadro 8, elaborado con materiales de las encuestas Gallup de 1968). El nivel relativamente bajo de la asistencia regular a la iglesia, si bien es significativo porque refleja un creciente desinterés por el deber ritual más fundamental pero también más insignificante, no es tan revelador como la brecha llamativa que existe entre quienes creen en Dios y quienes creen en la vida ultraterrena. La esencia de la fe

cristiana consiste en que lo primero garantiza lo segundo. El Dios escindido de la creencia en la vida ultraterrena es algo totalmente distinto del Dios cristiano.

Los datos de la encuesta, aunque fragmentarios y superficiales, ponen sin embargo de relieve un problema. Por un lado, la encuesta refleja una crisis de la fe institucionalizada. Por el otro, en cambio, indica que sería engañoso sacar la conclusión de que la reducida asistencia a la iglesia y la falta de fe en la vida ultraterrena implican la generalización de la irreligiosidad. Por el contrario, insinúa que la irreligiosidad —o sea el convencido rechazo de una realidad que trasciende lo finito— no existe, por lo menos todavía. La creencia en un Dios desprovisto de sustancia podría ser sólo un vestigio de una sociedad más tradicional en un contexto que

Cuadro 8

	¿Cree en Dios?	¿Cree en la vida ultraterrena?	¿Concurre a la iglesia una vez por semana?
Estados Unidos	98%	73%	43%
Grecia	96	57	28 (Atenas)
Uruguay (ciudades)	89	42	24
Austria	85	38	38
Suiza	84	50	30
Finlandia	83	55	5
Alemania Occidental	81	41	27
Holanda	79	50	42
Gran Bretaña	77	38	—
Francia	73	35	25
Noruega	73	54	14
Suecia	60	38	9

subraya la vida inmediata, pero también podría reflejar la búsqueda de una relación muy personal, interior y directa entre el individuo y Dios.

Privatización de la fe

En la práctica, el debilitamiento de la Iglesia en cuanto institución podría ser un síntoma de que la religiosidad se está fortaleciendo. La Iglesia era un nexo necesario entre Dios y el hombre en una etapa de pobreza espiritual e inconsciencia histórica. Suministraba un código de conducta rígido, sanciones institucionalizadas (cuya severidad disminuyó gradualmente a medida que la humanidad se socializaba en el plano de la coexistencia personal, aunque no internacional) y un vínculo con lo eterno. A medida que la Iglesia se debilite, la desintegración de sus controles equivaldrá, sin duda, para algunos, a la licencia; para muchos sólo será una cuestión de indiferencia; pero para otros marcará el comienzo de una relación mucho más directa, más personal y menos ritual con Dios.

Esto podría significar la aparición de respuestas religiosas muy pluralistas: de cultos, sectas, grupos de creyentes, cada uno de ellos con una forma distinta de expresar su fe, para no hablar de una forma mucho más personalizada de veneración... incluso dentro de la Iglesia Católica.²⁰ La Iglesia organizada continuará siendo, para la mayoría de la gente, el principal punto de arraigo, pero para muchos otros la relación con Dios se expresará en términos más individuales y armónicos con sus necesidades psicológicas. La popularidad de Teilhard de Chardin es, por ejemplo, un síntoma de que nuestra era necesita combinar el éxtasis con la ciencia, la creencia mística con el conocimiento del mundo material.²¹

Por consiguiente, la fermentación actual del cristianismo forma parte de la aversión general contra la creencia institucionalizada, aversión que es típica de nuestra época. Esta aversión refleja la natura-

leza de nuestro estilo intelectual y la forma fragmentada e impresionista como nosotros mismos estamos expuestos a la realidad, así como el sentimiento instintivo de que las ideas sólo valen mientras pueden relacionarse eficazmente con una realidad dinámica. Cuando se institucionaliza una idea se la priva de la capacidad de adaptarse al cambio. Entonces su evolución posterior ya no depende de la aptitud del intelecto para captar el ritmo y la importancia del cambio, sino del grado de cambio que se registra dentro de la organización burocrática que ha pasado a encarnar la idea. Los intereses creados del poder pasan a ser, en consecuencia, más importantes que los imperativos éticos o intelectuales.

La crisis de las creencias institucionalizadas representa la última etapa de la secularización progresiva de la vida o sea de la fractura entre la existencia social del individuo y el marco de creencia. El trabajo, el juego y ahora, cada vez más, la introspección, se han separado gradualmente de la fe cristiana formal,²² y bajo el régimen comunista también empiezan a apartarse del marxismo.

En una era de aislamiento geográfico, cultural y, por tanto, también psicológico, era más fácil implantar la creencia institucional. El fanatismo religioso podía prosperar en ese contexto y las guerras de religión tenían un hondo sentido moral. El agotamiento físico (después de la Guerra de los Treinta Años y de la batalla de Viena de 1683), así como el creciente escepticismo, han puesto fin a la moda de las guerras de religión. El comunismo ha sido el último gran dogma absolutista de nuestra era, porque podía utilizar el poder para salvaguardar su singularidad. No es casual que últimamente la aislada China haya sido su propagandista más fanática ni que el conservadorismo ideológico de los estados comunistas confluja, generalmente, con los

esfuerzos encaminados a cortar el contacto de la sociedad con el mundo exterior mediante interferencias radiales y otros métodos.²³ La congestión global, si bien conduce necesariamente a la comprensión mutua, es sencillamente hostil a las instituciones y las ideologías que descansan sobre la convicción exclusivista.

En términos ideales, una vez dadas estas condiciones el hombre debería buscar la realización total mediante la combinación de la introspección espiritual con el imperativo moral de la justicia social. Harvey Cox arguye, en su lúcido libro, que "si son los hombres, en lugar de los fantasmas metafísicos, quienes encarnan el sentido de la existencia histórica, es más fácil valorar, en lugar de repudiar, las intenciones ajenas a las del propio clan. Las distintas cosmovisiones suministran la oportunidad, no ya de destruirse mutuamente sino de concebir un marco social dentro del cual es posible estimular y nutrir esta diversidad. En términos ideales, la ciudad secular es una sociedad de esta naturaleza. Proporciona un ámbito en el que puede prosperar una multitud de intenciones y proyectos humanos, porque cada uno se reconoce a sí mismo como provisional y relativo. El secularismo auténtico depende de que no se pueda permitir que una cosmovisión, una tradición o una ideología se convierta en *la* cosmovisión oficialmente consagrada, al margen de la cual no se toleran otras. Esto impone a su vez la presencia de instituciones sociales y políticas pluralistas."²⁴

La plasmación de la ciudad secular ideal exige una enorme madurez y responsabilidad social. También exige hondura filosófica y espíritu de moderación, porque la transición desde la tradición del dogma hacia la condición de diversidad no es fácil. Ciertamente la diversidad de creencias es la premisa de la libertad, y quizá sea incluso la conco-

mitante de la creatividad (aunque tanto la Edad Media como Oriente indican lo contrario). Pero llevada al extremo, o sea al punto en que la diversidad misma se convierte en el meollo de la creencia, genera sus propios peligros. La reacción saludable contra las doctrinas institucionalizadas no está completa si no implica también la formulación de nuevos principios de contrato social y de nuevas ideas sobre el papel del individuo. Las ideas fluidas, frágiles y fragmentadas no pueden suministrar una comprensión perdurable ni una base de acción duradera. Las opiniones populares, que cambian con el viento, pueden reflejar correctamente las tensiones psicológicas y sociales que subyacen en nuestra realidad excepcionalmente dinámica, ¿pero acaso proporcionan una base duradera para entenderla o dominarla? Es posible que el relativismo intelectual no baste para enfrentar el desafío del activismo subjetivo, que es muy intolerante porque emana de criterios puramente personales para evaluar la realidad.

Este problema no aflora sólo en los sistemas donde las creencias formalizadas desempeñan un papel decisivo. También acosa a los estados democráticos y liberales de Occidente. Estos también dependen de una simbiosis de ideas e instituciones, aunque en condiciones mucho menos formales y más implícitas. La turbulencia que aflige al comunismo y al cristianismo es visible y directa, porque las ideas rebeldes chocan con instituciones inmovibles. La crisis de confianza que afecta a la democracia liberal es mucho más esquiva pero no menos real. Para que el estado democrático y liberal funcione eficazmente es necesario que la devoción social a la idea abstracta de la democracia se combine con el legalismo práctico y es fácil que las condiciones de tensión y crisis deterioren esta combinación. Además, el proceso democrático es

difícil de dramatizar, a diferencia de ideas tales como revolución, injusticia y libertad. En cambio, depende, en términos más prosaicos, de un extraordinario cuidado por los procedimientos, o sea, del interés por los medios así como por el fin del proceso. A menos que se le inyecte un nuevo contenido moral, es posible que el interés por los medios no baste en la confrontación con problemas que se enuncian como absolutos y que, teóricamente, se resuelven con la pasión antes que con la conducta.

NOTAS

¹ Karl Marx, en sus escritos de 1871, según la cita de Lewis S. Feuer: "Karl Marx and the Promethean Complex", *Encounter*, diciembre de 1968, pág. 31.

² Esto se ha comprobado mediante encuestas realizadas ya sea en un país determinado o entre viajeros europeos orientales llegados a Occidente. Por ejemplo, en una encuesta que se realizó en 1961 entre estudiantes universitarios de Varsovia, el 2 por ciento se identificó como "categóricamente marxista" y el 16 por ciento como "marxista en términos generales". Es posible que estas dos categorías representen el tope máximo de proclividad a aceptar la ideología oficial, aunque probablemente muchos de los incluidos en el 16 por ciento se rebelarían contra una excesiva disciplina partidaria. El 27,5 por ciento contestó "categóricamente no", y el 31 por ciento "en términos generales, no", a la pregunta: "¿Se considera usted marxista?" Sin embargo, al mismo tiempo, el 28,1 por ciento se declaró francamente partidario de que el mundo "evolucione hacia alguna forma de socialismo", y el 44,5 por ciento contestó "en general, sí", dentro del 72,6 por ciento que manifestó una preferencia generalizada por el socialismo. Véase *East Europe*, abril de 1966, pág. 19.

La brecha entre la aceptación generalizada del socialismo y la identificación personal con el marxismo es, probablemente, un buen testimonio de la discriminación que acabamos de hacer.

Asimismo, sobre una muestra de 490 polacos que visitaron Occidente en 1960 (gente que pensaba volver posteriormente a Polonia), el 61 por ciento definió al comunismo

como "una mala idea, mal aplicada", en tanto que el 14 por ciento lo consideraba "una buena idea, mal aplicada". La abrumadora mayoría aprobó, empero, los programas de posguerra que contemplaban un estado de bienestar social, la educación para todos, la reforma agraria y la nacionalización de la industria pesada. Véase *Some Aspects of the Social-Psychological and Political Climate in Poland*. Audience Research Survey, Radio Free Europe, Munich, 1961, págs. 21, 24. Una encuesta similar realizada entre 119 húngaros dio un resultado del 73 por ciento y el 8 por ciento, respectivamente, y una vez más hubo un apoyo considerable para las medidas tomadas después de la Segunda Guerra Mundial. Véase *Political Attitudes and Expectations of 119 Hungarians*, Audience, págs. 38, 43.

³ Estos términos los empleó James H. Billington: "Force and Counterforce in Eastern Europe", *Foreign Affairs*, octubre de 1968, pág. 34.

⁴ Daniel y Gabriel Cohn-Bendit: *Le Gauchisme, remède à la maladie sénile du communisme*. París, 1968.

⁵ Leszek Kolakowski: "The Permanent and Transitory Meaning of Marxism", *Nova Kultura*, nº 4, 1957.

⁶ *Praxis*, mayo-junio de 1967, pág. 431.

⁷ Kolakowski: "Hope and the Fabric of History", *Nova Kultura*, nº 38, 1957. Para un análisis reciente y muy lúcido del pensamiento de Kolakowski, véase Leopold Labedz: "Kolakowski on Marxism and Beyond", en *Encounter*, marzo de 1969, págs. 77-88.

⁸ Véase Adam Schaff: *Marxizm a Jednostka Ludzka*. Varsovia, 1965, pág. 56 y págs. 28 y sigs. El autor reconoce que el profesor Erich Fromm lo ha ayudado a entender mejor al marxismo. Schaff fue expulsado en 1968 del Comité Central del Partido Comunista Polaco.

⁹ Un ejemplo, entre muchos, se encuentra en el número de diciembre de 1968 de *Partelet* (publicación del partido húngaro), donde aparece un comunicado sobre la expulsión del Instituto Filosófico de Budapest de varios filósofos húngaros, algunos de los cuales habían defendido una concepción "pluralista" del marxismo.

¹⁰ Este efecto también trae reminiscencias del fascismo. Véase mi "Democratic Socialism or Social Fascism?", *Dissent*, verano de 1965. Véase también el capítulo siguiente para un análisis más completo.

¹¹ Respecto del problema de la autoridad y la legitimidad en el catolicismo contemporáneo, véase George N. Shuster (comp.): *Freedom and Authority in the West*. Notre Dame, 1967. Sobre todo la colaboración del extinto John Courtney Murray, S.J.

¹² Miguel de Unamuno: *The Tragic Sense of Life*, Nueva York, 1954, pág. 77. [El texto ha sido tomado de la versión castellana original: *Del sentimiento trágico de la vida*. Buenos Aires, Losada, 1966, 2ª ed., pág. 72. (T.)]

¹³ Carta al cardenal Konig, arzobispo de Viena, 14 de enero de 1969. El Papa no fue el único que debió enfrentar esta situación. El *New York Times* del 16 de enero de 1969 informó que el doctor Eugene Carson Blake, secretario general del Consejo Mundial de Iglesias, discutió "la crisis de autoridad" con el papa Paulo VI, y puso en boca del doctor Blake estas palabras: "Tanto en el Consejo Mundial como en las iglesias miembros tropezamos con los mismos problemas."

¹⁴ Para una reseña bastante afin al punto de vista conservador, véase Ulisse Floridi, S.J.: *Radicalismo Cattolico Brasiliano*. Roma, 1968. Para un panorama más general, véanse Ernst Halperin: *Nationalism and Communism in Chile*. Cambridge, Massachusetts, 1965. William V. D'Antonio y Frederick B. Pike: *Religion, Revolution and Reform*. Nueva York, 1964.

¹⁵ "El protestantismo se ha identificado tanto con el éxito económico, la respetabilidad y las virtudes de la clase media, que muchos sacerdotes y laicos parecen haber perdido de vista los fines espirituales básicos." Véase Gerhard Lenski: *The Religious Factor*. Garden City, Nueva York, 1963, pág. 352. [Hay versión castellana: *El factor religioso*. Barcelona, Labor, 1968.]

¹⁶ "Me temo que sin nosotros, comunistas, vuestro amor cristiano, tan maravilloso, seguirá siendo ineficaz; sin vosotros, cristianos, nuestra lucha corre el riesgo de volver a encerrarse en un horizonte sin estrellas." Véase Roger Garaudy, citado por *Le Monde (Hebdomadaire)*, 5-11 de mayo de 1966. Estas palabras de un destacado ideólogo comunista francés que había sido un stalinista rígido y miembro del Politburó, dirigidas a un coloquio cristiano-marxista organizado por los católicos, muestran hasta qué punto están en ebullición las ideas ya establecidas. Quizá los más importantes entre los muchos encuentros de cristianos y marxistas fueron los organizados por la Paulus Gesellschaft, que se iniciaron en Salzburgo en 1965, para seguir con las reuniones de Herrenchiemsee en 1966 (donde Garaudy hizo el comentario citado) y de Marianske Lazne, Checoslovaquia, en 1967. Al tercer congreso concurren 201 filósofos, teólogos y científicos cristianos y marxistas de 16 países europeos y Estados Unidos (pero no de la Unión Soviética, que prefirió abstenerse).

El tema de la tercera conferencia fue "Creatividad y libertad en una sociedad humana" (las dos primeras ver-

saron sobre "Cristianismo y marxismo hoy" y "La humanidad cristiana y el humanismo marxista"). En este simposio las dos partes expresaron la opinión de que la personalidad humana sólo se puede desarrollar en un marco de libertad; de que tanto el cristianismo como el marxismo deben revitalizar y abrir sus instituciones y doctrinas; de que la personalidad humana no se puede entender plenamente en el plano existencial y sobre todo en el material; de que el Estado debe ser neutral respecto de los problemas éticos y filosóficos y de que el marxismo humanista debe garantizar el pluralismo como condición previa para la libertad humana; y finalmente, de que tanto el cristianismo como el marxismo implican una búsqueda continua, eterna, encaminada hacia la realización más completa de la libertad humana. (Esta es una síntesis de las conclusiones a las que llegó Charles Andras en su tesis "Christians and Marxists in Marianske Lazne", RFE, 10 de julio de 1967, que contiene el mejor análisis del simposio que he podido consultar.) Véanse también el valioso estudio de Kevin Devlin: "The Catholic-Communist 'Dialogue'", *Problems of Communism*, mayo-junio de 1966, y sobre todo el material adicional sobre América latina incorporado a la edición española; y Charles Andras: "The Christian-Marxist Dialogue", *East Europe*, marzo de 1968.

Un producto de este diálogo fue un librito notable vinculado con los problemas filosóficos y sociales de la modernidad, escrito conjuntamente por un dirigente del Partido Comunista francés y por un miembro de la Compañía de Jesús. Véase Roger Garaudy y Quentin Lauer: *A Christian-Communist Dialogue*. Nueva York, 1968.

¹⁷ Después de los simposios, ambos bandos —o sea, la dirección del Partido Comunista francés, el Consejo Francés de Obispos y los voceros del Vaticano— confirmaron que el diálogo no debía interpretarse como prueba de un cambio en las actitudes doctrinarias básicas. En cierto sentido, estos asertos ratificaron lo dicho por uno de los participantes católicos más destacados, a saber, que el diálogo auténtico no será viable hasta el momento en que cada bando supere la tradición de "monolitismo" que convierte a la "sociedad eclesiástica" y al partido en los centros de la historia. Véase padre Giulio Girardi, de la Universidad Salesiana de Roma, citado por *Le Monde (Hebdomadaire)*, 5-11 de mayo de 1966. El padre Girardi repitió los mismos conceptos en Marianske Lazne. Véase Andras: "The Christian-Marxist Dialogue", pág. 13.

¹⁸ Estas dos palabras son el título del libro de Garaudy: *De l'anathème au dialogue*. París, 1965, que se ocupa del diálogo cristiano-marxista.

¹⁹ Citado por el *Washington Post*, 7 de enero de 1969.

²⁰ Para un enfoque similar, véase Emile Pin, S.J.: "Les Motivations des conduites religieuses et le passage d'une civilisation prétechnique à une civilisation technique", *Social Change*, vol. 13, 1966.

²¹ Un pensador francés plantea el problema en términos más categóricos, subrayando la interdependencia de la ciencia y el éxtasis: "Debemos deducir que dista de ser casual que los fenómenos extáticos hayan llegado al punto máximo de su desarrollo en las sociedades tecnificadas. Y es previsible que estos fenómenos sigan prosperando. Lo cual indica nada menos que la sujeción de la nueva vida religiosa de la humanidad a la técnica. Antes se pensaba que la técnica y la religión eran antagónicas y representaban dos designios totalmente distintos. Se postulaba que, cuando se desarrollara una sociedad puramente materialista, sería inevitable la lucha entre la máquina y la ideología, por un lado, y el mundo ideal de la religión, el arte y la cultura, por otro. Pero ya no podemos sustentar una concepción tan ilimitadamente simplista. El éxtasis está sujeto al mundo de la técnica y es su servidor. En el plano más significativo, la técnica integra a la sociedad los impulsos anárquicos y antisociales del ser humano. Estos impulsos cobran influencia y se difunden en virtud, estrictamente, de los medios técnicos puestos en juego. Los fenómenos extáticos de la psique humana, que, sin los medios técnicos habrían seguido siendo totalmente ineficaces, se despliegan por todo el mundo." Véase Ellul, *op. cit.*, pág. 423.

²² Harvey Cox: *The Secular City*. Nueva York, 1965.

²³ Sin embargo, estos controles exteriores son cada vez más impotentes para ocultar la evidente falta de interés interior. Es significativo notar que en 1968, cuando la purga antiintelectual y antisemita que tuvo por escenario la Polonia comunista determinó que algunos intelectuales, hasta ese momento muy ortodoxos y leales, tuvieran que abandonar el país, algunos de ellos viajaron inmediatamente a los Estados Unidos "capitalistas", para buscar empleo en diversas instituciones que se especializan en el estudio del comunismo y que, en el Este, pasan por ser anticomunistas.

²⁴ Harvey Cox, *op. cit.*, pág. 69.

VII

EL HISTRIONISMO COMO FORMA DE LA HISTORIA EN TRANSICION

“Rechazamos el mundo, ya ni siquiera somos ‘traidores’, porque esto implicaría una afinidad con lo que estamos traicionando. Somos los vietcongs del pensamiento... La filosofía del mañana será terrorista: no una filosofía del terrorismo sino una filosofía terrorista aliada a una política activa de terrorismo.”¹ Estas palabras de un joven filósofo de la Sorbona reflejan la medida en que la emoción ha sustituido a la razón, a modo de reacción contra lo que muchos interpretan como el fracaso del racionalismo en acción. El “rechazo” del mundo es, en esencia, el rechazo de las pautas intelectuales prevalecientes y su reemplazo por el éxtasis y la acción puestos al servicio de un concepto abstracto de la revolución. El “fugarse de la libertad” de ayer, tiene su equivalente en el “fugarse de la razón” de hoy.

Fugarse de la razón

En su forma extrema, este estado de ánimo —dramatizado por las revueltas estudiantiles de California, de la Universidad de Columbia, de toda Fran-

cia, de Berlín Occidental, de Londres, Roma, Belgrado, Varsovia, Tokio y en condiciones mucho más trágicas de la Universidad de México (donde decenas de estudiantes fueron masacrados en el otoño de 1968), para no hablar de las imitaciones menos publicitadas de otros países— ha convertido la acción por la acción misma en un principio moral. “La acción es la única realidad y no sólo la realidad sino también la moral”, proclamó Abbie Hoffman, líder de los *yippies* norteamericanos.² Su equivalente alemán, Daniel Cohn-Bendit, cabecilla de la huelga estudiantil francesa de 1968, que declaró que “la violencia es la felicidad”,³ le hizo eco en términos no sólo más beligerantes sino también más extáticos. Como explicaron dos observadores que simpatizaban con los nuevos movimientos radicales, los rebeldes contemporáneos “piensan que los hombres de ideas aislados en torres de marfil los han engañado, les han mentido, y que la acción y la experiencia espontáneas les enseñarán cuál es la verdad”.⁴

De esta actitud deriva la idea de que la razón por sí sola es sospechosa, de que debe estar apuntalada por la emoción y de que, cuando hay que optar, es mejor guiarse por la emoción que por la razón. Al descubrir en el mundo circundante la hipocresía y el fracaso de la razón —con la razón al servicio del mal, que la convierte en esclava de la ideología o la emplea como herramienta científica para aumentar la eficiencia bélica— incluso los disidentes moderados condenaron a los liberales contemporáneos por su falta de pasión.⁵ Interpretaron la razón fría no sólo como una simple ausencia de indignación moral sino más aún, como un compromiso con el statu quo, una predisposición a introducir sólo cambios marginales y la resolución de eludir el análisis de los problemas morales básicos.⁶

La pasión y la acción tenían una ventaja complementaria: no exigían la enunciación de un esquema programático. Por el contrario, las viejas ideologías postulaban una crítica del presente y un esquema para el futuro y ofrecían un flanco a la crítica tanto por razones prácticas (¿acaso su utopía es viable?) como por razones de desempeño (¿por qué no se ha materializado su utopía?). La política del éxtasis no necesita de un programa para generar acción y por consiguiente sus adictos no se afligieron mucho cuando la vieja izquierda socialista y los partidos comunistas oficiales les reprocharon desdeñosamente su vacuidad programática.⁷ Esos adictos arguyen, en cambio, que la auténtica libertad no se puede conquistar mediante las reformas institucionales enunciadas en los programas sino mediante la creación de una comunidad emocional. Los rebeldes de fines de la década de 1960 soñaron con vencer la opresión sexual y la naturaleza “unidimensional” de la sociedad industrial moderna mediante la creación de ese estado emocional. El libro *El hombre unidimensional*, de Herbert Marcuse, les suministró un marco de referencia intelectual (en buena parte como los libros de Frantz Fanon que exaltan la violencia racial se lo suministraron a los rebeldes de algunas áreas del Tercer Mundo), aunque su consejo y su programa son limitados: “Por el momento la alternativa concreta sigue siendo sólo la negación.”⁸

Sin embargo, la postulación de la “libertad auténtica” permite subvertir la libertad convencional y en esto reside una de las contradicciones básicas del movimiento. Leopold Labedz notó inteligentemente la extraordinaria semejanza que existe entre el anarquismo romántico de la revolución estudiantil contemporánea y las ideas de Max Stirner, quien afirmó en 1845 que “un pueblo sólo puede ser libre a expensas del individuo”.⁹ En consecuencia, la

rebelión contra la “libertad opresiva” de Occidente puede implicar tanto la restricción de la libertad de quienes no comparten los ideales de la libertad “auténtica” como la indiferencia relativa por la supresión de la libertad en Oriente. Además, es posible negar el derecho de hablar o escribir libremente y es posible impedir, mediante la violencia, su ejercicio, porque ésta es motivada por la adhesión emocional a la libertad y está destinada a afirmarla. Por tanto la definición de la libertad emana de la convicción íntima y subjetiva de que uno tiene razón y no de una pauta exterior de relaciones que garanticen la opción y protección del individuo, cualesquiera que sean sus ideas.

La seriedad intelectual, aunque no la social, de este fenómeno, se diluyó aun más en razón de una cierta artificialidad en el plano de la expresión política. Aunque toda revolución auténtica está inevitablemente emparentada con el pasado, adquiere su propio carácter, estilo y retórica distintivos precisamente porque es una revolución: una ruptura radical con el pasado. La Comuna de París difirió, en este sentido, de la Revolución Francesa y la Revolución Bolchevique tampoco imitó, a su vez, a la Comuna. Sin embargo, en los últimos años, una buena parte de la retórica, la simbología y la conducta personal de los estudiantes han asumido la forma afectada de un *happening* histriónico ideado como una revalidación histórica.

A veces la que parecía suministrar el libreto era la Revolución Francesa —sobre todo en Francia— pero más a menudo se trataba de revivir lo sucedido en Petrogrado y La Habana. Los dirigentes estudiantiles se imaginaban a sí mismos como figuras históricas, pero su espíritu de imitación rayaba con frecuencia en lo absurdo. En la Universidad de Columbia, durante la crisis de 1968, el líder de los militantes estudiantiles publicó un panfleto que

copiaba el título de un escrito de Lenin —¿*Qué hacer?*— y los estudiantes que ocupaban uno de los edificios se autoerigieron en “comuna”. En Berlín Occidental, el cuartel general de los militantes fue bautizado con el nombre de “Smolny”. Las barbas revolucionarias (cuyo corte iba desde el de Lenin hasta el de Castro pasando por el de Marx), así como los uniformes de fajina al estilo Guevara, eran casi de rigor contra un fondo de banderas rojas o negras.

Incluso la violencia era a menudo más teatral que auténtica. En Tokio asumió la forma de batallas estilizadas, en las cuales los combatientes acoirazados empleaban escudos y lanzas; en París, un acuerdo tácito entre la policía y sus adversarios limitó las armas a aquellas que se habían utilizado en la Edad de Piedra: guijarros, adoquines y garrotes.¹⁰ Sólo en México la violencia fue real, en el sentido de que se emplearon todos los medios disponibles, como sucede en las revoluciones auténticas.¹¹

Para definir la importancia histórica de estos acontecimientos, es necesario indagar más allá de la violencia y las consignas, más allá de la similitud superficial entre los estallidos que arrollaron tantas ciudades de tantas regiones del globo en tan poco tiempo. Un análisis más detenido saca inmediatamente a luz una diferencia importante: algunos aspectos de las manifestaciones fueron de naturaleza e intención claramente políticas; otros —si bien estaban asociados a la política, si bien compartían con ésta una cierta universalidad de aspiraciones y si bien le suministraban una base emocional masiva— tenían un origen mucho más sociopsicológico y un contenido vagamente moral y ético. Entrelazados, cada uno de estos aspectos tendía a oscurecer el carácter específico del otro.

La dimensión política

La distinción entre ambos componentes es importante para entender lo que estaba en juego y lo que este fenómeno presagia. Las manifestaciones políticas son, hasta cierto punto, más fáciles de disecar y analizar. Hablando en términos generales, entran en dos categorías. En Occidente y sobre todo en Estados Unidos, los militantes con motivaciones políticas abrevaron tanto en la herencia ideológica del ataque de la vieja izquierda contra la sociedad capitalista como en el sentimiento más reciente de indignación por la guerra de Vietnam. En cuanto sociedad "imperialista" y "capitalista" por excelencia, Estados Unidos fue el blanco principal. La guerra sirvió como catalizador de emociones, como base para la unidad internacional entre los jóvenes militantes, y como vínculo entre los viejos y los nuevos izquierdistas, entre las personas con mentalidad política y las personas con inquietudes éticas.¹²

Según parece, los individuos con motivaciones políticas formaron una minoría relativamente pequeña dentro del conjunto de la juventud rebelde, pero el suyo fue un liderazgo influyente. Fueron ellos quienes resucitaron la crítica anarquista de la sociedad organizada, quienes revivieron la consigna trotskista de la revolución permanente y quienes enunciaron los objetivos más específicamente políticos (por ejemplo, la exigencia de que Estados Unidos se retirara inmediatamente de Vietnam). A medida que el movimiento cobraba impulso y expandía su influencia, los objetivos políticos se fueron ampliando y haciendo al mismo tiempo más vagos y más imperiosos, quizá por obra de las necesidades éticas y psicológicas menos claras de la masa adicta. Ya no se trataba de poner fin a

una determinada política oficial o de efectuar una reforma específica. Para poder ejecutar verdaderas reformas era necesario destruir antes el "sistema" subyacente, de naturaleza capitalista y por tanto fundamentalmente irrecuperable. Los puntos específicos seguían siendo vagos, en tanto que el lenguaje programático iba desde la exaltación de la acción y el rechazo del comunismo, en Cohn-Bendit,¹³ hasta la repetición bastante simplista de los lugares comunes del marxismo.¹⁴

Es posible que en sus etapas iniciales, la campaña contra la guerra de Vietnam haya contado con el apoyo comunista —a juzgar por las declaraciones complacidas de los comunistas— pero esta aprobación se esfumó rápidamente cuando quedó en claro el espíritu antiinstitucional del movimiento. Desde el punto de vista de muchos militantes políticos, el sistema comunista también era un representante del conservadurismo burocrático, porque sus ideales originariamente revolucionarios habían cristalizado en convicciones institucionales. El apoyo comunista dejó paso gradualmente a la crítica y luego a la condena. Un autor soviético definió a la Nueva Izquierda como el "mamaísmo, que incorpora ideas de Marx, Marcuse y Mao, combinación ésta totalmente artificial".¹⁵

Aunque las manifestaciones políticas que se realizaron en las ciudades de México, Madrid, Praga y Varsovia, compartieron esta misma reacción contra la creencia institucionalizada y capitalizaron igualmente algunas de las tensiones éticas y psicológicas de la sociedad moderna, tuvieron un enfoque mucho más específico, fueron menos proclives a la emoción y estuvieron más próximas a un criterio político programático. En los cuatro casos, las exigencias de los manifestantes giraron en torno del aflojamiento de las restricciones políticas directas, y los dirigentes no tuvieron que confeccionar

una complicada tesis del “hombre unidimensional” para probar que la democracia liberal también puede ser opresiva y que su tolerancia es en verdad una forma disimulada de represión.¹⁶ Como consecuencia, sus exigencias asumieron, por lo menos en el plano político, la forma conocida que implica el rechazo de la dictadura política abierta: abolición de la censura, derecho de reunión, libertad para viajar, democracia política y cese del monopolio ideológico y de la opresión mediante la policía secreta. La similitud que existe entre los reclamos libertarios de los estudiantes de estas cuatro ciudades es llamativa.¹⁷

También es necesario destacar que los estudiantes que exigían la libertad política directa actuaban en el contexto de un ambiente político mucho más hostil. Los militantes estudiantiles norteamericanos, europeos occidentales y japoneses se regodeaban literalmente con la repercusión publicitaria: fotos en primera plana, entrevistas por televisión, palabras extáticas de apoyo pronunciadas por simpatizantes adultos, canciones épicas que immortalizaban sus hazañas y libros que documentaban en prosa y en fotografías los diversos enfrentamientos.¹⁸ Dadas la naturaleza pluralista de las sociedades occidentales y la actitud competitiva de sus medios de comunicación, la militancia juvenil era gratificante para el yo... y también contagiosa.

Debemos tomar en cuenta este factor tanto cuando analizamos la dinámica de los acontecimientos que se registraron en Occidente como cuando los comparamos con los que se registraron en sociedades menos pluralistas.¹⁹ Allí los medios masivos hicieron caso omiso de las manifestaciones o las condenaron. Los dirigentes estudiantiles fueron injuriados y detenidos. Las comunicaciones entre las instituciones, para no hablar de las ciudades, se establecieron al precio de grandes esfuerzos per-

sonales, sacrificios y riesgos. La militancia juvenil no se premió con la aprobación social. Madrid y Varsovia reaccionaron encarcelando a los dirigentes y expulsando de la universidad a los participantes.

El medio político contribuyó evidentemente a configurar el énfasis y el alcance de los reclamos estudiantiles. En un contexto estrictamente autoritario, los reclamos tenían un contenido político libertario. En un encuadre más laxo y pluralista, las demandas giraban en torno de problemas universitarios inmediatos o asumían la forma de una crítica social más vasta e inevitablemente más vaga. Por consiguiente, la naturaleza más específica y libertaria de las exigencias formuladas por los dirigentes estudiantiles de los países autoritarios suministraba pocas bases para organizar un frente común con los militantes occidentales. En verdad, no parece haber habido mucho contacto y coordinación, aunque en los procesos políticos que se celebraron en Polonia, a fines de 1968, contra un grupo de jóvenes, se denunció que el Comité Central de la IV Internacional (trotskista) de Bruselas había suministrado asistencia ideológica a algunos activistas polacos. Si la acusación fuera cierta, es probable que el vínculo trotskista haya sido el único que se estableció entre los activistas políticos de Occidente y Oriente.

Aparentemente los dos movimientos fueron dirigidos en forma autónoma y estuvieron motivados por aspiraciones políticas totalmente distintas. El escaso contacto directo que hubo entre los respectivos dirigentes no prosperó. En 1968, en el curso de un debate sobre la rebelión estudiantil que se transmitió por la BBC, el dirigente de los militantes ingleses atacó al portavoz de los estudiantes yugoslavos, en tanto que los estudiantes praguenses tributaron una recepción bastante fría al cabecilla de la sds (Sozialistischer Deutscher Studentenbund)

de Berlín Occidental, cuyas ideas políticas les parecieron primitivas.²⁰

Sin embargo, también hay que destacar importantes analogías entre los respectivos movimientos políticos juveniles. En ambos casos estuvieron encabezados por los estudiantes más aptos, que en general provenían de las familias socialmente más consolidadas. Según un estudio realizado en la Universidad de California, los estudiantes detenidos tendían a tener mejores calificaciones que los de nivel medio y muchos de ellos eran becados o habían ganado subvenciones.²¹ En Polonia, los comentarios oficiales explotaron el hecho de que los activistas provenían de hogares relativamente acomodados de funcionarios, y algunos profesores subrayaron (en conversación con el autor) el hecho de que sus mejores alumnos estuvieran comprometidos. Después de reprimidas las manifestaciones, se tomaron medidas para favorecer el ingreso en la universidad de los hijos de trabajadores y campesinos. Aun en Rumania, donde el descontento estudiantil fue reprimido con relativa rapidez, la reacción oficial puso énfasis en el hecho de que los jóvenes "vagabundos" eran en verdad hijos de "gerentes de la industria de la construcción, profesores universitarios, músicos de la Orquesta Filarmónica, médicos, ingenieros, trabajadores de cuello duro y funcionarios de la milicia".²²

Lo mismo que en Occidente, los dirigentes políticos de los jóvenes inconformistas fueron los hijos de antiguos activistas de izquierda. O sea que no fue gente que se había rebelado contra la vieja generación sino, más exactamente, jóvenes que compartían los ideales de sus padres pero que pensaban que la élite comunista gobernante había corrompido dichos ideales. En Polonia, entre los estudiantes rebeldes más destacados se contaban los hijos de altos funcionarios del Partido, en tanto

que en Estados Unidos un alto porcentaje de los líderes activistas de Columbia y Berkeley eran hijos de miembros de la vieja izquierda. Tanto en Oriente como en Occidente, los dirigentes rebeldes provenían de ambientes que no eran indiferentes sino que alimentaban inquietudes ideológicas.

Otra similitud entre los militantes estudiantiles de Occidente y Oriente residía en la ambigüedad de sus objetivos de largo alcance. Aunque las metas específicas y próximas de los estudiantes alzados contra los regímenes más opresivos eran, desde el punto de vista político, relativamente más claras, sus "exigencias" rara vez pasaban del enunciado de quejas inmediatas. En verdad, la transformación de una dictadura policial en una democracia multipartidaria o por lo menos en algo semejante al modelo yugoslavo, implicaba un objetivo más concreto —con ejemplos prácticos a la vista— que el alegato de los estudiantes occidentales en favor de una democracia de participación. Sin embargo, las ramificaciones más específicas de los sistemas sociales y políticos deseados tendían a ser vagas tanto en Oriente como en Occidente.²³

Esto, que pudo haber sido una debilidad desde una perspectiva estrictamente política, tal como denunciaron los críticos de los militantes, también ayudó a tender un puente más ancho entre la dirección política y la generación joven con inquietudes de tipo más general. Es dudoso, y esto vale especialmente para las sociedades más pluralistas, que un programa político muy específico hubiera podido concitar todo el apoyo que generó el ataque indiferenciado contra el *establishment*, los intereses creados, el statu quo y las creencias institucionalizadas. El empleo de la emoción, antes que de la razón, de las aspiraciones sentidas antes que de los programas concretos, encontró más eco en una ge-

neración directamente afectada por el ritmo del cambio contemporáneo, en una generación que era el producto mismo de este cambio.

Discontinuidad histórica

En nuestro tiempo, la generación estudiantil representa una de las variables de cambio más dinámicas. El aumento del número de sus miembros, así como el aumento simultáneo de la cantidad de radios, televisores y teléfonos (elementos todos que influyen sobre las relaciones personales, posibilitando y estimulando la rápida difusión de ideas) crean una atmósfera subjetivamente dinámica que contrasta con el ritmo relativamente más lento con que cambia el ingreso (nacional o per cápita), el desplazamiento del trabajo rural al urbano, la transferencia de población a grandes centros urbanos o el promedio de personas que viven en una habitación. El resultado final es la contradicción, ya vista en el capítulo anterior, entre el ritmo con que cambia la mentalidad y el ritmo con que cambia la realidad material. (Véanse los cuadros 6 y 7.)

Para decirlo con las palabras de un estudioso de la modernización, el hombre contemporáneo —y esto vale especialmente para la generación más joven— “se halla menos dominado por su medio . . . y en este contexto es más libre, pero al mismo tiempo está menos seguro de su meta y en épocas de gran conmoción está dispuesto a renunciar a su libertad en aras de un liderazgo enérgico”.²⁴ En este encuadre fluido, el presente es difícil de entender, porque ya no está definido por la religión ni por el nacionalismo ni por perspectivas ideológico-históricas.²⁵

Al escribir sobre la declinación de la Edad Media, el historiador Johan Huizinga pintó un mundo de

discontinuidad, un mundo marcado por el derrumbe de las creencias tradicionales, por la incertidumbre acerca de la salvación eterna, por el pesimismo generalizado y por la gran violencia. Muchos buscaron un refugio psicológico en cultos místicos, en tanto que la conducta individual se dicotomizaba y oscilaba entre el énfasis en la santidad, por un lado, y la depravación y la crueldad, por otro. Las transiciones de un extremo al otro eran frecuentes, en la medida en que los hombres buscaban desesperadamente un punto de apoyo social en la consagración absoluta.²⁶

Una crisis análoga, caracterizada por formas de expresión mucho más seculares, se repitió en Occidente cuando el nacionalismo y la industrialización se combinaron para cambiar la naturaleza de la sociedad. Los conflictos masivos, nacionales y de clases, así como las agudas tensiones, sociales y psicológicas, generaron ideologías omnímodas que parecían suministrar autoridad y un sentido de orientación. Al escribir sobre el cataclismo de la Segunda Guerra Mundial, Czeslaw Milosz trazó, en *El pensamiento cautivo*, un lúcido retrato de los intelectuales de Europa Oriental que saltaban de una fe a otra, en busca de la estabilidad personal que no les proporcionaba su ambiente.

La atmósfera actual tiene muchas analogías con las que acabamos de describir, pero también difiere significativamente de ellas por su envergadura y contenido. La revolución industrial, para no hablar de la cultura de la Edad Media cristiana, estuvo circunscripta desde el punto de vista territorial, y sólo se expandió gradualmente en el curso de más de un siglo y medio, para alcanzar a una cantidad cada vez mayor de sociedades.²⁷ Su aparición fue acompañada por el auge del nacionalismo y de otras ideologías seculares, en las cuales los grandes conceptos eran reforzados por las institu-

ciones que los corporizaban. Por el contrario, la crisis actual de la creencia institucionalizada se desarrolla en el contexto de la revolución tecnotrónica, una revolución que no es territorial sino espaciotemporal.

Esta nueva revolución afecta casi simultáneamente a todo el mundo, y esto determina que las modas y las nuevas formas de conducta pasen rápidamente de una sociedad a otra. La generación estudiantil vive en la nueva era tecnotrónica, aunque en algunos casos no se pueda decir lo mismo de sus sociedades inmediatas. A diferencia de la era industrial, que exigía que la sociedad experimentara una industrialización en gran escala antes de que la nueva clase proletaria adquiriera trascendencia social, la revolución tecnotrónica espaciotemporal actúa directamente sobre las personas sensibles, porque éstas tienen acceso a las comunicaciones y porque su estado de ánimo es el producto de factores ajenos a su contexto social inmediato. La masa estudiantil contemporánea es precisamente un grupo de este tipo y es por ello que en el curso de un año las formas de conducta propias de Berkeley se reprodujeron en otros lugares (¡los estudiantes de Berlín Occidental hasta se calzaron sandalias en medio del frío que es típico en el mes de noviembre en Europa Central!). Los activistas norteamericanos que estudian en el extranjero y que tienen una actitud muy crítica respecto de la sociedad de su país, han desempeñado un importante papel impulsor en este proceso. Son, además, un testimonio de la medida en que Estados Unidos, el primer país que vivió plenamente la era tecnotrónica, se ha convertido en la fuente principal de cambio social, desplazando a Europa.

El problema con el que tropezaban los rebeldes de hace un siglo y medio era el de integrar significativamente los cambios sin precedentes, incom-

prensibles, que generaba la revolución industrial. El despertar de la era tecnotrónica, con su aparente amenaza para los valores humanos, su despersonalización, su racionalización exagerada, su intensificación simultánea de la experiencia personal, su contigüidad espacial con todos los padecimientos humanos de cualquier rincón del globo, plantea un problema parecido. En el siglo XIX el marxismo suministró la respuesta integradora a muchos individuos y, sobre todo, a quienes habían sido más afectados, directa o indirectamente, por la Revolución Industrial (o sea los intelectuales y los trabajadores). Hoy lo que se busca es una nueva fuente de arraigo intelectual, y los exploradores han empezado por rechazar las respuestas consagradas.

La generación joven es la que ha sido afectada en forma más directa por el pasaje a la nueva era. A ella pertenecen los adversarios más activos de la revolución tecnotrónica y la mayoría de quienes creen ser sus víctimas. Muchos de estos adversarios se parecen, por su fe en la emoción y la violencia, a los ludditas de la Inglaterra de comienzos del siglo XIX, quienes reaccionaron frente a la era de la máquina con pasión primitiva, destruyendo aquello que no podían controlar por falta de conocimiento suficiente. Apoyados a menudo por la opinión pública local, los ludditas —bien organizados y muy motivados— rompían las máquinas y denunciaban las injusticias, muchas veces ciertas, que aquéllas habían generado con su aparición. El miedo, el odio y la incompreensión que la computadora despertó en algunas personas, nos recuerdan los vituperios lanzados hace un siglo y medio contra la maquinaria textil.²⁸

Al igual que los ludditas, los adversarios contemporáneos de la revolución tecnológica y electrónica representan, sobre todo en los países occidentales más avanzados, una respuesta a las nuevas formas

de vida. Los ludditas se sintieron amenazados por la obsolescencia económica y reaccionaron contra ella. Hoy los líderes militantes de la reacción, así como sus ideólogos, salen a menudo de esas ramas del conocimiento que son más sensibles a la amenaza de preterición social.²⁹ Por consiguiente, su activismo político no es más que una reacción frente al temor más intrínseco de que los tiempos estén contra ellos, de que un nuevo mundo esté surgiendo sin su ayuda ni su liderazgo.³⁰

El interés que un sector de la joven generación del mundo más desarrollado siente actualmente por la poesía, el lirismo y la emoción, así como el desprecio que siente por la razón y los conceptos intelectuales, pueden ser un síntoma, no tanto de que una tradición está reemplazando a otra, como de que se produce un choque entre la emoción y la necesidad. Por un lado están los sentimientos y las actitudes que nacen del derrumbe de las creencias institucionalizadas y que se intensifican merced a las nuevas formas de comunicación... sentimientos y actitudes que estimulan o crean en su totalidad un abrumador deseo de evadirse, o por lo menos de liberarse, emocionalmente, mediante sentimientos y asociaciones "concretos". Por otro lado está la tediosa necesidad de gobernar —mediante una conceptualización intensiva— las técnicas de las computadoras, la matemática, el control de sistemas y otros elementos análogos, de los que depende la resolución de muchos problemas sociales contemporáneos.³¹

Aunque este choque pueda ser violento, es discutible que la generación estudiantil represente a una nueva clase revolucionaria del siglo xx. Una auténtica clase revolucionaria debe aprender a dominar las técnicas contemporáneas de la organización social, en lugar de rechazarlas. Es posible que esto le resulte difícil a la "clase revolucionaria" es-

tudiantil, que es de naturaleza necesariamente transitoria y está sujeta a un cambio constante. Esto no excluye la posibilidad de que los militantes estudiantiles deserten definitivamente de la sociedad y se conviertan, sobre todo después de curtirse en la experiencia carcelaria, en revolucionarios profesionales, en tanto que la afluencia de nuevos alumnos mantiene vivos los sentimientos de inquietud y rebelión. No es seguro, empero, que los ex estudiantes transformados en revolucionarios veteranos puedan conservar los vínculos con la nueva generación de estudiantes jóvenes, de la que estarán cada vez más distanciados por razones de edad. Correrán el riesgo de convertirse en rebeldes sin "clase". Cada generación estudiantil deberá crear, entonces, su propio liderazgo, sus propias aspiraciones y técnicas, antes de desaparecer a su vez de escena. Quizá no es casual que la historia sea, al fin y al cabo, un cementerio de movimientos juveniles revolucionarios.

Además es posible que los próximos contingentes de estudiantes ingresen en un medio progresivamente más dispuesto a tolerar la existencia de subculturas totalmente anómalas y a prestar apoyo social incluso a aquellas que optan por divorciarse de la sociedad. Es muy posible también que muchos de los jóvenes rebeldes contemporáneos y sobre todo aquellos cuyas motivaciones son más patológicas que políticas, elijan este camino. Por fin, cuando el cambio social facilite la difusión de la educación y el conocimiento, es posible que las características distintivas del estudiante se diluyan: a medida que la sociedad ponga más énfasis en la instrucción y el estudiante esté más comprometido con lo social, se reducirá la brecha que separa la vida estudiantil de la sociedad.

Sin embargo, el desafío que la generación estudiantil lanzó en bloque contra las jerarquías rígi-

das, las creencias institucionalizadas y el orden social de la era industrial ha reactualizado los interrogantes básicos que se refieren a los fines de la organización social. ¿Cuál debe ser el equilibrio entre los elementos interiores y exteriores de la vida? ¿Qué relación existe entre la libertad personal y la igualdad social? Estos problemas cobran un nuevo sentido y reclaman nuevas definiciones cada vez que una gran crisis histórica domina nuestra conciencia de la realidad.

NOTAS

¹ Pierre Trotignon, en *L'Arc*. París, nº 3, 1966-1968, citado por Raymond Aron: "At the Barricades", *Encounter*, agosto de 1968, pág. 23.

² Abbie Hoffman: *Revolution for the Hell of It*. Nueva York, 1968. El mejor análisis de la ideología de la "revolución estudiantil" se encuentra en el artículo de Leopold Labedz: "Students and Revolution", *Survey*. Londres, julio de 1968.

³ Citado por N. Moljanov: "Students Rebel in the West: The Meaning, the Causes and Goals", *Literaturnaia Gazeta*, 6 de noviembre de 1968.

⁴ Paul Jacobs y Saul Landau: *The New Radicals*. Nueva York, 1966, pág. 7.

⁵ En el curso de una importante conferencia internacional sobre el futuro de Estados Unidos, que se celebró en Princeton, en diciembre de 1968, una de las acusaciones que formuló un dirigente estudiantil consistió en que los liberales tienden a optar por la razón, a expensas de la pasión. Esta acusación le hizo decir a Arthur Schlesinger: "La razón sin pasión es estéril, pero la pasión sin razón es histérica. Siempre pensé que la razón y la pasión deben confluir en cualquier forma eficaz de actividad pública. No puedo imaginar nada peor para nuestra sociedad que el hecho de que los jóvenes rechacen el análisis razonado. Si conseguimos destruir la disciplina de la razón, si convertimos la política en una competencia de pasiones, en una competencia de emociones, en una competencia de irracionalidad y violencia, el desenlace seguro será la derrota de la izquierda".

⁶ Esta acusación ha sido dirigida contra los estudiosos que se ocupan del futuro, y los críticos han interpretado

su "futurismo" como una forma inmoral de evadirse de los dilemas sociales del presente. De ello han derivado algunas situaciones involuntariamente humorísticas, como la que se produjo en la citada conferencia de Princeton, donde un millonario radical censuró a los "futurólogos" porque habían descuidado el papel de la riqueza en la sociedad norteamericana. Cambiando su elegancia por el uniforme más revolucionario de la camisa de cuello abierto, invitó a los asistentes a "elegir la igualdad y rehuir la codicia".

⁷ Max Eastman interpretó el pensamiento de muchos viejos socialistas cuando dijo que les tenía "bastante compasión a estos jóvenes rebeldes de hoy... Su emoción no difiere mucho de la nuestra... Quieren hacer una revolución pero no tienen un fin último. Me inspiran una cierta simpatía emocional, pero son un poco patéticos porque carecen de planes. Simplemente quieren una revolución por la revolución misma". Citado por el *New York Times*, 9 de enero de 1969. Los portavoces del comunismo fueron más cáusticos y denunciaron las aspiraciones de los nuevos rebeldes como un "pastel semicruado, condimentado con sexualismo y narcomanía". Véase *Trybuna Ludu*, 9 de mayo de 1968.

⁸ Hablando en 1967 en la Universidad Libre de Berlín Occidental, y citado por Labedz: "Students and Revolution", pág. 6.

⁹ *Ibid.*, pág. 7.

¹⁰ No obstante el aparente derrumbe temporario de la autoridad que se produjo en mayo de 1968, en toda Francia murió una sola persona, y esto casi por accidente.

¹¹ Si bien el estilo y la estructura de la rebelión estudiantil fueron arbitrarios, y si bien sus aspiraciones fueron casi deliberadamente inalcanzables (una de las consignas más populares del estallido de mayo de 1968, en París, fue: "¡Sed realistas, pedid lo imposible!"), por lo menos su carácter juvenil fue auténtico. Esto no vale para los admiradores maduros de los militantes, quienes, aunque casi siempre pasivos desde el punto de vista físico, hicieron lo imposible por volver a beber en la Fuente de Juvencia mediante una identificación vicaria con la exuberancia de los jóvenes. El recurso empleado para lograr esta identificación fue muy a menudo el exceso verbal. Así, un estudioso norteamericano dijo que quienes criticaban los abusos perpetrados por algunos militantes estaban librando, literalmente, "una guerra contra los jóvenes" que comparó con la guerra de Vietnam, y solicitó una "revolución cultural" en Estados Unidos! Véase Richard Poirier: "The War against the Young", *The Atlantic*, octubre de 1968.

Los desbordes de individuos maduros no fueron fenómenos aislados. Como dijera Labedz: "Quedan pocas dudas de que en muchos casos *les parents terribles* son peores que *les enfants terribles*. Algunos de ellos pasaron de la rebelión contra 'la pobreza en medio de la abundancia' de los años 1930 a una rebelión contra la sociedad opulenta de los años de 1960, a medida que ellos mismos pasaban de la pobreza a la opulencia, para practicar la alienación en el plano de los 50.000 dólares anuales. El *establishment* revolucionario de Nueva York y Londres, entusiasmado por las perspectivas revolucionarias, y exhibiendo el característico *maoísmo de salón*, hace su aporte a la orgía de esnobismo que acompaña a la actual ola utópica. Mucho antes de que los voceros del 'Poder Negro' les preguntaran, a los estudiantes congregados en la Escuela de Economía de Londres para fundar la Federación Estudiantil Socialista Revolucionaria, si sabían fabricar una bomba cargada con nafta, la *New York Review of Books* publicó en su tapa el diagrama y la fórmula de un cóctel Molotov. Esto no impidió, por supuesto, que sus editorialistas políticos deploraran 'la violencia norteamericana'. En Francia, la autohumillación de los 'progresistas' maduros llegó a su apogeo durante la 'revolución' de mayo. Durante el encuentro de Jean-Paul Sartre con los estudiantes de la Sorbona, Max Pol-Fouchet exclamó con la emoción que correspondía a ese momento: '¡En nombre de una generación que ha fracasado, os pido que no fracaséis vosotros!' Véase Leopold Labedz: "Students and Revolution", págs. 25-26. *Survey* (Londres), julio 1968.

¹² La guerra prestó, por tanto, el mismo servicio que las campañas anteriores contra las bombas nucleares, al permitir que se expresaran preocupaciones esencialmente morales mediante la adopción de una postura política anti-norteamericana. En su libro *Middle-Class Radicalism: The Social Bases of the British Campaign for Nuclear Disarmament*, Manchester, 1968, Frank Parkin explica cómo la campaña británica por el desarme nuclear movilizó el apoyo de la clase media, reclutado entre quienes tenían una tradición de inquietudes morales, y lo encauzó en una campaña contra el "mal". La campaña descansaba en buena medida sobre pequeños detalles simbólicos, como la indumentaria excéntrica, las barbas, y otras formas de conducta desusada.

¹³ En razón de esto el propagandista Iuri Yukov, de *Pravda*, calificó a Cohn-Bendit de "hombre lobo", con su habitual crudeza. *Pravda*, 30 de mayo de 1968.

¹⁴ Lo que sigue puede servir como ejemplo: "El marxismo es, cada vez más, el común denominador de todos

los movimientos estudiantiles de Estados Unidos y Europa Occidental, incluso en el sds norteamericano de nueva izquierda. Pienso que esto es inevitable, y que es un tributo a la creciente actualización y madurez de la nueva izquierda estudiantil internacional, en la medida en que el marxismo coherente de hoy, o sea, la filosofía que, como teoría social es la filosofía o cosmovisión más evolucionada, refinada y sistemática, corresponde a las realidades objetivas de la era capitalista, y en la medida en que atestigua que los movimientos estudiantiles han comprendido que deben alinearse con la clase obrera para lograr el tipo de transformación social que se necesita para liquidar el poder del capital monopolista y crear un nuevo orden social no represivo y auténticamente libre." Véase Stanley Gray: "Student Radicalism: An American Import?", discurso pronunciado en la Couchiching Conference de 1968, *McGill News*, noviembre de 1968, pág. 22.

¹⁵ Moljanov.

¹⁶ Véase Robert P. Wolff, Barrington Moore (h.) y Herbert Marcuse: *A Critique of Pure Tolerance*. Boston, 1965. [Hay versión castellana: *Crítica de la tolerancia pura*. Barcelona, Edicions 62, 1970.]

¹⁷ Compárense, por ejemplo, las reivindicaciones de los estudiantes de Varsovia, proclamadas en marzo de 1968, con las de los estudiantes mexicanos, adoptadas en setiembre del mismo año. Véanse *Survey*, julio de 1968, pág. 114; y *The New York Times*, 28 de marzo y 9 de setiembre de 1968.

¹⁸ Es típica la publicidad dada a tres militantes universitarias de sexo femenino. Véase Peter Babcox: "Meet the Women of the Revolution", *The New York Times Magazine*, 9 de febrero de 1969. A las jóvenes que servían en el Cuerpo de Paz o participaban en la guerra contra la pobreza no se les prestó la misma atención. En este contexto, fue revelador observar la satisfacción con que los militantes se veían a sí mismos en los noticieros de la televisión o en las películas documentales especialmente filmadas. La publicidad que rodeaba a los militantes puso en juego una considerable presión social sobre los menos comprometidos.

¹⁹ El profesor Z. Bauman, conocido sociólogo de Varsovia que fue expulsado de Polonia en 1968 después de la rebelión estudiantil de marzo, subrayó este hecho en un volumen documental especialmente dedicado a dichos acontecimientos y publicado en París por Instytut Literacki: *Wydarzenia Marcowe* 1968, 1969.

²⁰ Véase Melvin Lasky: "Revolution Diary", *Encounter*, agosto de 1968, págs. 88-89. También vale la pena destacar

que los movimientos estudiantiles de México, España o Polonia, que tenían una orientación estrictamente política, no se dejaron arrastrar por tendencias como la del "lenguaje obsceno", que floreció en California después de la crisis; ni por la fascinación de las drogas; ni por la adopción deliberada de una conducta social anómala como aquella en la que incurrieron los *yippies*. En verdad, estas tendencias fueron también el producto de condiciones peculiarmente norteamericanas, pero la naturaleza menos rígida y menos oprimida del movimiento permitió que aparecieran como subproducto de la rebelión estudiantil.

²¹ *The New Left*, memorándum elaborado para la Comisión de Asuntos Judiciales del Senado de Estados Unidos, Washington, D.C., 1968, pág. 23, que también cita datos de Jack Newfield: *A Prophetic Minority*. Nueva York, 1966.

²² "The Hooligans of Peace Square", *Scintea Tineretului*, 5 de julio de 1968.

²³ Dos jóvenes sociólogos de Varsovia, J. Kuron y K. Modzelewski, escribieron, varios años antes de la rebelión estudiantil de marzo de 1968, una de las críticas más exhaustivas acerca del sistema que imperaba en Polonia (Los autores fueron rápidamente detenidos). Titulada "Carta abierta al Partido", se convirtió en una fuente importante de inspiración teórica para los líderes politizados de la juventud. Escrita desde una perspectiva marxista, censuraba acerbamente el proceso en virtud del cual el comunismo polaco había degenerado en un despotismo burocrático institucionalizado, con intereses creados que asfixiaban el idealismo igualitario del socialismo. Sin embargo, cuando llegó el momento de enunciar un programa, los autores se limitaron a exigir una nueva revolución encabezada por obreros e intelectuales decididos a crear un nuevo orden social, que se caracterizaría por la presencia de pocas instituciones, por el autogobierno de los trabajadores y por un auténtico igualitarismo social. A fines de 1968 Kuron y Modzelewski fueron sentenciados nuevamente a prisión, acusados de instigar los hechos de marzo en complicidad con la IV Internacional (trotskista).

²⁴ Black: *The Dynamics of Modernization*, pág. 31.

²⁵ Al respecto, véase también Kenneth Keniston: "Social Change and Youth in America", Erik H. Erikson (comp.): *The Challenge of Youth*. Nueva York, 1961.

²⁶ Véase Johan Huizinga: *El otoño de la Edad Media*, especialmente el cap. 1 sobre el tenor violento de la vida (Madrid, Revista de Occidente).

²⁷ Véase Black: *The Dynamics of Modernization*, para un análisis descriptivo y escalonado.

²⁸ A principios de febrero de 1969 los estudiantes amotinados de Montreal desahogaron su ira contra el "sistema" destruyendo con hachas para bomberos una computadora universitaria de un millón de dólares.

²⁹ Al respecto, Mark Gerzon da ejemplos tomados de Estados Unidos en su libro *The Whole World Is Watching*. Nueva York, 1969, págs. 52-54, 73, 189-190. Para un análisis más sistemático en el contexto del Tercer Mundo, véase Donald K. Emmerson: *Students and Politics in Developing Nations*, que incluye una conclusión parecida en la pág. 414.

³⁰ La insistencia en las soluciones totales estimula, al mismo tiempo, su típica renuencia a comprometerse en el proceso más mundano de las mejoras parciales, de la adaptación gradual de nuevas técnicas, de la auténtica participación en el mundo. En su libro *The New French Revolution*, Nueva York, 1969, John Ardagh destaca esta paradoja en relación con la izquierda intelectual francesa: "Sartre y sus amigos han postulado que la literatura debe ser comprometida pero en la práctica siempre han rehuido la acción política realista... Sartre y sus amigos han reclamado siempre la utopía o nada... En consecuencia los tecnócratas se han apoderado de los ropajes de los sartrianos." Véase pág. 358.

³¹ En este contexto, conviene comparar los ataques de Noam Chomsky contra la nueva raza de expertos-intelectuales norteamericanos (*American Power and the New Mandarins*. Nueva York, 1968), con los ataques contra Platón, a quien se le atribuyó el delito de "intelectualizar" la realidad. Hay otras analogías urticantes respecto de la Atenas antigua. El autor de un estudio reciente acerca de la influencia de la filosofía de Platón sobre la sociedad de su época, argumenta que el término "filósofo" era relativamente nuevo, y que Platón lo empleó para identificar "al hombre que está en condiciones de desafiar la hegemonía de lo concreto sobre nuestra conciencia, y de poner en su lugar lo abstracto". Véase Eric A. Havelock: *Preface to Plato*. Cambridge, Massachusetts, 1963, pág. 281. El énfasis en lo abstracto estuvo asociado con la aparición de una nueva técnica de comunicación, la escrita, que primeramente complementó a la antigua tradición oral y luego la desplazó (págs. 292-295). La poesía épica estaba ligada a la narrativa, que estimulaba la experiencia emocionalmente compartida y dependía de ella. La categorización más abstracta de la realidad se hizo viable merced a la introducción del alfabeto y la escritura, y abrió las puertas de la historia a la conceptualización. Tanto el cristianismo como el marxismo pasaron por esas puertas.

VIII

IDEAS E IDEALES QUE TRASCIENDEN LA IDEOLOGÍA

Se puede decir que el siglo **xix** encarnó la supremacía intelectual de la idea de libertad, en tanto que el siglo **xx** asiste al triunfo de la de igualdad. Para la mayoría, la libertad estaba políticamente expresada en la nación y sólo para una relativa minoría estaba asociada con las garantías jurídicas otorgadas al individuo. El siglo pasado fue, en consecuencia, sobre todo la era del nacionalismo y sólo en segundo término la de la democracia liberal. Actualmente, la búsqueda de formas en las cuales pueda expresarse la idea de igualdad es el impulso motivacional que más estimula las actividades de los estudiantes universitarios de Occidente y de los jóvenes críticos de las élites comunistas privilegiadas. También gobierna las relaciones entre negros y blancos tanto en Estados Unidos como en África, así como entre los países ricos y los países pobres.

Hemos llegado, pues, a la etapa de la historia de la humanidad en la cual la pasión por la igualdad es una fuerza universal, consciente de sí misma. Más aún, puesto que no es probable que la igualdad se obtenga en el plano objetivo, se la puede buscar cada vez más en el plano subjetivo. Cuando la verdadera igualdad es inalcanzable, la

igualdad mediante la emoción se convierte en su sucedáneo y el conflicto y la hostilidad apasionados crean la ilusión de igualdad.

La búsqueda de igualdad

Hoy la pasión igualitaria es vehemente porque por primera vez en la historia de la humanidad la desigualdad ya no está aislada por el tiempo y la distancia. El nacionalismo se expandió durante un siglo y medio a medida que, por un efecto lateral de la alfabetización y la industrialización, las poblaciones se politizaban gradualmente. Pero bastaron unas pocas décadas para que el rechazo de la desigualdad dentro de las naciones y entre ellas se convirtiera en el estado de ánimo dominante. En este contexto, como en el de la rebelión de la generación joven, el estímulo decisivo lo impartió la aparición de las comunicaciones globales y de las masas recientemente instruidas.

Por tanto, la relación entre la era tecnotrónica y la pasión por la igualdad —si no la idea misma de igualdad— es totalmente causal. Desde el punto de vista de la gestación de motivaciones sociales y políticas, es muy importante que “los pobres vivan tanto como los ricos en el nuevo entorno de los servicios de información mundial programados a un costo de muchos miles de millones de dólares”.¹ La opresión nacional y la opresión de clase tuvieron que ser directas y personales antes de que pudieran generar una reacción en sentido contrario. Ahora, la sensación de desigualdad puede ser vicaria y a pesar de ello extraordinariamente intensa, porque se puede inflar más allá del plano de la experiencia personal.

Pero aunque la consagración a la idea de igualdad suscita actualmente el mayor entusiasmo, su

definición continúa siendo esquiva. En los estados comunistas, la lucha por la igualdad política implica el deseo de terminar con el privilegio en razón del cual sólo unos pocos tienen derecho a gobernar; con el privilegio en razón del cual sólo quienes forman el vértice de la élite de poder tienen la prerrogativa profesional de leer y viajar libremente; con el privilegio en razón del cual el derecho a comprar lo que uno desea es una ventaja de la que sólo disfrutaban quienes cumplen misiones oficiales en el exterior o quienes tienen acceso a los comercios especiales para altos funcionarios. Sin embargo, a los líderes de los partidos comunistas, que imaginaron durante mucho tiempo que la eliminación de las clases propietarias aseguraría automáticamente la igualdad social como base de la libertad personal, les resulta difícil entender este deseo de igualdad libertaria.

En los estados nuevos y en vías de desarrollo es aun más difícil definir la igualdad, porque en la mayoría de los casos el descontento es producto no sólo de las desigualdades sociales inmediatas sino también de un fuerte sentimiento de carencia frente al mundo desarrollado. La pequeña dimensión de muchos estados nuevos agudiza sus sentimientos de impotencia y complica la tarea de reparación.² Su dependencia económica respecto de mercados inestables de materias primas y respecto de capitales extranjeros determina que su libertad sea muy relativa y frágil. El resultado es una condición en la que la libertad parece amenazada por la falta de igualdad internacional.

La mayoría de los dirigentes de los nuevos estados han abrazado el socialismo movidos, precisamente, por el anhelo de igualdad. Ven en el socialismo una herramienta para asegurar los objetivos que casi todos ellos comparten: el florecimiento de las culturas distintivas de sus naciones, el desa-

rollo económico nacional y la reducción gradual de la desigualdad interior y exterior. Su socialismo abarca el análisis marxista del capitalismo y la descripción leninista del imperialismo, aunque los dirigentes tienden a subrayar que su enfoque económico elude los errores no sólo del capitalismo sino también del comunismo.³ En verdad, algunos dirigentes han argumentado que su socialismo —menos dogmático y enriquecido por tradiciones autóctonas— suministrará al mundo una alternativa más humana que el materialismo doctrinario del comunismo o la indiferencia social del Occidente empresario.⁴ En un libro escrito antes de que Kenia conquistara la independencia y refiriéndose al concepto africano de socialismo, Tom Mboya sostuvo que eventualmente Africa “mostrará al resto del mundo lo que significa realmente la libertad”.⁵

Sin embargo, en lo esencial, estos pensamientos no han sido estructurados ni sistematizados. Aunque algunos estudiosos los han descripto como una ideología, tienden a estar desprovistos del encuadre sistemático, coherente, integrado e intelectualmente consolidado que es propio del socialismo o el comunismo y se observa la ausencia de dogmas formales y corporizaciones institucionales. Los líderes de los nuevos estados —si bien apuntalan sus ideas mediante el poder político no democrático, las enuncian con una retórica tomada en buena parte del marxismo y se sienten lógicamente preocupados por el mejoramiento de la vida económica del hombre— tienden a subrayar la prioridad de la nacionalidad y la importancia espiritual del ser humano. Esto también vale para los nuevos intelectuales indígenas, ubicados en el estrato social inmediatamente inferior al de los líderes actuales del Tercer Mundo, intelectuales éstos que tienden a sustentar una filosofía aun más radical, que son más susceptibles a las invocaciones racistas y que

despliegan una conducta muy emocional.⁶ Su marxismo estático dista mucho del escolasticismo de Marx y de la tozudez organizativa de Lenin.

Asimismo, la experiencia de varios años de independencia ha enfriado a quienes originariamente veían a las nuevas naciones como la expresión de una filosofía más humana y como un ejemplo para las demás. En muchos de los nuevos estados las élites gobernantes han restringido la libertad con el pretexto de que esta restricción es necesaria para combatir la desigualdad, eliminando los privilegios en el frente interno y movilizándolo los esfuerzos nacionales para reparar la brecha cada vez mayor que separa al país del mundo exterior.⁷ La pasión por la igualdad se ha rebajado, en algunos lugares, al nivel de un nacionalismo racista que se manifiesta en la expulsión de los tribeños no nativos (los chinos de Indonesia, los asiáticos de África Oriental) y, en términos más generales, en el resentimiento xenófobo e incluso racial contra el mundo blanco desarrollado, visto como el principal explotador. Las nuevas élites políticas han exhibido una marcada proclividad al consumo ostentoso, en parte a expensas de su conciencia social.

El problema de la igualdad se plantea en términos bastante distintos cuando se trata de países más desarrollados y prósperos. Allí y sobre todo en Estados Unidos, se ha traducido en la hostilidad al “gigantismo” de las instituciones y los intereses creados. Los adversarios del “gigantismo” arguyen que el proceso político es engañoso porque la fórmula “un hombre, un voto” no hace más que enmascarar la desigualdad subyacente que existe entre el poder del individuo y, digamos, el de las corporaciones. En términos más específicos, la idea de igualdad —antes que la de libertad— ha alimentado la lucha por los derechos civiles en Estados Unidos. Los negros han conquistado gradual y di-

ficultosamente la “libertad” formal merced a la promulgación de las leyes de derechos civiles y sobre todo de aquellas que garantizan el derecho de votar. Sin embargo, esta “libertad” dista mucho de asegurarles la igualdad a los negros norteamericanos y ahora éstos luchan por obtener la “igualdad” que el blanco ya tiene. La definición de esta “igualdad” es precisamente la que desconcierta a los rectores de universidades o a los intendentes municipales, para quienes la libertad era tradicionalmente sinónimo de igualdad.

Las tensiones sociales del mundo desarrollado —y esto es válido tanto para algunos países comunistas como para las sociedades más pluralistas— ponen de relieve lo difícil que es buscar la igualdad exclusivamente en el plano exterior y material. Después de varios siglos de activismo social —con insistencia en el hombre exterior— el hombre contemporáneo de los países industriales avanzados pasa por una crisis de autodefinición para la que no encuentra respuestas satisfactorias ni en la religión ni en la ideología consagrada. A medida que se desvanecen gradualmente las pasiones nacionalistas e ideológicas, la certidumbre interior y la dedicación exterior dejan paso a la ambigüedad interior y la incertidumbre exterior.

Creencia sincrética

Cuando Michel Foucault proclamó “la muerte del hombre”, estaba expresando en términos casi nietzscheanos el pesimismo inherente a la reacción contra las ideologías prometeicas.⁸ Esta reacción refleja, a su vez, la complejidad científica de la sociedad moderna, que estimula en el individuo un sentimiento de futilidad e impotencia. Un crítico ha dicho que las ideas de Foucault, asociadas

con una escuela de pensamiento llamada “estructuralismo”, son la ideología de la tecnocracia contemporánea, porque Foucault ve al hombre como el objeto de un proceso que lo despoja de toda autonomía y lo gobierna impersonalmente, obedeciendo a una dinámica estructural.⁹ El rechazo de la historia consciente —que apunta al corazón del enfoque ideológico-religioso que ha dominado el pensamiento occidental— es en sí mismo un reflejo de la crisis contemporánea de los valores, las hipótesis y las creencias, y del derrumbe de todas las interpretaciones históricas integradas y simultáneamente dirigidas a un fin.¹⁰

Hace siglos, en las grandes religiones, el hombre definió las normas que debían gobernar las relaciones humanas. Ahora, por primera vez en la historia, el hombre empieza —sólo empieza— a liberarse de la lucha opresiva para sobrevivir como ser humano. Esto ha generado un renovado interés por los aspectos espirituales, más esquivos, de la existencia;¹¹ también ha creado un estado de agitación en el que el diálogo sistemático se interrumpe cada vez con más frecuencia por la falta de hipótesis comunes. Por supuesto, esto vale especialmente para la comunidad intelectual, aunque la reacción se comunica gradualmente al cuerpo político. Como consecuencia, la mayoría de la gente sólo acepta el orden político formal mientras éste funciona, pero se siente cada vez menos comprometida con él. (Prueba de ello es la conducta pasiva del pueblo francés durante la crisis del orden político que se registró en mayo de 1968.) En verdad, hoy se discute mucho la necesidad de ratificar los valores humanos, la prioridad del hombre sobre la tiranía de los déspotas políticos o los tecnócratas deshumanizadores, pero en nuestra época —contrariamente a lo que sucedía en aquellas dominadas por la religión o la ideología— los medios, las for-

mas y el sentido esencial de estas metas siguen siendo singularmente vagos. (Por ejemplo, el Congreso Internacional de Filosofía que se celebró en Viena, en 1968, estuvo dominado por la idea de que la filosofía contemporánea debe marchar a la vanguardia de la "lucha", pero en ningún momento se especificó *cómo* debía prestar su aporte.)

En consecuencia, es dudoso que la creciente preocupación por lo abstracto y lo espiritual, e incluso que los testimonios de un nuevo interés por la religiosidad —en otras palabras, todas las cuestiones compendiadas bajo el rótulo de "la cualidad de la vida"— provoquen en el futuro próximo la aparición de nuevas ideologías o religiones formales. La complejidad científica y el escepticismo, reforzados por los efectos impresionistas de un creciente empleo de la comunicación audiovisual (la televisión), se oponen a las cualidades sistemáticas y dogmáticas de la ideología. En este sentido se puede hablar, por tanto, del "fin de la ideología". La religión y la ideología formaron parte de una era en la que la realidad todavía se podía encasillar dogmáticamente en compartimientos intelectualizados: ambas estaban reforzadas por el urgente deseo de verter lo ideal en lo real. Lo que probablemente nos espera es un giro hacia tentativas de sintetizar lo científico y lo espiritual en forma más personal, menos estructurada, con una definición más subjetiva, aunque quizá sin llegar a algo tan místico como el pensamiento de Teilhard de Chardin. Sea como fuere, ésta parece ser la tendencia de los pensadores cristianos y marxistas revisionistas de la actualidad.

Existe el peligro de que esta innovación, aunque fecunda desde el punto de vista individual, sea contraproducente para la perdurabilidad de la democracia liberal. La confusión intelectual y la discrepancia política, para no hablar de la simple in-

seguridad, podrían estimular la búsqueda de fuentes exteriores de estabilidad que asumirían la forma de la represión o de la dependencia respecto de una personalidad dominante. Además, "a una sociedad que lleva el eclecticismo hasta el extremo en que no sólo la cultura total sino la conciencia individual se convierten en un simple conglomerado de elementos disociados, le resultará imposible tomar una decisión colectiva acerca de lo que el hombre debe hacer con el hombre".¹² Entonces, el líder puede convertirse en el sucedáneo de las tareas integradoras de la sociedad, que habitualmente se ejecutan en virtud de una ideología formal o tácitamente compartida.¹³ En ausencia del consenso social, las necesidades emocionales y racionales de la sociedad pueden fundirse —con la ayuda de los medios masivos— en la persona de un individuo que, se supone, conserva el orden social y le introduce las innovaciones imprescindibles. Planteada la opción entre el desorden social e intelectual (que no implica algo que se parezca siquiera a una situación revolucionaria), por un lado, y el liderazgo personal autoritario, por otro, es muy probable que incluso algunas de las actuales sociedades democráticas, constitucionales y liberales prefieran lo segundo.

Es posible que en los años próximos aumente la tentación de elegir la seguridad como alternativa de la complejidad, porque "el fin de la ideología", lejos de reducir la importancia de las ideas y los ideales en política, inaugura una era en la que los problemas abstractos relacionados con el sentido de la vida personal y social vuelven a desempeñar un papel capital. El diálogo se hace más vehemente y cobra más envergadura precisamente porque las creencias institucionalizadas ya no circunscriben y definen el marco en el que aquél se desarrolla. El resultado es un nuevo conflicto de ideas, pero no

de ideologías institucionalizadas; un interés renovado por la religiosidad, pero no por las religiones organizadas.

Para este diálogo, flamante y apasionado, son cada vez más inútiles las terminologías consagradas y difundidas. Las palabras capitalismo, democracia, socialismo y comunismo —e incluso nacionalismo— ya no sirven para traducir ideas importantes. En las sociedades que, como las comunistas, están dominadas por ideologías, esta insuficiencia se expresa cada vez más en críticas, aun públicas, contra la ideología oficial; en las sociedades donde rigen valores más laxos e implícitos, induce a buscar un marco de referencia aceptable y válido. En ambos casos se subraya la necesidad de combinar el énfasis que antes se ponía en el hombre exterior con un interés renovado por su vida interior. En ambos casos se experimenta la necesidad de forjar una nueva síntesis intelectual, como la que brindó el marxismo en la era industrial.

Es sintomático que nuestra era, no obstante su gran turbulencia, no haya producido un concepto válido de la revolución: una estrategia práctica destinada a reemplazar las instituciones y los valores vigentes por otros nuevos. O sea, un método de cambio y la sustancia del cambio. La era industrial produjo este concepto (el marxismo), que luego se aplicó a países en vías de industrialización. No existe una teoría análoga para ponerla a disposición de las sociedades postindustriales, y la Nueva Izquierda tampoco consiguió crearla. Además, en tanto que antaño las ideologías de cambio gravitaban desde el mundo desarrollado hacia las regiones menos desarrolladas, estimulando así la imitación del primero, ahora las diferencias entre los dos mundos son tan marcadas que es difícil imaginar una nueva ola ideológica que, nacida en el

mundo desarrollado, pueda adquirir rápidamente vigencia para las naciones subdesarrolladas.

Las revoluciones integradas totales fueron viables porque las ideologías integradoras suministraban un marco para el cambio y la reconstrucción totales. La ideología integradora era en sí misma el reflejo de una era en que la autoridad descansaba sobre creencias e instituciones claramente definidas. El partido comunista, con su pretensión de infalibilidad, fue, por consiguiente, el epítome de una era de grandes visiones integradas y de instituciones autoritarias. El cambio científico acelerado, la explosión educacional masiva y la violenta implosión de las comunicaciones son, en su totalidad, factores que allanan el camino a las creencias y reacciones más volátiles, y que crean una situación en la que los sentimientos subjetivos son más importantes que la consagración colectiva a un esquema de acción y organización social.

En consecuencia, por ahora, tanto las tensiones de fragmentación-unificación que son estimuladas en los planos político, económico e intelectual por la brecha que existe entre la era tecnológica y la electrónica, como la perduración en una nueva era de instituciones y formas sociales provenientes de otra, permiten pronosticar una época de turbulencia antes que de revolución fundamental. El mundo desarrollado enfrenta una crisis de su consenso liberal, democrático; al mundo comunista le resulta difícil adaptar su ideología; el Tercer Mundo busca un marco de referencia en una forma modificada de socialismo que reemplace la ortodoxia por la emoción. Antaño el mundo vivía en un entorno de uniformidad encasillada en compartimientos: las sociedades agrarias, básicamente similares por su estructura socioeconómica pero con diferentes religiones y culturas, estaban aisladas las unas de las otras; hoy, las realidades socioeconómicas diferentes,

ubicadas en un contexto de religiones e ideologías en crisis, se superponen perceptualmente. La certidumbre psíquica del pasado deja paso a la tensión psíquica; la confianza en la justicia deja paso a sentimientos de culpa o de inferioridad rencorosa.¹⁴

Es posible que en la etapa presente de turbulencia intelectual estén implantadas por primera vez las semillas de una perspectiva de trascendencia global. Las ideologías categóricamente universalistas del siglo XIX tenían en verdad orígenes muy localistas y por eso se fusionaron rápidamente con el nacionalismo. (Esto fue particularmente aplicable al comunismo de la época de Stalin.) Las ideas y los ideales aparentemente introspectivos que dominan, de modo muy desorganizado, el diálogo actual, prestan, por cierto, mucha más atención a los problemas universales del hombre y al reencuentro de lo espiritual y lo material.

La visión que el hombre tenía de sí mismo fue, al principio, muy primitiva y fragmentaria y reflejaba miles de pequeñas culturas. De éstas emanaron, a su debido tiempo, varias religiones con aspiraciones universales, aunque cada una de ellas seguía estando cultural y territorialmente enclaustrada. La era del secularismo engendró una visión más política, en la que el nacionalismo (elevado a la categoría de principio universal) se combinó con ideologías de origen primordialmente europeo que pretendían ser de aplicación universal. Es muy probable que lo que suceda en las dos mayores sociedades de nuestra época —Estados Unidos y la Unión Soviética— y lo que les suceda a las dos principales concepciones contemporáneas del mundo moderno —el liberalismo y el comunismo— determine si nuestra etapa será de transición o marcará el comienzo de una desintegración más fundamental.

¹ Marshall McLuhan: *The Marshall McLuhan Dew-Line*, nº 1, 1968, pág. 15.

² "La población media de todos los estados que eran independientes antes de 1776 es actualmente de 22.600.000 personas; la de los que nacieron de la primera revolución anticolonial y de la disolución de los imperios dinásticos (1776-1945) es de 5.200.000, y la de los que conquistaron su independencia en las dos últimas décadas es de sólo 3.400.000. Quizás existan algunas discrepancias acerca de la población óptima que debe tener una nación-estado, pero quedan pocas dudas de que debe superar los tres o cuatro millones de habitantes. La dimensión misma de los nuevos estados, sobre todo africanos, determina que les resulte difícil materializar las aspiraciones de modernidad y poder, de dignidad y prosperidad, que alimentan sus líderes." Véase Dankwart Rustow: *A World of Nations*. Washington, D.C., 1967, pág. 247.

³ Véase Paul Sigmund (comp.): *The Ideologies of the Developing Nations*. Nueva York, 1963, sobre todo págs. 12-17. Para una evaluación sistemática del atractivo y el significado del concepto de igualdad dentro de una nueva nación, véase James C. Scott: *Political Ideology in Malaysia: Reality and the Beliefs of an Elite*. New Haven, 1968, págs. 194-196. Para un enfoque más general, véanse David Apter (comp.): *Ideology and Discontent*. Glencoe, Illinois, 1964; y Clifford Geertz (comp.): *Old Societies and New States: The Quest for Modernity in Asia and Africa*. Nueva York, 1963.

⁴ Véase, por ejemplo, Léopold Senghor: *African Socialism*. Nueva York, 1963.

⁵ Tom Mboya: *Freedom and After*. Boston, 1963, pág. 262.

⁶ Es entre ellos que tiene más influencia el libro de Frantz Fanon: *The Wretched of the Earth*. Nueva York, 1965. Véase también F. J. Marsal: "Latin American Intellectuals and the Problem of Change", *Social Research*, invierno de 1966, págs. 562-592.

⁷ Así se han convertido en "democracias tutelares". Cf. Edward Shils: *Political Development in the New States*. La Haya, 1965, págs. 60-67.

⁸ En su libro *Sociology Faces Pessimism*, La Haya, 1958, págs. 116-117, Robert Bailey ha resumido este pesimismo en diez proposiciones que contraponen el *Zeitgeist* europeo de hace un siglo con el actual:

ZEITGEIST EUROPEO

Hace cien años

1. Se progresa.
2. La evolución social es lineal.
3. La civilización occidental avanza continuamente hacia nuevas cumbres del desarrollo cultural y social.
4. El hombre es racional.
5. La sociedad está compuesta por individuos que, por ser racionales o capaces de serlo, llevarán a la humanidad a nuevos niveles de realización.
6. La verdad y el conocimiento científicos son beneficiosos para la sociedad.
7. El mito y la superstición son perjudiciales.
8. La sociedad representa una armonía de intereses, un *communue-bonum*.
9. La sociedad es gobernada por el consenso del pueblo.
10. La democracia y los valores sociales humanitarios sirven para proteger los intereses del individuo y de la comunidad.

Hoy

1. No se progresa.
2. La evolución social es cíclica.
3. La civilización occidental pasa por un periodo de desintegración y decadencia.
4. El hombre es no racional o irracional.
5. La sociedad está compuesta por masas que, por ser no racionales y fáciles de manejar, reducirán al género humano a la mediocridad.
6. La verdad y el conocimiento científicos son perjudiciales para la sociedad.
7. El mito y la superstición son beneficiosos.
8. La sociedad siempre está compuesta por intereses antagónicos.
9. La sociedad es gobernada por la élite.
10. La democracia y los valores sociales humanitarios son errores infortunados que desembocan en el gobierno de las masas incultas.

⁹ Véase la reseña muy interesante del libro de Michel Foucault, *Les mots et les choses*. París, 1966. [Hay versión castellana: *Las palabras y las cosas*. México, Siglo XXI. 1968.] Jean-Marie Domenach, lo publicó en *Témoignage Chrétien*, marzo de 1968.

¹⁰ El estructuralismo también implica una crítica al existencialismo de Sartre, existencialismo que, al subrayar

la autonomía moral del hombre, significó, a su vez, una reacción contra el énfasis ideológico sobre la identificación sumisa del hombre con la creación colectiva y finalista de la historia.

¹¹ Para decirlo con las palabras de uno de los participantes en el Programa de la Universidad de Harvard sobre Tecnología y Ciencia: "Con el advenimiento de las sociedades industriales opulentas, la ciencia tiende a convertirse en el principal objetivo social, desplazando a la productividad económica. A medida que la ciencia consigue satisfacer cada vez más las necesidades materiales con menos esfuerzo humano, *aumenta su preocupación por las necesidades espirituales e intelectuales*. Debe generar nuevos objetivos y aspiraciones para seguir siendo viable como orden social... Los científicos pensaron muchas veces, en otra época, que todos los interrogantes significativos habían sido resueltos, y que sólo faltaba completar los detalles, descubrir todas las derivaciones de la estructura conceptual cuyo marco capital había sido totalmente bosquejado. Sin embargo, en cada oportunidad se demostró que ésta era una expectación equivocada. Cada nuevo adelanto importante ha puesto en descubierto un nuevo mundo insospechado, una nueva estructura conceptual que estaba implantada en la vieja y la incluía." Véase Harvey Brooks: "Can Science Be Planned?", Harvard University Program on Technology and Science, 1968, págs. 13-14 (bastardillas agregadas).

¹² Victor C. Ferkiss, *op. cit.*, pág. 241.

¹³ Daniel Bell ha descrito en los siguientes términos las funciones sociales de la ideología: "Dentro de toda sociedad viable debe existir un credo, una serie de creencias y valores, tradiciones y fines, que enlaza tanto las redes institucionales como las afinidades emocionales de los miembros en un todo trascendental. Y debe haber algunos mecanismos en virtud de los cuales esos valores no sólo pueden ser 'internalizados' por los individuos (mediante normas) sino que también pueden ser explicitados a la sociedad... especialmente uno que parece configurar conscientemente el cambio social. Y esta tarea explicativa es la función de la ideología". Daniel Bell: "Ideology and Soviet Politics", *Slavic Review*, diciembre de 1965, pág. 595.

¹⁴ Así, cuando cristianos y musulmanes se odiaban mutuamente, hace mucho tiempo, podían hacerlo con tranquilidad de conciencia. Hoy los ciudadanos del Tercer Mundo pueden odiar a los norteamericanos por su riqueza pero al mismo tiempo desprecian su propio sentimiento de inferioridad, en tanto que los norteamericanos se sienten culpables por su fortuna pero al mismo tiempo saborean un sentimiento de superioridad técnica.

TERCERA PARTE

**COMUNISMO: EL PROBLEMA DE LA
PERTINENCIA**

El marxismo, nacido de la conmoción social que fue, a su vez, producto de los efectos combinados de las revoluciones industrial y nacionalista, suministró una singular herramienta intelectual para entender y dominar las fuerzas fundamentales de nuestra época. Como resultado de una etapa particularmente traumática de la historia del hombre y como respuesta a ella, proporcionó la mejor comprensión de la realidad contemporánea, sirvió de base para lanzar un ataque sostenido contra las instituciones preindustriales anticuadas y levantó la bandera del internacionalismo en una época cada vez más dominada por los odios nacionales.

El primer estado que puso en práctica la teoría marxista, la Unión Soviética, podría haberse convertido en el portaestandarte del sistema de pensamiento más influyente de este siglo y en el modelo social para la resolución de los dilemas claves que afectan al hombre moderno. Pero el comunismo soviético de hoy es una doctrina conservadora y burocratizada. En China, escenario de la aplicación en mayor escala de los principios marxistas a una sociedad de gran atraso industrial, el comunismo es una extraña mezcla de nacionalismo etnocéntrico y fanatismo ideológico. En los países más adelantados de Occidente el comunismo tiene vitalidad sólo en la medida en que atenúa su identidad ideo-

lógica al colaborar con sus viejos rivales. Y en Oriente, su militancia ideológica se alimenta en la identificación deliberada con las pasiones nacionalistas más fanáticas. En síntesis, el comunismo contemporáneo ha sacrificado la consagración prometeica del marxismo al humanismo universal.

La tragedia del comunismo como perspectiva universal consiste en que nació demasiado temprano y demasiado tarde. Demasiado temprano para convertirse en una fuente de internacionalismo auténtico, porque en la humanidad acababa de producirse el despertar de la conciencia nacional y porque los medios tecnológicos de comunicación disponibles eran limitados y todavía no estaban en condiciones de reforzar la perspectiva universal. Demasiado tarde para el Occidente industrial, porque el nacionalismo y los conceptos liberales de reformismo estatal se adelantaron a arrebatarse su atractivo humanista por intermedio de la nación-estado. Demasiado temprano para el Oriente preindustrial, donde se convirtió en el despertador ideológico de las masas adormecidas, infundiéndoles un nacionalismo cada vez más radical.

Atrasado para Occidente, prematuro para Oriente, el comunismo no encontró su oportunidad ni en el uno ni en el otro, sino en un país colocado a mitad de camino: Rusia. En consecuencia, sus fracasos y sus triunfos, así como su naturaleza específica, se deben analizar en el contexto de esa peculiar relación de cincuenta años entre la doctrina pretendidamente universalista y un encuadre nacional eurasiático muy específico. Para el mundo de hoy, la realidad práctica del comunismo se encuentra primordialmente en su versión rusa.

El comunismo chino sólo es, para el hombre moderno, algo potencial, y no puede interpretarse como un ejemplo pertinente. Aunque algunos aspectos del comunismo chino —su presunto puritanismo,

su revolución en apariencia permanente, su militancia ideológica— pueden seducir a los intelectuales más descontentos y emocionales de Occidente, el modelo social chino no contiene muchos elementos de orientación para quienes se sienten preocupados por los problemas de la civilización industrial avanzada. China, que todavía lucha con su propio atraso, que padece incertidumbres políticas, que tiene conflictos con sus vecinos inmediatos, que pone cada vez más énfasis en su versión local del marxismo-leninismo, puede ser un símbolo revolucionario para algunos, pero es difícil que suministre pautas para abordar los dilemas sociales y psicológicos que plantea la era postindustrial.

En verdad, es posible que las élites con pretensiones revolucionarias de los países menos desarrollados vean a China bajo una luz distinta. Hay quienes toman a China como un ejemplo atractivo de disciplina nacional y dedicación ideológica, de empeño social masivo encaminado a modernizar el país a pesar del atraso tecnológico. Pero incluso en este plano el modelo chino sólo es pertinente como ejemplo de voluntad y tenacidad, como una guía para el futuro, y no como testimonio de la forma en que el comunismo reacciona ante los problemas modernos. La experiencia soviética proporciona la única respuesta a este examen crucial.

IX

LA PARADOJA STALINISTA

Un hombre dominó aproximadamente las dos terceras partes de la historia soviética y su nombre se asocia tanto a un sistema de gobierno como a una forma particular de construir el comunismo. Ningún análisis del papel actual del comunismo en el mundo, para no hablar de su papel en la Unión Soviética, puede darse el lujo de descuidar la intervención y la herencia de Stalin. Esta herencia está representada por las instituciones y la forma de operar del Estado soviético y, aunque hayan pasado casi dos décadas desde la muerte de Stalin, todo debate soviético en materia de reforma sigue girando inevitablemente en torno de la ruptura con el stalinismo.

Esto es muy comprensible. El Estado y la sociedad soviética de hoy fueron creados por una revolución social sin precedentes, que la élite política ejecutó deliberadamente. La revolución, violenta y costosa, no debe confundirse con la toma del poder por los bolcheviques, en 1917, porque se produjo cuando ya había transcurrido más de una década a partir de este hecho. Durante los años cruciales de 1930-1940, en el curso de los cuales la sociedad soviética fue reestructurada a imagen y semejanza de las aspiraciones ideológicas de sus

conductores políticos, dicha revolución devoró por lo menos seis millones y medio de vidas ¹ a medida que se plasmaba el nuevo Estado soviético. Fue esa revolución la que engendró a la actual élite política de la Rusia soviética. Fue esa revolución la que, según se dice, construyó el primer Estado socialista fundado sobre el marxismo y sentó las bases para su eventual ingreso en el comunismo. Es esa revolución, también, la que nos obliga a preguntarnos si semejante carácter específico es *necesario* para asegurar el desarrollo industrial que está tan integralmente vinculado con la creación de una nueva sociedad.

La necesidad del stalinismo

La cuestión de la “necesidad” del stalinismo no debe confundirse con la de su “inevitabilidad”. Retrospectivamente, siempre es más fácil descubrir la inevitabilidad en lo que sucedió que en lo que no sucedió. El stalinismo se hizo “inevitable” porque el poder marxista se implantó por primera vez en un ambiente ruso concreto formado por una tradición autocrática, por la frustración intelectual y por una fuerte propensión al mesianismo. Como consecuencia, algunas facetas del marxismo fueron reforzadas a expensas de otras. El aporte de Lenin, y la prueba de su genio, consistió en su capacidad para adaptar el marxismo a su Rusia nativa y para crear, simultáneamente, la ideología marxista-leninista y el partido bolchevique.

La victoria de Lenin sobre sus rivales dentro del movimiento marxista ruso y, lo que es más importante, el hecho de que tomara el poder cuando se derrumbó la vieja estructura autocrática, sentaron las bases para la “desoccidentalización” exitosa

del marxismo, para el triunfo de las proclividades orientales al despotismo sobre las tendencias democráticas occidentales. El énfasis que puso en la creencia dogmática, en la violencia, en la actividad conspirativa y en la subordinación casi total del individuo al partido (*partiinost*), así como su intolerancia con los disidentes y su desconfianza paranoica (rasgos todos estos que hasta cierto punto habían sido típicos de la conducta del propio Marx), reflejaban y ampliaban la tradición autocrática-brutal dentro de la que él se movía.

Puede argüirse, en consecuencia, que la concepción de Lenin, en virtud de la cual el partido era una élite temerosa de la “mentalidad *trade-unio-nista*” de los obreros y hostil a la inercia y el conservadorismo de los campesinos, facilitó, si no forzó, la aparición de Stalin como dirigente máximo y sobre todo el estilo y el espíritu orientales de su despotismo.² La intolerancia hacia la oposición y la obligación de obedecer al partido allanaron el camino para el advenimiento de un dictador con aptitudes burocráticas, capaz de explotar estas tradiciones con el fin de paralizar a sus adversarios y rivales en ciernes. Escribiendo desde perspectivas distintas, Leonard Schapiro e Isaac Deutscher, que ciertamente no sustentaban ideas afines ya fuera sobre el leninismo o el stalinismo, explicaron en qué medida el primero posibilitó el entronizamiento del segundo, al impedir que se pudiera luchar eficazmente dentro del partido contra la consolidación del poder de Stalin.³ Si Lenin no hizo que Stalin fuera inevitable, por lo menos hizo que fuera imposible la oposición eficaz dentro del partido.

El problema de la “necesidad” del stalinismo es, empero, distinto. Se asocia con otro interrogante, a saber, si los métodos stalinistas, y el sistema stalinista resultante, eran necesarios para efectuar la

revolución socialista y, en particular, la industrialización. Aunque se suponga que el stalinismo como sistema político fue "inevitable", no se infiere de ello que el colosal sacrificio humano que Stalin le impuso al pueblo soviético fue necesario para modernizar e industrializar a Rusia y a las naciones no rusas de la URSS. El sacrificio pudo ser necesario para salvaguardar el régimen stalinista,⁴ pero postular esta tesis implica cambiar la perspectiva de la discusión y argüir que para mantener el poder de Stalin había que emplear métodos stalinistas. Este es un argumento irrefutable.

El interrogante que, sin embargo, queda en pie, es otro: ¿era imprescindible emplear métodos stalinistas para modernizar e industrializar a Rusia y a las naciones no rusas de la Unión Soviética? La pregunta es importante porque todo el edificio de la legitimidad soviética, de la autoridad y el poder de la actual élite soviética, descansa sobre la hipótesis de que existe, en esencia, un pasado de logros gloriosos y heroicos, apenas empañado por las fechorías que Stalin cometió ocasionalmente contra algunos de sus camaradas. No obstante el hecho de que durante el XXII Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética que se celebró en 1961 se le suministró al pueblo soviético una descripción extraordinariamente detallada y tétrica de los crímenes de Stalin, la tendencia de los líderes soviéticos posteriores a Jruschov ha consistido en restarles importancia y en subrayar los éxitos de la década de 1930. La implicación es que el partido siempre actuó correctamente, por lo cual su derecho al poder emana de la infalibilidad esencial con que gobernó en el pasado y el presente.

El actual sistema político soviético funda sobre este argumento la reivindicación de su moralidad y su universalidad. Cuestionar la forma en que se

transformó la sociedad soviética equivale a cuestionar la legitimidad de sus actuales gobernantes, aunque sólo sea indirectamente. Más aún, equivale a cuestionar el valor internacional del modelo soviético y sobre todo de la concentración del poder en manos de una pequeña élite burocrática partidaria, según los cánones leninista-stalinistas. Los acontecimientos de Checoslovaquia de 1968, las críticas soviéticas a la "Revolución Cultural" china, acusada de haber socavado la primacía de los funcionarios del partido chino y las tradicionales críticas soviéticas a la línea yugoslava, que diluye la supremacía del partido, son otros tantos testimonios de la medida en que la élite soviética sigue pensando que su modelo político tiene una trascendencia de mayor envergadura. El vínculo que existe entre los intereses domésticos y las aspiraciones internacionales explica la susceptibilidad con que reaccionan los soviéticos cuando los estudiosos marxistas y no marxistas sugieren que la forma stalinista de transformar la sociedad soviética fue antieconómica, cruel y, lo que es más importante, ni muy exitosa ni necesaria.

¿Stalin tuvo alguna alternativa? Por lo menos algunos rusos —tanto marxistas como no marxistas— han vislumbrado métodos mediante los cuales la industrialización rusa pudo haberse logrado en una forma menos costosa, desde el punto de vista físico y moral, sin que por ello dejara de hacerse en una escala comparativamente ambiciosa. Aun antes de la revolución de 1917, los estudiosos rusos habían empezado a planificar la modernización de su país. Quizás el plan más importante fue el incluido en un trabajo que concluyó en 1918 el profesor V. Grinevetskii, rector del Instituto de Tecnología de Moscú, en el que se bosquejaba un programa, de varias décadas de duración, para el desarrollo del país. Según un análisis muy informativo de este

estudio,⁵ Grinevetskii no sólo previó la intervención deliberada del Estado, sino que puso más énfasis que el que pusieron los planificadores soviéticos sobre los indicadores de precios y los criterios de rentabilidad como medios para llegar “en la mayoría de los casos a las mismas prioridades, estrategias e incluso opciones específicas de inversión a las que llegaron los planificadores soviéticos sin hacer caso de estos criterios”. En verdad, las prioridades máximas que los planificadores soviéticos fijaron en los primeros planes quinquenales fueron muy parecidas a las que había postulado Grinevetskii: electrificación, desplazamiento de la industria y la población hacia el este, desarrollo hidroeléctrico, construcción de canales y así sucesivamente.⁶ Aunque el alegato soviético típico consiste en que la industrialización soviética nació de “los cimientos graníticos del marxismo-leninismo, hay abundantes pruebas de que los planificadores, algunos de los cuales eran ex colegas de Grinevetskii, se inspiraron mucho en la obra de éste y aceptaron sus metas aunque rechazaron su fórmula favorable a un proceso resolutivo más flexible y el empleo mayor (pero no exclusivo) de los indicadores de precios y los criterios de rentabilidad.

Dentro del Partido Comunista, también existían planes de industrialización distintos, principalmente los que postulaban Bujarin y la llamada “oposición de derecha”. Más o menos como Grinevetskii, éstos proponían una política que se valiera de incentivos reales para inducir a los campesinos a aumentar la producción y que le hiciera compartir a la población urbana algunas de las cargas sociales de la industrialización, cuyo cronograma debería prolongarse un poco. Se oponían particularmente a la colectivización acelerada y coactiva —el medio que empleó Stalin para extraerle un excedente al campesinado— y en esta oposición contaron posterior-

mente con el apoyo de Trotsky, que al principio había sido un encarnizado adversario de Bujarin. Hacia 1930, Trotsky llegó a la conclusión de que la liquidación física de millones de *kulaks* era una “monstruosidad” inmoral, que generaba un círculo vicioso de compulsión y violencia, círculo éste que necesariamente abarcaría a toda la sociedad y desacreditaría al comunismo.⁷ Desde el punto de vista soviético, quizás han sido aun más críticas las observaciones más recientes del líder comunista polaco Wladislaw Gomulka, en general ortodoxo y muy prosoviético. Hablando el 23 de noviembre de 1961, él también describió la colectivización “como el comienzo del proceso de creciente abuso, de violación de la legalidad socialista, de implantación de una atmósfera de miedo y de creación de las condiciones en las que se desarrolló el culto de la personalidad, el culto de Stalin”.⁸

Debe destacarse igualmente que el stalinismo puso fin a un período de creatividad sin precedentes en el campo de la arquitectura, la poesía y las ciencias rusas. En la década de 1920, en la primera etapa posrevolucionaria, Rusia irradió un sentimiento de energía revitalizada, vibrante. El terror masivo y la ortodoxia ideológica del stalinismo fomentaron la cautela y el conformismo. Incluso en el terreno ideológico, el pensamiento marxista se redujo a un catecismo intelectualmente regresivo, que tenía por único marco de referencia el *Materialismo dialéctico e histórico* (1938) de Stalin.

Otro interrogante, a saber, si el desarrollo soviético, aunque oneroso desde el punto de vista moral y físico, alcanzó metas a las que no llegó ninguna otra sociedad, pone sobre el tapete otra categoría de problemas. Por supuesto, esto tiene especial importancia no sólo cuando se trata de determinar la legitimidad histórica interna del sistema actual sino, sobre todo, cuando se trata de decidir si es

un modelo válido para otras sociedades. La tesis ha sido rebatida por algunos historiadores economistas de Europa Oriental y por otros de Occidente. Entre los segundos, Walt Rostow ha sido quizás el que ha impugnado de manera más aguda (y polémica) los logros stalinistas en materia de modernización. Rostow alega que los comunistas “heredaron una economía que había despegado”, en lo que concierne al desarrollo económico, durante las dos décadas anteriores a la Primera Guerra Mundial y que “Stalin no fue el arquitecto de la modernización de un país atrasado, sino de la consumación de ésta”.⁹ Más aún, encuentra analogías notables entre las pautas y el ritmo de la industrialización norteamericana y la rusa, de las cuales la primera se inició alrededor de los años 1860 y la segunda en los años 1880.¹⁰

Asimismo, en su estudio sobre la modernización de Rusia, Cyril Black ha citado datos acumulativos que muestran que “desde la perspectiva de cincuenta años, la ubicación comparativa de la urss en la tabla de índices económicos y sociales quizá no ha cambiado significativamente. En la medida en que las pruebas relativamente escasas de que disponemos permiten emitir un juicio, desde 1917 la urss no ha alcanzado ni superado a ningún país sobre una base per cápita, con la posible excepción de Italia, y los 19 ó 20 países que superan actualmente a Rusia en este contexto también la superaban en 1900 y 1919. El producto bruto nacional per cápita de Italia, que hoy es ligeramente inferior al de la urss, probablemente era un poco más alto hace 50 años.”¹¹ Las comparaciones de Black incluyen a países que, como la Unión Soviética, fueron muy devastados por la guerra y debieron pasar por un proceso de recuperación económica en gran escala. Otros estudiosos del desarrollo socioeconómico comparado también han tratado de

encontrar una pauta para clasificar a los países y coinciden en que la Unión Soviética de hoy entra en una categoría que corresponde aproximadamente a la de mediados de los años 1920.¹² Black llega a la conclusión general de que "otras sociedades han obtenido resultados semejantes con un costo mucho menor" y pone así en tela de juicio una premisa capital de los soviéticos respecto de su propio pasado.¹³

Un estudio comparativo sobre el aumento de la producción de acero, como aspecto clave del proceso de industrialización, también refuerza estas generalizaciones. Debe destacarse que los economistas y los dirigentes políticos soviéticos han tomado a menudo el acero como un índice importante del desarrollo industrial de su país. El autor de ese estudio, Stefan Kurowski, que escribe en la Polonia comunista, suministra comparaciones extraordinariamente detalladas que muestran que, bajo el régimen de Stalin, la producción soviética de acero no aumentó a un ritmo marcadamente mayor que durante la etapa más rápida de la industrialización rusa anterior a la Primera Guerra Mundial. Las tasas se aproximaban a las que alcanzaron otros países, y particularmente Japón, durante sus correspondientes etapas de industrialización acelerada.¹⁴ En términos más generales y fundándose sobre un análisis comparativo de mayor envergadura que abarca a aproximadamente una docena de países, durante el período 1780-1970, Kurowski alega que los sistemas sociopolíticos influyen relativamente poco sobre la aceleración de la producción de acero y hierro y que en esta aceleración se observa una pauta de uniformidad debida a la innovación técnica.¹⁵ Por supuesto, esta conclusión despertó la ira oficial, porque puso el dedo en el problema clave del pasado soviético.¹⁶

Pacificación imperial

Sin embargo, aunque el stalinismo haya implicado una tragedia innecesaria para el pueblo ruso y el ideal comunista, subsiste la inquietante posibilidad intelectual de que haya sido, como veremos, una bendición encubierta para el mundo en general. Por ser el país que poseía la masa territorial más vasta y rica, habitada por un pueblo flexible pero muy creativo, por ser portadora de una fuerte tradición imperial, por ser una sociedad experta en guerras y asuntos de estado, la URSS estaba destinada a emerger, con o sin Stalin, en la primera línea de las potencias mundiales, teniendo como única competidora a otra potencia continental: Estados Unidos. Por eso, dadas las tradiciones rusas y las ambiciones que estimula inevitablemente la disponibilidad del poder, es muy poco probable que la Rusia de la primera posguerra hubiera permanecido estancada durante mucho tiempo, atascada en la ciénaga de la ineficiencia.

De lo que se trata, entonces, es de preguntar qué clase de Rusia podría haber surgido en otras condiciones. La alternativa de una Rusia democrática, ya fuera liberal o socialista, no parece razonable. Habría exigido un salto inusitado de la autocracia a la democracia, sin un período intermedio de gestación democrática y ello en un marco de inmensa privación, dislocación y confusión sociales. Es difícil imaginar cómo la Rusia de la primera posguerra, desgarrada por la discordia nacional, los conflictos de clase, las corrientes ideológicas encontradas y la simple miseria física, podría haber implantado eficazmente un sistema democrático, cuando estos sistemas han fallado en países que tienen tradiciones democráticas mucho más sólidas

y que funcionan en un ámbito mucho más favorable al desarrollo democrático.

Dado el despertar político masivo del pueblo ruso, estimulado por la industrialización de las décadas precedentes, por los comienzos de la alfabetización y por las experiencias de la guerra, la única otra alternativa habría sido, aparentemente, la de un régimen dictatorial abiertamente chauvinista y vehementemente imperialista. Al ligarse a la expansión económica, las etapas parecidas del desarrollo político de otras grandes naciones —Alemania, Japón, Estados Unidos— desembocaron en el imperialismo agresivo y dinámico. El nacionalismo expansivo suministraba la base para la movilización popular y para una política exterior muy prepotente, incluso agresiva. Cuanto menos, Rusia, muy probablemente ayudada por las inversiones extranjeras (la inversión económica en estados que después se convirtieron en enemigos políticos fue típica de la era capitalista),¹⁷ gobernada por una dictadura modernizadora y chauvinista, podría haber sido escenario de un estallido de energía imperialista que también la habría convertido en una potencia mundial, quizá con un costo interno menor y en condiciones más amenazantes para el resto del mundo.

Vale la pena detenerse en este punto. Stalin consumó el matrimonio del marxismo-leninismo con el nacionalismo soviético, particularmente ruso. La creciente presión sobre las tradiciones estatales de la Gran Rusia, sobre las fronteras, sobre las aspiraciones nacionales, sobre la misión civilizadora rusa en relación con las naciones soviéticas no rusas, etcétera, marchó a la par de la transformación física del Partido Comunista soviético que, primitivamente dominado por un grupo bastante heterogéneo de intelectuales cosmopolitas e interna-

cionalistas de origen ruso, judío, polaco, báltico y caucasiano, cayó luego en manos, primordialmente, de campesinos rusos y hasta cierto punto ucranios, transformados en *apparatchiki*. Para estos hombres el sistema político soviético representaba, simultáneamente, la fuente de su propio progreso social y de su poder político. Su lealtad al sistema no se diferenciaba de la que muchos sacerdotes campesinos (por lo general hijos menores, para los que no quedaba tierra) de las sociedades tradicionales tributaban a la Iglesia Católica: era más institucional que intelectual. La ideología suministraba la perspectiva integradora, intelectual, pero no era la fuente principal de motivación y dedicación, como había sido para la intelectualidad internacionalista de la primera época.

Por tanto, la nueva élite soviética tendió a ser conservadora y nacionalista, aunque sus miembros se creyeran sinceramente los defensores de una ideología internacionalista. Así, podían actuar en una forma esencialmente dictada por sus propios intereses y considerarse, a pesar de ello, internacionalistas auténticos. El famoso aforismo de Stalin, en virtud del cual la piedra de toque de un verdadero internacionalista es su lealtad a la Unión Soviética, se convirtió en el medio ideal para resolver el conflicto entre el nacionalismo soviético y el internacionalismo comunista. No es extraño que en 1968 Brezhnev resucitara el aforismo para explicar la ocupación de Checoslovaquia.

El efecto acumulado de esta situación ha consistido en una pauta de motivaciones y conductas diversas, dominadas desde la época de Stalin por razones de Estado que a menudo explotaban cínicamente la ética universalista del marxismo. Pero también hubo que cuidar que este último siguiese vivo, aunque sólo fuese porque movilizaba la simpatía

extranjera para con la Unión Soviética y porque atrapaba el idealismo de la juventud soviética, facilitando los esfuerzos del régimen por reclutar adherentes. Aunque la Unión Soviética ha explotado a sus vasallos de Europa Oriental, y aunque su ayuda financiera y técnica a China no estuvo desprovista de interés político, el pueblo soviético cree realmente (y así se lo dice entre dientes, de vez en cuando, a los visitantes extranjeros) que su país ha ayudado a Europa Oriental y China, cumpliendo con su deber de solidaridad comunista.

Más aún, la violencia interna que empleó Stalin y el efecto educacional de la ideología comunista —aunque inicialmente las masas no la aceptaran— sirvieron para contener el nacionalismo desbocado. Al principio, el terror stalinista y los cambios de tipo social desconcertaron y a menudo alejaron al pueblo. Fue inevitable que la matanza sin precedentes de los líderes políticos, económicos, militares e intelectuales soviéticos de primera línea, que se registró en 1936-1938, redujera la vitalidad de la sociedad soviética. Durante esos años murieron, literalmente, varios centenares de miles de los ciudadanos más talentosos y capacitados. Además, el principio del internacionalismo, aunque violado con frecuencia en la práctica, frenó la tendencia hacia el nacionalismo de la Gran Rusia, aunque sólo fuera porque le impuso una conducta más encubierta. En lo interno, este principio ayudó a conservar las nacionalidades no rusas, a pesar de que Stalin purgó a sus intelectuales. En lo internacional, contribuyó a forjar en los líderes soviéticos un estado de ánimo opuesto a la anexión de Polonia, Finlandia y quizás incluso otros estados de Europa Oriental (hubo un momento en el que los mismos yugoslavos pidieron incorporarse a la Unión Soviética y algunos eslovacos comunistas, incluido Gustav Husak, postularon la anexión de Eslovaquia). A los dirigentes

rusos tradicionalmente nacionalistas y paneslavistas les habría resultado difícil vencer esta tentación.

En consecuencia, paradójicamente, aunque el nacionalismo de las masas reforzó con frecuencia la ideología soviética y quizás incluso la dominó cada vez más (sobre todo a partir de la Segunda Guerra Mundial), es posible que la función histórica del comunismo stalinista haya sido la de frenar y replantear una etapa en la que el pueblo ruso pasó por un intenso despertar nacionalista y aun imperialista. Obligó a ese nuevo nacionalismo de masas a rendir pleitesía, aunque sólo fuera formalmente, a la cooperación internacional, a la igualdad de todos los pueblos y al rechazo del nazismo. El marxismo no sólo le suministró a Rusia una doctrina revolucionaria global, sino que le inculcó una perspectiva universal derivada de inquietudes éticas no muy distintas de aquellas que las tradiciones religiosas y liberales habían estimulado en Occidente.

No obstante sus logros colosales, el stalinismo desgastó los recursos humanos y emocionales de los rusos y por tanto es posible que la Rusia poststalinista ingrese eventualmente en la comunidad mundial como otra potencia agotada, postimperial. Por último, al crear un modelo de comunismo particularmente despótico y al insistir en la necesidad de que todos los otros partidos comunistas lo acataran, Stalin no sólo puso en marcha el proceso de fragmentación del comunismo sino que también empañó gran parte de su atractivo en una época en que la susceptibilidad del Occidente más avanzado —el área que Marx había considerado originariamente más madura para la transformación histórica— podría haber convertido al comunismo en la fuerza auténticamente hegemónica y vital de nuestra época.

¹ La descripción más detallada figura en Robert Conquest: *The Great Terror*. Nueva York, 1968. El autor llega a la conclusión de que entre 1936 y 1938 fueron ejecutadas aproximadamente un millón de personas (pág. 529), y de que otros dos millones murieron durante esos años en los campos de trabajo (pág. 532), a lo que se debe agregar que por lo menos tres millones y medio murieron durante la colectivización (pág. 533). Según mis propios cálculos, sobre los 2.400.000 miembros del partido gobernante, no menos de 850.000 fueron purgados sólo en 1937-1938. Véase *The Permanent Purge*. Cambridge, Massachusetts, 1956, págs. 98-110. Hay que señalar que otros autores han dado cifras más altas.

² Para datos sobre el carácter de Stalin, véanse Milovan Djilas: *Conversations with Stalin*. Nueva York, 1962. [Hay versión castellana: *Conversaciones con Stalin*. Barcelona. Seix Barral]; y Svetlana Allilúieva: *Twenty Letters to a Friend*. Nueva York, 1967.

³ Véanse Leonard Schapiro: *The Origin of Communist Autocracy*, Londres, 1956; e Isaac Deutscher: *The Prophet Outcast*. Londres, 1963.

⁴ La teoría stalinista según la cual la lucha de clases se intensifica a medida que se acelera el progreso hacia el socialismo, teoría que choca con la idea de que la lucha de clases es producto de la existencia de clases hostiles, pero que justifica el creciente terror policial, se acomodaba funcionalmente a las necesidades de la política y el poder de Stalin.

⁵ León Smolinski: "Grinevetskii and Soviet Industrialization", *Survey*, abril de 1968, pág. 101. Véase también el comentario crítico de Alec Nove sobre el análisis de Smolinski y la respuesta de éste en *Survey*, invierno-primavera de 1969.

⁶ Smolinski, *op. cit.*, pág. 109.

⁷ Deutscher, *op. cit.*, págs. 100-115.

⁸ Los economistas discuten si la colectivización aceleró la industrialización. Sin embargo, no hay duda de que su carácter extraordinariamente brutal precipitó una rápida disminución de los recursos agrícolas que podrían haber engrosado la inversión. "El producto bruto de la agricultura cayó de 124 en 1928 (1913: 100) a 101 en 1933, y era de sólo 109 en 1936, en tanto que el de la ganadería cayó de 137 en 1928 a 65 y luego aumentó lentamente hasta llegar a 96 en 1936. Durante toda la década de 1930 las cosechas de granos no superaron el nivel anterior a 1913

o estuvieron un poco por debajo de él." Véase Deutscher, *op. cit.*, Londres, 1936, pág. 99. Al analizar la reciente reconsideración soviética de este período, un experto en agricultura soviética llegó a la siguiente conclusión: "Con mayores reservas de granos y divisas y con la existencia de un sector socializado más eficiente, el gobierno habría tenido un margen de maniobra considerablemente mayor. Todo el edificio del programa de industrialización no se habría derrumbado forzosamente y habría sido posible evitar la disminución catastrófica de la riqueza ganadera, la necesidad de destinar grandes sumas de un capital que escaseaba a la sola empresa de reponer la fuerza de tracción perdida, y el encauzamiento del escasísimo talento administrativo hacia el aparato de control y compulsión.

"El economista como tal no está en condiciones de decir si el gobierno soviético habría podido conservar el poder sin la colectivización masiva de los años 1929-1930, pero sí tiene derecho a pensar que un gobierno soviético no stalinista habría tenido muchas probabilidades de lograrlo." Véase J. F. Karcz: "Thoughts on the Grain Problem", *Soviet Studies*, abril de 1967, págs. 429-430. Por tanto, aunque la parte comerciable de la agricultura podría haber sido menor (o no) en un marco no colectivizado, es razonablemente seguro suponer que incluso una parte menor de una producción total mayor habría implicado una provisión mayor en términos absolutos.

⁹ Rostow, *op. cit.*, pág. 66.

¹⁰ *Ibid.*, pág. 95. Véanse también págs. 96-97 con tablas detalladas de Warren Nutter, en las cuales se compara el atraso persistente de determinadas áreas de la producción industrial rusa con la producción norteamericana. En áreas como la del acero, el carbón, el petróleo y la electricidad la tasa general norteamericana ha sido un poco más alta, en tanto que en la industria liviana y el transporte las producciones norteamericanas han sido espectacularmente mayores.

¹¹ Black: "Soviet Society: A Comparative View", *Prospects for Soviet Society*, págs. 42-43.

¹² *Ibid.*, págs. 40-42, suministra una útil síntesis de sus comprobaciones y de la base sobre la que llega a las conclusiones.

¹³ Los logros soviéticos en materia espacial y bélica, y los que se miden por la magnitud de su crecimiento industrial global, han sido admirables. Además, la Unión Soviética ha dado pasos notables en materia de educación, cultura masiva y servicios sociales, y ha creado una base científica sólida y amplia para el desarrollo futuro del país. Así, pasó a ocupar el primer lugar entre las naciones de-

sarrolladas por el número de médicos por cada cien habitantes, y suministró los mayores beneficios anuales per cápita en el rubro de la seguridad social. Véase Statistical Office of the European Communities: *Basic Statistics*. Bruselas, 1967, págs. 131, 153.

Al mismo tiempo, es útil recordar que en muchos sentidos la Unión Soviética es una sociedad relativamente desprovista de rasgos sobresalientes desde el punto de vista del desarrollo socioeconómico. El estudio ya citado de Black contiene clasificaciones útiles de la Unión Soviética en relación con otros estados en campos como los de la educación (en el grupo de edad de 5-19 años la Unión Soviética ocupaba el 39º lugar entre los 124 países acerca de los que existía información en 1960), las comunicaciones (en 1960 la Unión Soviética ocupaba el 36º lugar en materia de distribución de diarios per cápita, entre 125 países), la salud pública (la Unión Soviética ocupaba el 13º lugar entre 79 países en materia de expectativa de vida), y así sucesivamente.

En el contexto de indicadores de modernidad tales como la existencia de comunicaciones aéreas, radios, teléfonos, automóviles, carreteras o computadoras, la Unión Soviética ocupaba una vez más los niveles más bajos entre los países más desarrollados. Por ejemplo, comparada con los 21 países más desarrollados (incluidas las naciones de la Comunidad Económica Europea y de la Asociación Europea de Libre Comercio, Grecia, Turquía, Finlandia, España, Estados Unidos, Canadá y Japón), la Unión Soviética ocupaba el 20º lugar por el número de teléfonos, el 7º por el de receptores de radio, y el 20º por el de vehículos automotores de transporte de pasajeros.

El atraso soviético en campos tan complejos como el de las computadoras es también sorprendente. Así, se ha estimado que hacia 1968 los Estados Unidos tenían aproximadamente 50.000 a 70.000 computadoras en uso, de las cuales (según Paul Armor: "Computer Aspects of Technological Change, Automation, and Economic Progress" en *Technology and the American Economy*, Washington, D.C., 1966, págs. 220 a 223) sólo el 10 por ciento eran utilizadas en el Departamento de Defensa, AEC y NASA; las cifras correspondientes de la Unión Soviética para los servicios que no son militares estaban alrededor de 2000 y 3500, es decir, el mismo número aproximadamente de las que funcionaban en Japón o Alemania Occidental, o el Reino Unido, respectivamente (véanse los datos totales en Richard V. Burks: *Technological Innovation and Political Change in Communist Eastern Europe*, Memorandum RAND, Santa Mónica, Calif., agosto de 1969, págs. 8 y 9). Para un estudio

más completo de los problemas actuales de innovación en la Unión Soviética, véanse las págs. 244 a 249 de este libro.

¹⁴ Proyectando índices fundados sobre los de 1870, Kurowski muestra que entre 1914 y 1920 la producción de acero de Rusia había aumentado a 11 millones de toneladas. En 1929 la producción de acero soviético sólo había llegado al nivel de 1914, y hacia 1935, después del Primer Plan Quinquenal de Stalin y en 6 años equivalentes a los comprendidos entre 1914 y 1920, llegó a 12.600.000 toneladas. Véase Stefan Kurowski: *Historyczny Proces Wzrostu Gospodarczego*. Varsovia, 1963, págs. 132-133. Además, Kurowski compara en forma muy detallada las tasas de crecimiento soviética y japonesa correspondientes a los períodos 1928-1940 y 1950-1962. Una vez más demuestra que existe una notable regularidad en las tasas de crecimiento. Véanse págs. 134, 138 y 175.

¹⁵ Véase el interesante cuadro acumulativo en Stefan Kurowski, *op. cit.*, pág. 335.

¹⁶ Véanse *Trybuna Ludu*, 8 de julio de 1963, y *Nowe Drogi*, nº 8, 1963.

¹⁷ En Antony C. Sutton: *Western Technology and Soviet Economic Development, 1917-1930*. Stanford, California, 1968, se encontrarán pruebas notables de la participación occidental en la primera etapa del desarrollo económico soviético. Allí se afirma que "el desarrollo económico soviético de 1917-1930 dependió esencialmente de la ayuda tecnológica occidental" (pág. 283) y que "por lo menos el 95 por ciento de la estructura industrial recibió esta asistencia" (pág. 348).

X

LA BUROCRATIZACION DEL HASTIO

El Partido Comunista de la Unión Soviética tiene un logro singular en su haber: ha conseguido transformar la doctrina revolucionaria más importante de nuestra era en una aburrida ortodoxia social y política. Esta ortodoxia es revolucionaria en el plano retórico pero conservadora en el plano práctico. Algunos ciudadanos soviéticos piensan que el sistema político, muy centralizado pero detenido en su desarrollo, es cada vez más ajeno a las necesidades de su sociedad y está congelado en una postura ideológica concebida para enfrentar una época totalmente distinta. La sociedad soviética, en la que los elementos del modernismo urbano se combinan con el atraso rural en gran escala, ya no experimenta cambios rápidos, revolucionarios, capaces de movilizar el *élan* juvenil. Por el contrario, parece propensa a conformarse con competir con las pautas de consumo más refinadas del Occidente capitalista.

En semejantes circunstancias, es cada vez más difícil justificar, desde el punto de vista ideológico, la legitimidad histórica y la utilidad social de la subordinación continua de la sociedad soviética a un sistema político que corporiza doctrinas cada vez más estériles del siglo XIX. En verdad, la ironía

última consiste en que el sistema político soviético, que introdujo a Rusia en la era industrial intermedia, se ha convertido en el principal obstáculo para la posterior evolución del país. Mantiene embretada a Rusia en un molde que desde el punto de vista social es industrial-burgués y desde el punto de vista político es dogmático-autoritario. Para que la URSS se transforme en una sociedad realmente moderna, será necesario modificar las hipótesis y la estructura básicas de las formas políticas creadas con el fin de imponer la industrialización. Para enfrentar los problemas muy personalizados y de gran envergadura social que son propios de la era tecnocrática, también es necesaria una visión del futuro más pertinente que la que suministra la ideología oficial.

La relación innovadora

Hubo un momento en el que el sistema político soviético mantuvo una relación revolucionaria con la sociedad. Una vez consolidado, y posteriormente subordinado a la voluntad de un hombre, el sistema político le impuso a la sociedad un proceso de transformación radical, para lo cual combinó la modernización (primordialmente mediante la industrialización intensiva y la educación de masas) con instituciones y relaciones sociales novedosas, de origen ideológico. En efecto, la función del sistema político dentro de la sociedad soviética se asemeja a lo que Marx describió como el papel primordial del capitalista en la historia: "Fanáticamente consagrado a expandir el valor, obliga despiadadamente a la raza humana a producir por la producción misma. Así estimula el desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad y crea las únicas condiciones materiales que pueden consti-

tuir la auténtica base de una forma superior de sociedad, una sociedad en la cual el principio rector es el cabal y libre desarrollo de cada individuo.”

El cambio revolucionario interno satisfizo las necesidades ideológicas de la élite gobernante sin lanzarla a ésta a empresas revolucionarias internacionales que podrían haber puesto en peligro su poder. La nueva élite gobernante temía que el celo ideológico prematuro le resultara fatal, a pesar de lo cual tenía, también, compulsiones ideológicas. El socialismo en un país —la famosa respuesta de Stalin a la revolución permanente de Trotsky— fue un golpe brillante, porque amalgamó las genuinas aspiraciones ideológicas de los revolucionarios fanáticos con su gusto recién adquirido por los cargos. La consigna del socialismo en un país permitía que los nuevos gobernantes conservaran su fariseísmo ideológico y sus puestos.

Básicamente, el nuevo concepto del “socialismo en un solo país” fijó un papel específico, innovador, para el sistema político en relación con la sociedad. El sistema político se convirtió en la fuente principal de dinamismo para el cambio social, que estipulaba metas y definía prioridades. Sin embargo, cuando la sociedad tomó la forma deseada y empezó a reflejar las aspiraciones oficiales de los dirigentes políticos, que en el ínterin se habían convertido en funcionarios burocráticos, el ímpetu del cambio social empezó a extinguirse.

A fines de 1952 Stalin insinuó que a su juicio todavía era necesaria una mayor transformación social de inspiración ideológica, controlada políticamente. Luego Jruschov se esforzó en varias oportunidades por infundir un nuevo contenido programático a la relación entre el sistema político y la sociedad. En un momento determinado, sugirió que se ejecutara una reconstrucción espectacular del campo soviético para trasformarlo en las lla-

madras “ciudades agrícolas”. Más tarde trató de enunciar nuevas metas ideológicas vinculadas con la transición última de la sociedad soviética del socialismo al comunismo. Cuando esta tentativa de innovación social, formulada por los ideólogos en el nuevo programa partidario que se aprobó en 1961, resultó ser poco más que una lista de ventajas materiales adicionales de las que el pueblo soviético disfrutaría hacia los años 1980, Jruschov volvió la atención hacia el partido y empezó a acariciar la idea de replantear su papel. En 1962 promovió una reforma drástica que en la práctica dividió al partido en dos organismos distintos, uno dedicado a los asuntos agrícolas y el otro a los problemas industriales. Según explicó él mismo: “La línea de producción es lo más importante... En la construcción comunista lo más importante es la economía, la producción, la lucha por la creación de bienes materiales y espirituales para la vida del hombre.”¹

Aunque la reforma de Jruschov corrió el riesgo de transformar el partido en dos jerarquías independientes, de orientación esencialmente gerencial (y por esta razón los sucesores de Jruschov la derogaron de inmediato después de expulsarlo, en 1964), implicó, también, el reconocimiento de que la relación entre el sistema político y la sociedad encerraba una disfunción, de que si el sistema político ya no enunciaba objetivos ideológicos nuevos y grandiosos para la sociedad, entonces era necesario reformar dicho sistema para adecuarlo a las exigencias más rutinarias y funcionales de la sociedad soviética, que ya había adquirido los elementos técnicos e industriales para su posterior desarrollo estable. Jruschov intuyó que el partido andaba en busca de un nuevo papel y se manifestó dispuesto a introducir las reformas necesarias.

Ortodoxia defensiva

Los sucesores de Jruschov rechazaron su criterio y optaron, en cambio, por realizar ajustes relativamente secundarios —sobre todo en la planificación y el control de la economía— al mismo tiempo que volvían a subrayar la necesidad imperativa de salvaguardar la ortodoxia ideológica y de practicar un adoctrinamiento más vigoroso. Bajo el régimen posjruschoviano no se han postulado nuevas metas ideológicas ni se han introducido reformas importantes en la estructura política. Como consecuencia de ello, las opiniones oficiales sobre el estado de la sociedad soviética, los asuntos internacionales, los problemas del futuro y la naturaleza del comunismo contemporáneo son llamativamente indiferentes a los nuevos problemas que acosan al hombre, sea en el ámbito de su condición personal o como miembro de la nascente comunidad global. Los problemas difíciles se barren, sencillamente, para ocultarlos debajo de la alfombra ideológica.

En el frente doméstico, la idea oficial predominante ha sido la de que la Unión Soviética ha completado la construcción socialista y está poniendo los cimientos de la sociedad comunista, en tanto que los problemas actuales son esencialmente de tipo práctico y resultan necesarios para aumentar la eficiencia de un sistema cuyos postulados básicos y cuya organización pasan por ser, siempre desde el punto de vista oficial, los más avanzados y justos del mundo. El atraso que se observa en el desarrollo socioeconómico de algunas áreas de la vida soviética se atribuye ya sea a los estragos de la Segunda Guerra Mundial o a las fallas del régimen prerrevolucionario. Se desechan los escritos de los pensadores marxistas revisionistas sobre los problemas de la alienación personal en las sociedades

urbanas avanzadas —para no hablar del antisemitismo en una sociedad socialista— y se los cataloga como inapropiados para las condiciones soviéticas o como calumnias malintencionadas. Se dice que en la Unión Soviética no hay problemas generacionales y sólo recientemente se ha discutido la criminalidad urbana como un fenómeno con derecho propio y no sólo como un legado de la era prerrevolucionaria.

Estos criterios se han articulado en el contexto de mayores esfuerzos encaminados a consolidar y expandir la educación ideológica (compensando así parcialmente el descrédito de la coacción como método clave para integrar a la sociedad soviética con el sistema político). Aunque se ha ampliado la envergadura social de estos esfuerzos, en los últimos años se admite francamente que se ha puesto especial atención en la nueva comunidad científica: “El partido y el pueblo desean ver a los científicos no sólo como creadores y organizadores del progreso científico-técnico, sino también como políticos, como luchadores activos en la causa del comunismo.”² Además, ha habido testimonios de preocupación oficial por la presunta indiferencia ideológica de los científicos y, lo que es aún peor, por la tendencia de estos círculos a considerar que los tecnócratas son los dirigentes naturales de la sociedad moderna.³ Se les ha advertido reiteradamente a los científicos (y las advertencias mismas revelan cuál es la actitud de los científicos soviéticos) que no deben verse a sí mismos como “humanistas de una superclase” y que en cambio deben identificarse estrechamente con la lucha de clases y con el pueblo.⁴

El problema del “humanismo” parece haber sido particularmente urticante. El humanismo, como tema central del marxismo, puede convertirse en el punto de partida de la crítica al stalinismo y al

actual sistema soviético. Más aún, la capacidad potencial de deshumanización que encierra la ciencia moderna ha determinado que sea cada vez más urgente definir lo que es el humanismo en el mundo contemporáneo. La opinión oficial, enunciada categóricamente en una serie de extensos artículos publicados en las revistas ideológicas clave, es inequívoca: "El socialismo es profundamente humanista porque elimina la explotación del hombre por el hombre." En consecuencia, "también es humanista cuando levanta el edificio de una nueva sociedad al precio de sacrificios extraordinarios, en el curso de la lucha tenaz contra lo viejo. También es humanista cuando ya se han creado las condiciones para el pleno desarrollo del individuo pero la sociedad sigue obligada a controlar las actividades de una persona y su disciplina de trabajo y cuando, dentro del marco de toda la sociedad y en interés de ella y de la educación comunista de un individuo determinado, no permite que la gente con un sentido insuficiente de la responsabilidad viole las normas de la comunidad socialista, cuando elimina la oposición de las fuerzas antisocialistas, etcétera."⁵ Este argumento ha sido apuntalado por la afirmación de que "lo que se da en llamar los 'valores eternos': libertad, democracia, humanismo, dignidad individual... son un arma que la burguesía emplea para descarriar y engañar a las masas",⁶ y de que el problema del stalinismo es, en esencia, intrascendente.⁷

Estos juicios han sido formulados en el contexto de un énfasis mayor sobre el argumento de que para obtener un conocimiento cabal de la realidad contemporánea es absolutamente esencial contar con una perspectiva ideológica de dicha realidad, en tanto que el comunismo científico —tal como lo definen los dirigentes soviéticos— suministra la única perspectiva válida. Aunque este último pos-

tulado no es nuevo, lo novedoso es el empeño con que se lo ha asociado, en las publicaciones académicas más prestigiosas de la URSS, así como en los medios masivos, con el ataque a las teorías occidentales sobre la erosión ideológica, sobre la aparición de un tipo general de sociedad industrial, y sobre la ubicuidad de las nuevas élites políticas burocráticas en todos los sistemas desarrollados. Los críticos soviéticos han dejado muy en claro que desde su punto de vista estas teorías son no sólo científicamente falsas sino también políticamente perjudiciales, y que es probable que hayan sido urdidas con deliberación para socavar el comunismo.

Los estudiosos soviéticos han rechazado con particular vigor la teoría de la "convergencia" de los sistemas soviético y occidental, este último representado, especialmente, por el norteamericano. A juicio de los soviéticos, los pensadores occidentales, que se detuvieron superficialmente en los rasgos exteriores de la sociedad industrial moderna, sin profundizar en el problema de su esencia sociopolítica, han subestimado el elemento crucial y distintivo del sistema soviético: la hegemonía del Partido Comunista como expresión de la dictadura del proletariado. Aunque algunas de las críticas soviéticas no están erradas (en ciertas teorías occidentales sobre la convergencia aflora un toque curioso de determinismo neomarxista), llama la atención que se hayan hecho tantos esfuerzos intelectuales para ratificar y probar la naturaleza peculiar del sistema comunista. Esto revela una vez más la importancia que se le confiere a la idea de que el pasado soviético está ligado a un futuro totalmente característico que no forma parte del cauce más vasto por donde transita la evolución política del hombre.⁹ Así es posible argumentar, también, que el sistema soviético es inmune a los dilemas que acosan al hombre contemporáneo en el resto del

mundo, y los comunistas soviéticos se libran de la responsabilidad de entablar un diálogo con otras ideologías acerca de estos dilemas.

La definición oficial soviética sobre los problemas extranjeros se caracteriza por la misma inflexibilidad intelectual. No se trata de que los dirigentes y la élite soviéticos estén mal informados o ignoren los hechos y acontecimientos básicos. Es indudable que la calidad de la información soviética, abierta y encubierta, sobre cuestiones internacionales ha mejorado considerablemente y que la deformación de los hechos, destinada a satisfacer las preferencias ideológicas previstas, ha disminuido. Las revistas académicas soviéticas sobre Africa o Asia, los análisis soviéticos sobre el Mercado Común o los esfuerzos soviéticos por elaborar estudios sistemáticos acerca de Estados Unidos, trascienden las fórmulas puramente ideológicas y reflejan la importancia que se le atribuye a la comprensión más plena de los sucesos regionales. Algunas publicaciones académicas soviéticas sobre cuestiones internacionales (por ejemplo, *Mirovaia Ekonomika i Mejdunarodnie Otnoshenia*) pueden competir con sus mejores gemelas occidentales desde el punto de vista de la información sistemática, la documentación y el rigor científico. Para la elaboración de la política se consulta, aparentemente con más frecuencia, a institutos de estudios especializados tales como el Instituto de Economía Mundial y Asuntos Internacionales e indudablemente esto contribuye a que el proceso de toma de decisiones sea más afinado.

A pesar de esto, la concepción soviética del marco general de la realidad contemporánea, tal como lo formulan los altos dirigentes y tal como se refleja incluso en las publicaciones académicas, sigue siendo fundamentalmente dogmática. La premisa básica continúa siendo la idea maniqueísta de la dicotomía antagónica entre los mundos socialista

y capitalista (o entre el bien y el mal). Aunque ya no se dice que la guerra entre los dos mundos es "fatalmente inevitable" y aunque el poder destructivo de las armas nucleares dicta la necesidad de practicar la coexistencia pacífica —en verdad, a veces otras consideraciones (por ejemplo, el conflicto chino-soviético) hacen que incluso sea tácticamente deseable una cooperación más estrecha— se sigue diciendo que la realidad subyacente de nuestra época consiste en la competencia entre los dos sistemas: "Hoy, dos sistemas socioeconómicos antagónicos se enfrentan en una lucha de magnitud y violencia sin precedentes que afecta la vida de la sociedad humana en todos sus aspectos. Los antagonistas son el capitalismo y el socialismo."¹⁰ A la larga deberá triunfar uno de los dos¹¹ y los analistas soviéticos creen saber cuál será el vencedor. Este estribillo enhebra todos los discursos importantes, los análisis de la política exterior y los comentarios académicos sobre cuestiones internacionales.

Sería erróneo desechar todo lo precedente como un simple acto ritual de acatamiento a la doctrina o interpretarlo como un síntoma de militancia fanática e implacable. Su importancia reside en la influencia del marco ideológico sobre los juicios políticos más inmediatos y por lo demás bien informados. El marco ideológico, si bien dista mucho de impulsar a los dirigentes soviéticos a la militancia de corto plazo, les impide ver el acomodamiento y la estabilidad como fines en sí mismos, porque ello equivaldría a negar la concepción comunista de la historia como un proceso fluido y dialéctico. En consecuencia, un análisis oficial soviético de los problemas abordados en los dos primeros capítulos de este libro dice lo siguiente: "La era actual está dominada por la aparición del sistema socialista mundial. Su surgimiento es una

fuerza de cambio decisiva, que no sólo acelera el ritmo de la revolución socialista sino que también disuade exitosamente a los imperialistas de tomar contramedidas. Por tanto la guerra ya no es inevitable y resulta posible la competencia pacífica entre los dos sistemas y sobre todo entre la URSS y Estados Unidos. Sin embargo, el desenlace eventual de esta competencia está escrito, dada la superioridad histórica intrínseca del sistema comunista. En el interin debe buscarse la cooperación más activa en muchas áreas ya sea para evitar la guerra o para promover el desarrollo económico y social del Tercer Mundo. En ciertos lugares ya existen las condiciones previas para la transición pacífica al socialismo; en algunos de los países menos desarrollados será necesaria una revolución violenta, pero sería un error táctico precipitarla demasiado pronto (como quieren los maoístas o los castristas)."

Más aún, autorizados analistas soviéticos argumentan que han descubierto síntomas de que en los países capitalistas más avanzados se está agudizando la crisis. "Ahora las crisis políticas se producen con más frecuencia que, digamos, hace diez o veinte años y ya no se registran sólo en la 'periferia' sino en los centros principales del imperialismo. Las crisis sociopolíticas de los estados capitalistas se están expandiendo en medio de una crisis financiera exacerbada y del deterioro de la situación económica general del campo imperialista."¹² Se dice que un factor nuevo e importante es el creciente radicalismo de los intelectuales de Occidente, la mayoría de los cuales, a diferencia de los de la época anterior a la Segunda Guerra Mundial, se están "convirtiendo en una fuerza progresista más activa". A juicio de los soviéticos, esto augura la intensificación de la crisis interna del mundo capitalista avanzado, lo cual es más importante que

los cambios o incluso las conmociones revolucionarias que puedan producirse en el Tercer Mundo.

De modo que la ecuación decisiva sigue siendo la competencia entre Estados Unidos y la Unión Soviética. Como consecuencia de ello, el problema práctico crucial, al margen de las consideraciones tácticas inmediatas, no consiste en discernir si una determinada política favorecerá la causa del comunismo mundial sino en descubrir cómo influirá sobre el equilibrio soviético-norteamericano: ¿En favor de la Unión Soviética o contra ella? Los artífices de la política soviética no encuentran ninguna contradicción entre los intereses soviéticos y los del movimiento internacional, y por tanto no tienen reservas ideológicas cuando se trata de ayudar a elementos antinorteamericanos ideológicamente ajenos al comunismo o de transar con Estados Unidos respecto de determinadas cuestiones. Esta estrecha identificación subjetiva entre los intereses estatales puramente soviéticos y la causa ideológica, así como la flexibilidad táctica resultante que apunta exclusivamente a los fines, hacen que sea imposible decir, con criterio simplista, si los soviéticos son obsesivos o cínicos en materia ideológica.

Respecto del enfrentamiento ideológico, los dirigentes soviéticos han aventurado la opinión de que "la etapa contemporánea del desarrollo histórico se distingue por la marcada agudización de la lucha ideológica entre el capitalismo y el socialismo". El Comité Central soviético enunció formalmente esta conclusión en abril de 1968.¹³ La siguió el desarrollo sistemático de la tesis de que el mundo asiste "al papel creciente de la ideología" y de que la competencia ideológica se está intensificando en el campo de los problemas internacionales. La invasión soviética de Checoslovaquia, en agosto de 1968, dio origen a lucubraciones particularmente largas

sobre este tema. Se arguyó en forma explícita que el cambio interno checoslovaco había sido instigado por la política occidental de "intervención pacífica", cuyo objetivo final consistía en transformar el comunismo en una socialdemocracia. Los autores soviéticos definieron esta política como la nueva estrategia occidental de la "contrarrevolución pacífica".¹⁴

El énfasis puesto en el enfrentamiento continuo entre los dos sistemas ideológicos antagónicos y por tanto en la idea de que la realidad contemporánea se puede entender en términos de esta dicotomía, está íntimamente asociado con la definición que la Unión Soviética postula tanto de su propio papel en el comunismo internacional como del comunismo contemporáneo en sí mismo. No obstante los cambios inmensos que se registraron en el comunismo internacional como consecuencia de la disputa chino-soviética, de la declinación de la autoridad soviética y de la desmoralización que produjo la invasión de un estado comunista a otro, los dirigentes soviéticos siguen defendiendo el concepto ortodoxo del movimiento único encabezado, todavía, por Moscú. Por consiguiente, siguen exigiendo que se celebren "conferencias unitarias", con la asistencia del mayor número posible de partidos comunistas, aunque los resultados atenten a menudo contra la unidad. También ratifican la interpretación dogmática de la ideología y por ello están necesariamente obligados a excomulgar a los disidentes.¹⁵

El resultado ha sido no sólo la reiterada condena de los revisionistas o los comunistas chinos sino también la creciente incapacidad intelectual para incorporar a la doctrina sea la nueva práctica revolucionaria o la evolución progresiva del comunismo en el poder. Es sintomática la actitud soviética respecto de la rebelión de la juventud occidental. Apenas quedó en claro que estos jó-

venes no estaban dispuestos a aceptar el liderazgo comunista tradicional y que sus ideólogos criticaban la burocracia soviética, la urss asumió una actitud vehementemente hostil. Atacó con gran vigor a Marcuse, acusándolo de haber exagerado el papel de los jóvenes e intelectuales a expensas de la concepción clásica acerca de la revolución de la clase obrera.¹⁶ En efecto, los teóricos soviéticos se negaron a analizar seriamente las consecuencias potencialmente revolucionarias de la insurgencia estudiantil en el mundo desarrollado.

Asimismo, cuando la revolución castrista se orientó, en América latina, hacia la acción guerrillera directa, los partidos comunistas tradicionales, pro-soviéticos, formularon objeciones que contaron con el apoyo de Moscú. También en este caso, la preferencia se orientó hacia el modelo revolucionario probado, de base urbana, dirigido por el partido, y proletario. Cuando los dirigentes políticos checoslovacos empezaron a sugerir que el leninismo, producto de condiciones específicamente rusas, quizá ya no era el modelo ideal para la evolución ulterior del comunismo checoslovaco, los soviéticos reaccionaron acusándolos de desviacionismo. Así, no obstante la proliferación de declaraciones sobre la multiplicidad de los caminos que conducen al socialismo, el partido soviético ha seguido atado a la concepción del universalismo dogmático, que sólo es universal en la medida en que considera que la experiencia soviética tiene una pertinencia fundamentalmente universal.

Perspectiva para el mañana

Esta rigidez condiciona y restringe el pensamiento soviético sobre el futuro. La futurología está de moda y se ha popularizado en Occidente. Sus

estudios implican esfuerzos sistemáticos por asociar las proyecciones tecnológicas con los pronósticos sociales, así como con discusiones normativas más críticas. Las ramificaciones filosóficas de los descubrimientos científicos y sobre todo de los que guardan relación con el ser humano, se han convertido en el tema central de un diálogo particularmente vivo. Las implicaciones políticas de la tecnología también han atraído la atención de los estudiosos e incluso, cada vez más, la de los dirigentes políticos. Puesto que el pensamiento marxista apunta al futuro, habría sido lógico esperar que la Unión Soviética estuviera a la vanguardia de estas investigaciones y análisis. Semejante expectativa sólo se ha justificado en parte.

Las decisiones de alto nivel aprobadas en el xxiii Congreso del Partido estimularon los esfuerzos sistemáticos de los soviéticos por estudiar el futuro. A continuación, en varios institutos soviéticos se crearon grupos de estudio especiales, consagrados a este fin, por ejemplo, el grupo de Pronósticos Sociales y Tecnológicos de la Academia Soviética. Además, se integraron muchos grupos informales para reunir a estudiosos e intelectuales soviéticos. En 1966 se fundó una publicación anual especial totalmente dedicada al futuro de la ciencia y sus primeros números incluyeron trabajos de estudiosos soviéticos y no soviéticos.¹⁷ Los especialistas rusos también establecieron contactos útiles con grupos de estudio y publicaciones similares de Occidente incluido Estados Unidos.

Los estudiosos soviéticos realizaron trabajos importantes, sobre todo en el área del pronóstico tecnológico-económico. Por ejemplo, en 1964, la revista filosófica soviética, *Voprosi Filosofii*, empezó a publicar una serie de artículos sobre el tema de "La revolución científico-tecnológica y sus conse-

cuencias sociales". En general, estos artículos han abordado con seriedad y a menudo con derroche de información, temas tales como la metodología del pronóstico, los problemas de organización de la ciencia en el contexto de la explosión científica, el papel de la cibernética, el análisis comparativo del desarrollo científico y las proyecciones para Estados Unidos y la Unión Soviética, para no hablar de prognosis económicas y tecnológicas sobre problemas específicamente soviéticos.¹⁸

Por el contrario, llama la atención la escasez de estudios políticos, ideológicos o filosóficos dedicados a las interacciones con los cambios tecnológico-económicos. Es indudable que los intelectuales soviéticos tienen conciencia de la relación inevitable que existe entre unos y otros,¹⁹ pero los materiales soviéticos publicados se circunscriben primordialmente a la evaluación crítica de la bibliografía occidental consagrada a este tema. En sus versiones más groseras —sobre todo cuando aparecen en el órgano teórico del partido, *Kommunist*— estas "evaluaciones" no van más allá de la denuncia.²⁰ En otras revistas y particularmente en el órgano del Instituto de Economía Mundial, han aparecido análisis más serios, pero siempre primordialmente negativos. Sin embargo, en ambos casos, se observa la tendencia a negar la posibilidad sea de que la política occidental evolucione hacia nuevas formas postindustriales que ya no estarán gobernadas por la etapa capitalista de la industrialización o de que estas nuevas formas encierren la capacidad de superar la crisis individual de alienación y frustración que está asociada con el sistema capitalista.

Esta es la razón por la cual algunos comunistas polacos, aunque leales a la ideología común, han señalado, con espíritu crítico, que "debemos dar una respuesta más específica al interrogante sobre lo que sucede realmente en el capitalismo monopo-

lista moderno y sobre la influencia de la revolución tecnológica en este contexto". Han observado, también refiriéndose a la teoría comunista, que no contempla la transición del capitalismo moderno al socialismo, que no ha abordado el problema de la creciente obsolescencia tecnológica de las economías comunistas en relación con las del Occidente desarrollado, que aún debe enfrentar el hecho de que el socialismo —aunque se ha mostrado capaz de superar el atraso industrial— no ha probado todavía su aptitud para la innovación científica y que no se ha preocupado por la trascendencia de los conflictos entre generaciones.²¹ En una discusión lúcida y de largo alcance, un comunista rumano que reclamaba "una teoría marxista sobre la revolución tecnológico-científica" lo dijo en términos aun más crudos: "En los últimos años Occidente ha demostrado un interés más sostenido por el análisis teórico de la esencia de la revolución científico-técnica y de sus connotaciones sociales y humanas... Todavía no podemos hablar de la existencia de una teoría *marxista*, coherente y unificada, de la revolución científico-tecnológica."²²

En síntesis, el pensamiento político soviético no ha conseguido aportar un desarrollo orgánico de ideas vinculadas con la futura evolución política e ideológica del mismo sistema soviético o, en verdad, del proceso revolucionario mundial colocado en nuevas condiciones históricas. Esto no se debe sólo a que la discrepancia intelectual ha sido circunscrita a formas de expresión informales, "clandestinas", sino sobre todo a que no se produce entre los mismos marxistas soviéticos un debate político-ideológico creativo cuyo desenlace no esté previamente estipulado. La ideología soviética ya no se plasma mediante la interacción creativa entre el pensamiento teórico y la práctica, como sucedía hasta el momento en que Stalin asumió la totalidad

del poder, sino que es el producto de un proceso burocrático de definición, totalmente monopolizado por funcionarios que hacen su carrera en el partido. La ideología emana de las oficinas del Comité Central, donde los funcionarios la elaboran sobre la base de informes de comisiones y documentos internos antes de someterla al Politburó para que éste le otorgue la aprobación colectiva. Lo más probable es que una ideología cuyo contenido no está determinado por el proceso político no se ocupe de cuestiones especulativas y, por tanto, potencialmente conflictivas. Tiene poco en común con la creatividad intelectual y mucho con los imperativos burocráticos.

Paradójicamente, la esterilidad intelectual de la burocracia estimula un mayor énfasis en la retórica y el simbolismo revolucionarios. Puesto que la doctrina otrora revolucionaria se ha imbricado estrechamente con los intereses creados de los guardianes que son, a su vez, muy susceptibles a los intereses nacionales rusos, se observa una tendencia a buscar refugio ideológico en la intensificación del simbolismo revolucionario. Este es un síntoma común de todas las doctrinas que han llegado a su etapa de decadencia intelectual: a medida que la práctica se aleja cada vez más de lo estipulado, aumenta la importancia del simbolismo y la retórica. Lo que se logra así, empero, es congelar ciertas fórmulas y reivindicaciones, dificultando aun más la innovación intelectual, aunque en la actividad práctica se haga cada vez menos caso de las restricciones ideológicas.

El resultado es la paralización del desarrollo ideológico, la petrificación en lugar de la erosión ideológica, una situación en la que el pensamiento marxista sólo conserva su vitalidad fuera de la Unión Soviética.²³ La visión del mañana se reduce a declaraciones anodinas y cada vez más vagas, como

la conclusión del pronóstico oficial soviético para el resto del siglo: "Armadas con el pensamiento marxista-leninista y llenas de optimismo histórico, las principales fuerzas revolucionarias del mundo marcharán hacia el futuro."²⁴

NOTAS

¹ Discurso del 19 de noviembre de 1962.

² N. Sviridov: "Party Concern for the Upbringing of the Scientific-Technical Intelligentsia", *Kommunist*, nº 10, pág. 38.

³ P. Demichev: "The Construction of Communism and the Goals of Social Sciences", *Kommunist*, nº 10, pág. 26.

⁴ E. G. R. Kosolapov y P. Simush: "The Intelligentsia in Socialist Society", *Pravda*, 25 de mayo de 1968.

⁵ D. I. Chesnokov: "Aggravation of the Ideological and Political Struggle and Contemporary Philosophical Revisionism", *Voprosi Filosofii*, nº 12. Este importante artículo discute el estado general del marxismo contemporáneo así como la significación del revisionismo actual.

⁶ D. I. Chesnokov: "Current Problems of Historical Materialism", *Kommunist*, nº 6, 1968, pág. 48. Véase también G. Smirnov: "Socialist Humanism", *Pravda*, 16 de diciembre de 1968.

⁷ "Actualmente se realizan esfuerzos encaminados a desacreditar con el fantasma del 'stalinismo' lo que se hizo en el proceso de construcción del socialismo. El fantasma del 'stalinismo' se emplea para intimidar a las personas inestables, para difundir la idea de que todo lo que sea firmeza y carácter revolucionario en lo político, intransigencia en lo ideológico, y consecuencia en la defensa del marxismo es, si me permiten, 'stalinismo'." Véase D. I. Chesnokov: "Aggravation of the Ideological and Political Struggle and Contemporary Philosophical Revisionism", *Voprosi Filosofii*, nº 12, 1968.

⁸ Para una crítica soviética sistemática y bien documentada, véase L. Moskvichev: "The 'Deideologization' Theory: Sources and Social Essence", *Mirovaia Ekonomika i Mezhdunarodnia Otnoshenia*, nº 12, 1968.

A juicio de los soviéticos, tanto los revisionistas marxistas como los teóricos occidentales de la evolución o la erosión ideológica, o de la desideologización, están esencialmente implicados en una estratagema política destinada a socavar las bases ideológicas del poder soviético. El autor de esta

obra ha sido blanco de críticas directas en este contexto. Véase, por ejemplo, de la profesora A. Modrzhinskaia: "Anti-Communism Disguised as Evolutionism". *International Affairs*. Moscú, nº 1, 1969. La Modrzhinskaia interpreta los escritos sociológicos occidentales como un esfuerzo orientado a allanar "el camino ideológico a la subversión contra el socialismo. Entre estas teorías se cuentan: la teoría de las etapas del crecimiento económico que postula Walt Rostow (conocido político y sociólogo reaccionario norteamericano); la doctrina de la sociedad industrial única, cuyo propagandista más famoso es el publicista y sociólogo reaccionario francés Raymond Aron; la teoría de la convergencia y, como conclusión de todas ellas, la teoría de la evolución, minuciosamente elaborada por Zbigniew Brzezinski, director del Instituto de Investigaciones sobre Asuntos Comunistas de la Universidad de Columbia...

"Los elementos principales de la teoría evolucionista figuran en los escritos de Brzezinski de los últimos años... Un rasgo característico y muy notable de la teoría de la evolución consiste en la secuencia deseable del cambio: de la ideología a la política llevando a cambios en el sistema socioeconómico, y no a la inversa, de los cambios económicos a la transformación política consiguiente, como sugieren los partidarios de la convergencia" (pág. 16).

⁹ A veces este énfasis conduce a asertos que lindan con lo cómico, como cuando se dijo en un importante análisis sobre "Los problemas del último tercio del siglo" que "el marxismo-leninismo no necesita conciliar las ideas con los hechos". El autor agregó, aparentemente con la mayor seriedad, que "en virtud del reciente decreto del Comité Central del Partido Comunista soviético... todos los hechos revolucionarios sobresalientes del siglo xx han estado asociados al leninismo". Véase V. A. Cheprakov: *Izvestia*, 18 de agosto de 1968.

¹⁰ G. Jromushin: "Sharpening of World Ideological Struggle", *International Affairs*. Moscú, nº 12, 1968.

¹¹ Por ejemplo, en un ambicioso esfuerzo por analizar los problemas mundiales contemporáneos, un estudioso soviético afirma que: "El resultado de la competencia excluye la casualidad. La victoria o la derrota es necesaria, o sea, inevitable, y está gobernada por la ley. En esta competencia la derrota se produce una sola vez. No habrá revancha, ni 'doble vuelta', ni oportunidad de venganza." Véase J. Momjan: *The Dynamic Twentieth Century*. Moscú, 1968, págs. 107-108.

¹² T. Timofeiev: "The Leading Revolutionary Force", *Pravda*, 24 de diciembre de 1968. Timofeiev es el director

del Instituto del Movimiento Internacional de la Clase Trabajadora de la Academia de Ciencias de la URSS, y miembro correspondiente de la Academia de Ciencias.

¹³ *Pravda*, 11 de abril de 1968.

¹⁴ S. Kovalev: "On 'Peaceful' and Non-Peaceful Counter-revolution", *Pravda*, 11 de setiembre de 1968.

¹⁵ "Sólo una teoría social, una enseñanza, es capaz de expresar en profundidad el contenido y la orientación de los procesos mundiales de nuestra época: el marxismo-leninismo. Sólo una filosofía es capaz de interpretar todas las contradicciones de la etapa actual del desarrollo histórico... Los comunistas siempre han interpretado al leninismo, y continúan interpretándolo, no como una doctrina puramente rusa sino como una doctrina marxista internacional." Véase F. Konstantinov: "Marxism-Leninism: A Single International Teaching", *Pravda*, 14 de junio de 1968.

La tesis precedente les permite afirmar, a los ideólogos soviéticos, que "los 'pensamientos filosóficos de Mao Tsé-tung' representan un eclecticismo convencional, a menudo anarco-idealista, que no tiene nada en común con la filosofía marxista-leninista". Véase A. Rumiantsev, en *Kommunist*, nº 2, 1969. Hay que destacar que Rumiantsev y Konstantinov son dos destacados ideólogos soviéticos.

¹⁶ A veces estos ataques asumieron formas grotescas. Por ejemplo, un comentarista de Radio Moscú, Valentín Zajarov, dedicó todo un programa a la tesis de que Marcuse y Brzezinski habían estado implicados, conjuntamente, en la organización de "la contrarrevolución checoslovaca" de 1968, por supuesto que al servicio de la CIA. Radio Moscú, 19 de agosto de 1969.

¹⁷ Un material útil sobre la "futurológica" soviética es el informe de un estudioso soviético, I. Bestuzhev-Lada: "Les études sur l'avenir en URSS", en *Analyse et Prevision* (Futuribles), nº 5, 1968.

¹⁸ Véanse, por ejemplo, A. D. Smirnov: "Socialism, the Scientific-Technological Revolution and Long-Range Forecasting", *Voprosi Filosofii*, nº 9, 1968; I. G. Kurakov: "Forecasting Scientific-Technological Progress"; y M. K. Petrov: "Some Problems of the Organization of Knowledge in the Epoch of the Scientific-Technological Revolution", *Voprosi Filosofii*, nº 10, 1968; y V. G. Afanasev: *Naujnoe Upravlenie Obshchestvom*, Moscú, 1968.

¹⁹ En una declaración notablemente despojada de jerga ideológica, un científico y novelista soviético afirmó: "El futuro ha soportado el embate de toda clase de emociones: optimismo, fe ciega e irracional, y desesperación tétrica. Ha

sido amenazado por videntes histéricos y por cálculos precisos. Se han hecho tentativas de envenenarlo o de aniquilarlo, de hacerlo retroceder a las cavernas. Ha sobrevivido. Hoy tenemos la oportunidad de estudiarlo seria y reflexivamente. Hoy, quizá por primera vez en la historia, el futuro depende del presente y exige un nuevo enfoque. Está poblado de crisis que todavía no podemos evaluar. Crisis vinculadas no sólo con una concepción distinta de la libertad, sino también con una idea distinta de la individualidad." Véase Daniil Granin: "And Yet . . .", *Inostrannaja Literatura*. Moscú, nº 1, 1967.

Por el contrario, la obra *Socialism and Communism*, en cinco volúmenes, confeccionada por el Instituto de Filosofía de la Academia Soviética de Ciencias en un esfuerzo de gran envergadura encaminado a sintetizar la probable configuración de la sociedad soviética bajo el comunismo, se abstiene de practicar cualquier tipo de análisis sobre las tensiones sociales generadas por la revolución científica. Muestra una imagen uniformemente dichosa del futuro.

²⁰ Para ejemplos de escritos particularmente primitivos, véanse G. Gerasimov: "The Falsifiers of the Future", *Kommunist*, nº 2, 1968, con críticas a Aron, Fourastié y otros; o los diversos artículos de Iuri Yukov en los que se ataca mi anterior ensayo "America in the Technetronic Age". Los comentaristas soviéticos se sintieron particularmente irritados por mi observación de que "el mundo está en vísperas de una transformación cuyas consecuencias históricas y humanas serán más dramáticas que las de la Revolución Francesa o la bolchevique. Vistas desde una perspectiva lejana, estas famosas revoluciones apenas rozaron la superficie de la condición humana. Los cambios que precipitaron implicaron alteraciones de la distribución del poder y la propiedad dentro de la sociedad, pero no tocaron la esencia de la existencia individual y social. La vida --personal y organizada-- siguió más o menos como antes, aunque algunas de sus formas exteriores (principalmente políticas) se modificaron sustancialmente. Aunque esto pueda chocar a sus adeptos, hacia el año 2000 se aceptará que Robespierre y Lenin fueron simples reformadores".

²¹ "A Discussion: The Problems of the Unity of the Communist Movement", *Zolnierz Wolnosci*, 21 de enero de 1969, sobre todo las colaboraciones de S. Trampczynski; J. Urban: "Hands Close to Pulse", *Polityka*, 9 de junio de 1969.

²² V. Roman en *Contemporarul*, 3 de enero y 10 de enero de 1969 (la bastardilla es suya). Roman, miembro del Comité Central y ex ministro del gobierno rumano, es pro-

fesor e ingeniero. Escribió varios libros sobre la revolución científico-técnica.

²³ Esto coincide con el aspecto victoriano y gris de buena parte de la vida soviética contemporánea. Al visitar la Unión Soviética a comienzos de la década de 1920, Lincoln Steffens exclamó: "¡He estado en el futuro y funciona!" Hoy es cada vez mayor la cantidad de viajeros que dicen al regresar de la Unión Soviética: "He estado en el pasado y es un opio".

²⁴ Cheprakov, *Izvestia*, 18 de agosto de 1968.

XI

EL FUTURO SOVIETICO

Hoy la pregunta crucial es ésta: ¿Cuándo romperá la Unión Soviética con la herencia stalinista? Si no se produce este divorcio, a los dirigentes soviéticos les resultará difícil diagnosticar con exactitud los problemas de su propia sociedad y convertir a la Unión Soviética en un país con verdadera trascendencia para los dilemas intelectuales e internacionales de nuestra época. Semejante divorcio no debe implicar necesariamente la preterición del socialismo o el marxismo, pero depende de la transformación de un sistema político que actualmente es el reflejo de una ideología obsoleta y burocratizada del poder, ideología que a su vez lo apuntala, en otro más armónico con el naciente espíritu humanista, universalista, de nuestra era. No es exagerado decir, aunque esto choque a algunos anticomunistas, que la paz de la humanidad depende en gran medida de que la Unión Soviética vuelva a la tradición marxista occidental, de la que la apartó el leninismo-stalinismo más oriental, y no forzosamente de la ruptura franca con el marxismo.

Será inevitable que el cambio ideológico en la Unión Soviética se asocie estrechamente al cambio socioeconómico, pero sería un error imaginar que el primero será producto del segundo. Un encua-

dre de análisis marxista es el menos adecuado para entender la política comunista, en la que la superestructura política gobierna en verdad a la base económica. El cambio político en la Unión Soviética estará influido, necesariamente, por la aparición de una nueva élite social, con una orientación más tecnológica, pero lo estará aun más por las modificaciones que se producirán en la naturaleza interna y la filosofía de la burocracia profesional que dirige el partido y por la medida en que esta élite consiga hacer frente a los problemas internos de la Unión Soviética.

Dilemas internos

Es probable que estos problemas se presenten tanto en el plano de la eficiencia económico-tecnológica como en el de la disidencia político-ideológica. Quedan pocas dudas de que la economía soviética seguirá desarrollándose en los años próximos, pero parece que, a menos que se registre un cambio imprevisto sea en Estados Unidos o en la Unión Soviética, la brecha absoluta que separa a ambos países se ensanchará aun más.¹ En consecuencia, el desarrollo no bastará para satisfacer las ambiciones ideológicas de la élite política y es aun menos probable que satisfaga las crecientes aspiraciones sociales. Estas aspiraciones aumentarán, ciertamente, cuando la comparación con Occidente demuestre cada vez más que grandes sectores de la sociedad soviética están extraordinariamente rezagados.

El atraso soviético se manifiesta sobre todo en la agricultura. En las últimas décadas la productividad agrícola ha crecido a pasos agigantados en la mayoría de los países desarrollados y últimamente también en algunos de los subdesarrollados. No se

puede decir lo mismo de la Unión Soviética, donde la productividad disminuyó sistemáticamente y sólo se ha elevado un poco en estos años. La población rural soviética está desaprovechada y mal remunerada y produce por debajo de su capacidad. La resolución del problema agrícola es uno de los más urgentes de la agenda soviética, pero también es uno de los más cargados de connotaciones ideológicas. (El subdesarrollo tecnológico de la agricultura soviética se refleja en una distribución de la mano de obra que coloca a la Unión Soviética considerablemente por detrás de los sectores más avanzados del globo.)

Cuadro 9

DISTRIBUCION DE LA MANO DE OBRA

Area	Distribución porcentual por sector		
	Agricultura	Industria	Servicios
Estados Unidos	8	39	53
Europa Occidental	14	45	41
Oceanía	23	34	43
Japón	33	28	39
Unión Soviética	45	28	27
América latina	48	20	32

Fuente: International Labor Review, enero-febrero de 1967.

En el sector industrial, más avanzado que el agrícola, los logros notables que obtuvo la ciencia soviética en áreas tales como la de la tecnología espacial y bélica, han disimulado una situación que también dista mucho de ser satisfactoria para una sociedad moderna, industrializada. Se calcula que, dejando margen para las diferencias en los costos reales, la Unión Soviética ha gastado aproximadamente lo mismo que Estados Unidos en investigación y desarrollo.² Más aún, el potencial humano de la ciencia soviética ha aumentado en forma

desusada y ya ha alcanzado el nivel norteamericano. Además, el trabajo teórico soviético en varios campos y sobre todo en el de la física, ha sido de primer orden.

Sin embargo, los resultados socioeconómicos generales del esfuerzo científico soviético han sido relativamente pobres. Aunque los dirigentes soviéticos se apresuraron a capitalizar ideológicamente sus éxitos iniciales en el espacio, afirmando que éstos probaban la superioridad del comunismo (aserto que relegaron discretamente al olvido después del descenso norteamericano en la Luna), queda en pie el hecho de que la Unión Soviética no ha podido fabricar productos de tecnología avanzada capaces de conquistar los mercados mundiales más lucrativos, compitiendo con las mercaderías de Occidente, ni ha satisfecho algo más que las necesidades rudimentarias del consumo doméstico. Incluso en un rubro industrial relativamente elemental, como el de la producción de automóviles, la Unión Soviética se ha visto obligada a recurrir a la ayuda extranjera (actualmente italiana) para fabricar coches técnica y económicamente viables.³

La rígida separación que existe entre la investigación secreta de naturaleza militar, por un lado, y el resto de la economía, por otro, así como la concentración de los investigadores científicos soviéticos en institutos aislados de la industria, ha determinado que los resultados de la investigación no se desarrollaran en absoluto, se desarrollaran únicamente con fines militares o sólo se desarrollaran después de una demora considerable.⁴ El atraso soviético es innegable en materia de computadoras, transistores, láseres, pulsares y plásticos, así como en las áreas igualmente importantes de las técnicas gerenciales, las relaciones laborales, la psicología, la sociología, la teoría económica y los análisis de sistemas.⁵

Para corregir esta situación, el gobierno inició en 1968 una serie de reformas destinadas a estimular la investigación científica y el desarrollo y a mejorar la calidad de la actividad gerencial. En octubre de 1968 el Comité Central del partido aprobó una resolución especial ("sobre medidas para aumentar la eficiencia del trabajo de las organizaciones científicas y para acelerar la utilización de los logros científicos y técnicos en la economía nacional") que criticaba severamente la investigación y el desarrollo soviéticos. En virtud de esta resolución, se puso en marcha una serie de reformas encaminadas, esencialmente, a aumentar la jerarquía de los investigadores que trabajan directamente en la industria hasta equipararla a la de los que trabajan en institutos puramente científicos, a crear laboratorios de investigaciones asentados en las empresas industriales y a ofrecer bonificaciones y premios para las innovaciones. Como dijo el académico Trapeznikov: "Un punto importante de la resolución consiste en que inaugura la competencia en el campo de las ideas y las propuestas científico-técnicas."⁶

Distaba mucho de ser seguro que estas reformas basten para crear una ola de innovaciones y adaptaciones creativas y provistas de significación social. Los científicos soviéticos reconocen que la creatividad depende de que exista una "atmósfera propicia al libre debate, a la polémica y a la ventilación de ideas, aunque algunas de éstas sean totalmente equivocadas".⁷ Este factor se relaciona, a su vez, con la organización ideológica e institucional de la sociedad total y no se puede corregir con unos pocos ajustes organizativos. El estudio de la OCDE titulado *Science Policy in the USSR* (1969), que revela detalladamente, con documentación estadística, la desproporción extraordinaria que existe entre la escala de esfuerzos soviéticos y sus resultados

socioeconómicos relativamente pobres, refuerza la tesis de que la centralización ideológico-política produce una política científica que es, en el mejor de los casos, caprichosa y en el peor de los casos, catastrófica.⁸

No pueden quedar dudas de que en los años próximos la Unión Soviética ejecutará muchas hazañas científicas notables, sobre todo en el campo de las investigaciones espaciales, que dan prestigio internacional, y en las áreas relacionadas con la investigación para la industria bélica. Su tecnología militar continuará compitiendo con la norteamericana y ciertamente la superará en algunos rubros. Esto se logrará mediante programas intensivos, con concentración de recursos económicos y talento científico. La estructura organizativa soviética es muy apropiada para estos programas. Pero el problema crucial consiste en saber si la ciencia y la administración industrial soviéticas pueden suministrar a su sociedad las innovaciones científicas de gran envergadura que son necesarias tanto para asegurar el progreso interno como para mejorar la posición internacional de la Unión Soviética.

Las fuerzas que se oponen a las reformas científicas y económicas de largo alcance son formidables. Están compuestas primordialmente por la élite burocrática del partido, especialmente los sectores ideológicos y por algunas de las jerarquías superiores de las fuerzas armadas, que temen que la descentralización implique también la transferencia de algunos institutos clave de investigación a tareas ajenas al interés militar. Las jerarquías superiores del aparato partidario son todavía, en buena parte, el producto de la era stalinista y muchos de sus miembros iniciaron su carrera durante las purgas. Paradójicamente, y al revés de lo que se supone en Occidente, la élite gerencial también se ha sumado a la oposición. La actual generación de ge-

rentes, preparada para trabajar en un medio muy limitado y jerárquico, no es proclive a asumir los mayores riesgos personales que implicaría necesariamente un sistema más descentralizado y competitivo.⁹ Es sintomático que la mayoría de las propuestas de reformas económicas hayan sido formuladas por teóricos de la economía.

El problema de la libertad intelectual inspira consideraciones que guardan una relación más directa con la política y la ideología. Es imposible calcular la magnitud del movimiento disidente básico, heterodoxo, que ha tomado cuerpo en la Unión Soviética a fines de 1960 y comienzos de 1970.¹⁰ En las postrimerías de 1968, dos números sucesivos de la revista *Problemas del comunismo* estuvieron dedicados a escritos clandestinos, petitorios, protestas y apelaciones de intelectuales disidentes soviéticos. Sus textos eran sobresalientes y muy esclarecedores y lo mismo vale para algunos documentos que se publicaron por separado, en los que los intelectuales ucranios protestaban por la eliminación de su país.¹¹ Estas publicaciones reflejaban la existencia de un grupo activo y coherente de intelectuales, concentrado sobre todo en Moscú y Leningrado y compuesto en algunos casos por los vástagos de la élite política soviética pero más a menudo por los hijos de destacados comunistas muertos durante el régimen de Stalin. Aunque algunos de estos disidentes han sido juzgados privada y públicamente en Moscú y Leningrado, el gobierno no ha conseguido intimidarlos, y volvieron a protestar, con grandes riesgos personales, después de la ocupación soviética de Checoslovaquia.

Es probable que por ahora y hasta dentro de algún tiempo, los disidentes intelectuales y ortodoxos sigan formando un grupo relativamente pequeño y aislado. Lo mismo que sus predecesores del siglo XIX, no parecen contar, por el momento, con

mucho apoyo popular. La mayoría de la población urbana de la Unión Soviética, que se divorció hace apenas una generación de su medio rural, se caracteriza por una ortodoxia social fundada sobre una ideología internalizada bastante simplista y por la satisfacción que le ha producido su reciente progreso material. Además, por sus orígenes sociales y su forma de pensar, el partido está más próximo a las masas que éstas a los intelectuales.¹²

Un tipo muy especial y particularmente desconcertante de disidencia es el que se expresa en el creciente desasosiego de las naciones no rusas de la Unión Soviética. Los estudiosos norteamericanos de cuestiones soviéticas han subestimado la importancia política de este fenómeno. Sin embargo, aproximadamente la mitad de los doscientos cuarenta millones de habitantes de la Unión Soviética no son rusos y muchos de ellos sienten una estima muy particular por su propia herencia cultural, su lengua, su territorio y su historia. Sus intelectuales, que han recibido una educación casi exclusivamente soviética, tienden a adoptar una actitud cada vez más autónoma, aunque no necesariamente secesionista. Empiezan a reclamar una mayor participación en la toma de decisiones de la Unión Soviética, así como una porción mayor de la torta económica y recelan cada vez más de la rusificación. Hasta cierto punto, Moscú estimula deliberadamente dicha rusificación, pero ésta es también el producto natural de la industrialización y la modernización. Los debates oficiales en torno de este problema, así como las diatribas contra los peligros del nacionalismo local, indican que los dirigentes soviéticos empiezan a asustarse. En verdad, en los últimos años se ha procesado y condenado a varios intelectuales no rusos. Por ahora, el gobierno soviético ha conseguido circunscribir las tendencias nacionalistas a un círculo relativamente

reducido de intelectuales, en tanto que los datos sobre la actitud de los cuadros no rusos del partido son ambiguos. Sin embargo, la escala misma del problema, así como el hecho de que el nacionalismo tiende a ser contagioso, tanto cuando se lo reprime como cuando se lo tolera, sugieren que es muy probable que en los años futuros la Unión Soviética enfrente un problema de nacionalidades cuyas consecuencias políticas serán más graves que las del problema racial norteamericano.

Quizá los rumores de descontento ideológico que se escuchan dentro de la comunidad científica son, desde el punto de vista inmediato, más inquietantes para el partido. Aparentemente el ahora muy conocido manifiesto del destacado físico nuclear soviético Andrei Sajarov, que se publicó en Occidente a mediados de 1968,¹³ había circulado primeramente entre los científicos soviéticos y luego su autor lo revisó a la luz de los comentarios recibidos. El hecho de que las respuestas soviéticas a Sajarov asumieran una forma indirecta, sin mencionarlo jamás por su nombre y de que no se lo denunciara mediante el recurso habitual de un documento público de censura firmado por sus colegas, parece indicar que el gobierno juzgó preferible evitar la confrontación directa y la discusión pública.

El documento llama la atención no sólo porque impugna los privilegios de la ortodoxia ideológica, sino también porque trata de postular una visión distinta del futuro. Al proceder así, somete la realidad soviética a una crítica demoledora. El aserto de que "toda prédica sobre la incompatibilidad entre las ideologías y naciones del mundo implica una locura y un crimen" resume correctamente la principal tesis de Sajarov. Este rechaza categóricamente cualquier limitación de la libertad intelectual y condena "el dogmatismo fosilizado de una oligarquía burocrática y su arma favorita: la censura

ideológica". Al rechazar la subordinación intelectual a la voluntad "del aparato central del partido y de sus funcionarios" pregunta, asimismo: "¿Quién nos garantiza que estos funcionarios expresen siempre los auténticos intereses del conjunto de la clase trabajadora y los auténticos intereses del progreso, en lugar de sus propios intereses de casta?"¹⁴

Su tesis consiste en que en nuestra era es necesaria e imperiosa una mayor cooperación internacional para evitar la guerra nuclear y superar los peligros que se ciernen sobre la humanidad por causa del hambre, la superpoblación y la contaminación y que esta cooperación será, eventualmente, el producto de la creciente convergencia entre sistemas políticos y sociales actualmente distintos. En este contexto, afirma específicamente que, dadas las energías productivas de la economía norteamericana, una revolución en Estados Unidos no sería ventajosa para los trabajadores, a diferencia de un levantamiento análogo en el Tercer Mundo. Su prospectiva de largo plazo para el resto del siglo abarca un desarrollo en cuatro etapas: en la primera etapa los países comunistas y sobre todo la Unión Soviética, se harán más democráticos, superando la herencia stalinista de la dictadura unipartidaria; en la segunda se asistirá a la transformación de Estados Unidos y otros países "capitalistas" por obra de reformadores que ejecutarán cambios internos y adoptarán una política de coexistencia pacífica; la tercera será escenario de un esfuerzo masivo soviético-norteamericano para solucionar los problemas del Tercer Mundo y promover el desarme; en la cuarta se encarará la solución de los restantes problemas mundiales sobre la base de una vasta cooperación internacional.

Las ideas de Sajarov, aunque un poco utópicas, son dignas de interés porque muestran cómo la cosmovisión de algunos miembros de la nueva élite

intelectual-científica soviética choca con la perspectiva oficial. No debemos exagerar, empero, su importancia. Su argumento es sencillamente inaccesible no sólo a la abrumadora mayoría del pueblo soviético que sabe leer y escribir, sino también a la mayoría de los intelectuales soviéticos. Es lícito suponer que donde hay grandes concentraciones de intelectuales (Moscú, Leningrado, Kiev, Akademgorodok, Obninsk), las ideas heterodoxas tienen más circulación, pero incluso allí es mucho lo que depende de la medida en que en un determinado momento el gobierno está dispuesto a aplicar la presión administrativa para imponer aunque sólo sea una ortodoxia formal. Puesto que el partido tiene el monopolio de las comunicaciones, que se realizan grandes esfuerzos para inculcar la ideología oficial y que se pone un énfasis creciente en el nacionalismo, la perspectiva que el gobierno tiene del mundo y de la sociedad soviética sigue siendo la fuente básica de información e interpretación en la que se nutre la mayoría de los ciudadanos soviéticos.

Otros rumbos posibles

Los otros rumbos que podría seguir el desarrollo soviético se deben evaluar a la luz de las consideraciones precedentes. Con fines analíticos los hemos reducido a un número gobernable y, en consecuencia, la discusión que sigue gira en torno de cinco variantes bastantes generales, prestando especial atención al papel de la ideología y el partido. Las cinco variantes del desarrollo se pueden encasillar así: 1) *petrificación oligárquica*, 2) *evolución pluralista*, 3) *adaptación tecnológica*, 4) *fanatismo militante* y 5) *desintegración política*.

La *petrificación oligárquica* implicaría la perduración del papel dominante del partido y la supervivencia del carácter esencialmente dogmático de la ideología. En una palabra, siempre lo mismo. Ni el partido ni la ideología mantendrían una relación particularmente revolucionaria con la sociedad; en cambio, el principal aliciente de dicha relación se traduciría, para el partido, en el interés de conservar el control político sobre la sociedad sin tratar de imponer grandes innovaciones. Se pondría mucho énfasis en el adoctrinamiento ideológico y en el aislamiento de las desviaciones ideológicas. El liderazgo político seguiría siendo colectivo, porque desde el momento en que no hubiera que forzar cambios deliberados tampoco habría grandes opciones. El resultado interno consistiría en la hegemonía de una burocracia fosilizada que aplicaría una política conservadora disfrazada con consignas revolucionarias.

La *evolución pluralista* implicaría la transformación del partido en un organismo menos monolítico, más o menos parecido al partido yugoslavo, y la erosión ideológica de la tradición dogmática leninista-stalinista. El partido estaría más dispuesto a tolerar dentro de sus filas un diálogo ideológico abierto e incluso una fermentación y dejaría de considerar infalibles sus propios asertos doctrinarios. Su papel se asemejaría más al de un estimulante moral-ideológico que al de un gobernante; el Estado y la sociedad se convertirían en la fuente más importante de innovación y cambio. Puesto que gran parte de la historia partidaria ha seguido una dirección opuesta a la del esquema precedente, para obligar a los funcionarios del partido a aceptar este pluralismo político e ideológico, a la presión sostenida de grupos económicos e intelectuales clave debería sumarse una división fundamental de la jerarquía

partidaria o, paradójicamente, la presencia de un líder enérgico, como Tito.

La *adaptación tecnológica* implicaría la transformación del partido burocrático-dogmático en un partido de tecnócratas. El mayor énfasis recaería sobre la experiencia científica, la eficiencia y la disciplina. Tal como ya ha sucedido en la Alemania Oriental de Ulbricht, el partido estaría compuesto por expertos científicos, especializados en las técnicas más novedosas, capaces de valerse de la cibernética y las computadoras para el control social y atentos a la innovación científica para aplicarla a la preservación de la seguridad y el desarrollo industrial soviéticos. El nacionalismo se convertiría en el principio integrador básico encargado de vincular a la sociedad con el Estado, en reemplazo de los dogmas ideológicos. Aquellos jefes del *establishment* militar que fueran más jóvenes y tuvieran más interés en la tecnología probablemente estimularían esta tendencia. Al igual que en la primera variante, la dirección política seguiría siendo colectiva, aunque quizás estaría compuesta por una coalición más amplia de dirigentes del partido, del Estado, de las fuerzas armadas y del sector económico.

El *fanatismo militante* implicaría un esfuerzo nostálgico por reavivar el fervor ideológico, lo cual a su vez exigiría una relación más revolucionaria entre el sistema político y la sociedad. Habría que infundirle un nuevo contenido programático a la idea de la progresión hacia el comunismo y por tanto sería necesario introducir cambios sociales de inspiración política. Muy probablemente este proceso obligaría a recurrir a la fuerza para vencer tanto la resistencia material como la pura inercia social. Aun sin llegar al extremo de los métodos stalinistas, el esfuerzo encaminado a sacudir la estructura rígidamente burocratizada del sistema so-

viético exigiría la implantación de una dirección muy centralizada, y debería estar acompañado por una militancia ideológica y quizá por una actitud más hostil para con el mundo exterior, así como por algo parecido a la "revolución cultural" de Mao Tsé-tung.

La *desintegración política* implicaría la parálisis interna de la élite gobernante, la creciente autonomía de diversos grupos clave de ésta, divisiones en las fuerzas armadas, el malestar de la juventud y los intelectuales y la rebelión desembozada de las nacionalidades no rusas. Después de agudizada la contradicción entre el sistema político y la sociedad, la crisis resultante se intensificaría en razón de que el desarrollo económico insuficiente no permitiría satisfacer los reclamos populares. La élite ya no tomaría en serio la ideología fosilizada, y ésta no serviría para armar al sistema con una escala coherente de valores para la acción concertada.

Cuando se hace una proyección para dentro de aproximadamente una década y se toma como pauta la actual distribución del poder en la sociedad soviética, la naturaleza de los problemas político-económicos más inmediatos que enfrenta la dirección soviética y el esquema general del desarrollo social contemporáneo en la Unión Soviética parecen indicar que los dirigentes tratarán de buscar el equilibrio entre la primera variante y la tercera. La combinación será la que más próxima estará a satisfacer los intereses de la élite, los imperativos de la ortodoxia social y las necesidades de la Unión Soviética como competidora global de Estados Unidos.

El progreso hacia un sistema pluralista, de mayor tolerancia ideológica, no parece viable a breve plazo. Los años 1964-1969 fueron escenario, incluso, de un desplazamiento en la dirección opuesta.

No es probable que en el futuro próximo el sistema político lleve al gobierno a un hombre con la voluntad y el poder necesarios para democratizar a la sociedad soviética y esta sociedad carece de la cohesión y las presiones de grupo imprescindibles para realizar la democratización desde abajo. Como ha demostrado la experiencia checoslovaca, la democratización desde abajo debe traducirse en un proceso orgánico que una a los intelectuales, los trabajadores y los estudiantes con algunas fracciones del grupo dirigente, en un esfuerzo deliberado por reformar la estructura política y económica. Además, este proceso debe nutrirse en una tradición democrática (como en el caso de Checoslovaquia) o debe crearla al aceptar la prioridad de las normas legales sobre la conveniencia política. Para el comunismo soviético esto equivaldría a una nueva concepción de la política.¹⁵ Además, el problema soviético con las nacionalidades no rusas impide la democratización: la mayoría rusa temería inevitablemente que la democratización estimulara el deseo de los pueblos no rusos de lograr, en primer término, una mayor autonomía y después la independencia. Admitidos el empuje del desarrollo social soviético y los intereses de la actual élite gobernante, es poco probable que en la década de 1970 pueda surgir una coalición democratizadora eficiente.

Si bien a corto plazo es más probable que se implante el fanatismo militante bajo una dictadura centralizada y no un proceso de evolución pluralista, aquél también debería vencer una inercia colosal y el interés colectivo de los oligarcas del partido por impedir la reaparición de un régimen unipersonal. Las presiones encaminadas a implantar este régimen podrían prosperar en el contexto de la subversión interna o de una grave amenaza exterior, pero además debería haber un líder talentoso e idóneo disponible para el cargo. La actual buro-

cracia soviética tiene la precaución de eliminar y sofocar a los talentos individuales; ya no se trata de un partido revolucionario en el cual el coraje y el ingenio personales ayudan a escalar posiciones.

Sin embargo, la alternativa militante no se debe descartar de antemano, sobre todo si se convierte en la única opción para evitar la desintegración política derivada de la fosilización de todo el sistema. La prolongada decadencia interna que es producto de la incapacidad de los líderes para enfrentar los problemas actuales, la ineptitud constante para alcanzar a Estados Unidos en la competencia científica y las amenazas interiores a la unidad nacional, podrían combinarse con una amenaza exterior a la seguridad, en una atmósfera de creciente indiferencia ideológica, para desencadenar un espasmo fanático en un sector de la élite. Estos espasmos son típicos de las creencias políticas en descomposición.

Una guerra chino-soviética podría precipitar las alternativas del fanatismo o la desintegración. Esta guerra engendraría inevitablemente grandes tensiones que actuarían sobre el sistema soviético. Aunque el bando soviético triunfara rápidamente, la conflagración implicaría un gran desgaste económico e incluso podría tener como secuela una larga actividad antiguerrillera de posguerra. Una guerra prolongada constituiría por sí misma un derrota directa para el régimen soviético y es casi seguro que los elementos descontentos de la élite gobernante podrían derrocarlo. Es indudable que cualquiera que fuese el desenlace, una guerra de esta magnitud engendraría sentimientos muy militantes y volátiles dentro de la Unión Soviética, allanando el camino a un régimen unipersonal o desarticulando sencillamente el sistema.

En las condiciones que imperan a comienzos de la década de 1970, la petrificación oligárquica

será el resultado probable de la permanencia en el poder de la actual mayoría de ancianos que componen la alta burocracia partidaria (en 1969 la edad promedio de los miembros del Comité Central era de más de 60 años, lo cual los convierte probablemente en los dirigentes políticos más viejos del mundo, con excepción de los del Vaticano y de Mao y sus colaboradores), de los mariscales del viejo ejército (algunos de los cuales tienen más antigüedad partidaria que los altos dirigentes políticos) y de los ideólogos del partido. Esta coalición representa la alta élite no sólo política sino también social de la Unión Soviética, en el sentido de que su poder les da prerrogativas equivalentes a las que en el mundo capitalista se relacionan con la riqueza: lujo, comodidad y prestigio. Como toda clase gobernante, tiende a hacerse más conservadora y hostil a los cambios que amenazan su posición. Además, y éste es un detalle muy importante, la clase media soviética, muy burocratizada, está compuesta casi exclusivamente por funcionarios oficiales cuyas costumbres políticas y sociales son bastante conservadoras y que se hallan separados por sólo una generación de sus orígenes proletarios o campesinos. Esta clase desea grandes cambios políticos, aunque anhela más bienes materiales. Es la que apuntala el conservadorismo de la clase dirigente.

El estrato superior de la élite profesional y científica es, empero, demasiado numeroso, demasiado instruido y demasiado nacionalista para conformarse con un programa que no hace más que salvaguardar el statu quo. Aunque preocupado por la estabilidad política, también tiene conciencia de que existen razones domésticas e internacionales por las que es ineludible introducir innovaciones sociales y científicas. En los últimos años este estrato ha ganado cada vez más acceso al círculo de los artífices de decisiones y por consiguiente parti-

cipa informalmente en un proceso de negociación colectiva, sobre todo en las áreas políticas que dependen del asesoramiento de los expertos. El órgano de la Academia Soviética de Ciencias ha hecho notar que "últimamente ha aumentado el número de científicos convocados a colaborar en las tareas del aparato gubernamental, incluso en los niveles más altos. Se los debería consultar con más frecuencia para organizar la producción y dirigir la planificación en la esfera económica."¹⁶ Su influencia innovadora, sumada por un lado al hecho de que los políticos valoran cada vez más la importancia de la innovación científica y por otro a los sentimientos nacionales de rivalidad con Estados Unidos y a las aspiraciones nacionalistas y de seguridad de los jefes militares más jóvenes y de mentalidad más científica, ya está estimulando las presiones encaminadas a fusionar la primera variante (petrificación oligárquica) con la tercera (adaptación tecnológica), en un esfuerzo por construir una forma novedosa de "comunismo tecnocrático".¹⁷

El ejemplo de la Alemania Oriental de Ulbricht puede ser muy pertinente. Aunque en Rumania los estudios sobre la importancia de la revolución científica han inducido a algunos comunistas a sugerir que esta revolución exige un nuevo encuadre teórico fundado sobre el principio de universalidad,¹⁸ Ulbricht ha tratado de combinar la innovación científica con la adhesión estricta a la tradición ideológica leninista-stalinista. La conducción política ha seguido siendo muy centralizada y se ha reprimido drásticamente la disensión ideológica. Al mismo tiempo, Ulbricht ha subrayado quizá mucho más que cualquier otro dirigente comunista el hecho de que "el desarrollo del sistema socialista, que es sobre todo el aprovechamiento de la totalidad del sistema económico, se convierte cada vez más en una cuestión de liderazgo científico... Nos guía-

mos por el control científico consciente, por el pueblo y para el pueblo, de los procesos y sistemas complejos. Utilizamos la cibernética con este fin.”¹⁹

Durante la segunda mitad de la década de 1960 los dirigentes de Alemania Oriental se esforzaron vehementemente por racionalizar la conducción económica con el propósito de combinar la iniciativa de base con un sistema eficaz de controles y coordinación. El VII Congreso del partido (abril de 1967) se fijó el objetivo de elaborar una concepción general de las relaciones entre los diversos sistemas parciales y el sistema económico global. Alemania Oriental recurrió más que ningún otro país comunista a la cibernética, la investigación operativa y el procesamiento electrónico de datos. Dos años más tarde, en el Plenario del Comité Central de abril de 1969, Kurt Hager, miembro del Politburó, informó orgullosamente que Alemania no sólo era ideológicamente sana sino que además estaba “programada de manera correcta”, fórmula ésta que repitió varias veces.

Coherente con esta “programación correcta”, el partido ha subrayado la importancia de la capacitación de sus miembros²⁰ y ha reformado el sistema educacional para asociar estrechamente la ciencia a la industria.²¹ Hacia fines de 1960, Alemania Oriental había dejado de ser una de las sociedades más devastadas por la guerra para transformarse en el estado comunista más avanzado desde los puntos de vista económico e ideológico, con una orientación científica. Al cabo de cincuenta años, la combinación de la disciplina prusiana con la eficiencia científica alemana y la ideología leninista-stalinista ha vuelto a convertir al comunismo alemán en un modelo para sus vecinos orientales.

Sin embargo, es posible que en la Unión Soviética otras consideraciones frenen la marcha de una “tecnologización” análoga del sistema político. Para

empezar, la Unión Soviética es un país más vasto, más difícil de integrar, en el que es necesario corregir muchos más elementos de atraso socioeconómico. Además, en los últimos cincuenta años el partido ha creado sus propias tradiciones y su propio estilo ideológico y aunque alienta a sus funcionarios para que adquieran aptitudes técnicas, es probable que se resista a permitir que entre sus miembros prospere una orientación esencialmente tecnológica, porque ésta diluiría la importancia que se le atribuye a la ideología.²² Asimismo, es posible que en los años próximos aumente la influencia del factor seguridad en la programación política y de los militares en el proceso político y que este fenómeno se agudice aun más en razón del conflicto chino-soviético. En verdad, si la seguridad se convierte en un problema prioritario y si la dirección soviética sigue siendo colectiva, será cada vez más difícil negar a los militares una participación directa en la toma de decisiones políticas. En ese caso, la fusión de la primera y la tercera variantes (en un esfuerzo por combinar la rigidez ideológica con la idoneidad tecnológica) también implicará, durante 1970, la transformación de la actual dictadura del Partido Comunista en una oligarquía pretoriana comunista.²³

El problema de la vitalidad

El interrogante es, entonces: ¿Esta evolución política facilitará la resolución de los problemas económicos y políticos de la Unión Soviética? La respuesta a este interrogante será, necesariamente, aun más especulativa que la misma prognosis. En general, parece dudoso que la tentativa de combinar la ortodoxia ideológica con la innovación tecnológica, apuntalada quizá por la intervención creciente

del nacionalismo y los militares, genere un ambiente favorable a la creatividad intelectual y científica. Es más probable que esta tentativa produzca contradicciones internas y que los ideólogos y los tecnócratas tiren a menudo en direcciones opuestas. Esto será especialmente válido en el campo complejo de la descentralización económica, descentralización que se juzga cada vez más necesaria por razones económicas, pero que sin embargo inspira temores por razones políticas. El resultado se expresará en transacciones temporarias (como las que son típicas en Brezhnev) o en giros drásticos de una política a otra. La tensión consiguiente ensanchará la brecha que separa al sistema político de la sociedad: el primero parecerá indiferente a los dilemas internos y se generará una creciente presión social encaminada a estimular la reconsideración más fundamental de la validez que conserva, actualmente, el carácter ideológico e institucional del Estado soviético.

En consecuencia, es lícito esperar que en la década de 1970 se produzcan en la Unión Soviética convulsiones similares a las que empezaron a registrarse en España, Yugoslavia, México y Polonia a fines de 1960. La población estudiantil soviética se habrá duplicado durante 1960 (entre 1958 y 1965 aumentó en un 75 por ciento) y es poco probable que la Unión Soviética pueda permanecer totalmente inmune a la agitación estudiantil. Es previsible que la revolución sexual se extienda, en las postrimerías de 1970, a los centros urbanos soviéticos y a los ideólogos del partido no les resultará fácil avernirla con las costumbres oficiales vigentes. Estos factores podrían crear una base social más amplia para los disidentes ideológicos actualmente aislados y es posible que, sumados al afianzamiento de la individualidad de la *intelligentzia* no rusa, engendren tensiones sociales y políticas más visibles.

Frente al autoritarismo del régimen soviético, el simbolismo político de una bandera roja izada espontáneamente por los estudiantes moscovitas en su universidad será mucho mayor que el de la misma bandera enarbolada en Columbia o en la Sorbona.

Habrà que esperar hasta comienzos de la década de 1980 para que los primeros líderes políticos totalmente poststalinistas ingresen en el ruedo político. Un dirigente político ambicioso que tenga 45 años en 1980 debió tener sólo 18 cuando murió Stalin y 21 cuando empezó realmente la desestalinización. Aunque probablemente su generación encontrará el acceso al poder bloqueado por dirigentes políticos diez o incluso veinte años mayores (los Polianskis, Shelepins, Semijastnis, Tolstikovs de hoy), reclamará influencia desde los rangos inmediatamente inferiores a los del Comité Central. Dados el clima doméstico y mundial más versátil en el que habrán madurado, su mayor educación y el carácter quizá más flexible de los estados vecinos de Europa Oriental, es muy posible que la élite política emergente esté menos convencida de que el desarrollo social necesita de la fuerte concentración del poder político.

Sin embargo, es previsible que incluso entonces la oligarquía política abroquelada se resista a la transición hacia un sistema pluralista. En algún momento la introducción del pluralismo político dependerá de que se adopte deliberadamente la resolución de abrir las puertas a ideas contrapuestas, de permitir que cada ciudadano soviético lea lo que quiera, de reducir el nivel del control ideológico del partido, de descentralizar la toma de decisiones y de compartir el poder con la sociedad... o sea de transformar la totalidad del sistema. Las consecuencias involuntarias de los ajustes económico-tecnológicos no bastarán para producir cambios políticos importantes. Tal como sucedió en

Yugoslavia o en la Checoslovaquia anterior a 1968, la élite política debe tomar en algún momento la decisión de iniciar reformas políticas premeditadas.

Por tanto, a menos que se produzca una conmoción violenta provocada por la parálisis interna, conmoción que entronizará dramáticamente la democracia social o más probablemente, a un dictador nostálgico capaz de controlar la discrepancia interna, la proyección más viable para 1980 augura un desplazamiento marginal hacia la combinación de la segunda variante (evolución pluralista) y la tercera (adaptación tecnológica): un pluralismo económico-político restringido y un fuerte énfasis en la competencia tecnológica, dentro del contexto de un gobierno todavía autoritario que representará a una coalición de los rangos superiores de los principales grupos de intereses. Esto podría implicar el comienzo del retorno a la tradición marxista occidental, pero sólo un comienzo lento y cauteloso, en el mejor de los casos.²⁴

Sería imprudente, entonces, esperar que en el futuro próximo se produzca una revisión fundamental de la actitud soviética para con el mundo. Habrá un cambio, pero será lento. Además, es probable que el elemento de rivalidad con Estados Unidos, que reflejará la herencia residual de la ideología y que estará reforzado por el nacionalismo de clase media, continúe rampante, aunque atemperado por la creciente conciencia soviética de que los imperativos básicos de la supervivencia humana dictan la necesidad de aumentar la colaboración norteamericano-soviética. También es posible que el conflicto chino-soviético tenga un efecto doble y contradictorio: por un lado intensificará el deseo soviético de contar con un flanco occidental seguro y pacífico y por otro agudizará la preocupación soviética por la defensa y en consecuencia reforzará

la posición interna de los elementos más conservadores y nacionalistas.

Esta combinación de desgaste ideológico y creciente nacionalismo hace poco probable que la Unión Soviética se convierta, en breve plazo, en una promotora militante de la causa de la revolución mundial o de una política de cooperación global. Existen más posibilidades de que adopte un programa ambiguo gobernado por las conveniencias inmediatas antes que por una perspectiva de gran envergadura y largo alcance. En este contexto y precisamente porque no es probable que en el futuro próximo la Unión Soviética pase por una etapa interior de creatividad y experimentación individual, es previsible que su atractivo como modelo socioeconómico del comunismo contemporáneo, capaz de cautivar intelectual y moralmente la imaginación de la humanidad, siga en baja.

NOTAS

¹ Se puede estimar que, si el producto bruto nacional de Estados Unidos aumenta a un ritmo del 3,5 anual, hacia 1985 será superior al billón y medio de dólares; si se mantuvieran las tasas de la década de 1960, hacia 1980 ya será de alrededor de 1,7 billones de dólares. Si el PBN soviético aumenta con una tasa del 5 por ciento, hacia 1985 estará por debajo de los 800.000 millones de dólares; si crece con una tasa aun mayor, del 7 por ciento, hacia 1986 el PBN será de aproximadamente 1,1 billones de dólares. O sea que el desnivel absoluto no se reducirá, e incluso podrá incrementarse considerablemente entre 1965 y 1985.

En 1961, los líderes soviéticos adoptaron formalmente un programa que prometía, entre otras cosas, que hacia 1970 la Unión Soviética habría superado la producción industrial norteamericana. Evidentemente, esto no sucedió.

² Véanse C. Freeman y A. Young: *The Research and Development Effort in Western Europe, North America and the Soviet Union*, OECD, pág. 33, y también el exhaustivo estudio *Science Policy in the USSR*, OECD, 1969.

³ Véanse otros ejemplos en *Science Policy in the USSR*, pág. 95.

El académico soviético V. Trapeznikov calculó que el 98 por ciento de los investigadores soviéticos trabajan en institutos, en tanto que el 60 por ciento de los investigadores norteamericanos trabajan directamente en las industrias pertinentes. También estimó que aproximadamente la mitad de los descubrimientos de los investigadores soviéticos ya son obsoletos cuando se inicia su desarrollo. Véase *Pravda*, 19 de enero de 1967. Véase también la entrevista con el académico V. M. Glushkov, en *Komsomolskaia Pravda*, 15 de mayo de 1968, en la cual éste pide que se proceda a la rápida capacitación de "gerentes de sistemas", una especialidad en la que, a su juicio, los norteamericanos descuellan y que no tiene equivalente en la Unión Soviética. Reclama, asimismo, que se dicten cursos regulares de actualización para gerentes, citando también los antecedentes norteamericanos.

• "Algunos sectores, incluyendo por supuesto la investigación y el desarrollo en materia espacial y en algunas áreas de la defensa, así como una parte importante de la industria del hierro y el acero, están muy adelantadas desde el punto de vista técnico, pero muchas industrias, sobre todo del sector de los bienes de consumo, están menos desarrolladas, siempre desde el punto de vista técnico, que las de los grandes países occidentales...

"La impresión que se obtiene de los estudios soviéticos y occidentales es la de que en todas las industrias, con excepción de unas pocas de tipo prioritario, la Unión Soviética está menos adelantada técnicamente que Estados Unidos, en tanto que en varias industrias de primer orden la Unión Soviética marcha, tecnológicamente, a la zaga de los países industrializados de Europa Occidental." Véase *Science and Policy in the USSR*, págs. 9, 476.

Según un estudio de la Agencia Internacional de Energía Atómica, la Unión Soviética, que en 1954 fue el primer país que adaptó la energía nuclear con fines pacíficos, ya había sido superada, hacia 1969, por Estados Unidos y el Reino Unido. Hacia 1975 marchará a la zaga de Estados Unidos, el Reino Unido, Japón, Canadá, Suecia y Alemania, y su potencia medida en megawatts será aproximadamente catorce veces menor que la de Estados Unidos. Véase *Power and Research Reactors in Member States*.

Como dice Burks: "La curva del desarrollo tecnológico de Occidente es exponencial. Fibras sintéticas, plásticos, energía nuclear, transistores, computadores digitales, dispositivos erográficos, lasers, se suceden los unos a los otros en una secuencia aparentemente interminable. Además, a medida que la tecnología occidental se hace más compleja, aumenta el tiempo que los europeos orientales tardan en

copiarla. El lapso de reproducción oscila entre dos y quince años, con casi un 50 por ciento de probabilidades de que cuando el producto aparezca por primera vez en el mercado oriental ya sea obsoleto, en términos occidentales. En materia de computadoras, el atraso soviético (para no hablar del europeo oriental) oscila entre dos y diez años." Véase Burks, *op. cit.*, pág. 8. Véanse también los datos citados en nota 13 del cap. 9, especialmente en lo que concierne a las computadoras.

⁶ *Izvestia*, 28 de octubre de 1968.

⁷ Académico P. L. Kapitsa, en *Komsomolskaia Pravda*, 19 de enero de 1968.

⁸ Un buen ejemplo de este último tipo de resultado lo encontramos en el caso Lisenko, con sus efectos desastrosos para la biología soviética. El científico soviético Z. A. Medvedev suministra una descripción viva y documentada de este caso en *The Rise and Fall of T. D. Lysenko*. Nueva York, 1969. El libro de Medvedev fue escrito en la Unión Soviética, pero no se permitió su publicación en ese país.

⁹ Además, tal como Jeremy Azrael argumentó convincentemente en su *Managerial Power in Soviet Politics*, Cambridge, Massachusetts, 1966, hay que reconocer que "la especialización profesional puede llegar a un alto nivel sin estimular el pluralismo social o político; que a los ingenieros y gerentes se los puede gobernar tanto mediante compromisos ideológicos y políticos transfuncionales como por los intereses 'objetivos' que tienen en cuanto dueños de papeles económicos; que estos intereses se pueden satisfacer en gran parte, si no totalmente, dentro del marco de un sistema político que no es ni democrático ni tecnocrático; y que los hombres que se orientan hacia la apoteosis del poder político pueden conservar con éxito una posición de autoridad sobre hombres que pretenden llevar al máximo las utilidades económicas, aunque esto exija grandes sacrificios." Véase pág. 175.

¹⁰ Es importante diferenciar aquí la discrepancia utilitaria, ortodoxa, de la discrepancia fundamental, heterodoxa. A veces los observadores exteriores las confunden, y en razón de ello se ensalza a los disidentes utilitarios por haber corrido riesgos inexistentes, y la tolerancia del gobierno para con ellos se interpreta como un síntoma de ruptura con la tradición leninista-stalinista. El ejemplo contemporáneo clásico es el de Ievgueni Ievtushenko. Su "disidencia" ha sido de naturaleza primordialmente utilitaria: ha apuntado a hacer más compatible la relación entre el sistema político y la sociedad, sin abordar otro interrogante, a saber, si es necesario repensar y revisar los cimientos más esenciales, ideológicos, del sistema. En cambio, precisamente porque

las obras de Alexander Solzenitsin o Pasternak impugnaban más a fondo los antecedentes históricos del sistema político, ambos fueron objeto de una hostilidad oficial más manifiesta.

¹¹ *Problems of Communism*, julio-agosto y septiembre-octubre de 1968. Véase también V. Chornovil: *The Chornovil Papers*. Nueva York, 1968.

¹² "No obstante toda su modernización, la Unión Soviética todavía alberga una numerosísima población 'oscura' que aspira, por un lado, a las comodidades burguesas, y que sin embargo está sumergida, por otro, en la retórica socialista. Y dentro de esta población hay un fuerte elemento de 'envidia' —grosera, primitiva, a menudo muy justificada, una especie de fuerza legendaria por derecho propio— que interpreta todo privilegio como una corrupción, y que apunta tanto contra la élite política y gerencial del partido como contra la intelectualidad. Sin embargo, en este caso, la intelectualidad está en desventaja, porque todavía carga el peso tradicional de la culpa respecto del pueblo, y los hilos de la manipulación están en manos del partido." Véase Sidney Monas: "Engineers or Martyrs: Dissent and the Intelligentsia", *Problems of Communism*, setiembre-octubre de 1968, pág. 5.

¹³ Texto publicado en *The New York Times*, 22 de julio de 1968. Las citas del texto han sido tomadas de esta versión.

¹⁴ Al criticar el atraso persistente de la sociedad soviética, condición que el cuadro oficialmente idílico ha ignorado, Sajarov revela el hecho extraordinario de que más o menos el 45 por ciento de la población, o sea aproximadamente 110 millones de ciudadanos soviéticos, viven en condiciones de estrechez. Compara esta situación con la de Estados Unidos, donde "alrededor del 25 por ciento de la población está al borde de la pobreza. En cambio, el 5 por ciento de la población soviética que pertenece al grupo directivo goza de tantos privilegios como su equivalente norteamericano".

La observación de Sajarov es importante porque desde hace mucho tiempo los soviéticos ponen especial énfasis en la conquista de la igualdad social. En verdad, las estadísticas soviéticas, y más recientemente los estudios sociológicos, confirman que en la educación superior los hijos de los funcionarios de cuello duro gozan de muchas más oportunidades que los de trabajadores o campesinos de las granjas colectivas. Por ejemplo, a fines de los años 50, el 75 por ciento de los alumnos de la Universidad de Moscú eran hijos de funcionarios; el 20 y el 5 por ciento eran hijos, respectivamente, de trabajadores y campesinos. Du-

rante ese mismo período la distribución demográfica de estos sectores era, más o menos, del 20, el 48 y el 31 por ciento, respectivamente. Véase el volumen *Kulturnaia Revoliutsia*, Moscú, 1967, pág. 151. También existe una desproporción considerable en los niveles de remuneración: en 1968 se fijó un salario mínimo de aproximadamente 65 dólares mensuales.

¹⁵ Tal como observó un estudioso checoslovaco al comentar la experiencia stalinista de su país: "Uno de los métodos viables para impedir la repetición de los juicios políticos, cualquiera que sea la forma que éstos asuman, consistiría en modificar el concepto de lo que es la política, y esto se relaciona con la gestación de un nuevo sistema político. Pienso en un concepto de la política que no contenga elementos o bases firmes para incurrir en los despliegues de ilegalidad que fueron más comunes en el período de los juicios políticos". Véase K. Kaplan: "Thoughts about the Political Trials", *Nova Mysl*, nº 8, 1968.

¹⁶ *Vestnik Akademii Nauk*, nº 3, 1966, pág. 138.

¹⁷ Este proceso daría expresión política al aumento impresionante que se registra en el número total de especialistas consagrados a la actividad y los servicios científicos (incluidos los que tienen educación secundaria especializada) y en el número de miembros de la élite política que cuentan con nutridos antecedentes de tipo técnico y científico. Entre los años 1950 y 1966 los primeros pasaron de 714.000 a 2.741.000. Véase *Science Policy in the USSR*, pág. 679. George Fischer ha reunido pruebas de que los segundos se están convirtiendo en el grupo predominante entre los miembros más jóvenes del Comité Central del PCUS. Véase *The Soviet System and Modern Society*, Nueva York, 1968, especialmente págs. 125-134. La idoneidad técnica está tan difundida en la élite política soviética como la formación jurídica lo está en su equivalente norteamericana.

¹⁸ V. Roman: "For a Marxist Theory of the Technical-Scientific Revolution", en *Contemporanul*.

¹⁹ Walter Ulbricht: "The Significance and Vital Force of the Teachings of Karl Marx for Our Era", folleto. Berlín, 2 de mayo de 1968.

²⁰ Véase Peter C. Ludz: *Parteielite im Wandel*. Colonia, 1968.

²¹ En virtud de estas reformas, las universidades y las escuelas politécnicas se han transformado en nuevos "combinados científicos" directamente ligados con empresas industriales. Por ejemplo, la Universidad Técnica de Dresden trabaja asociada con la vecina fábrica de computadoras de Radeberg, y otros institutos de enseñanza también se han

vinculado con los esfuerzos industriales básicos de sus ciudades o regiones. En el curso de esta reforma se ha hecho un esfuerzo capital encaminado a lograr la participación de los estudiantes, y se dice que éstos han hecho muchas propuestas constructivas en el citado contexto.

Al mismo tiempo, el adoctrinamiento marxista-leninista conserva un papel prioritario en el proceso educacional, pero se ha subrayado la necesidad de combinarlo con el pronóstico social científico: "Es necesario inculcar al personal directivo del estado socialista conocimientos complejos que le permitan trasladar a la práctica las resoluciones del partido con un alto grado de precisión. Esto se debe hacer sobre la base del pronóstico social de largo alcance, en colaboración con el Instituto de Conducción Económica Socialista, el Instituto de Ciencias Sociales, la Universidad del Partido 'Karl Marx', y otras instituciones". Véase el discurso del 29 de abril de 1969 de Erich Honecker, miembro del Politburó y secretario del Comité Central del Partido Alemán de Unidad Socialista. El discurso de Honecker se destacó por subrayar los rasgos tecnocráticos de la sociedad moderna y por su relativa preterición del problema ideológico.

²² Véase, por ejemplo, la advertencia de P. Demichev: "The Construction of Communism and the Goals of Social Sciences", en *Kommunist*, nº 10, 1968, pág. 26. Para un interesante análisis de la tendencia a la mayor fusión de la experiencia burocrática del partido con la competencia técnica, véase George Fischer: *The Soviet System and Modern Society*. Nueva York, 1968.

²³ Algunos observadores yugoslavos también sustentan esta opinión. Por ejemplo, V. Stanovcic argumentó en el número del 26 de setiembre de 1968 de *Komunist*, semanario del Comité Central yugoslavo, que el actual sistema soviético ha demostrado ser incapaz de liberalizarse gradualmente, y que por tanto es muy probable que "se transforme lógicamente en una forma de gobierno bonapartista, en la que grupos gerencial-militaristas asumirán el papel de 'artífices de la línea' y 'organizadores' de la sociedad".

²⁴ A esta altura quizá sea oportuno desechar la analogía popular que se establece a menudo entre la evolución de la Revolución Francesa hacia una democracia burguesa y las consecuencias políticas presuntamente similares del *aburguesamiento* de la sociedad soviética. La analogía pasa por alto varias diferencias notables entre ambas revoluciones. La Revolución Francesa tuvo por escenario un ámbito plasmado por una tradición intelectual racionalista e idealista y por un absolutismo ineficaz. La Revolución Rusa fue precedida por una creciente corriente intelectual

fanática y utópica que implicaba una reacción contra el ambiente político absolutista y autocrático. La Revolución Francesa fue impulsada por una clase media profesional idealista y muy desorganizada; la Revolución Bolchevique por un partido muy profesional, ideológico y disciplinado. Durante su relativamente breve estadía en el poder, la Revolución Francesa no tuvo tiempo de reorganizar a fondo la sociedad francesa; los bolcheviques, sobre todo durante el régimen de Stalin, destejieron y volvieron a urdir toda la urdimbre social, al mismo tiempo que realizaban una revolución industrial y urbana de largo alcance. La clase media francesa era innovadora y tenía inquietudes intelectuales; la nueva clase media soviética es victoriana, conservadora y ortodoxa. En último lugar por orden de enumeración pero no de importancia, el heredero de la Revolución Francesa, Napoleón, fue derrotado. Stalin triunfó.

XII

EL COMUNISMO SECTARIO

En nuestra era, un movimiento ideológico universal puede ser pluralista. Y para que sea pluralista —o sea, sensible a las condiciones globales rápidamente cambiantes, diferenciadas y a la consiguiente atmósfera intelectual versátil— su contenido ideológico debe ser de tipo muy general, más ético que práctico y más humanista que nacionalista. En efecto, un comunismo ecuménico debería ser un comunismo deliberadamente pluralista. Un comunismo internacional de este tipo generaría, a su vez, inevitablemente, presiones encaminadas a crear partidos comunistas con una organización interna pluralista.

El comunismo pluralista no existe y es improbable que nazca. El universalismo comunista ha caído víctima del dogmatismo. Este dogmatismo sólo era compatible con el universalismo mientras el comunismo era un ensayo abstracto encaminado a definir las condiciones globales en las primeras etapas de industrialización y encontró su expresión política en grupos heterogéneos de intelectuales que ambicionaban el poder. Cuando estos intelectuales tomaron el poder en distintos países, el dogmatismo empezó a amalgamarse con la propensión natural de los nuevos gobernantes a ver el mundo a través

del prisma de sus propios intereses nacionales. El dogmatismo, que ya no operaba en el plano de la abstracción universal sino en el de la práctica nacional, facilitó la transformación del comunismo en sectarismo. Cada secta empezó a proclamar que su perspectiva era la auténticamente universal y a implantar la disciplina partidaria *interna* sobre esta base.

La Unión Soviética fue la pionera de la transformación del comunismo universal en un comunismo sectario, pero el proceso se desarrolló espontáneamente en todos los otros partidos comunistas gobernantes e incluso en los partidos comunistas tradicionales que no ejercían el gobierno. Como consecuencia de las reivindicaciones encontradas, de las excomuniones mutuas, de las ocasionales transacciones forzadas y de los conflictos activos y latentes, el comunismo contemporáneo forma un mosaico tan heterogéneo como el que forman las naciones de la humanidad.¹ Lejos de ayudar a terminar con la fragmentación intelectual del globo, el comunismo sectario la intensifica.

Fases

En la evolución del comunismo como movimiento internacional a partir de la creación del primer estado comunista, en la Unión Soviética, se pueden distinguir cuatro grandes fases. La primera, que corresponde a grandes rasgos a 1920 y 1930, pero sobre todo 1930 y que asistió a la reestructuración ideológica de la sociedad soviética, puede identificarse como la de *trasplante*. Una doctrina esencialmente occidental, que respondía a las condiciones específicas de la industrialización capitalista occidental, fue trasplantada al marco ruso y redefinida para satisfacer las necesidades políticas de ese

ambiente. Para eso hubo que domesticar y dogmatizar la ideología importada y readaptada.

La domesticación implicó impregnar cada vez más la doctrina con fórmulas derivadas de las condiciones específicas de Rusia, tales como Lenin las definió en primer término y como Stalin lo hizo luego, con más precisión aún. Como consecuencia, se universalizaron dogmáticamente consideraciones puramente locales. La dogmatización fue, en gran medida, el producto del ámbito primitivo y autocrático al que se trasplantó el marxismo,² de los rasgos personales arbitrarios de sus ideólogos máximos, y de las necesidades de poder de la nueva élite comunista que se encontró sin lo que Marx imaginó como los cimientos del régimen socialista: la sólida base proletaria que el desarrollo capitalista había creado en Occidente.

La segunda fase, de *universalización* activa de los elementos específicamente soviéticos, correspondió aproximadamente a 1930 y sobre todo a 1940. Asistió a la stalinización de los partidos comunistas extranjeros, a la exportación coactiva de la versión soviética del comunismo a los países de Europa Oriental y a la expansión espontánea —por China, Corea y Vietnam— de la adaptación leninista y más oriental del marxismo. El comunismo internacional, centralizado por Moscú, imitó la experiencia soviética sin tomar en consideración las condiciones que imperaban en los distintos países. En verdad, los soviéticos insistieron con más vehemencia en la necesidad de emplear un molde común precisamente porque existía una ancha brecha entre la ideología y las condiciones locales.

Esta situación no pudo prolongarse durante mucho tiempo y los grupos dirigentes comunistas nacionales empezaron a sentir la creciente presión interna de quienes reclamaban ajustes. Luego, los

mismos dirigentes nacionales vislumbraron una divergencia entre sus propias necesidades e intereses. por un lado, y las recetas y exigencias soviéticas. por otro. El resultado fue la tercera fase, de *particularización* del comunismo internacional, durante 1950. Asistió, en primer término, a la emancipación total de la dirección yugoslava (en buena parte porque había conquistado el poder—mediante sus propios esfuerzos), a la emancipación parcial de la dirección polaca, a los comienzos de emancipación de los rumanos y, sobre todo, a la creciente inclinación de la dirección china a practicar su propia versión del comunismo y a suponer que su experiencia era válida para otros partidos comunistas revolucionarios.

Por consiguiente, en 1960 se asistió a una nueva etapa de la historia del comunismo internacional, dominada por la tensión pública entre el proceso en razón del cual se relativizaba la doctrina y el proceso en razón del cual se otorgaba vigencia absoluta a algunos puntos de vista específicos. En aras de la unidad, la dirección soviética pareció dispuesta a tolerar, al principio, una diversidad creciente. A comienzos de 1960 renunció formalmente a su pretensión de liderazgo y a su insistencia en la adopción de una línea general común.³ Sin embargo, durante la segunda mitad de la década se produjo un giro en dirección contraria, generado, quizá, por el temor de que la relativización fuera la primera etapa de la erosión de la ideología y a que la unidad ecuménica resultante estuviera desprovista de contenido político. Los acontecimientos políticos checoslovacos de 1968 y el tenaz desafío chino fueron muy probablemente los catalizadores que precipitaron el giro de los dirigentes soviéticos hacia el sectarismo: la ratificación de la universalidad absoluta de determinadas leyes comunes, en buena parte enunciadas por los mismos dirigentes

soviéticos. Era inevitable que por esto se pagara un precio: los partidos comunistas que estaban en condiciones de defender su propia posición divergente lo harían... y deberían hacerlo en el contexto de mutuas denuncias ideológicas. De modo que el particularismo no implicó un paso hacia el ecumenismo sino que se tradujo, durante 1960, en la cuarta etapa hoy vigente: el *sectarismo*.

A partir de los comienzos de 1970 la unidad comunista carece de una significación concreta.⁴ Los partidos comunistas de Occidente refuerzan sus campañas proselitistas negando cada vez más la pertinencia del modelo soviético. En verdad, los dirigentes comunistas italianos y franceses han llegado a la conclusión de que sus partidos sólo podrán triunfar en la medida en que sean capaces de convencer a los ciudadanos de que un gobierno comunista francés o italiano será distinto del modelo soviético. No obstante las persistentes presiones rusas, los partidos comunistas que gobiernan en Europa oriental siguen ajustando discretamente su política a las necesidades internas, y por esta vía se apartan cada vez más del modelo soviético. El Partido Comunista chino no sólo practica su propia versión del comunismo sino que niega explícitamente que el partido soviético sea comunista. Más aún, denuncia que la Unión Soviética está reimplantando el capitalismo.

La decisión soviética de sofocar, en 1968, la democratización checoslovaca, fue particularmente nefasta para el comunismo internacional. Si los líderes soviéticos hubieran permitido la liberalización del modelo esencialmente stalinista del estado comunista checoslovaco, se habría dado un paso capital y vitalmente importante hacia la democratización del comunismo europeo. La democratización de Checoslovaquia habría influido significa-

tivamente sobre otros estados comunistas, incluida la Unión Soviética y eventualmente habría generado tendencias similares en su interior. Esta fue la razón principal por la que los soviéticos decidieron intervenir en Checoslovaquia. Roger Garaudy, entonces miembro del Politburó del Partido Comunista francés, dijo con razón que la democratización de Checoslovaquia les inspiró un miedo instintivo a los dirigentes soviéticos, precisamente porque habían estado tan atados al modelo stalinista del socialismo, que cualquier tentativa de adaptar este último a las condiciones de las sociedades más avanzadas se les aparecía como una amenaza contra el socialismo propiamente dicho. La democratización marchaba a contramano de toda su educación y su filosofía. Por tanto, la ocupación de Checoslovaquia no fue un error sino la consecuencia lógica del sistema stalinista.⁵

El espectáculo de una Checoslovaquia democrática gobernada por un partido comunista que tolerara la libertad individual (de viajar, de palabra, de prensa) habría tenido una influencia enorme sobre los partidos comunistas occidentales. Los habría inducido a acelerar su propia democratización interna y los habría hecho más atractivos para sus electorados nacionales. Esto habría marcado un jalón de primer orden en la historia del comunismo. Habría creado en el Occidente más avanzado un comunismo democratizador dispuesto a enfrentar con espíritu humanista el desafío tecnocrático; habría generado un comunismo militante, más revolucionario, inclinado a reaccionar violentamente contra el atraso y la insuficiencia social de las condiciones que prevalecen en el Tercer Mundo. La renuencia a tolerar la experiencia checoslovaca significa no sólo que la Unión Soviética seguirá estancada durante un tiempo en un molde congelado y muy burocratizado, sino también que habrá mu-

chos comunismos sectarios, cada uno de los cuales se atribuirá la paternidad de un mensaje universalmente válido.⁶

Comunismos asimilados

Por tanto, es probable que los años 1970 a 1980 asistan a la adaptación de comunismos cada vez más diversificados a las condiciones locales específicas, al mismo tiempo que se desvanecen como piezas de un movimiento internacional y de una ideología universal. Es probable que en Europa oriental esto implique el advenimiento de algunos regímenes que sería más justo definir como “social-fascistas”, antes que como comunistas o sea, partidos gobernantes que refuerzan su propio dogmatismo expulsando de sus filas a aquellos que tienden a apartarse de algún modo de la norma. Las jerarquías superiores y medias de su élite, vehementemente nacionalistas, estarán compuestas por funcionarios de una primera generación de clase media, social y políticamente conservadora, que habrán internalizado con vaguedad la ideología oficial —sobre todo la creencia en la prioridad del Estado—, los cuales gobernarán aliados a una clase neutral en materia de ideología y experta en el campo tecnológico, que desdeñará a los “anticuados” humanistas intelectuales, todo esto con el apoyo de las fuerzas armadas. Es probable que a esta categoría “social fascista” se aproximen no sólo la Unión Soviética sino también Alemania Oriental y quizá Polonia y Bulgaria.⁷

Sin embargo, es difícil que estos regímenes sean estables. Las élites gobernantes son cada vez más cínicas y tienden a fragmentarse progresivamente: las camarillas, las intrigas y las disputas personales dominan los procesos políticos internos, que toda-

vía no se ajustan a procedimientos constitucionales definidos. Las sociedades están cada vez más levantiscas bajo las restricciones políticas vigentes y temen que sus sistemas no sean suficientemente innovadores en las áreas tecnológicas. Además, una nueva generación de estudiantes, cada vez más numerosa, empieza a salir de las universidades y a reclamar participación en el poder. Es probable que los estallidos de 1968 se repitan en 1970. Si se produjeran en un momento en el que Europa Occidental ejerciese atracción social sobre los frustrados europeos orientales y en el que el régimen de Moscú estuviera débil y dividido, la próxima ola de agitación europea oriental podría ser explosiva en escala regional y no sólo nacional.

En Yugoslavia la principal fuente de incertidumbre para el futuro descansa sobre la posibilidad de que se produzcan disensiones entre las diversas nacionalidades, sobre todo después de la muerte de Tito. Esta disensión podría generar un golpe militar destinado a salvaguardar la unidad del estado y probablemente en ese caso las autoridades soviéticas se esforzarán por mejorar las relaciones con el régimen pretoriano yugoslavo. Si este peligro, que es muy real, se superara mediante una combinación de habilidad política y desarrollo económico constante, Yugoslavia podría continuar evolucionando hacia un esquema más pluralista y podría cultivar contactos más estrechos con Occidente, los cuales seguramente incluirían alguna forma de asociación con el Mercado Común Europeo. Quizás incluso empiece a ensayar elecciones multipartidarias y es probable que asuma una actitud cada vez menos doctrinaria en relación con el problema clásico del antagonismo entre la propiedad del Estado y la propiedad privada.⁸ Los teóricos yugoslavos ya han argumentado en público que el sistema multipartidario es un mecanismo necesario

para evitar la degeneración política inherente a la concentración de todo el poder en manos del Partido Comunista. Han advertido también que "nada es tan irracional como un sistema racional cerrado que no admite la existencia de otras ideas y de opiniones adversas, que no permite ningún fermento intelectual".⁹

El ejemplo de esta Yugoslavia sería atractivo para los países más desarrollados de Europa oriental, tales como Checoslovaquia y Hungría, y eventualmente para Rumania, que por ahora es el miembro más autónomo del bloque oriental. Es probable que los dos primeros países sigan discretamente el camino de la democratización interior, que finalmente conducirá a la independencia. En cuanto a Rumania, es posible que para consolidar su independencia aumente la envergadura de la participación popular en la vida social y política del país. Los tres países tienen cada vez más conciencia de que es deseable sustituir el modelo soviético muy centralizado por una economía mixta. Más aún, los sociólogos checoslovacos han llamado recientemente la atención sobre el hecho de que en su propia sociedad se está operando una transformación en virtud de la cual la intelectualidad, "el grupo que crece más rápidamente", desempeña el papel decisivo. A su juicio, esto impone necesariamente una redefinición del concepto de "dictadura del proletariado".¹⁰ Al discutir las implicaciones del modelo económico húngaro cada vez más descentralizado y del crecimiento análogo de la intelectualidad local, los sociólogos húngaros también han pedido una redefinición del socialismo en el sentido de "reformas sociales de gran envergadura, que abarcan amplios sectores de la vida social (también política y cultural)".¹¹

Además, los estados europeos orientales temen que la obsolescencia científica sea el precio que

tendrán que pagar por mantener una relación demasiado estrecha con el bloque oriental y por estar escindidos de Occidente. (Estos temores no son injustificados. Véase el cuadro 10.) El temor lo comparte incluso Alemania Oriental, cuyo desarrollo tecnológico la encauza cada vez más hacia los mercados occidentales, de lo que resulta que el éxito tecnológico del régimen entra en colisión con su orientación política.

Cuadro 10

INVENTOS REGISTRADOS POR CADA 100.000
HABITANTES (1964)

País	Número de inventos
Bélgica	164
Austria	147
Dinamarca	131
Noruega	121
Checoslovaquia	52
Hungría	20
Polonia	10
Rumania	7

Fuente: Burks: *Technological Innovation and Political Change in Communist Eastern Europe*, pág. 12.

Es probable que en Occidente el comunismo burocratizado e ideológicamente estéril, de tipo stalinista, siga perdiendo trascendencia sociopolítica. La bandera revolucionaria ya ha pasado a las manos de los grupos ideológicamente más versátiles y activistas. Como consecuencia, es previsible que para adquirir peso político los partidos comunistas tradicionales reduzcan su ortodoxia y hagan hincapié en su lealtad a los procedimientos constitucionales.¹² Es probable que su problema siga consistiendo en el hecho de que no pueden ofrecer a sus electorados el modelo atractivo de una potencia comunista moderna, pluralista y muy refi-

nada. Además, la importancia de su mensaje programático se reduce aun más en razón de que Occidente se ha adelantado a los países comunistas como escenario de la revolución social y tecnológica.

Así, tanto para explotar las tensiones relacionadas con la transición de la sociedad industrial a la tecnocrática como para encontrar una base para la acción política efectiva, los partidos comunistas francés e italiano se han visto obligados a diluir su ortodoxia. Algunos de sus teóricos ya han subrayado la necesidad de redefinir al partido comunista como un partido totalmente nuevo que incluiría a toda la izquierda, que no sería ideológico en el sentido estricto de la palabra y que ciertamente no sería leninista en su estructura burocrática. En la medida en que los dirigentes conservadores del partido silencian a estos reformistas, los partidos comunistas de Occidente continúan siendo sectarios y quedan políticamente aislados; en la medida en que los reformistas conquistan apoyo, los partidos comunistas de Occidente diluyen cada vez más su tradición ideológica decimonónica de grandes visiones dogmáticas, integradas y exclusivistas.¹³ Estas visiones ya no pueden abarcar la nueva revolución científica ni las revoluciones de los estudiantes e intelectuales, que han ocupado el papel de enemigos actuales del sistema, desplazando a los comunistas. Cualquiera que sea la respuesta, queda en pie el hecho básico de que los partidos comunistas de Occidente ya no son innovadores ni revolucionarios.

China y la revolución global

El comunismo, si bien llegó demasiado tarde para Occidente, llegó demasiado temprano para Oriente, o, en términos más generales, para el Tercer

Mundo en conjunto. En lugar de ser la fuerza internacionalizadora y humanizadora que imaginó Marx, el comunismo de Oriente es, en el mejor de los casos, la fuente de estímulo para una modernización vehementemente nacionalista o para la resistencia revolucionaria a la explotación social y en el peor de los casos, la base para el fanatismo despótico y la opresión masiva. Igual que en Occidente, el comunismo exhibió más a menudo sus virtudes cuando estaba en el llano y catalizaba la lucha contra la desigualdad, la injusticia social o la dominación extranjera. En el poder, tiende a ser extraordinariamente tiránico, fanático y vehementemente nacionalista.

En Oriente el comunismo fue, aun más que en Occidente, una fuerza muy importante por el papel que desempeñó al estimular el nacionalismo populista. Esto es muy comprensible. El comunismo llegó a las masas del Tercer Mundo antes de que se produjera el despertar político de éstas, y triunfó sólo donde se convirtió tanto en la expresión exterior como en el contenido interior del nuevo sentimiento de identidad nacional. Al destacar la industrialización como medio para satisfacer las aspiraciones populares en los planos exterior e interno, el comunismo galvanizó los sentimientos de inferioridad respecto de Occidente, más avanzado. En razón de esto, el comunismo del Tercer Mundo ha sido muy vulnerable al racismo que, por la triste herencia del imperialismo blanco, infectó inevitablemente al nuevo nacionalismo.¹⁴ Sin embargo, el racismo es una de las fuentes de motivación más primitivas e irracionales, y una ideología comunista que lo cuente como refuerzo, sea en Asia o en Africa, no puede dejar de perder su universalismo y su racionalidad.

La victoria del comunismo chino planteó un desafío totalmente distinto a la pertinencia global,

ideológica e institucional del comunismo. El comunismo chino no sólo ha reivindicado para sí, en franca competencia con el soviético, el mérito de ser *el* comunismo puro, sino que se ha mostrado dispuesto a respaldar su pretensión con la acción revolucionaria doméstica. La "revolución cultural" de fines de 1960, que siguió con pocos años de diferencia al "gran salto adelante" de fines de 1950, estuvo destinada a desbaratar la peligrosa tendencia del partido a caer en el estancamiento burocrático y la petrificación ideológica. Los chinos han dicho explícitamente que, a su juicio, el partido soviético ya había sido víctima de esa petrificación. La revolución cultural (equivalente intelectual de la gran sacudida socioeconómica que fue el "gran salto adelante") fue imaginada como la expresión interna, doméstica, de la revolución viva y continua. Sin embargo lo único que logró, en términos generales, fue hacerle al Partido Comunista chino lo que las abortadas reformas de Jruschov, de 1963, estuvieron a punto de hacerle al partido soviético: desorganizarlo totalmente y desorganizar, al mismo tiempo, la economía china.¹⁵

Al denigrar al partido y al ensalzar simultáneamente la hegemonía y el papel personal de Mao Tsé-tung, el comunismo chino se escindió inevitablemente de la corriente comunista tradicional, no obstante la teoría china de que el centro geográfico de la conducción revolucionaria se había desplazado, con el curso de los años, de Francia a Alemania, de ésta a Rusia, y luego a China. Además, a diferencia de Stalin, que reforzó su papel en el movimiento comunista internacional merced a que tenía un descollante prestigio personal y a que controlaba el único Partido Comunista dueño del poder, Mao chocó con una multitud de partidos comunistas gobernantes, todos los cuales impugnaban su ortodoxia y estaban ansiosos por denunciar

sus errores doctrinarios. Esto debilitó los argumentos con que China reivindicaba la universalidad ideológica y empañó la autoridad revolucionaria de los comunistas chinos y el mérito de los éxitos indiscutiblemente gigantescos que habían conquistado en la lucha contra el atraso de su país.¹⁶

El carácter singular de China complicó aun más la capacidad de este país para servir como modelo de comunismo. Los comunistas chinos tomaron el poder no en un país único, sino en una vasta sociedad que representa a una civilización refinada y de gran envergadura. No sólo se trata de una civilización muy específica sino que durante mucho tiempo ha tenido su propia concepción del orden mundial en la que China ocupa, tradicionalmente, el centro. Aunque las categorías históricas y universales del pensamiento marxista han sido incorporadas al contexto chino y se han convertido en una prolongación de éste, las características culturales, lingüísticas y raciales de los chinos determinaron automáticamente que su comunismo fuera mucho más difícil de exportar o emular.

Además, a diferencia de los rusos, que identificaban a menudo a Moscú como la "Tercera Roma", los chinos no han desplegado, históricamente, un gran celo misionero. Para poder desempeñar correctamente el papel misionero se necesita no sólo vocación personal, sino también alguna afinidad cultural, filosófica e incluso étnica, para no hablar de la tradición proselitista. No es casual que, a pesar de su pasión evangelizadora, el cristianismo con sede en Europa haya tenido muchas más dificultades que el islamismo del Medio Oriente para expandirse por Asia. Quizás una apelación racial, fundada explícitamente sobre el color y legitimidad desde el punto de vista ideológico, por la identificación del hombre blanco con el imperialismo, sirva para tender un puente entre los propagandistas

chinos y las masas extranjeras, pero aun esta argumentación será, probablemente, más eficaz en las comarcas muy alejadas de China, donde no existan razones para temer al nacionalismo y la hegemonía cultural de este país. Por consiguiente es posible que, a largo plazo, Africa sea para los chinos una presa más prometedor que Asia.

Estas consideraciones suministran algunas ideas acerca de los límites probables del papel revolucionario de China en el mundo. Ni el extremismo retórico chino, ni tampoco el programa chino de emergencia encaminado a crear un arsenal nuclear (el viejo problema de las intenciones o las capacidades) es tan importante como el hecho de que China se ha convertido en una civilización-nación-estado relativamente autárquica. Es probable que su poderío aumente en los años próximos y con él su capacidad para amenazar a sus vecinos, y eventualmente, a los Estados Unidos o a la Unión Soviética.¹⁷ Pero de esto no se infiere que China se convertirá en líder activista de procesos revolucionarios militantes y de envergadura mundial. Por el contrario, a medida que los recuerdos de los logros revolucionarios chinos se pierdan gradualmente en el pasado, a China le resultará cada vez más difícil presentarse como el modelo revolucionario de trascendencia histórica. Los revolucionarios necesitados aceptarán su ayuda, pero es muy probable que les resulte más difícil (y no menos) convencer a los beneficiarios de esta ayuda de que China tiene una misión universal.

Tampoco es seguro que, como se ha argüido ocasionalmente, en los años futuros el comunismo pueda ofrecerle al Tercer Mundo un modelo atractivo, que combinará el desarrollo económico sostenido y la modernización social con la estabilidad política. Aunque China dé pasos gigantescos y aunque su producto bruto nacional crezca a un

ritmo constante del 5 por ciento anual, en el año 2000 se contará entre las naciones más pobres del mundo. El hecho es que su población, lejos de ser un factor de poderío, no hace más que aumentar la escala de sus problemas sociales y económicos. También es dudoso que la experiencia económica soviética sea válida para el Tercer Mundo. El análisis de la experiencia soviética sugiere seriamente que la industrialización no debe ser por fuerza el producto de un ímpetu alimentado con medios desusadamente coercitivos o con la destrucción física de una clase social. Además, es importante destacar que la industrialización soviética se registró en una sociedad que tenía a sus espaldas aproximadamente 30 años de desarrollo industrial previo, que contaba con incomparables recursos naturales y con una población (pero no *superpoblación*) laboriosa y disciplinada y que incluso antes de la Primera Guerra Mundial disfrutaba de la ventaja de tener buenas estadísticas, cuadros técnicos relativamente idóneos y planes preliminares para el desarrollo futuro. (Véase nuestro análisis en "La paradoja stalinista".) Los países del Tercer Mundo que empiezan a modernizarse e industrializarse difícilmente podrían repetir estas condiciones. Es incierto que China o Cuba (de todos modos, esta última estaba bastante desarrollada en el momento en que Castro tomó el poder) pueda suministrar un ejemplo de crecimiento sostenido y de estabilidad política.

Entre los países donde el comunismo tomó el poder sin que lo impusiese la intervención extranjera (Unión Soviética, China, Cuba, Yugoslavia, Albania y Vietnam), sólo Yugoslavia ha conseguido alcanzar un estadio de desarrollo económico sostenido, de modernización social y de estabilidad política sin recurrir al terror masivo ni asistir a luchas violentas por el poder. Sin embargo, incluso Yu-

goslavia necesitó una fuerte ayuda financiera exterior. Además, aunque el historial de desarrollo económico de los países comunistas y sobre todo de los más primitivos, sea bueno, no es mejor que el de algunos países no comunistas. Asimismo, la mayoría de los sistemas políticos comunistas (con excepción de Yugoslavia, Vietnam y Cuba) se han caracterizado por la inestabilidad política esporádica, que en algunos casos ha sido necesario controlar mediante la intervención soviética. Por tanto el panorama general es, en el mejor de los casos, heterogéneo y no basta para justificar el argumento de que sólo los comunistas han encontrado la clave de la modernización eficaz.¹⁸

Tampoco han encontrado, en verdad, la clave para la correcta organización de revoluciones. El comunismo llegó al poder sin intervención extranjera en un solo país que no había sido devastado previamente por una gran guerra: Cuba. En varios otros países tomó el poder con la sola ayuda de los nativos después de que una gran guerra hubo destruido totalmente la maquinaria y la economía del Estado. Por lo demás, el historial revolucionario comunista ha estado jalonado de fracasos desde 1917,¹⁹ en tanto que el ejército soviético fue el que implantó el comunismo en Polonia, Hungría y Rumania.

Sin embargo, es muy posible que en los años por venir, partidos comunistas aislados, muy nacionalistas, quizás hasta racistas, tomen el poder en algunos países de Asia, Africa o América latina, apelando para ello tanto al nacionalismo populista de las masas como al estatismo de los intelectuales impacientes. En su estudio *Communism and the Politics of Development*, John Kautsky ha demostrado que "el poderío del Partido Comunista llega a su punto más bajo en la etapa más atrasada del desarrollo económico, aumenta gradualmente a la

par del desarrollo económico, llega a su punto culminante en una etapa bastante avanzada de este desarrollo y cae bruscamente en la etapa más avanzada de desarrollo".²⁰ Esta generalización no se debe aplicar mecánicamente al Tercer Mundo, con el corolario de que el comunismo desaparecerá apenas el desarrollo haya hecho un progreso sustancial. La toma del poder podría producirse, por ejemplo, en la etapa intermedia.

Es difícil, empero, que la toma del poder corra por cuenta de los partidos comunistas ortodoxos y formales, que en algunos países (sobre todo en América latina) ya se están asimilando al *establishment* social. Es probable que los revolucionarios triunfantes, aunque quizá se titulen comunistas, formen coaliciones laxamente organizadas de intelectuales impacientes de clase media, oficiales jóvenes y estudiantes. En lugar de adherir a una ideología dogmática y presuntamente universal, estarán motivados, más probablemente, por una combinación más vaga y versátil de radicalismo, nacionalismo e incluso algunos ingredientes racistas. Los partidos comunistas, aunque tienen experiencia en organizar a los trabajadores explotados y desheredados y en transformar a los campesinos sin tierra pero muy nacionalistas en ejércitos revolucionarios, no han sido capaces, hasta ahora, de inculcar disciplina, sea ideológica u organizativa, a los estudiantes e intelectuales que fermentan en las modernas universidades de acero y cristal. Fanon y Boumedienne o Bolívar y Guevara, son, para estos hombres, símbolos más valiosos que Marx y Mao o Marx y Lenin. En consecuencia, las revoluciones por venir no significarán un reforzamiento automático del "comunismo internacional" ni representarán un paso hacia la unidad intelectual de la humanidad.

La mayor versatilidad ideológica y el carácter menos disciplinado de estas nuevas fuerzas revolucionarias parecen armonizar con las tendencias más generales de las que ya nos hemos ocupado. En los comienzos de la era industrial las condiciones favorecían la integración intelectual y organizativa, pero la congestión dinámica de la ciudad global es adversa a la organización disciplinada, centralizada e internacional que se propone difundir un sistema específico de pensamiento y de valores, así como crear un orden social globalmente uniforme asentado sobre esta base. El hecho es que, paradójicamente, la contigüidad no estimula la uniformidad sino el pluralismo.

Además, en ningún caso existen muchas probabilidades de que se produzcan auténticos levantamientos revolucionarios, capaces de transformar radical y rápidamente los valores y las instituciones sociales. En los tiempos modernos, sólo las revoluciones francesa, mexicana y cubana se pueden catalogar como revoluciones internas auténticamente autóctonas y de largo alcance que se produjeron al margen de las dislocaciones cataclísmicas generadas por las dos guerras mundiales. Por lo demás, incluso los sistemas sociales y políticos menos eficaces demuestran ser muy resistentes y difíciles de derrocar. En la mayoría de los casos se ha comprobado que la inercia social sólo se puede vencer fraccionadamente y que los intentos radicales de superarla acumulativamente han engendrado una resistencia eficaz.

En otra época los teóricos soviéticos acariciaron el concepto de la democracia nacional como etapa de transición hacia la democracia popular comunista. El derrocamiento de Ben Bella, Goulart, Kassem, Keita, Nkrumah, Papandreou y Sukarno obligó a los soviéticos a pensar en términos de procesos revolucionarios mucho más prolongados y gradua-

les. Al mismo tiempo los chinos y los cubanos han optado por dar prioridad a diversas formas de guerra de guerrilla, a pesar de que al proceder así han chocado a menudo con las críticas desembozadas de los partidos comunistas locales.²¹ En ambos casos está implícita la confesión de que la teoría revolucionaria clásica es cada vez menos válida, confesión que llega acompañada por una concesión al particularismo social que, cuando se asocia con el dogmatismo ideológico, se traduce en el sectarismo.

El sectarismo es la negación del universalismo. Es posible que el comunismo resulte ser la última gran creencia dogmática integradora. En la medida en que algunos partidos comunistas se suman actualmente a sus *establishments* nacionales, resulta que se pliegan a la realidad en lugar de forjarla. En la medida en que algunos partidos comunistas abrazan el racismo y el nacionalismo vehementemente del Tercer Mundo, capitulan ante la realidad en lugar de recrearla. En ambos casos se produce una pérdida de identidad y esta identidad es difícil de recuperar. Así, ni siquiera quienes no son marxistas tienen motivos para regocijarse frente a la comprobación de que el comunismo, que ayudó a expandir la conciencia colectiva de la humanidad y a movilizar a las masas en favor del progreso social, ha fracasado en su propósito originario de asociar al humanismo con el internacionalismo.

NOTAS

¹ Para una excelente reseña general, véase Richard Lowenthal: *World Communism: The Desintegration of a Secular Faith*. Nueva York, 1966. [Hay versión castellana: *El mundo comunista; una fe que se derrumba*. Buenos Aires, Troquel, 1965.]

² Véase en este contexto el inteligente análisis de Henry L. Roberts: "Russia and the West: A Comparison and Contrast", *The Slavic Review*, marzo de 1964.

³ Véanse la declaración publicada en *Kommunist*, nº 15, 1963, especialmente pág. 26, que ataca la tesis china sobre una línea absoluta para el movimiento internacional, y la carta de julio de 1963 de los dirigentes soviéticos a sus colegas chinos, en la que rechazan explícitamente la tesis de la línea general para el movimiento internacional. He analizado este período en mi libro: *The Soviet Bloc: Unity and Conflict*. Cambridge, Massachusetts, 1967, ed. revisada.

⁴ Algunos estudiosos occidentales conservadores que no ven esta realidad hablan de "la política exterior del comunismo" y critican la tesis de que la ideología comunista ya no puede movilizar el apoyo mundial unificado. Véase Hans Morgenthau: *A New Foreign Policy for the United States*. Nueva York, 1969, pág. 32. Presumiblemente por la misma razón, el profesor Morgenthau argumentó en 1965 que la guerra de Vietnam uniría a los soviéticos y los chinos.

⁵ Roger Garaudy: *Pour un modèle français du socialisme*. París, 1968, págs. 148-149.

⁶ Los portavoces soviéticos han argüido ocasionalmente que una Checoslovaquia democrática habría dejado de ser una Checoslovaquia comunista y que el Partido Comunista habría sido desalojado del poder. Esto es dudoso, aunque no se puede probar ni desmentir. Sin embargo, es improbable que en Checoslovaquia hubieran aparecido realmente otros partidos políticos, porque en apariencia no existía ni base social ni gente para integrarlos. De hecho, en 1968 la actitud que predominaba entre los checos y los eslovacos era la de trabajar dentro y por intermedio de un Partido Comunista más democrático, pluralista, que habría sido comunista sin ser leninista-stalinista.

Sin embargo, el argumento soviético merece una nota porque revela algo más. El cargo equivale a una confesión de que la democracia y la versión soviética del comunismo siguen siendo incompatibles. Refleja, por tanto, no sólo una arraigada desconfianza burocrática respecto de la voluntad popular, sino también la persistente incapacidad de los funcionarios comunistas soviéticos para entender la preocupación contemporánea por la igualdad política y social, y la búsqueda contemporánea de un nuevo humanismo acorde con la "revolución científico-tecnológica" que los comunistas han tendido a descuidar, según ellos mismos confiesan. Véase pág. 236.

⁷ Resulta interesante y oportuno destacar aquí que el fascismo centroeuropeo fue sobre todo un fenómeno urbano. Por ejemplo, en 1937, el 50 por ciento de los miembros del partido húngaro de la Flecha y la Cruz eran trabajadores industriales, el 12 por ciento eran profesionales y

trabajadores autónomos, y solo el 8 por ciento eran campesinos. En esa época, un poco más de la mitad de la población era campesina. Véase Istvan Deak: "Hungary", Eugene Weber y Hans Rogger (comp.): *The European Right*. Berkeley, 1965, págs. 396-397.

⁸ En las regiones más desarrolladas de Yugoslavia ya existe una fuerte corriente partidaria de ampliar el sector privado de la economía. El sector que se opone con más vehemencia a la propiedad privada es el de los trabajadores de cuello duro menos instruidos. Véase la encuesta que publicó el *Vjesnik* de Zagreb, el 24 de diciembre de 1968.

⁹ D. Susnjic, en *Knjizevne Novine*, 2 de marzo de 1968. Para una síntesis útil de las opiniones yugoslavas acerca del sistema multipartidario, véanse también los trabajos de investigación del RFE del 6 de octubre de 1967 y del 21 de mayo de 1968, que resumen la evolución del pensamiento yugoslavo al respecto.

¹⁰ Para datos acerca del crecimiento de la intelectualidad checoslovaca y un análisis de sus consecuencias, véase Z. Valenta: "The Working Class and the Intelligentsia", *Nova Mysl*, febrero de 1968.

¹¹ Véase el análisis muy lúcido de A. Hegedus en "On the Alternatives of Social Development" y "Reality and Necessity", *Kortars*, junio y julio de 1967. Para una respuesta conservadora a estos trabajos, véase P. Varkonyi: "The Development and Problems of the Socialist Society", en *Kortars*, noviembre de 1968. Incluso la respuesta conservadora no desechó la deseabilidad de esa discusión, que fue mucho más allá de todo lo que se ha publicado recientemente en la Unión Soviética o en los otros estados comunistas más conservadores.

¹² O incluso la participación en sus *establishments* nacionales. Véase M. A. Macciocchi: *Lettere dall'interno del PCI a Louis Althusser*, Milán, 1969, con una conmovedora descripción de los esfuerzos de una abnegada militante comunista por hacer entender a los funcionarios de su partido el drama de las masas napolitanas y por estimular en ellos una actitud más revolucionaria. En su diario, Macciocchi cuenta cómo se afanó por conquistar la confianza de los trabajadores y por hacerles sentir a los burócratas del partido cuáles eran las condiciones abismales en las que se encontraban dichos trabajadores, esfuerzo este último que fue aun más infructuoso que el primero.

¹³ La primera situación se aplica sobre todo al Partido Comunista francés, y George Lichtheim ha dicho con mucha razón que "si el papel de la doctrina marxista en la Francia contemporánea se pudiera reducir a una fórmula, la sin-

tetizaríamos diciendo que pasó de la visión de un futuro revolucionario a la contemplación crítica de un presente eterno y aparentemente inmutable". Véase George Lichtheim: *Marxism in Modern France*, estudio del Instituto de Investigaciones sobre Asuntos Comunistas. Nueva York, 1966, pág. 169. La segunda es más aplicable al partido italiano, donde uno de sus teóricos, G. Amendola, desarrolló el concepto muy explícito del nuevo partido amplio en una serie de artículos que publicó, en otoño de 1964, la revista teórica del Partido Comunista italiano: *Rinascita*. En estos artículos solicitó la creación de un partido único de izquierda, que no sería comunista ni socialdemócrata, que no estaría maniatado por la ideología ni dominado por los cuadros partidarios.

¹⁴ Véanse, en este contexto, las reveladoras polémicas entre los soviéticos y los chinos sobre el tema del papel revolucionario del negro norteamericano. R. A. Remington: "Revolutionary Role of the Afro-American: An Analysis of Sino-Soviet Polemics on the Historical Importance of the American Negro", Center for International Studies, MIT, octubre de 1968.

¹⁵ Tang Tsou: "The Cultural Revolution and the Chinese Political System", *The China Quarterly*, abril-junio de 1969.

¹⁶ Alexander Eckstein: *Communist China's Economic Growth and Foreign Trade*. Nueva York, 1966.

¹⁷ O. E. Clubb: *Twentieth Century China*. Nueva York, 1964, págs. 413-424. Véanse también *China in Crisis*, comp. por Ping-ti Ho y Tang Tsou, Chicago, 1967; y para un análisis más general, J. K. Fairbank: *The Chinese World Order*. Cambridge, Massachusetts, 1968.

¹⁸ En este contexto, se pueden hacer comparaciones útiles entre los países comunistas y aquellos gobernados por élites modernizadoras no comunistas: Polonia-España-Italia; Rumania-Yugoslavia-España; Checoslovaquia-Suecia; Hungría-Austria; Corea del Norte-Corea del Sur; Vietnam del Norte-Vietnam del Sur; China-India; y otros. Estas comparaciones revelan que hay más analogías que diferencias importantes. Las diferencias son mayores cuando la comparación se hace con países que no son modernizadores ni comunistas.

¹⁹ Una lista parcial de los esfuerzos revolucionarios más importantes de los comunistas incluye: Hungría, 1919; Polonia, 1920; Alemania, 1918 y 1923; China, 1927; Francia e Italia, 1947; Grecia, 1948; Indonesia, 1949 y 1965; Bolivia, 1966.

²⁰ John H. Kautsky, *op. cit.*, pág. 187.

²¹ El secretario general del Partido Comunista venezolano, Jesús Faría, explicó claramente cuáles eran los pro-

blemas que estaban en juego cuando dijo, en una entrevista que publicó el diario del partido húngaro, *Nepszabadsag*, el 17 de febrero de 1968: "La experiencia demuestra que las masas se están replegando de la anterior lucha armada... Cuatro millones de personas participan en la campaña electoral y pensamos que podemos orientar mejor a la gente si nosotros también intervenimos en aquella... Los grupos ultraizquierdistas de Venezuela, que no toman en cuenta la disposición de las masas para el combate y que insisten en la consigna de la lucha armada a cualquier precio, cometen un error tras otro y se encuentran cada vez más aislados".

CUARTA PARTE

LA TRANSICION NORTEAMERICANA

Hay algo de portentoso y desconcertante en una sociedad que, simultáneamente, puede cambiar la relación de la humanidad con el universo colocando un hombre en la Luna; puede librar y financiar una guerra exterior que cuesta treinta mil millones de dólares por año y que es odiada por una parte importante de su pueblo; puede mantener las fuerzas armadas más poderosas de la historia y diseminadas en escala más vasta, y puede enfrentar en las calles y favorecer en las cortes de justicia una revolución que sacude a sus relaciones raciales internas; todo esto en un contexto formado por el auge de la educación superior en sus universidades turbulentas que se expande rápidamente, por los centros urbanos en plena decadencia, por instituciones políticas ineficaces y por industrias de frontera que crecen dinámicamente y cambian la forma en que los ciudadanos viven y se comunican entre sí. Cualquiera de los fenómenos enumerados bastaría para modificar los valores de una sociedad y la imagen que ésta tiene de sí misma, y unos pocos podrían bastar para demoler su sistema. Sumados, crean una situación que no tiene paralelo en otras sociedades y subrayan la naturaleza singular de la experiencia norteamericana contemporánea.

Hoy, Estados Unidos es el laboratorio social del mundo. Los problemas que el mundo más avanzado empieza a enfrentar, y de los que el Tercer Mundo es testigo, repercuten directa y a menudo dolorosamente en Estados Unidos. Es en Estados Unidos donde los dilemas cruciales de nuestra era se manifiestan en términos más drásticos. Es en Estados Unidos donde se pone a prueba con más vehemencia la capacidad del hombre para dominar su ambiente y definirse significativamente a sí mismo en relación con éste. ¿El hombre puede manejar la ciencia con fines fundamentalmente humanos? ¿La libertad y la igualdad pueden coexistir, particularmente en un ambiente multirracial? ¿El mérito y la realización pueden florecer sin privilegios especiales? ¿La tecnología puede ser socialmente creativa sin generar un excesivo control social? Estos problemas dominan la vida norteamericana contemporánea —el centro de la atención mundial— y alimentan evaluaciones encontradas y a menudo críticas sobre el significado de la experiencia norteamericana.¹

A diferencia de lo que sucede en la Unión Soviética, en Estados Unidos el desafío del cambio es muy visible. En la Unión Soviética la sociedad se parece a un volcán subterráneo cuya lava hirviente hace presión contra la rígida costra exterior del sistema político. En Estados Unidos, un país más versátil, las fuerzas sociales, económicas y políticas chocan, cambian e interactúan abiertamente en un vasto frente. La conmoción resultante es tan creativa como destructiva y engendra cambios metamórficos en esa combinación única de orden y caos que se conoce por el nombre de Estados Unidos.

En los próximos 20 años la población de Estados Unidos se aproximará a los 300 millones, de los cuales alrededor del 80 por ciento vivirán en ciu-

dades y casi el 50 por ciento tendrán menos de 20 años. La sociedad norteamericana, de orientación vigorosamente científica, ejercerá un control mayor que el de cualquier otra sociedad sobre el medio terrestre y espacial. Al mismo tiempo habrá sido escenario de grandes conflictos sociales en los que las consideraciones raciales habrán tenido prioridad, pero en los cuales el antagonismo generacional también habrá pesado como una carga fundamental y dolorosa. Muy probablemente será también una sociedad aquejada por un agudo malestar cultural, insegura de sus pautas estéticas y lanzada a la búsqueda de valores integradores comunes.

Actualmente Estados Unidos se encuentra en una etapa de transición entre la era industrial y la tecnocrática. Por ser la primera sociedad posindustrial del mundo, Estados Unidos ya no responde a las mismas fuerzas que estimularon el cambio social en los países avanzados desde que Inglaterra se enfrentó por primera vez con la máquina. Esta gran transformación está provocando una crisis de los valores e instituciones consagrados y sobre todo de la tradición democrática liberal. En consecuencia, a medida que se aproxima el segundo centenario de la nación, es cada vez más necesario redefinir el sistema norteamericano.

La democracia liberal es una mezcla peculiar de tradición aristocrática, legalismo constitucional y democracia de masas. A diferencia del comunismo, no tuvo su origen intelectual en una experiencia histórica comprimida y traumática, y no se corporiza en un movimiento que extrae su fervor y su dedicación de la tradición maniqueísta profundamente implantada. Por el contrario, es el producto de un crecimiento lento —aunque ocasionalmente acelerado por las conmociones revolucionarias que se registraron en Inglaterra, Estados Unidos y Francia—

que creó acumulativamente una vasta tradición de conducta social, una escala de valores sólo parcialmente explícitos y procedimientos e instituciones jurídicos esmeradamente definidos. La tradición aristocrática enalteció el mérito y el logro personales, aunque con el tiempo las pautas de mérito cambiaron y se hicieron menos restringidas. El legalismo, que antaño había servido sin duda para salvaguardar los intereses creados, puso énfasis en la regularidad y la objetividad de las relaciones sociales y, por tanto, empezó a proteger gradualmente al individuo. El elemento democrático, estimulado mediante el sufragio universal, no sólo diluyó el componente aristocrático sino que le infundió a la democracia liberal una gran preocupación por el bienestar social.

Estos componentes se han combinado en forma laxa y ocasionalmente dificultosa y de vez en cuando han entrado en conflicto y han chocado entre sí. Los choques fueron violentos en la historia norteamericana, aunque en general bastante esporádicos. La Guerra Civil fue la principal excepción y su desenlace destruyó eficaz y rápidamente el elemento aristocrático de la tradición norteamericana, en tanto que la aristocracia europea declinó lentamente. La revolución industrial engendró sus propias tensiones y violencias, pero tanto el ritmo rápido de desarrollo como la disponibilidad de capital europeo y de mercados extranjeros alivió los dolores del crecimiento al mismo tiempo que expandía y consolidaba el componente democrático. La riqueza social y la libertad democrática resultantes han convertido a Estados Unidos en el símbolo de una nueva forma de organización social, tanto más atractiva cuanto que sus éxitos espectaculares sirvieron para ocultar sus lacras sociales.

Esta fase está llegando a su fin. Han sido arrancadas las anteojeras que impedían que Estados

Unidos viera sus defectos, y la intensidad y el ritmo del cambio han determinado que sea aun más penoso descubrir que la sociedad norteamericana tiene insuficiencias latentes. En una palabra, Estados Unidos atraviesa una nueva revolución, cuyo rasgo característico consiste en que lleva al máximo el potencial norteamericano y simultáneamente desmascara su obsolescencia.

NOTAS

¹ Véanse, por ejemplo, Ronald Segal: *America's Receding Future*, Nueva York, 1968; o Giose Rimanelli: *Tragica America*. Génova, 1968.

XIII

LA TERCERA REVOLUCION NORTEAMERICANA

Es fácil encuadrar las revoluciones francesa y mexicana o las revoluciones bolchevique, china y cubana. Tampoco es difícil identificar la primera revolución norteamericana. La revolución transformó una colonia en nación. Ideas tácitas pero muy sentidas dieron origen a la Declaración de la Independencia y a la Constitución, que enunciaron nuevos principios de orden político y social.

La definición histórica se complica cuando uno aborda la segunda revolución norteamericana. ¿Cuándo se registró exactamente y cuáles fueron sus resultados? Aunque esta revolución no se puede encuadrar con tanta exactitud como la primera, es un hecho que una sociedad esencialmente rural, parcialmente aristocrática e incluso esclavista, con un sistema político limitadamente representativo, se transformó en una nación urbano-industrial¹ cuya relativa igualdad jurídico-político-social se extendió, por lo menos formalmente, a casi el 90 por ciento de su población y cuya mentalidad pública estuvo dominada, en buena parte, por la aceptación generalizada de la asistencia social, practicada mediante la intervención federal. De modo que fue, también, una auténtica revolución, aunque no tan

circumscrip̄ta en el tiempo como la primera. Para transformar la sociedad norteamericana fueron necesarios la Guerra Civil, la industrialización del país, la afluencia masiva de inmigrantes y, por fin, el *New Deal*. Decir que ésta fue una revolución implica estirar notoriamente la acepción del término, pero es indudable que alteró profundamente las instituciones y los valores de Estados Unidos en poco más de un siglo.

La tercera revolución norteamericana es aun más difícil de definir, porque actualmente la estamos viviendo y no podemos saber con certeza cuál será su desenlace. En un sentido, sin embargo, es más fácil de identificar que la segunda, porque su impacto y su efecto están más concentrados en el tiempo. La tercera revolución empezó a cobrar impulso después de la Segunda Guerra Mundial, cuando los ex combatientes ingresaron masivamente en las universidades; cuando se produjo la expansión consiguiente de la enseñanza superior y se afianzó cada vez más la primacía social de la educación; cuando el poderío nacional y la ciencia moderna se unieron en un esfuerzo coronado por el control de la energía nuclear y el gobierno federal surgió como gran patrocinador de la investigación científica; cuando aparecieron, de pronto, las comunicaciones continentales rápidas, que habrían de abarcar, sucesivamente, el sistema vial más moderno y desarrollado del mundo, el transporte veloz de pasajeros por aire, un sistema singularmente eficaz de redes telefónicas transcontinentales y por fin la intimidad televisiva en escala nacional; cuando la aparición de las computadoras y de otros dispositivos electrónicos que vencen la complejidad, la distancia e incluso la difusión de autoridad generó la transformación de las técnicas gerenciales y cuando la industria dejó de ser la fuente de trabajo más importante para la mayoría de los nortea-

americanos. La tercera revolución, estimulada por la tecnología y sobre todo por la electrónica, está cambiando las instituciones y los valores básicos de la sociedad norteamericana y, al igual que las revoluciones anteriores, despierta resistencias, engendra violencia, provoca ansiedad y alienta esperanzas.

En el ínterin, está creando tres países en uno. Tenemos el nuevo país simbolizado por los flamantes complejos de enseñanza, investigación y desarrollo que unen a las instituciones de estudios superiores con la sociedad y crean posibilidades de innovación y experimentación sin precedentes y que además despiertan un mayor interés por las bellas artes y la cultura, como lo prueban los nuevos museos y centros artísticos. El país tecnocrático se encuentra en los laboratorios electrónicos y los centros de enseñanza alineados a lo largo de la ruta 128 que circunda Boston,² se encuentra en los conglomerados académico-científicos que rodean a Los Angeles y San Francisco, y se encuentra en las nuevas industrias de frontera. La clase media suburbana gravita cada vez más hacia este país, aunque a menudo se sienta fastidiada por su cientificismo y añora nostálgicamente un mayor grado de vida comunitaria y estabilidad.

El país industrial o sea el segundo país, se encuentra en las fábricas y acerías tradicionales de Detroit y Pittsburgh, cuyos trabajadores manuales especializados olvidan gradualmente los traumas de la Gran Depresión y empiezan a gozar de la seguridad y el ocio, aunque temen que su nueva posición social sea amenazada desde abajo. Porque este segundo país vive a la vera de los arrabales en decadencia de las grandes ciudades, cada vez más poblados por una minoría racial que la sociedad incorpora tardíamente a la era industrial y que, por tanto, es más difícil de asimilar.

Finalmente, tenemos el primer país, el originario, el país preindustrial de los aparceros y los trabajadores "golondrinas" del delta del Misisipí y de los antiguos mineros de los Apalaches, cuyo ingreso ha caído por debajo de la renta media de los norteamericanos. En este país, el acceso a la educación es considerablemente más difícil que en el resto de la nación y la discriminación racial es franca.³ Este país trata de ingresar en las eras industrial y postindustrial y para ello necesita la ayuda del nuevo país, cuyos valores y conceptos a menudo le inspiran desconfianza y raramente comparte.

El nuevo Estados Unidos apenas está tomando forma. "Hoy, las criaturas no sólo enfrentan una ruptura radical con el pasado, sino que deben prepararse para un futuro desconocido. Y ésta es también la tarea que tiene por delante toda la sociedad."⁴ La actual transformación plantea, asimismo, profundos dilemas filosóficos que se refieren a la esencia misma de la existencia social, porque aquélla es en gran parte el producto de una expansión sin precedentes del poderío científico sobre el ambiente del hombre y sobre el hombre mismo.⁵ Los estudios sobre el cambio⁶ refuerzan acumulativamente la imagen de una sociedad que protagoniza una revolución de largo alcance y de origen tecnológico.

El ritmo y el empuje del progreso

Los hechos que reflejan el cambio que se registra en Estados Unidos son muy conocidos y por tanto no es necesario describirlos en detalle. Tenemos, en primer término, la expansión masiva del sector de la sociedad asociado con la ciencia y el conocimiento. Esto implica un aumento significativo —mayor que en otros sectores— de la cantidad

de científicos, de estudiantes universitarios y, por supuesto, de instituciones que los contienen.⁷ Como consecuencia, la universidad se ha convertido en el núcleo creativo del complejo masivo enseñanza-comunicaciones, fuente de muchas innovaciones estratégicas nacionales e internacionales. La universidad está desplazando, por su prestigio e influencia sociales, a las instituciones gemelas más tradicionales del país: la Iglesia y la gran empresa.

El énfasis en la ciencia y el estudio marcha a la par de la racionalización de las técnicas y de la introducción de nuevos dispositivos educacionales, gerenciales, de computación y de comunicación, los cuales están alterando las prácticas consagradas y cambiando los métodos que se emplean para almacenar y recuperar el conocimiento acumulado. Ya se está armando una red nacional que unirá los bancos electrónicos de información existentes,⁸ para concentrar el conocimiento acumulado del país. Es posible que las bibliotecas cada vez más atestadas busquen alivio en la técnica de las ultramicrofichas, promovida por la NASA, merced a la cual un libro de doscientas páginas se puede reducir a una transparencia menor que una página común. Esto permitirá que las universidades más pequeñas cuenten con una biblioteca que no tendría nada que envidiar a las otras.⁹ Aunque los teóricos de la educación norteamericana discrepan acerca de la medida en que los sistemas de enseñanza pueden asimilar las nuevas técnicas, sus discusiones prueban hasta qué punto sus pensamientos están dominados por la adecuación técnica antes que por consideraciones filosóficas.¹⁰

La empresa contemporánea otorga una prioridad similar al conocimiento y a la adaptación rápida de las nuevas técnicas. Esto obliga a concentrar recursos, a realizar esfuerzos colectivos de organización, a reeducar frecuente y sistemáticamente al

personal ejecutivo y a mantener una estrecha relación con los centros de enseñanza. La programación lineal, el enfoque sistemático de los problemas, el trabajo coordinado en equipo y una actitud muy actualizada respecto de las relaciones humanas y la psicología del trabajo se están convirtiendo en los rasgos dominantes de los procesos gerenciales. Según Lawrence Appley, presidente de la American Management Association, el número de los ejecutivos que están ligados con organizaciones gerenciales profesionales y que trabajan con consultores de empresas aumentó de 10.000 en 1948 a más de 600.000 en 1962.¹¹ Desde el punto de vista operativo, la empresa se parece cada vez menos a una jerarquía política o a un feudo personal y cada vez más a una faena científica sistemática que no sólo produce lo conocido sino que además procura explorar sistemáticamente lo por venir.¹²

Al sintetizar la transformación social generada por la tecnología, Daniel Bell enumeró cinco áreas clave de cambio: "1) Al producir más mercancías con menos costo, la tecnología ha resultado ser la herramienta capital en el esfuerzo encaminado a mejorar el nivel de vida en el mundo... 2) La tecnología ha creado una nueva clase, hasta ahora desconocida en la sociedad: la del ingeniero y el técnico... 3) La tecnología ha creado una nueva definición de racionalidad, una nueva forma de pensar, que destaca las relaciones funcionales y lo cuantitativo... 4) Las revoluciones en el transporte y las comunicaciones, en cuanto productos de la tecnología, han creado nuevas interdependencias económicas y nuevas interacciones sociales... 5) Las percepciones estéticas, sobre todo del espacio y el tiempo, se han alterado radicalmente."¹³

A esto debe agregarse el nuevo sentimiento de autoconciencia, generado por la creciente capaci-

dad de la sociedad para verse a sí misma en el espejo de la televisión, reforzado por el creciente empleo del análisis estadístico,¹⁴ e intensificado por una preocupación sistemática que apunta a gobernar no sólo el presente sino también el futuro. Además, quizá por primera vez en su historia, la sociedad norteamericana empieza a tener un enfoque nacional respecto de problemas como los que conciernen a la raza y la pobreza. Por ello, las insuficiencias propias de un sector ya no son relativamente indiferentes a las otras regiones, clases o minorías. Todo esto determina que el esfuerzo por identificar las insuficiencias sociales sea más deliberado y menos desorganizado, y que la indignación moral frente a la injusticia social se asocie con una preocupación más práctica por mejorar la situación general. La crueldad del hombre para con su semejante era ciertamente más fácil de aceptar en un entorno en el cual las relaciones humanas eran remotas, los intereses de clase estaban encasillados y la conciencia social casi nunca se sublevaba frente a la injusticia visible.

La consecuencia es no sólo un progreso innegablemente rápido en muchas áreas y una mayor conciencia social de los defectos existentes, sino también la agudización de los viejos problemas y la aparición de nuevos desafíos. La base económica que determina la suerte material del norteamericano medio se ha ampliado en los últimos años a un ritmo que hace que el PBN per cápita tenga una tasa de aumento mayor que la que disfrutaban otras sociedades avanzadas o las que están llegando a serlo.¹⁵ A este cambio lo han acompañado, en los años 1959-1967, desplazamientos significativos e incluso cada vez más acelerados, de la distribución de ingresos y las pautas de empleo (véanse los cuadros 11 y 12). Estos desplazamientos muestran que los estratos medios de la sociedad norte-

americana se han reforzado y esto no sólo es un síntoma de mayor igualdad social sino que tiene especial importancia en el contexto de los aspectos políticos de la actual transición (sobre la que nos explicaremos más adelante). A estos porcentajes

Cuadro 11

CAMBIOS EN LA DISTRIBUCION DE INGRESOS Y LAS PAUTAS DE EMPLEO

Porcentaje de familias
con un ingreso de:

con un ingreso de:		1959-1963			1963-1967	
	1959	1963	Cambio	1967	Cambio	
Más de 15.000 dólares	3,1	5,4	+2,3	12,2	+6,8	
5000-15.000 dólares	52,3	58,3	+6,0	62,7	+4,4	
Menos de 5000 dólares	44,6	36,2	-8,4	25,1	-11,1	

Según "Consumer Income", *Current Population Reports*, Departamento de Comercio, 5 de agosto de 1968, págs. 2-7. Los datos de esta tabla reflejan sólo el ingreso y no contemplan los descuentos fiscales. Sin embargo, el informe dice: "Aun después de computar los cambios en los precios de consumo, el ingreso familiar aumentó entre un 3½ y un 4 por ciento en cada uno de los últimos 4 años" (pág. 1).

Cuadro 12

CAMBIOS PORCENTUALES EN LAS PAUTAS DE EMPLEO

	Empleados de oficina	Trabajadores manuales	Servicios	Agrícolas
1958	42,6	37,1	11,9	8,5
1967	46,0	36,7	12,5	4,8

Fuente: *Manpower Report of the President*, Departamento de Trabajo, Washington, D.C., abril de 1968, pág. 232.

generales, súmese el hecho de que a fines de la década de 1960 los norteamericanos eran dueños de casi 70 millones de automóviles, que en el 95 por ciento de los hogares había por lo menos un te-

levisor y en el 25 por ciento por lo menos dos y que más del 60 por ciento de las familias eran dueñas de sus propias casas.¹⁶ No obstante la indiscutible persistencia de la pobreza en Estados Unidos, la sociedad norteamericana está conquistando una opulencia sin precedentes que beneficia a todas las clases.

En los últimos años se ha documentado suficientemente que la pobreza abruma a millones de norteamericanos y se ha vencido por lo menos en parte la indiferencia de la mayoría respecto de este problema. El límite de pobreza se definió inicialmente, mediante una aproximación arbitraria y muy general, como un ingreso inferior a los 3 000 dólares anuales para una familia de cuatro personas o a los 1 500 dólares para un individuo. No quedan dudas de que la mayoría de quienes pertenecen a esta categoría sufren graves penurias y que muchos padecen incluso desnutrición, pero el sentimiento psicológico de carencia en relación con la riqueza global de la sociedad es aun más debilitante.¹⁷ Sin embargo, el ritmo del crecimiento económico, combinado con esfuerzos más deliberados, también ha dado frutos en este contexto: entre 1961 y 1969 el grupo ubicado por debajo del límite de pobreza —tal como lo define la Administración de Seguridad Social, y tomando en cuenta el aumento de precios— se redujo del 22 al 13 por ciento de la población.¹⁸ Además, según el informe del Consejo de Asesores Económicos que corresponde a comienzos de 1969, si el número de personas pobres se siguiera reduciendo en la proporción de 1961-1968, la "pobreza" quedaría totalmente eliminada en 10 años. Si se siguiera reduciendo en la proporción de 1968, desaparecería en poco más de 5 años con un costo de 9 700 millones de dólares anuales (uno por ciento del PBN y 5 por ciento del presupuesto federal).

La pobreza ha castigado especial, pero no exclusivamente, a los norteamericanos negros. En 1966 su ingreso medio nacional equivalía apenas al 58 por ciento del ingreso medio de los blancos; hacia 1968 esta proporción había subido al 60 por ciento.¹⁹ Los negros son las víctimas principales de las malas condiciones de vivienda, las malas condiciones de enseñanza y la desocupación. Los barrios bajos, habitados por un porcentaje mucho mayor de negros que de blancos (y los negros norteamericanos están actualmente mucho más concentrados en ciudades que los blancos), imponen condiciones de vida similares a las que imperaban en las peores épocas de la industrialización, lo cual es tanto más intolerable cuanto que dichos barrios bajos ya no están asociados con el crecimiento económico sino que son un vestigio de tiempos que están quedando cada vez más atrás.

Sin embargo, también en este caso el desarrollo económico y la aparición de nuevos valores sociales hace visible la aceleración del progreso. Las conquistas obvias se han logrado en el campo jurídico de los derechos civiles, sobre todo en materia de educación y vivienda, pero también se han registrado en el nivel económico. En 1961, el 56 por ciento de los negros norteamericanos estaban catalogados como pobres, pero hacia 1969 esta cifra se redujo al 33 por ciento; en 1956, sólo el 9 por ciento de las familias tenía ingresos superiores a los 7.000 dólares, pero hacia 1968 esta cifra se elevó al 28 por ciento y el ingreso mediano de la familia negra era de 5360 dólares.²⁰ Entre 1960 y 1966 se duplicó el número de negros que desempeñaban tareas profesionales, técnicas y gerenciales y la proporción de viviendas inhabitables ocupadas por negros bajó del 40 por ciento en 1960 al 24 por ciento en 1968. Según una encuesta Gallup, entre 1963 y 1969 el número de negros que se declaraban

satisfechos con sus trabajos aumentó del 54 al 76 por ciento, y el de los que se consideraban satisfechos con sus viviendas aumentó del 43 al 50 por ciento.²¹

Son notorios los grandes cambios que se están produciendo, sobre todo, en la vida cultural. La difusión de la enseñanza, el aumento del tiempo libre y quizá la reacción inconsciente ante el peligro de que la tecnología produzca un vacío cultural, han determinado que aumente el interés por la música, el teatro y las artes visuales. Esto se manifestó no sólo en el auge de la construcción de centros artísticos y en la vida renovada de los museos norteamericanos sino que también ha estimulado la adopción, en gran escala, de nuevas técnicas, como el *video tape* y el sonido estereofónico, que permiten disfrutar fácilmente en el hogar de placeres culturales que antes exigían un empleo especial de tiempo y dinero. Además, la televisión en circuito cerrado suministra nuevas oportunidades para dictar cursos para adultos, con el patrocinio de universidades o museos, en el ámbito local o incluso doméstico. En consecuencia la cultura y la educación han dejado de ser privilegios aristocráticos y se han convertido progresivamente en una opción que está al alcance de legiones cada vez más numerosas de norteamericanos... así como, a veces, en un símbolo ostentoso de nueva opulencia.

El progreso económico y las crecientes expectativas sociales han precipitado la afluencia a las universidades de multitudes de jóvenes cuyas familias no tuvieron acceso a la enseñanza superior. De los aproximadamente 4.300.000 estudiantes universitarios que en 1966 recibían apoyo económico de sus familias, el 63 por ciento procedían de hogares cuyos jefes jamás habían completado un año en la universidad. Es aun más notable que el 30 por ciento, o sea casi la mitad de ese 63 por ciento, proce-

dieran de hogares cuyos jefes ni siquiera habían completado cuatro años de educación secundaria.²² Durante el período 1963-1969, la proporción de varones negros que completaron la educación secundaria saltó del 36 al 60 por ciento; la de los que obtuvieron títulos universitarios casi se duplicó en sólo dos años, pasando del 4 por ciento en 1963 al 7,5 por ciento en 1965.²³ A fines de la década de 1960, el 83 por ciento de los norteamericanos negros de 16 a 17 años todavía concurrían a la escuela y la proporción de los que iban a la universidad era mayor que la que correspondía al mismo grupo de edades en Europa occidental.²⁴

En la medida en que la educación superior se ha convertido en el medio más importante de progreso social que hay en Estados Unidos, las cifras enumeradas son el testimonio de que existe un movimiento ascendente potencialmente significativo.²⁵ Por ejemplo, hacia 1969 el 37 por ciento de los estudiantes universitarios procedían de familias de trabajadores manuales, de trabajadores de los servicios o de granjeros.²⁶ Los antecedentes educacionales y los logros intelectuales y científicos se están convirtiendo cada vez más en la pauta del valor social. Esta novedad reviste especial importancia para las relaciones sociales. Ni el atajo por el que marchan los tahúres ni la tradición de ahorro de Horatio Alger ofrecen mucho incentivo a millones de jóvenes negros, pero la educación masiva, combinada con las mayores necesidades de la economía, abren un ancho cauce para la satisfacción de las ambiciones individuales en una escala socialmente significativa. Por tanto la educación podría ser el punto de partida para la conquista de una sociedad multirracial socialmente igualitaria y políticamente democrática. La conquista de semejante sociedad sería una victoria histórica para la humanidad, porque el hecho brutal consiste en que las relaciones

raciales son muy vulnerables a las fuerzas irracionales de la motivación humana: la selección visual, instintiva, exclusivista que funciona casi automáticamente en el frente racial.

La incertidumbre del progreso

Pero es necesario agregar a renglón seguido que antes de que Estados Unidos se convierta en una sociedad de ese tipo —mejor dicho, para que se convierta en una sociedad de ese tipo— será necesario superar, antes, la herencia no asimilada del país industrial así como los problemas inusitados propios de la transición a una sociedad tecnocrática. La aceptación social, al principio renuente pero cada vez más generalizada, del hecho en virtud del cual todavía es necesario poner orden en el pasado al mismo tiempo que se encauza lo nuevo, ha creado una situación inflamable que ya se ha cobrado su tributo y que podría empeorar.

Si una recesión económica frustrara las flamantes esperanzas, las consecuencias serían calamitosas para la estabilidad del orden social norteamericano. Evidentemente, es mucho lo que depende de la creciente capacidad de la economía para absorber y paliar las tensiones actuales. El crecimiento económico con una tasa relativamente estable y alta de aproximadamente el 3,5 por ciento anual, dejando margen para variaciones anuales, parece ser la condición *sine qua non* para que la sociedad norteamericana continúe evolucionando hacia una situación en la cual la libertad y la igualdad se apuntalarán mutuamente, sin socavarse la una a la otra. Esto vale sobre todo para el campo de la pobreza y las relaciones raciales, en el cual ni siquiera la buena voluntad social podrá hacer mucho en el marco de una recesión económica. Las

primeras víctimas de ésta serán los pobres y los negros, que en razón de la disfunción económica siempre cargan con una parte desproporcionada de los padecimientos.²⁷

Infelizmente, ni siquiera es seguro que el ritmo rápido de crecimiento que se observó en la década de 1960 baste para liquidar la tarea inconclusa de la industrialización norteamericana, sea en términos absolutos o relativos, calculados estos últimos en función del desarrollo de la sociedad en general.²⁸ En verdad, lo que equivale a la coexistencia de dos economías norteamericanas bastante independientes —la economía industrial atrasada e incluso declinante (cada vez más vulnerable a la eficacísima competencia extranjera, muy sensible a los altibajos cíclicos y obligada a emplear mano de obra cada vez más pobre y menos especializada) y la creciente economía tecnocrática (que está fundada sobre la industria aeroespacial y otras industrias de frontera y que emplea a los trabajadores más capacitados, más educados y mejor remunerados)— dificulta la asimilación y la elevación de los sectores más pobres de la sociedad norteamericana.

Esta brecha complica los esfuerzos encaminados a crear una armonía racial asentada sobre la libertad y la igualdad. El negro debería haberse integrado en la sociedad norteamericana *durante* la revolución industrial. Lamentablemente, esta revolución se produjo antes de que Estados Unidos, si no el negro, estuviera listo para la plena integración. Si el norteamericano negro hubiera sido sólo una herencia económica de la era preindustrial, quizás habría sido posible integrarlo más eficazmente en la era industrial. Pero el prejuicio racial impidió que adquiriera las aptitudes necesarias. El problema es acumulativo y hoy a las regiones urbano-industriales más avanzadas les resulta difícil inte-

grar a los negros —que son al mismo tiempo una minoría racial y la única herencia feudal de Estados Unidos— precisamente porque dichas regiones ingresan en una fase nueva y más compleja en la que es necesario contar con aptitudes sociales más desarrolladas. Paradójicamente, se puede argumentar que ahora el Sur tiene, a largo plazo, más posibilidades de integrar cabalmente a los negros: la conciencia norteamericana está cambiando, el negro ha despertado y el Sur de Estados Unidos empieza a ingresar en la era industrial. Si avanza con suficiente prisa, podrá llevar con él al negro.²⁹

El interrogante de mayor envergadura sigue en pie: ¿El ritmo de desarrollo será suficientemente rápido como para solucionar el problema que plantean los procesos generados por el despertar del norteamericano negro y por su desilusión con el sistema norteamericano, procesos éstos que son simultáneos y se refuerzan mutuamente? Muchas encuestas de opinión atestiguan que el negro está cada vez más convencido de que no le queda otro recurso que el de escindirse del sistema político y confiar en el aislamiento, incluso en la violencia, como factor básico de progreso.³⁰ Este no era el espíritu de los grupos de inmigrantes blancos, que en general aspiraban a incorporarse lo más rápidamente posible a la comunidad norteamericana. Por el contrario, muchos negros piensan que la segregación y la construcción de una comunidad autónoma ofrecen la única salida para el futuro, un futuro que, a juicio de ellos, ya no implica necesariamente la fusión eventual con el grueso de la sociedad norteamericana.

Tampoco es seguro que el ingreso de grandes contingentes de negros en las universidades integradas ayude a aliviar las tensiones raciales. Aunque este proceso es necesario para estimular la plena participación del negro en la sociedad norteamericana.

americana, varios factores que actúan a corto plazo indican que las tensiones raciales han aumentado en razón de que los negros tienen más posibilidades para estudiar. En primer término, no existen garantías de que los graduados negros obtengan los puestos que creen tener derecho a ocupar;³¹ en segundo término, es probable que este problema se agrave en razón de que algunos negros insisten en seguir cursos independientes de "estudios negros" que no están sujetos a los cánones académicos vigentes, lo cual producirá inevitablemente un número cada vez mayor de equivalentes norteamericanos de esos seudointelectuales frustrados y poco capacitados que son típicos de los guetos globales y finalmente, es posible que a medida que el negro norteamericano tenga más confianza en sí mismo y mejore su posición social, sea, temporariamente, más impermeable al argumento de que su progreso depende de la cooperación con los blancos y que exprese su mayor sensibilidad frente a la injusticia social mediante una postura política más radical, indiferente a las susceptibilidades de los blancos.

El problema de las relaciones raciales determina que sea más urgente resolver el interrogante que concierne al lugar que ocupa la violencia en la sociedad norteamericana. Es posible que la comunidad blanca siga proclamando que "la violencia no puede construir una sociedad mejor", pero el negro seguirá pensando que la realidad básica está dada por su condición social inferior. En la medida en que la violencia precipite arranques reformistas de la comunidad blanca encaminados a reparar injusticias, se consolidará el argumento de que aquélla es necesaria para impulsar el progreso de los negros. Al mismo tiempo, el empleo de la violencia tiende a velar la distinción, importante para el funcionamiento de toda sociedad, entre la violencia política y la criminal (¿Eldridge Cleaver

fue un fugitivo político o un criminal?) y determina, por un lado, que la sociedad en general ponga en marcha represiones masivas, autorizadas por la ley y, por el otro, que los sectores más liberales y cultos racionalicen la violencia. Ambos resultados destruyen la capacidad de la sociedad para discriminar entre la necesidad de orden y el imperativo de cambio.

Es inevitable que la capacidad de la sociedad para formular estos juicios se deteriore en relación directa con la medida en que se acostumbra psicológicamente a vivir sumida en la violencia y a aceptar que ésta es un medio para resolver sus problemas. Nadie niega que tanto la historia social como la historia política de Estados Unidos han sido violentas. Es discutible, en cambio, que la sociedad norteamericana haya sido más violenta que otras.³² Pero la cuestión de la violencia trasciende el campo de las estadísticas e incluso de las relaciones raciales: concierne a la configuración cultural básica de la nación y a la manera como la sociedad resuelve sus dificultades.³³

Actualmente los problemas de la pobreza o de las relaciones raciales obligan a tener una aguzada sensibilidad psicológica para los matices y a ejercer la moderación cuando se trata de equilibrar muchos derechos individuales y colectivos complejos y antagónicos. Este es un aspecto que muchos reformadores impacientes pasan por alto. La asimilación de un grupo étnico o racialmente diferenciado dentro de la cultura mayoritaria sólo es posible en un contexto de instituciones y valores estables, que se expresan en procedimientos ordenados. Es posible perpetuar mediante la violencia la dominación de la mayoría o invertir mediante la revolución violenta las relaciones de poder entre las razas, pero cuando se trata de crear relaciones raciales armoniosas es necesario condicionar a la sociedad para que ésta

acepte el cambio pacíficamente y resuelva sus problemas sociales sin recurrir a la violencia.³⁴ Esto, sin embargo, tiende a reforzar automáticamente las fuerzas que se oponen al cambio, sea que dichas fuerzas representen intereses creados o en términos más generales, actitudes sociales o raciales arraigadas. Un ambiente social en el que una gran parte de la población identifica la violencia con el cambio y equipara el orden con la falta de cambio es un ambiente en el que la escalada de los conflictos se hace inevitable.

La futilidad de la política

La susceptibilidad de las instituciones políticas a la necesidad de cambio tiene mucha importancia para el futuro de Estados Unidos. Algunos ciudadanos piensan que el actual sistema norteamericano es incapaz no sólo de impulsar los cambios sociales necesarios sino incluso de reaccionar a la presión en favor de dichos cambios. En semejante contexto, procedimientos e instituciones que en épocas de estabilidad reciben elogios por su circunspección, se convierten, en épocas de cambio más acelerado, en modelos de retraso, ineficacia e incluso de fundamental injusticia.³⁵

Se tiende a pensar cada vez más que el gobierno, en cuanto expresión de la voluntad nacional, es incapaz de dirigir y coordinar eficientemente el cambio interno. Parece que no formula las metas nacionales ni estimula un sentimiento de orientación nacional. La desaparición de la élite política consagrada que guió al país desde la Segunda Guerra Mundial también contribuye a aumentar esta incertidumbre acerca de los fines nacionales. Dicha élite, compuesta primordialmente por hombres que provenían de la costa oriental y que es-

taban vinculados con los altos círculos jurídicos, empresarios y financieros, generaba una impresión de continuidad dentro del marco de un consenso liberal y pragmático sobre la naturaleza y el carácter de la sociedad industrial moderna. La estabilidad relativa de fines de 1940 y de la década de 1950 reflejó ese consenso. Ultimamente, los intereses económicos nuevos y más dispersos en el ámbito geográfico, que están asociados con las nuevas industrias científico-militares y de frontera, así como las fuerzas intelectuales con mayores inclinaciones ideológicas y progresivamente más influyentes, impugnan a esta élite con creciente insistencia.

La desaparición de la élite de posguerra pone de relieve la dicotomía que existe entre las cualidades que son necesarias para conquistar poder político en la democracia norteamericana y las que lo son para ejercer la conducción real de esa democracia. El coqueteo con la prensa y los medios masivos es un subproducto inevitable del coqueteo con las masas, porque sobre éstas influye no sólo la apelación directa sino también la "imagen" intermedia, creada en parte por los mismos medios. La deseabilidad de esta imagen coloca en primer plano la defensa de lo que es inmediatamente popular y está de moda, en perjuicio de la formulación de objetivos más vastos y del énfasis en los problemas filosóficos básicos que conciernen al sentido de una sociedad moderna. Puesto que el consenso social ha sido fragmentado por el ritmo del cambio y puesto que la estructura de valores de la sociedad es a su vez de índole muy táctica, los problemas estratégicos capitales tienden a eclipsarse.

Para empeorar las cosas, el marco institucional norteamericano no se ha mantenido a la altura del cambio social. Dada la colosal transformación del país por obra del crecimiento industrial y la movilidad de las comunicaciones, sus ordenamientos fe-

derales están cada vez más desprovistos de sentido económico o geográfico. Estos ordenamientos sobreviven merced al sentimiento tradicional local y a los intereses creados y no por su utilidad funcional. Las perjudicadas han sido, sobre todo, las grandes ciudades nuevas, cuyo crecimiento no estaba contemplado en la estructura constitucional y que han sido privadas por ello de medios para enfrentar sus problemas.

Al gobierno nacional también le ha resultado difícil montar, sobre todo en razón del sistema bipartidario, los mecanismos necesarios para encauzar abiertamente las nuevas y grandes fuerzas antagónicas del campo político, y todavía actúa como si el “juego” político girara alrededor de las dos alianzas relativamente laxas de grupos de intereses que reflejaban primordialmente los conflictos de la era anterior, entre la industria y el campo. En general, este ordenamiento ha servido para expresar, y también para sosegar, la voluntad popular y para crear un equilibrio entre la continuidad y el cambio. Sin embargo, vale la pena destacar que, en otras épocas de tensión y de opciones más drásticas, el sistema bipartidario se fracturó en ocasiones, aunque sólo por un tiempo. Aparentemente, la quiebra del sistema bipartidario está otra vez en marcha, precisamente porque dos factores —el extraordinario ritmo de cambio y la multiplicación de las opciones a menudo incompatibles que emanan de éste— han agudizado los dilemas del país.

Como consecuencia de ello, el marco industrial-rural o liberal-conservador ya no encuadra correctamente a las fuerzas políticas que compiten entre sí en la actualidad: el bastión agrario-conservador-anticomunista que tiene su mayor base de apoyo en el Congreso; los nuevos conglomerados industrial-militar-científicos que colaboran nerviosamente con el grupo anterior en los campos político-ideológicos

pero que chocan con él por razones de empuje económico y la coalición emergente, muy laxa, que abarca a los partidarios de la asistencia social y de los derechos civiles, así como a los intelectuales, coalición ésta que comparte hasta cierto punto la dinámica socioeconómica del segundo grupo pero que choca con éste y con el primero por una cuestión de prioridades. Las dos últimas fuerzas han funcionado principalmente al margen de la participación directa en el proceso legislativo del país y reflejan, por tanto, la medida en que los aspectos representativos de la democracia norteamericana no han conseguido mantenerse a la par del cambio social.³⁶

Resulta entonces que varios subpaíses políticos coexisten en una atmósfera de desasosiego y aunque Estados Unidos empieza a verse a sí mismo como un ente único, cada subpaís tiende a proyectar sobre el todo su propia imagen de la realidad norteamericana. La relación entre estos subpaíses es, por consiguiente, tensa. Cada uno tiende a buscar su propia expresión política, en lugar de fusionarse con la totalidad más vasta. En la contienda presidencial de 1968, Robert Kennedy personificó la política de la ansiedad y enunció vehementemente las quejas de los desheredados a pesar de que compartía los miedos e incertidumbres de los norteamericanos afianzados que intuían y deseaban un gran cambio pero no sabían con exactitud cuál debía ser este cambio.³⁷ Eugene McCarthy fue el vocero petulante de la política de la nostalgia, que prometía derribar los cercos levantados en torno de los prados de la Casa Blanca y que respondía a los deseos de los habitantes de los suburbios, ávidos de vida pastoril y justicia social... siempre que ésta se materializara sin rozarlos; Hubert Humphrey predicó la política del acuerdo entre las clases y las razas, con una pasión que evocaba la

atmósfera de lucha de clases típica del *New Deal*; George Wallace expresó la política del resentimiento, hablando en nombre de aquellos norteamericanos que opinaban que otros compatriotas más acomodados promovían, a sus expensas, el progreso social y racial; Richard Nixon practicó la política de la cautela y triunfó porque muchos norteamericanos de los diversos subpaíses temían que "su" país estuviera en peligro y porque dudaban acerca de lo que les reservaba el nuevo Estados Unidos.

Esta tendencia a exaltar los intereses personales se reflejó en el hecho de que algunos grupos de electores se sentían impotentes para plasmar la política nacional. Muchos ciudadanos intuían el cambio pero pensaban que era poco lo que podían hacer para controlarlo. En una época de relativa continuidad, las elecciones presidenciales y legislativas eran un medio aceptable y satisfactorio para expresar una preferencia política muy generalizada. En una época de discontinuidad y consenso cada vez más fragmentado,³⁸ las campañas para la elección nacional se han convertido en un medio menos apropiado para expresar la voluntad popular. Dada, sobre todo, la importancia que la televisión confiere al aspecto y al porte personales, la elección presidencial se ha transformado, para muchas personas, en un espectáculo nacional antes que en el ejercicio de opciones básicas destinadas a influir sobre la orientación del país. En cambio, quienes practican estas opciones son, cada vez más, los edictos administrativos y las comisiones legislativas. Pero puesto que estas dos áreas están muy alejadas del control público, son más sensibles a las influencias de los diversos intereses particulares—con los que los administradores o legisladores mantienen a menudo relaciones estrechas—que a las de los votantes.

El distanciamiento, la complejidad y la impersonalidad de las instituciones públicas y privadas, algo que se ha puesto de relieve a menudo, guarda afinidad con esta situación. Cuando se derrumbaron los viejos lazos tradicionales de la sociedad agraria, la era industrial produjo sus equivalentes mediante los sindicatos y las asociaciones profesionales. Pero los sindicatos ya no son instituciones vitales,³⁹ y la "atomización" de la vida moderna acentúa la sensación de impotencia del individuo. Aparentemente las instituciones sociales no suministran una vía de desahogo para el idealismo individual ni dan una respuesta rápida a las exigencias colectivas. Además, es inevitable que el Estado o una organización privada gigantesca esquematice los dilemas sociales para enfrentar sus complejidades. Si bien esta esquematización permite elaborar respuestas en gran escala, es frecuente que choque con la perspectiva individual del mismo problema y en consecuencia limita la libertad del individuo al mismo tiempo que pasa por alto la mejor solución a sus problemas. Por tanto, cuando más se empeña el Estado en ayudar, tanto más tiende a reforzar la sensación de impotencia del individuo.

El resultado es paradójico: la situación descripta estimula un mayor interés público por la política y simultáneamente refuerza la impresión de que la política es inútil; fragmenta el consenso nacional y simultáneamente genera apelaciones más vigorosas en favor de un sentimiento de orientación nacional común; por último, enfrenta simultáneamente al individuo con los peligros gemelos de la fragmentación y el control excesivo. En verdad, la política nacional parece fragmentarse a medida que el gobierno nacional se expande.⁴⁰ Como consecuencia, muchos norteamericanos sienten que su libertad se restringe. Esta sensación parece estar ligada con su falta de miras, porque la libertad impli-

ca la posibilidad de elegir la acción y la acción depende del conocimiento de los objetivos. Si la actual transición de Estados Unidos hacia la era tecnocrática no produce logros satisfactorios en el orden personal, la próxima etapa podría entrañar una ruptura hosca con el compromiso social y político, una fuga respecto de la responsabilidad social y política mediante el repliegue interior y el conservadurismo exterior.

En el ínterin, la revolución científica y tecnológica, que en sí misma tiene una naturaleza básicamente muy cerebral, todavía tiende a influir sobre la sociedad norteamericana en una forma generalmente fortuita, gobernada por decisiones e impulsos que reflejan los valores e intereses del país anterior. La potencia intelectual se moviliza para contestar "¿cómo?" pero no para preguntar "¿por qué?" Por consiguiente, Estados Unidos corre el riesgo de convertirse en "una civilización consagrada a buscar medios constantemente perfeccionados para alcanzar fines mal estudiados".⁴¹ El sistema político todavía tiene que crear mecanismos y procedimientos apropiados para formular y contestar la segunda pregunta. Cuestiones que afectan fundamentalmente la forma de vida nacional, como la fabricación de un avión supersónico o que plantean una amenaza ecológica y también humana, como la contaminación industrial o la radiación de las plantas de energía atómica, se encaran mediante un proceso de toma de decisiones que no deja margen para la expresión inteligente de la voluntad popular. (Según el decimoséptimo informe anual de la National Science Foundation, menos del 5 por ciento de los más de 200.000 científicos e ingenieros que trabajaban para el gobierno federal en 1967, se ocupaban de disciplinas sociales o psicológicas. Además, según el informe de 1963 del Council of Economic Advisers, la investigación para

la defensa, el espacio y la energía absorbían a aproximadamente los dos tercios de los científicos que trabajaban en las fronteras científica y tecnológica de la nación. Asimismo, nuestra sociedad dedica recursos relativamente limitados a la indagación sistemática de los problemas sociales, al mismo tiempo que dedica inmensos recursos a rubros económicos, técnicos y científicos. [El cuadro 13 expresa parte de la historia.] Incluso la educación superior, que no se preocupa por los problemas subyacentes sino que pone énfasis en las técnicas, corre el riesgo de convertirse en una mala educación, de crear contingentes de personas “educadas” que creen conocer las respuestas, pero que en verdad ni siquiera saben cuáles son las preguntas realmente importantes.⁴²

La tercera revolución norteamericana pone de relieve el fuerte contraste que existe entre el éxito técnico y el fracaso social y plantea problemas básicos acerca del control y la orientación del empuje de la innovación tecnológica. ¿Cómo se toman las decisiones? ¿Por qué se toman? ¿Quiénes las toman? ¿Qué valores intervienen en estas decisiones y cómo se los puede hacer cristalizar para plasmar una política coherente? Estos problemas acosan cada vez más a todas las sociedades modernas, pero, dada la gran envergadura social de la ciencia y la tecnología norteamericanas contemporáneas, este desafío tiene particular importancia en Estados Unidos porque afecta —y, potencialmente, amenaza— los aspectos más íntimos de la vida norteamericana.

Puesto que parece cierto que “esta sociedad ha optado por destacar ahora el cambio tecnológico como forma capital de expresión creativa y base para el crecimiento económico”,⁴³ resulta que la tarea más imperativa de esta sociedad consiste en definir el marco conceptual dentro del cual será

Cuadro 13

PRESUPUESTO ANUAL EN MILLONES DE DOLARES

Industrial	
General Motors	20.210
Ford	12.240
Standard Oil (N.J.)	12.190
General Electric	7.180
Chrysler	5.650
Mobile Oil	5.250
Texaco	4.430
U.S. Steel	4.360
I.B.M.	4.250
Salud Pública	
Nat'l Cancer Inst.	186
Nat'l Heart Assn.	164
Nat'l Inst. of Arthritis	141
Nat'l Inst. of Neurology	119
Nat'l Inst. of Allergy	90
Nat'l Inst. of Child Health	66
American Cancer Society	59
American Heart Assn.	37
Nat'l Tuberculosis Assn.	27
Social y psicológico	
National Inst. of Mental Health*	31
Stanford Research Inst.*	18
Menninger Foundation	9,5
Planning Research Corp.*	8
Inst. for Social Research	5,5
American Inst. for Research in Behavioral Sciences	5
Brookings Institution	5
Human Resources Research Office	4,5
Mental Health Research Inst.	2

Fuente: Thomas Jefferson Research Center, junio-julio de 1969, pág. 5.

* Parte aproximada del presupuesto asignada a problemas sociales.

posible asignar fines significativos y humanos a dicho cambio. Existe el peligro de que si no se procede así la tercera revolución norteamericana, tan preñada de posibilidades para la creatividad y el logro individuales, se convierta, por su falta de metas, en algo socialmente destructivo.

NOTAS

¹ En el año 1800 la población rural de Estados Unidos representaba el 94 por ciento del total; en 1850, aproximadamente el 85 por ciento; en 1900, el 60 por ciento; en 1950, el 35 por ciento. Se calcula que hacia el año 2000 la población rural será de casi 50 millones de personas sobre un total de 300 millones, o sea el 17 por ciento. En 1969, el 73 por ciento de los norteamericanos vivían en el uno por ciento del territorio. Véase *Time*, 24 de enero de 1969, págs. 18, 30-33.

² El artículo de una página de Henry Lieberman: "Technology: Alchemist of Route 128", *The New York Times*, 8 de enero de 1968, contiene una reseña muy informativa.

³ Se encontrará un excelente y bien documentado estudio en *The Advancing South: Manpower Prospects and Problems*. Nueva York, 1968.

⁴ Daniel Bell: "The Measurement of Knowledge and Technology", Eleanor Sheldon y Wilbert Moore (comps.): *Indicators of Social Change*. Nueva York, 1968, pág. 149.

⁵ El análisis incluido en la primera sección de la parte I de este libro es muy importante para entender al Estados Unidos contemporáneo, porque se ocupa de las diferencias básicas que existen entre una sociedad industrial y otra tecnocrática.

⁶ Véase, sobre todo, Bell: "The Measurement of Knowledge and Technology", *op. cit.* También las reflexiones más generales y menos documentadas que figuran en el cuarto informe anual de la Universidad de Harvard: *Program on Technology and Society*; y Victor Ferkiss: *Technological Man: The Myth and Reality*. Para una síntesis muy útil de las tendencias norteamericanas actuales, véase: *Toward a Social Report*, Department of Health, Education and Welfare, Washintgon, D.C., 1969. Para una reseña informativa y a ratos conmovedora del efecto de este fenómeno sobre algunos jóvenes, véase Mark Gerzon: *The Whole World Is Watching*.

⁷ La escala de ese cambio se puede ilustrar con unas pocas cifras. En los años 1964-1969 la inscripción en las universidades aumentó en un 45 por ciento. En 1965 más del 50 por ciento del total de adultos habían completado sus estudios secundarios. En 1900 la cifra correspondiente a este rubro había sido de sólo el uno por ciento. Para antecedentes, véase A. J. Marrow, D. G. Bowers y S. E. Seashore: *Management by Participation*. Nueva York, 1967. El número de maestros subió de aproximadamente 1.300.000 en 1954 a casi 2.100.000 una década más tarde. El número de ingenieros casi se duplicó en el mismo lapso: de aproximadamente medio millón a casi un millón. Un estudio de la OCDE sobre la ciencia norteamericana estima que entre 1963 y 1970 la población científica de Estados Unidos aumentará de 2.700.000 a 4.000.000. Los doctorados en ciencias pasarán de 96.000 a 153.000 y los doctorados en ingeniería de 10.000 a 17.000. En 1869-1870, más o menos en los comienzos de la revolución industrial, el total de títulos conferidos por los institutos de enseñanza superior estaba apenas por debajo de los 10.000; en 1889-1890 llegó a 17.000; en 1939-1940, a 216.000; una década más tarde, a 497.000; y en 1963-1964, a 614.000. En los últimos 20 años las inversiones en investigación y desarrollo se multiplicaron por 15, las inversiones en educación por 6, y el PBN se triplicó. Véanse Daniel Bell: "The Measurement of Knowledge and Technology", págs. 201, 206, 228; y *Reviews of National Science Policy: United States*, OECD, págs. 45, 54.

⁸ *Television Quarterly*, primavera de 1968, pág. 9.

⁹ Para un análisis más completo, véase NASA: *The Technology Utilization Program*, 1967, pág. 10; y el editorial de *Saturday Review*, 19 de abril de 1969.

¹⁰ Véase Anthony G. Oettinger y Sema Marks: "Educational Technology: New Myths and Old Realities" (discusión y respuesta), en *The Harvard Educational Review*, otoño de 1968.

¹¹ Citado en *Return to Responsibility*, informe del Thomas Jefferson Research Center, Pasadena, 1969, pág. 5.

¹² "La nueva forma de encarar el futuro no tiene un nombre consagrado, comprehensivo, pero la mayoría de los empresarios, funcionarios del gobierno, oficiales del ejército, científicos y técnicos se han familiarizado con las designaciones de sus técnicas más avanzadas. Estas, que pueden llamarse 'análisis de sistemas' o 'planificación de sistemas', se emplean actualmente en gran escala, con o sin la ayuda de computadoras. El análisis de 'costo-beneficios' o 'eficacia del costo' es un ingrediente fundamental de las nuevas técnicas, y se ocupa de la forma de organizar los fines y

los medios para que los encargados de tomar decisiones tengan ideas más claras acerca de las opciones viables y de la mejor forma de cotejar los resultados con las expectativas y los resultados.

“Entre las características del nuevo esquema se cuentan: 1) Un estudio más franco y deliberado para la selección de los fines hacia los que apunta la acción programada, y un esfuerzo por mejorar la planificación mediante la definición más precisa de los fines. 2) Una comparación previa más sistemática de los medios según el uso de criterios derivados de los fines elegidos. 3) Una evaluación más sincera y eficaz de los resultados, incluyendo un sistema que permita controlar la marcha hacia los fines intermedios. A este proceso lo acompaña una sensibilidad ‘de mercado’ para los cambios de valores y para la evolución de los fines. 4) Un esfuerzo, a menudo agotador desde el punto de vista intelectual, encaminado a movilizar la ciencia y otros conocimientos especializados dentro de un marco de información y decisión flexible, para que las responsabilidades específicas se puedan asignar a los equipos más competentes. 5) El énfasis en la información, el pronóstico y la persuasión, en lugar del énfasis en el poder coercitivo o autoritario, como agentes capitales para la coordinación de los elementos sectoriales de un programa. 6) Una mayor capacidad para vaticinar el efecto combinado y recíproco de varios cursos de acción simultáneos; este elemento puede modificar la política para reducir las consecuencias indeseadas o puede generar otros cursos de acción para corregir o compensar las consecuencias así pronosticadas.” Véase Max Ways, “The Road to 1977”, en *Fortune*, enero de 1967, págs. 94-95.

¹³ Bell, *op. cit.*, pág. 175.

¹⁴ Es útil recordar que hace un siglo el ciudadano veía pocas veces, o nunca, los diagramas, gráficos y tablas que el norteamericano de hoy encuentra casi diariamente en la prensa y que son un elemento común de cualquier informe o estudio.

¹⁵ *Toward a Social Report*, pág. 43.

¹⁶ *Ibid.*, pág. 42.

¹⁷ Esta es la dimensión psicológica que algunos comentaristas extranjeros subestiman cuando se refieren, con una pizca de envidia, a la definición de pobreza que prevalece en Estados Unidos. Por ejemplo: “Estados Unidos traza su límite de pobreza en niveles que en otros países serían generosos. Conviene recordar que entre todas las tristes estadísticas que afluyen de los guetos, hay una que dice que en 1967 aproximadamente el 88 por ciento de las familias norteamericanas negras tenían un televisor”. Véase

"The Neurotic Trillionaire", *The Economist*, número especial, 10 de mayo de 1969, pág. 51.

¹⁸ Informe de la Oficina del Censo, citado por *The New York Times*, 20 de agosto de 1969.

¹⁹ *Report of the National Advisory Commission on Civil Disorders*, Washington, D.C., 1968, pág. 337. El informe de la Comisión Presidencial sobre Programas para Mantenimiento del Ingreso, publicado el 12 de noviembre de 1969, contiene un análisis de la forma en que se dividen los pobres. Véase también el *Joint Report* de los Departamentos de Comercio y Trabajo que citó *The New York Times*, 2 de febrero de 1970.

²⁰ Informe de la Oficina del Censo; Nathan Glazer: "The Negroes' Stake in America's Future", *The New York Times Magazine*, 22 de setiembre de 1968, pág. 31; *The Economist*, 10 de mayo de 1969, pág. 51.

²¹ *The New York Times*, 11 de mayo de 1969. Debe recordarse, sin embargo, que en 1949 el 59 por ciento de los negros se declararon satisfechos con sus viviendas. Esto indica, presumiblemente, que en 1969 tenían más pretensiones. Respecto de la vivienda, véase *Joint Report*, citado en nota 20.

²² "Characteristics of Students and their Colleges", estudio de la Oficina del Censo, citado en *The New York Times*, 15 de junio de 1969.

²³ Glazer, *op. cit.*, págs. 31, 90; véase también *Joint Report*.

²⁴ *The Economist*, pág. 51.

²⁵ El creciente acceso a la élite política de grupos étnicos y raciales previamente marginados es un elemento afín a este proceso, elemento, además, que tiene características llamativas. Los judíos, los negros, los italianos y, en menor medida, los polacos y los griegos, han empezado a aparecer en el gobierno nacional en niveles y en una escala que antes eran inusitados para quienes no eran de raíz "blanca, anglosajona, protestante". Si bien no hay estadísticas precisas, es posible que estas nuevas "élites", cuyo norteamericanismo es a veces tan vehemente como nuevo, tengan alguna relación con el resurgimiento de la orientación activista, nacionalista y dinámica que David Riesman destacó en su "Some Questions about the Study of American National Character in the Twentieth Century", *Annals of the American Academy of Political and Social Science*, marzo de 1967, especialmente pág. 47.

²⁶ *Toward a Social Report*, págs. 15-27; *Time*, 31 de octubre de 1969, pág. 42.

²⁷ El 3,2 por ciento de desocupación de fines de 1968 significaba que el 21,5 por ciento de los adolescentes ne-

gros estaban desocupados (contra un 11.6 por ciento para los blancos), y que el 3,4 por ciento de los adultos negros de sexo masculino carecían de trabajo (contra el 1.6 por ciento para los blancos).

²⁸ Con un aumento del 4 por ciento en el PBN (en dólares constantes, o sea mayor que el aumento promedio desde 1960), es probable que en 1974 cerca de 17 millones de personas vivan en hogares pobres, contra 26 millones en 1967. Más de 4 millones corresponderán a familias presididas por varones trabajadores menores de edad, contra 10 millones en 1967. Véase *Toward a Social Report*, pág. 47.

²⁹ "En 1947, el 20 por ciento más pobre de la población recibía el 5 por ciento del ingreso total y se mantuvo ese 5 por ciento en 1964... El siguiente 5 por ciento más bajo recibía el 12 por ciento en 1947 y se mantuvo en 1964. En resumen, el 40 por ciento de los norteamericanos recibieron un 17 por ciento del ingreso total durante todo el período de la posguerra. El 5 por ciento de nivel más alto obtuvo la misma proporción que la del 40 por ciento" (Michael Harrington: *Toward a Democratic Left*. Nueva York, 1968, pág. 26).

³⁰ Pero para una proyección y evaluación bastante pesimistas, véase "America's Frustrated South", en *The Economist*, 14 de junio de 1969.

³¹ Véase el informe especial "Black America", *Newsweek*, 30 de junio de 1969, pág. 23. Para un análisis de más envergadura, véase *The Politics of Protest* (Informe Skolnick a la Comisión Nacional sobre Causas y Prevención de la Violencia), Nueva York, 1968, sobre todo el cap. 4, "Black Militancy".

³² Las estadísticas de la ciudad de Nueva York indican, por ejemplo, que los blancos que abandonan sus estudios tienen la posibilidad de conseguir mejores empleos que los egresados negros de la escuela secundaria. Véase *The Negro Almanac*. Nueva York, 1967, diagrama de pág. 292.

³³ En su informe "Violence in America: Historical and Comparative Perspectives", Nueva York, 1969, The National Commission on the Causes and Prevention of Violence, sostiene: "La contienda civil, si bien es frecuente, asume en Estados Unidos formas mucho menos destructivas que en muchos países no occidentales y algunos occidentales... La nación no ha tenido guerras internas desde la Guerra Civil y ha estado casi totalmente libre de las conspiraciones revolucionarias crónicas y el terrorismo que han abrumado a otros países...".

"Aunque aproximadamente 220 norteamericanos murieron en luchas civiles violentas durante los 5 años transcurridos

hasta mediados de 1968, el promedio de 1,1 por millón de habitantes fue infinitesimal si se lo compara con el promedio para todos los países, de 238 por millón, y menor que el promedio europeo de 240 por millón." Véase págs. 799-800.

Por otro lado, un informe posterior de la misma comisión señala que "el cotejo entre la tasa de crímenes violentos de este país y las de otros países muestra que Estados Unidos marcha netamente a la vanguardia en el rubro violaciones. Nuestra tasa de homicidios duplica con creces la de nuestro competidor más próximo, Finlandia, y es entre 4 y 12 veces mayor que las de otra docena de países avanzados, incluidos Japón, Canadá, Inglaterra y Noruega." Citado en *The New York Times*, 24 de noviembre de 1969.

³³ Aunque quizá no sea más violenta que otras, la sociedad norteamericana contemporánea está saturada por la violencia. Esto no se debe solamente, ni tampoco en gran medida, a los dramáticos asesinatos de los años 60. Se debe, sobre todo, a la televisión norteamericana, dominada en forma casi total por tres corporaciones que persiguen fines de lucro, y que el gobierno nacional sólo controla negligentemente. En el estudio preparado para la Comisión Nacional sobre Causas y Prevención de la Violencia, en 1969, la Escuela de Comunicaciones de la Universidad de Pennsylvania informó que después de seguir durante dos semanas los programas de las tres redes principales, desde las 16 hasta las 22, computó 790 personas muertas o lesionadas en series o teleteatros (excluyendo los noticieros), y descubrió 15 actos de violencia por cada hora de programación. Véase *The New York Times*, 6 de julio de 1969. A este dudoso récord deben sumarse los "documentales" sensacionalistas como la "entrevista exclusiva" de la NBC, profusamente publicitada por anticipado, con Sirhan Sirhan, el asesino convicto de Robert Kennedy, filmada (según los anuncios de la NBC) "un día después que Sirhan fue formalmente sentenciado a muerte".

Para un esclarecedor análisis de la actitud de los magnates de la televisión respecto de sus responsabilidades educacionales y sociales, véase Harrington: *Toward a Democratic Left*, págs. 19-20.

³⁴ No pretendemos negar que en distintas etapas de la historia la violencia desempeñó un papel social constructivo. Al derrocar tiranías o desafiar la explotación, la violencia ha sido a menudo el histuri de la historia. Sin embargo, no se debe exagerar la apología de la violencia histórica. En *Social Origins of Dictatorship and Democracy*, Boston, 1966, Barrington Moore sugiere que el costo físico de los

regímenes revolucionarios no se debe computar como un argumento negativo, porque la falta de revolución podría haber sido aun más costosa. No examina, empero, la posibilidad de que las reformas emprendidas por los regímenes revolucionarios, muchas veces con monstruosa brutalidad, se hicieran con un costo menor aplicando los programas de reformas que dieron buen resultado en otras naciones. En verdad, es lícito argüir que gran parte de la violencia que desplegaron los regímenes revolucionarios obró en perjuicio de las metas positivas que se habían fijado. En consecuencia, la comparación debe hacerse entre el costo físico de las distintas formas de cambiar la sociedad y no entre el costo físico de no cambiarla y el de cambiarla por medios violentos.

Al margen de los juicios históricos vale la pena destacar que al hombre moderno todavía se lo educa en términos que estimulan los sentimientos agresivos. En Occidente los filmes y la televisión subrayan la violencia, y la enseñanza de la historia destaca siempre las guerras, las victorias, las derrotas y los conflictos entre las naciones "buenas" y "malas". Estos instintos agresivos también se expresan en los juegos infantiles y en los entretenimientos de los adultos. En los países comunistas la ideología estimula igualmente los sentimientos agresivos y la hostilidad contra las fuerzas "del mal", perpetuando las dicotomías más fundamentales que introdujo la tradición religiosa.

³⁵ La justicia norteamericana brinda un ejemplo patente. Es anticuada y a menudo absurda. Aparentemente no se supo inspirar en las reformas jurídicas que se implantaron hace décadas en Europa, ni en el sistema inglés de justicia relativamente rápida. Sus procedimientos extraordinariamente engorrosos, dominados por estratagemas e histrionismos teatrales, y jalonados por largas y complejas apelaciones, producen demoras y, ocasionalmente, resultados que desafían los conceptos más elementales de justicia. El juicio al asesino de Martin Luther King, durante el cual los abogados de Ray compitieron por vender las memorias de éste, fue una farsa; el prolongado espectáculo de Sirhan Sirhan en Los Angeles no estuvo dictado en absoluto por las necesidades de la justicia abstracta; las "entrevistas exclusivas" con los asesinos de Sharon Tate, muy bien pagadas, fueron bochornosas. Los juicios secretos soviéticos son ciertamente deplorables, ¿pero acaso los espectáculos circenses que tienen por escenario los tribunales norteamericanos son realmente necesarios para proteger al acusado y garantizar fallos justos?

Al mismo tiempo, la superposición de los intereses privados y públicos, reflejada en las vinculaciones económicas

que tienen, fuera de la órbita legislativa, los representantes y senadores, refuerza la propensión de muchos norteamericanos a desechar el proceso político como algo dominado por grupos intrínsecamente conservadores, indiferentes a lo social, dominados por el afán de lucro. Por ejemplo, 8 miembros de la Comisión de Comercio de la Cámara de Representantes tienen intereses financieros en ferrocarriles, líneas aéreas, estaciones de radio y compañías de transportes que entran en su esfera; 90 miembros de la Cámara de Representantes, incluidos 12 de la Comisión de Actividades Bancarias, tienen intereses en bancos, compañías de ahorro y préstamo, o *holdings* bancarios; 77 miembros, incluidos 19 de la Comisión de Asuntos Judiciales, continúan dedicándose a la práctica privada de la abogacía; 44 miembros tienen intereses en compañías petroleras o de gas, y así sucesivamente. Véase *The New York Times*, 11 de mayo de 1969.

³⁶ El alto porcentaje de abogados pueblerinos que hay en el Congreso es un síntoma de esta situación. Por el contrario, en la primera Asamblea Nacional de la Quinta República de Francia había 67 profesores y maestros, 48 médicos, 45 altos funcionarios civiles profesionales, 34 abogados, 32 obreros, 27 hombres de negocios, 25 científicos e ingenieros, 20 periodistas, etc. Es evidente que desde el punto de vista representativo, la Asamblea Francesa reflejaba con más exactitud la naturaleza de una sociedad relativamente moderna. En Gran Bretaña empiezan a verse las ventajas implícitas en una mayor competencia científica de los organismos representativos de la sociedad. "La Cámara de los Comunes se beneficiaría muchísimo si contara, digamos, con 50 ingenieros capaces de asegurar que las discusiones parlamentarias guarden una relación más estrecha con las realidades técnicas de hoy", escribió Anthony Wedgwood Benn, ministro de Tecnología, en su revista semanal *Engineering News*. Citado por Associated Press, 21 de agosto de 1965.

³⁷ Gloria Steinem: "Link between the New Politics and the Old", *Saturday Review*, 2 de agosto de 1969, pág. 19.

³⁸ Para un buen análisis de la fragmentación de la cultura política en la democracia, véase Arend Lijphart: "Typologies of Democratic Systems", *Comparative Political Studies*, abril de 1968.

³⁹ Gus Tyler: *The Political Imperative*. Nueva York, 1968.

⁴⁰ El lector encontrará evaluaciones notablemente antagónicas del efecto de esta expansión en Emmanuel Mesthene: "How Technology Will Shape the Future", *Science*, 12 de julio de 1968, con un vehemente alegato acerca del

papel cada vez más importante que desempeña el gobierno; y Victor Ferkiss, *op. cit.*, págs. 146-147, que sostiene precisamente lo contrario. Para un análisis interesante y de amplia perspectiva, véase Peter Drucker: *The Age of Discontinuity*. Nueva York, 1969.

⁴¹ De la introducción de Robert K. Merton a *The Technological Society*, de Ellul, pág. VI.

⁴² Véase nuestro análisis anterior, parte IV, pág. 307.

⁴³ Donald N. Michael: *The Next Generation*. Nueva York, 1965, pág. 16.

XIV

LA REACCION DE LA NUEVA IZQUIERDA

Una revolución no sólo engendra a sus propios hijos... sino que también los repele. Es comprensible que una sociedad que otorga prioridad al cambio, que convierte al conocimiento en el vehículo básico de la innovación, que expande extraordinariamente los institutos de enseñanza superior, que por primera vez en la historia crea una clase numerosa de individuos que se han liberado, durante las postrimerías de la adolescencia y los comienzos de la madurez, de las limitaciones inherentes a la obligación de ganar su propio sustento, que premia la actividad intelectual con un alto grado de prestigio social aunque no lo acompañe con el poder político directo, engendre rebeldes que son los hijos de la misma revolución que los atormenta y los repele. La suprema ironía de ese fenómeno sociopolítico inorgánico y versátil del Estados Unidos contemporáneo de clase media, que recibe el nombre de Nueva Izquierda, consiste en que es en sí mismo el producto de la revolución tecnocrática además de ser una reacción contra ésta.

Ideología infantil

La Nueva Izquierda, un ente complejo y ambiguo compuesto por una combinación bastante fluida de simpatizantes individuales (que provienen sobre todo del *establishment* literario de la ciudad de Nueva York y de algunos círculos docentes) y de nuevas organizaciones, entre las cuales se destaca la de los Students for a Democratic Society (SDS), es la expresión político-ideológica de una inquietud que abarca a sectores más vastos de la juventud universitaria norteamericana de clase media. Hacia fines de 1960 las organizaciones más militantes tenían relativamente pocos afiliados, pero en los momentos de tensión (por ejemplo, cuando se producían enfrentamientos con las autoridades) conseguían movilizar una base de apoyo más amplia. Además, en distintas oportunidades y en el contexto de distintos problemas, la Nueva Izquierda ha conseguido nutrirse en las tradiciones muy arraigadas del populismo norteamericano, del pacifismo cuáquero y del socialismo y el comunismo anteriores a la Segunda Guerra Mundial, cuya importación corrió por cuenta, sobre todo, de las corrientes inmigratorias. La tensión intergeneracional, así como una alienación generalizada aunque pasiva, también estimularon expresiones de solidaridad que crearon, ocasionalmente, la impresión de que toda la juventud estaba identificada con los objetivos de la Nueva Izquierda más militante.¹

Los límites de la Nueva Izquierda son, en consecuencia, imprecisos. Hubo momentos en los que miembros esencialmente reformistas del *establishment* político, como Robert Kennedy y Eugene McCarthy, consiguieron apropiarse de una buena parte del versátil apoyo juvenil que en los restantes contextos se sentía cautivado por las tendencias

más extremas de la Nueva Izquierda. Sin embargo, la Nueva Izquierda por sí misma tendía a ser más militante en lo retórico, más sectaria en lo organizativo y más excluyente en lo intelectual y generacional, que la coalición más numerosa empeñada en forjar la "nueva política" norteamericana. La diferencia clave residía, empero, en la militancia de la Nueva Izquierda, una militancia fundada sobre la convicción de que las reformas ya no son suficientes.

Se ha dicho a menudo que la identificación bastante esporádica de vastos sectores de la juventud con la Nueva Izquierda militante es el producto del mayor idealismo y la mayor conciencia social de la presente generación universitaria, disgustada por el grosero materialismo de su sociedad y afligida por la parsimonia con que el sistema político ataca la injusticia social. Esto es indudablemente cierto. Los jóvenes han luchado activamente por la igualdad racial; respondieron inicialmente con entusiasmo a la convocatoria para prestar servicios globales en las filas del Cuerpo de Paz; se incorporaron masivamente a las múltiples organizaciones creadas para combatir la pobreza y la ignorancia urbanas. Es igualmente cierto que el sistema institucionalizado no aprovechó íntegramente este idealismo. Para sentirse realizado, el idealismo de los jóvenes necesitaba de una atmósfera de esfuerzo nacional deliberado y los jóvenes no fueron los únicos que tuvieron la impresión de que faltaba dicho esfuerzo. Las frustraciones resultantes crearon, acumulativamente, una fuerte alienación, en primer término respecto del sistema político y luego respecto de la totalidad del sistema socioeconómico. A ambos se les negó legitimidad moral y la combinación de idealismo frustrado e incertidumbre histórica allanó el terreno para las apelaciones fundadas sobre la pasión y creó el deseo de contar con una fórmula maniqueísta simple.

La guerra de Vietnam y la indiferencia de la mayoría blanca frente a las reivindicaciones igualitarias de los negros catalizaron el desencanto juvenil en el contexto de la determinación y la capacidad de la democracia liberal para solucionar sus problemas, ya fueran éstos viejos o nuevos. Ambas circunstancias apuntalaron el argumento de que el sistema vigente se preocupaba por su propia salvación y no por el cambio, y de que había fondos federales disponibles para causas remotas pero no para la curación de los males inmediatos. También les suministraron a los jóvenes racionalizaciones cómodas para eludir el enfrentamiento con la complejidad de nuestra época y para volver la espalda a la empresa difícil e inevitablemente lenta de la renovación social.

Este mismo tipo de racionalización intelectual autosuficiente, que sirve para justificar la postura inmediatamente cómoda y emocionalmente gratificante de la negación total, también desempeña un papel en el malestar estudiantil de índole general, que la Nueva Izquierda más militante está explotando. Las teorías destinadas a explicar la militancia estudiantil ponen un énfasis en la dimensión psicológica de la crisis de valores que se ha producido en el país contemporáneo, así como en el hecho de que se sofoca el auténtico idealismo de los activistas. Por ejemplo, Robert Liebert ha argüido correctamente que "es necesario entender la vida de los participantes (en la militancia estudiantil) en un marco 'psicohistórico'... El resultado es una sensación de la fragilidad de la vida que se manifiesta más profundamente en sus aspectos inconscientes. Más específicamente, les ha impartido la idea de que es urgente efectuar el cambio para que la vida pueda seguir marchando."² Kenneth Keniston también ha subrayado que al rechazar la sociedad existente, el estudiante expresa "una re-

vulsión contra el criterio de cantidad, sobre todo de cantidad económica y de materialismo y un giro hacia conceptos de calidad... Otro objetivo de la nueva revolución abarca una rebelión contra la uniformidad, la nivelación, la estandarización y la homogenización...³

Los jóvenes participantes también tienden a destacar la dimensión psicológica. El libro *The Whole World Is Watching*, de Mark Gerzon, una crónica favorable escrita por un joven estudiante de Harvard, puso especial énfasis en el aspecto psicológico e hizo notar que tanto en Harvard como en Berkeley "los departamentos psiquiátricos de los servicios sanitarios de las dos universidades, normalmente muy recargados de trabajo, comprobaron que el número de estudiantes que acudían a solicitar asistencia psiquiátrica disminuyó drásticamente durante el período de acción política concertada. Debemos inferir que los estudiantes encontraron una vía de escape para su intensa preocupación y por tanto quedaron menos encerrados en sus propias mentes."⁴ Esto no significa que sus problemas personales estuvieran resueltos. Sin embargo, se sublimaron en algo que trascendía al estudiante. Gerzon también citaba datos destinados a probar que tanto la militancia como el consumo de drogas estaban más difundidos entre los estudiantes de ciencias "blandas", quienes se hallaban más preocupados por el "hábito del autoanálisis" y menos preparados para participar activamente en la sociedad de orientación más científica.⁵

Indudablemente esta interpretación psicológica de la militancia estudiantil tiene muchos méritos. El sistema imperante, y sobre todo el sistema emergente, otorgan tanta importancia a la competencia individual que generan ansiedad cuando apenas empieza la vida. Una parte de la rebelión contra la autoridad en el campo de la educación se puede

atribuir al hecho comprensible de que los jóvenes desean evadirse de una estructura competitiva en la cual el éxito o el fracaso, a una edad tan temprana, tienen consecuencias potencialmente muy perdurables. Simultáneamente, el debilitamiento de la estructura familiar crea presiones encaminadas a buscar fuentes compensatorias de sosiego psicológico y los grupos de pares pasan a desempeñar un papel importante en la fijación de pautas de conducta y creencias proclamadas.⁶

Además, una sociedad tan racionalizada como la norteamericana tiende a ser peligrosamente aburrida. Por esto, no se debe subestimar la posibilidad de que el puro hastío como fuente de alienación —esa explicación estereotipada que se utiliza a menudo— sea una causa importante de agitación. En nuestra sociedad “faltan en gran medida la emoción de lo inesperado, el clima psicológico estimulante producido por las alternativas de placer, dolor, tranquilidad y ansiedad. Debajo de las ventajas implícitas en el hecho de ser un diente del engranaje puede ocultarse un sentimiento de hastío e insuficiencia de la personalidad.”⁷ La fuga hacia un *happening* revolucionario puede ser sinónimo de libertad y las discusiones interminables que exaltan la propia negativa a participar en la “sociedad automatizada”, en la “economía de los artefactos” y en “la opulencia corruptora” pueden convertirse en una forma de terapia grupal.

Este estado de ánimo induce a buscar nuevas fuentes de sensibilidad y autoridad, que las instituciones vigentes, al mismo tiempo impersonales y permisivas, no son capaces de proporcionar. Despierta simpatía por la movilización general contra el statu quo. Paradójicamente, cuanto más vagas y ambiciosas son las exigencias, tanto más estrecho es y tanto más rápidamente se cierra el abismo que separa la realidad de la esperanza.⁸

Finalmente, en la motivación de algunos jóvenes alienados parece haber un elemento de culpa sobresaltada y de autogratificación y este factor no se debe desdeñar. Ciertamente es más fácil condenar la totalidad del sistema social que participar en los programas de VISTA * o en el Cuerpo de Paz. La crítica de este último como brazo del imperialismo se convierte en una explicación auto-suficiente: la profunda insatisfacción de los militantes consigo mismos "y su confusión interior se proyectan en primer término contra las instituciones de la universidad y en segundo lugar contra todas las instituciones de la sociedad, a las que les cargan la culpa de su propia debilidad interior".⁹ Esta consideración tiene especial importancia puesto que muchos de los jóvenes militantes tienen solucionado su problema económico y provienen de la clase media. En verdad, a veces su forma de vida hedonista desmiente su antimaterialismo teórico, sobre todo porque su existencia material tiende a depender de la ayuda relativamente generosa de sus padres o de sus universidades. Por tanto hay algunas analogías entre el estudiante levantisco norteamericano de clase media y los estudiantes rebeldes de América latina, que generalmente provienen de las clases altas y que también están muy seguros de que, dada la estructura social de sus sociedades, pueden contar con una vida bastante próspera y gratificante, cualquiera que sea el resultado de sus estudios.

La filosofía de los jóvenes alienados pero idealistas tal vez se puede caracterizar, por oposición a la ideología política activista de la Nueva Izquierda numéricamente mucho más reducida, como una forma de infantilismo ideológico: toman como fuen-

* Volunteers in Service to America. Organización creada en 1964 para luchar contra la pobreza en Estados Unidos y Puerto Rico. [T.]

te intelectual la psicología y utilizan las consignas políticas que están de moda en el mundo adulto (libertad, igualdad y así sucesivamente), pero actúan como si el mundo fuera una constante duda. Por ejemplo, en el libro de Gerzon no se analiza la forma como se podría eliminar la injusticia racial ni la forma como la economía podría crear la riqueza necesaria ni quién se encargará de pilotear los aviones o de hacer funcionar los hospitales y el sistema social. En cambio, el libro contiene los elementos emocionales propios de un sistema ideológico: los enemigos son los adultos y la tecnología y se subraya reiteradamente la virtud de los jóvenes idealistas. El resultado es una doctrina autosuficiente, porque deja en manos de otros la tarea tediosa de hacer funcionar la sociedad, y el futuro sigue siendo vago.¹⁰

Revolucionarios en busca de revolución

La extrema Nueva Izquierda representa el fenómeno de una rebelión de clase media contra la sociedad de clase media. Es nueva en el sentido de que, al explotar el desasosiego psicológico de algunos miembros de la generación universitaria, encuentra una buena parte de su base de sustentación en un grupo social que todavía no está consagrado a producir riqueza social y que en consecuencia no puede pasar por explotado. En general, este grupo disfruta de seguridad social y material, pero psicológicamente se siente inseguro, frustrado, hastiado y culpable. Esta descripción también parece aplicarse a algunos de los partidarios maduros de la Nueva Izquierda, sobre todo aquellos que provienen de la comunidad intelectual y cuyo flamante prestigio social y material está muy amena-

zado por un sentimiento de impotencia política y por un creciente temor a la obsolescencia histórica.

La dificultad con que tropieza la Nueva Izquierda militante para llegar a las "masas" está relacionada con la situación actual de Estados Unidos. Durante 1930, los movimientos radicales tenían una base real para su esperanza de captar a las masas trabajadoras norteamericanas, que sufrían las privaciones de la Gran Depresión y sólo entonces empezaban a desarrollar su propia conciencia organizativa. En verdad, existía por lo menos el potencial necesario para una simbiosis histórica entre la ideología radical y las masas frustradas y empobrecidas.¹¹

Hoy la situación es totalmente distinta para muchos norteamericanos, aunque no para todos. Como ya se ha visto, los hijos de los norteamericanos que no recibieron educación superior (los trabajadores manuales del segundo país, todavía industrial) se vuelcan hacia las universidades y, merced a su aparente apertura, la sociedad contemporánea refuerza el sentimiento relativo de bienestar que creó con sus progresos materiales. Este segundo país ve cada vez más despejado el camino para conquistar las oportunidades de largo alcance que encierra la nueva sociedad científico-tecnológica. Sencillamente no se siente convencido por el argumento de la Nueva Izquierda en virtud del cual "el resultado que se obtiene sumando más oportunidades y más democracia es menos libertad".¹² La Nueva Izquierda encierra pocas perspectivas para el segundo país, cuyas diversas ansiedades tienden a traducirse, en cambio, en una postura políticamente conservadora e incluso antiintelectual.

Esto sólo les deja a los militantes de la Nueva izquierda, todavía en busca de apoyo de masas, el primer país, el Estados Unidos preindustrial e industrialmente moribundo. Pero aquí el problema se complica por el hecho de que gran parte de

este Estados Unidos es negro y los negros norteamericanos son proclives a aprovechar la ampliación gradual de las oportunidades económicas o, en su defecto, a buscar su identidad mediante la segregación racial militante. En ambos casos, la Nueva Izquierda tiende a aparecerse a muchos de ellos como una distracción de la clase media blanca, pendenciera y no demasiado seria, quizá con un valor marginal de provocación para sacudir algunas de las instituciones del *establishment* blanco y para conmover algunas conciencias blancas, pero desprovista en general de coherencia, de continuidad y de orientación política definida.¹³

La Nueva Izquierda podría haberse transformado en una fuerza política más seria —y en consecuencia más constructiva— para el país de hoy, si sus profetas hubieran sido capaces de trascender su arcaico radicalismo europeo o su más novedoso antirracionalismo escapista.¹⁴ Por ejemplo, la sociedad moderna plantea problemas especialmente complejos en relación con la igualdad, un asunto que preocupa mucho a la Nueva Izquierda. Pero estos problemas no se pueden resolver invocando críticas decimonónicas al capitalismo.¹⁵ La incapacidad de la Nueva Izquierda para asimilar intelectualmente el carácter inusitado de la actual transición norteamericana la ha convertido en una fuerza esencialmente negativa y obsoleta. En verdad, la combinación de retórica marxista y exaltación pasional que se observa en la Nueva Izquierda parece haber sido imaginada con el fin de espantar a la sociedad antes que de cambiarla. Esto ha creado una situación que deploran hasta los críticos radicales del Estados Unidos contemporáneo.¹⁶ Además, la retórica exuberante de la Nueva Izquierda, sumada a la inmadurez ideológica de los jóvenes militantes y al anacronismo histórico de sus profetas, ha engen-

drado una postura programática y debates ideológicos que a veces lindan en lo hilarante.¹⁷

La Nueva Izquierda ha asociado, en forma inconexa, a los obsoletos, los abstencionistas y los excluidos de la era tecnocrática, pero ha ofrecido pocas perspectivas de una solución realista para los dilemas de esta época. Es, por tanto, más interesante como síntoma de cambio social que por su mensaje programático. Es un fenómeno escapista antes que un movimiento revolucionario tenaz; proclama su deseo de cambiar la sociedad pero en general sólo ofrece un refugio para evadirse de ésta.¹⁸ La Nueva Izquierda, más preocupada por la autogratificación que por las consecuencias sociales de sus actos, puede darse el lujo de lanzar los más desorbitados agravios verbales, sin preocuparse por el hecho de que aleja incluso a sus adictos potenciales. Lo que le interesa es crear una atmósfera de participación personal para sus adherentes y dejar que éstos desahoguen sus pasiones. Suministra una válvula de escape psicológica a sus militantes juveniles y un sentimiento de realización vicaria a sus admiradores más pasivos, ricos y viejos.¹⁹ No obstante su retórica cada vez más marxista-leninista, la Nueva Izquierda trae más reminiscencias de Fourier, por su contenido ²⁰ y del dadaísmo, por su estilo, lo cual es muy sintomático si se piensa que tanto el fourierismo como el dadaísmo fueron reacciones ante una nueva era.

La función histórica de la izquierda militante

En síntesis, la Nueva Izquierda militante parece ser principalmente un fenómeno transitorio, un síntoma de las tensiones inherentes a la interacción entre los diversos Estados Unidos que coexisten en una época de transición norteamericana general.

Es muy probable que esta transición siga detonando nuevos estallidos de violencia y tal vez las mayores frustraciones que pesan sobre algunos jóvenes generen una alienación más prolongada respecto del sistema existente. Es posible que el menor atractivo que acompaña a las carreras empresaria o gubernamental le reste al sistema una dosis de talento social, pero también es muy posible que esta alienación de algunos jóvenes de clase media (alumnos, sobre todo, de las mejores universidades), que son tradicionalmente la materia prima con la que se nutre la élite norteamericana, haga las veces de niveladora social y abra nuevas vacantes para los jóvenes urbanos de la primera generación proletaria que en los últimos años han tenido acceso a la educación superior.

La función histórica a largo plazo de la Nueva Izquierda militante depende en gran medida de las circunstancias en que, eventualmente, se eclipse o sea reprimida. Aunque en sí misma es ideológicamente estéril y políticamente inútil, puede contribuir a estimular el cambio social, acelerando algunas reformas. De ser así, la Nueva Izquierda habrá desempeñado un papel positivo en la tercera revolución norteamericana, aunque luego desaparezca; de no ser así, habrá sido la catalizadora de una respuesta social más reaccionaria para los nuevos dilemas.

Se ha visto a menudo que la Nueva Izquierda tiene un componente anarquista. En cambio, se ha prestado menos atención a su proclividad totalitaria. Sin embargo ambos elementos influyen sobre la conducta y el carácter de la Nueva Izquierda. No obstante su retórica democrática y su declarada preocupación por la igualdad, los reclamos de la Nueva Izquierda han sido —para decirlo con las lúcidas palabras de un observador bien predispuesto— “fundamentalmente elitistas y aristocráticos y

se los debe abordar francamente como tales”²¹ La Nueva Izquierda se parece notablemente, por su composición social y su configuración psicológica, a aquellos grupos europeos que en situaciones de abrumadora complejidad y en épocas de tensión gravitaron hacia los movimientos totalitarios. En Europa estos grupos se formaron reclutando a los miembros marginales de la clase media, los intelectuales sin filiación política, los proletarios nuevos y recientemente desarraigados y algunos de los sindicalistas más aislados.²² En Estados Unidos, dada la naturaleza de las nuevas fuerzas que configuran su sociedad, la Nueva Izquierda ha atraído en mayor medida a los intelectuales sin filiación partidaria, los estudiantes —que en la práctica forman una nueva clase— y algunos miembros de la clase media, todos los cuales, a diferencia de sus equivalentes europeos, actúan movidos por ansiedades psicológicas antes que económicas. Estos elementos son cohesionados por su proclividad a las soluciones totales y por el hartazgo o la impaciencia que les produce el cambio creciente.

Las fuertes tendencias totalitarias de la Nueva Izquierda se manifiestan en su conducta y sus recetas.²³ Sin embargo, es más correcto catalogarla como “neototalitaria”, porque en general no ha conseguido forjar la unidad necesaria para surgir como un movimiento totalitario relativamente disciplinado y organizado. Su mentalidad y sus aspiraciones totalitarias todavía no han cristalizado en una organización totalitaria, aunque los enconados conflictos entre facciones internas y las expulsiones mutuas traen muchas reminiscencias de los primitivos movimientos dogmáticos.

Además, el filo de los ataques intelectuales —y a veces físicos— de la Nueva Izquierda ha estado dirigido contra aquellas instituciones norteamericanas cuyo funcionamiento normal depende en ma-

yor grado de la razón y la no violencia. La universidad, una institución social particularmente indefensa y vulnerable, principal refugio del pensamiento liberal norteamericano, ha sido uno de los blancos preferidos porque suministra la mayor posibilidad de éxito con el menor riesgo posible. En términos generales, los portavoces más destacados de la Nueva Izquierda han manifestado su desprecio por la libertad de palabra, los procedimientos democráticos y el gobierno de la mayoría. Han dejado poco margen de duda acerca de la forma en que tratarían a sus críticos si algún día la Nueva Izquierda tomara el poder.

Las vertientes anarquistas y totalitarias de la Nueva Izquierda se han reforzado mutuamente, aunque parezcan antagónicas. El componente anarquista tiene afinidad con las incertidumbres asociadas con el ritmo acelerado y desconcertante del cambio; el componente totalitario, emanado del sentimiento maniqueísta de virtud absoluta, suministra un punto de partida seguro para enfrentar ese cambio. Conviene recordar, además, que es raro que el totalitarismo se defina como tal por anticipado: surge de la práctica. Desde la Revolución Francesa, la atmósfera política general de Occidente obliga a exaltar, en las consignas, la devoción por la libertad y la igualdad. Incluso el fascismo argüía que la disciplina hace libres a los hombres. La izquierda radical ha proclamado estentóreamente su adhesión a la auténtica democracia, pero la verdadera prueba de democracia no se encuentra en los fines últimos sino en los medios que se emplean para alcanzarlos.

Los militantes de la Nueva Izquierda han perjudicado al liberalismo norteamericano, así como el fenómeno McCarthy de 1950 lesionó al conservadurismo democrático norteamericano y al liberalismo anticomunista. La Nueva Izquierda ha puesto en peligro el progreso social norteamericano al su-

ministrar una racionalización cómoda para las actitudes más conservadoras. Además, si bien no ha sido la causa de la crisis actual del liberalismo norteamericano, la ha sacado a luz y la ha intensificado. Este es quizás el resultado político más significativo de la reacción neototalitaria de la Nueva Izquierda frente a la tercera revolución norteamericana.

NOTAS

¹ Debe destacarse, sin embargo, que el número de estudiantes que participaron en las manifestaciones más abiertas de militancia y lucha fue relativamente reducido. En el período octubre de 1967 - mayo de 1969, la quinta parte de los estallidos se registraron en seis grandes predios universitarios: Berkeley, San Francisco State, Columbia, Harvard, Universidad de Wisconsin y Cornell. Hubo estallidos en sólo 211 predios, sobre un total de 2374 facultades que hay en el país, y en un total de 474 de estos enfrentamientos con la autoridad se practicaron 6158 arrestos, según datos compilados para el Senado de Estados Unidos y reproducidos en *The Washington Post*, 2 de julio de 1969.

Se calculó que los sns tenían aproximadamente 6000 afiliados, y que 700.000 estudiantes, sobre un total de aproximadamente 7 millones, simpatizaban vagamente con los planteos de la Nueva Izquierda. Véase *Fortune*, número especial sobre la juventud, enero de 1969. A principios de 1969 se calculó que el número de activistas de los sns oscilaba entre 70.000 y 100.000. Véase *Guardian*, 11 de enero de 1969.

² Robert S. Liebert: "Towards a Conceptual Model of Radical and Militant Youth: A Study of Columbia Undergraduates", ponencia presentada a la Asociación de Medicina Psicoanalítica, 19 de abril de 1961, pág. 28.

³ Kenneth Keniston: "You Have to Grow Up in Scarsdale to Know How Bad Things Really Are", *The New York Times Magazine*, 27 de abril de 1969, pág. 128. Esta es la tesis de su libro de más envergadura: *Young Radicals: Notes on Committed Youth*. Nueva York, 1968.

⁴ Gerzon, pág. 26.

⁵ *Ibid.*, págs. 52-53, 73, 185, 190.

⁶ Según la Comisión Presidencial para el Cumplimiento de la Ley y la Administración de la Justicia (1967): "En

Estados Unidos, en la década de 1960, los adolescentes viven, quizás en mayor medida que en cualquier otro lugar o momento, dentro de una sociedad propia y específica. No es una sociedad fácil de entender ni de describir. Tampoco es fácil vivir en ella. En algunos sentidos es extraordinariamente materialista. Sus miembros, que quizás imitan inconscientemente a sus mayores, viven preocupados por objetos físicos como ropas y autos. En verdad, los industriales y comerciantes que han descubierto hasta qué punto es lucrativo el mercado adolescente, estimulan dicha preocupación. En algunos sentidos es extraordinariamente sensual. Sus miembros viven preocupados por las sensaciones que pueden suministrarles el *surfing*, las carreras de autos, la música o las drogas. En algunos sentidos es extraordinariamente moralista. Sus miembros están preocupados por la independencia, la honestidad, la igualdad y el coraje. En general es una sociedad rebelde, opositora, consagrada a proclamar que el mundo adulto es una impostura. Al mismo tiempo, es una sociedad conformista. Los adolescentes, que son inexpertos, que no están seguros de sí mismos y que, en verdad, son relativamente impotentes como individuos, se acomodan en mucho mayor medida que los adultos a pautas comunes de vestimenta, peinado y locución, y actúan conjuntamente en grupos... o pandillas". Véase *The Challenge of Crime in a Free Society*. Nueva York, 1968, pág. 176.

⁷ Michael: *The Next Generation*, pág. 41; véase también Robert A. Nisbett: "Twilight of Authority", *The Public Interest*, primavera de 1969.

⁸ En esto interviene "la propensión general de los norteamericanos, o quizá la propensión del ser humano, a suponer que si hoy las cosas son malas antes eran mejores, en lugar de comprender que es probable que uno *suponga* que son malas precisamente porque están mejorando". Véase Christopher Jencks y David Riesman: "The Role of Student Subcultures", *The Record*, Teachers College, Universidad de Columbia, octubre de 1967, pág. 1. (Bastardilla en el original).

⁹ La interpretación psicológica coincide con algunas de las observaciones que hizo Konrad Lorenz: "Durante la pubertad, y poco después de ella, los seres humanos manifiestan una tendencia indudable a aflojar los lazos de lealtad que los unen a todos los ritos tradicionales y las normas sociales de su cultura, y a permitir que el pensamiento conceptual arroje dudas sobre su valor, al mismo tiempo que buscan ideales nuevos y casi más valiosos. Probablemente existe, en esa etapa de la vida, un período sensorial específico durante el que se produce una nueva fijación al

objeto, muy similar a la fijación al objeto que se observa en los animales y que recibe el nombre de *imprinting*. Si durante esta etapa crucial se comprueba que los viejos ideales, sometidos a un escrutinio crítico, son falaces, y no aparecen otros nuevos, el resultado es una desorientación total, el hastío absoluto del delincuente juvenil. Si, por el contrario, un demagogo inteligente, muy versado en el arte peligroso de producir situaciones de estímulo supranormal, consigue apoderarse de los jóvenes en esa edad susceptible, le resulta fácil guiar su fijación al objeto en una dirección adecuada a sus fines políticos. En la edad pospuberal, algunos seres humanos parecen actuar empujados por una necesidad tremenda de abrazar una causa, y cuando no encuentran una causa digna se atan a sucedáneos increíblemente inferiores." Véase *On Aggression*. Nueva York, 1966, pág. 258.

¹⁰ Testimonio del doctor Bruno Bettelheim, profesor de psicología y psiquiatría de la Universidad de Chicago, ante la Subcomisión Especial de Educación, de la Cámara de Representantes, 20 de marzo de 1969.

¹¹ Pero sólo el potencial. Como Paul Buhle, director de *Radical America*, hizo notar en el semanario radical *Guardian*, el 21 de junio de 1969: "...la característica más notable de la sociedad norteamericana, por contraposición a la europea, ha consistido en la ausencia de un movimiento proletario estable, con conciencia de clase".

¹² Véase el argumento que desarrolló Edgar C. Friedenberg: "The Hidden Costs of Opportunity", *Atlantic Monthly*, febrero de 1969, págs. 84-90.

¹³ En este contexto es revelador el juicio de David Hilliard, jefe de estado mayor del partido de los Panteras Negras, acerca de los sds: "No creemos que los sds sean tan revolucionarios. Pensamos que es otro frente de pacificación al que el sistema fascista le da personería para causar disensión (*sic*) con la esperanza de que esto debilita el apoyo al partido de los Panteras Negras...

"...les daremos una paliza a esos mariconcitos, les daremos una paliza en el traste a esos estudiantitos si no ponen en orden su política. Queremos hacérselo saber a los sds, y será mejor que el primer hijo de perra que quiera hacerse el vivo se prepare para aguantar las medidas disciplinarias que tomará con él el partido de los Panteras Negras." Véase la entrevista publicada en el *Berkeley Barb* del 4 de agosto de 1969, citada por el *Guardian* del 16 de agosto de 1969.

¹⁴ Las raíces intelectuales de Marcuse y Chomsky se implantan en el dogmatismo radical europeo del siglo xix. Respecto de Chomsky y el comunismo, véanse sobre todo

los comentarios particularmente esclarecedores de Seymour Martin Lipset: "The Left, the Jews and Israel", *Encounter*, diciembre de 1969, pág. 34.

Los comentarios de Walter Laqueur son muy reveladores en lo que concierne a los áridos discursos con los que Marcuse justifica su forma preferida de dictadura y a las trivialidades políticas de Chomsky: "El movimiento juvenil norteamericano, con su inmenso potencial idealista, se ha descarriado tremenda y, quizás, irrevocablemente. Una buena parte de la responsabilidad por lo que ha sucedido recae sobre los hombros de los gurúes que suministraron la justificación ideológica del movimiento en la etapa actual: esos intelectuales que, una vez esfumados sus propios ensueños rutilantes, se esfuerzan ahora por recuperar su virginidad ideológica... Los médicos del movimiento juvenil norteamericano son, ciertamente, parte de la enfermedad. Han ayudado a generar una gran vehemencia, pero no han sido capaces de producir una sola idea nueva, con excepción del populismo más trivial". Véase "Reflections on Youth Movements", *Commentary*, junio de 1969, pág. 40.

Algunos autores expresan este "populismo trivial" mediante un escapismo violentamente maniqueísta, como lo hizo A. Mendel en su pueril "Robots and Rebels", *The New Republic*, 11 de enero de 1969, o mediante la tentativa de legitimar la postura antirracional de algunos jóvenes elevándola a la categoría de una cultura nueva y perdurable, como lo hizo Theodore Roszak en un libro intelectualmente más serio: *The Making of a Counter-Culture*. Nueva York, 1969. La pasión actual por los "gurúes" se refleja en los comentarios benévolos que el profesor de filosofía Robert Wolff dedicó al libro de Roszak. Después de destacar que según Roszak "la sociedad industrial moderna en general, y la sociedad norteamericana en particular, son feas, represivas y destructivas, y subvierten muchos elementos auténticamente humanos", Wolff dice, refiriéndose a la citada tesis: "Creo que virtualmente todos los hombres y mujeres sensatos concuerdan con ella. Cualquiera que imagine todavía que Estados Unidos es el país de la oportunidad y el bastión de la democracia es un candidato a ingresar en un instituto psiquiátrico o en el gabinete de Richard Nixon." Véase *The New York Times Book Review*, 7 de septiembre de 1969, pág. 3.

¹⁵ Véase T. B. Bottomore: *Critics of Society: Radical Thought in North America*. Nueva York, 1968. [Hay versión castellana: *Crítica de la sociedad*. Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 1970.]

¹⁶ El *Guardian*, por ejemplo, criticó a los SDS por estar "intoxicados de sectarismo, dogmatismo, retórica oscura y

consignas vacías, elementos estos que tienden a impregnar a los estratos superiores de sus cuerpos directivos. Esta práctica sólo puede contribuir a aislar aun más a los líderes respecto de una masa de afiliados que nunca disfrutó de las ventajas de un programa de educación serio, en escala nacional, organizado con el fin de llenar los vacíos que existen en la conciencia política de las bases... Cuestionamos las tendencias que llevan a aplicar mecánicamente conceptos importantes y complejos como los de dictadura del proletariado y partido de vanguardia, sin evaluar la naturaleza actual del capitalismo monopolista norteamericano ni los ajustes que habría que introducir en estas formulaciones para adaptarlas al país industrial más avanzado del mundo." Véase el *Guardian*, 5 de julio de 1969, pág. 12. pág. 12.

¹⁷ Por ejemplo, en la Convención Nacional de los SDS que se celebró en 1969, se desarrolló el siguiente suceso: "El orador siguiente, Chaka Walls, ministro de información del partido de los Panteras Negras de Illinois... empezó a explicar entonces el papel que desempeñan las mujeres en la revolución. 'Creemos en el amor libre, en el poder de la vagina', dijo. Una ola de asombro corrió por el salón, y los PL respondieron gritando: 'Muera el chauvinismo masculino.' 'Tenemos algunos puritanos entre el público', comentó Walls, y agregó: 'Superman era un marica porque nunca trató de acostarse con Lois Lane.'

"'Muera el chauvinismo masculino', empezaron a corear los de la PLWSA y muchos otros. Estaban tan furiosos que Walls le cedió la tribuna a Jewel Cook, otro vocero de los Panteras. Cook, que no entendía qué había de malo en el 'poder de la vagina', empeoró en seguida las cosas... Dijo Cook: 'El (Walls) sólo quiso decir que nuestras hermanas tienen una posición estratégica para hacer la revolución: acostadas.'" Véase el *Guardian*, 28 de junio de 1969. PLWSA es la sigla de la Progressive Labor-Worker-Student Alliance.

Asimismo, el programa revolucionario del Berkeley Liberation Committee, destinado a transformarse en "un modelo revolucionario para todo el mundo", contenía los trece puntos siguientes, que reprodujo el *Oakland Tribune* del 5 de junio de 1969:

"1. Convertiremos Telegraph Avenue y el South Campus en un territorio libre estratégico para la revolución.

"2. Crearemos nuestra cultura revolucionaria en todas partes.

"3. Convertiremos las escuelas en campos de entrenamiento para la liberación.

"4. Destruiremos la universidad a menos que sirva al pueblo.

"5. Lucharemos por la total liberación de las mujeres como parte inseparable del proceso revolucionario.

"6. Asumiremos la responsabilidad comunitaria por las necesidades humanas básicas.

"7. Protegeremos y expandiremos nuestra cultura de la droga.

"8. Terminaremos con el poder de los propietarios de casas de renta y suministraremos viviendas hermosas a toda la gente.

"9. Cobraremos impuestos a las corporaciones, no a los trabajadores.

"10. Nos defenderemos de la ley y el orden.

"11. Crearemos un socialismo espiritual en Berkeley.

"12. Crearemos un gobierno del pueblo.

"13. Nos uniremos a otros movimientos de todo el mundo para destruir el sistema racista capitalista imperialista."

¹⁸ Kenneth Keniston, si bien sugiere que los jóvenes están plasmando realmente el futuro, se ha abstenido, claro está, de indicar cómo lo están plasmando, y por tanto parece confundir la retórica con la realidad. Véase su artículo "You Have to Grow Up in Scarsdale to Know How Bad Things Really Are", *The New York Times Magazine*, 27 de abril de 1969. Lo mismo vale en buena parte para Roszak.

Además, Keniston parece dejarse influir excesivamente por los estados de ánimo imperantes. Por ejemplo, en 1961 escribió que "he argüido que la juventud norteamericana tiende a apartarse de los compromisos públicos y las responsabilidades sociales para aislarse en un mundo de satisfacciones privadas y personales... Los jóvenes asegurarán un orden político y social muy estable, porque pocos de ellos estarán suficientemente consagrados a la política para pensar en la revolución, la subversión o incluso el cambio radical..." Véase "Social Change and Youth in America", Eric H. Erikson (comp.): *The Challenge of Youth*. Nueva York, 1961, pág. 215.

¹⁹ Para algunos, la revolución sexual también se ha convertido en un sucedáneo parcial de la acción política. Puesto que las instituciones políticas son muy difíciles de atacar, las convenciones sociales y las universidades se convierten en blancos cómodos, merced a los cuales es posible conquistar el espacio deseado en los medios masivos. Una actriz explicó a *The New York Times* la importancia política del nudismo:

"Pensaba (y sigo pensando) que el cuerpo humano desnudo es el sùmmum de la belleza, la inocencia y la verdad. Quise oponer mi desnudez al realismo íntimo de Vietnam, que en sí mismo no es más que un síntoma de las corrupciones e hipocresías de nuestro tiempo. El cuerpo desnudo

sobre el escenario era la Verdad; Vietnam era la Mentira.

"Vietnam, Chicago y Berkeley me hicieron entender que mi cuerpo ya no podía ser mi 'propiedad' exclusiva, y que la confianza y la vulnerabilidad eran nuestra única salvación. Quise decir que, al llegar al fin natural de su emancipación, las mujeres de mi generación ya no pueden considerarse a sí mismas como 'propiedad'."

La respuesta de una actriz negra, a la que le pidieron que se explayara sobre el mismo tema, fue mucho más directa:

"Esta preocupación por la desnudez bajo el disfraz de la 'liberación sexual' es un trauma de los blancos. Demasiados 'artistas' blancos simulan constantemente que están descubriendo nuevas formas, nuevas ideas y experimentos. Esto se debe al hecho de que están en bancarrota cuando se trata de la tarea angustiante de ejecutar la creación artística a partir de la condición humana tal como esta es. Esta tarea es mucho más difícil de enfrentar."

"Todo aquello que se vale de la exhibición grosera y agresiva de la desnudez corporal a la luz del *voyerismo* público, bajo el rótulo del mérito artístico, no es mejor que las tiendas de revistas picarescas y los cines de la calle 42. Es lo que siempre ha sido: pornografía para consumidores de emociones. Para el actor, ésta es una actividad que debilita y agota su individualidad artística."

"En cuanto a la liberación, sexual o de cualquier otro tipo, yo como persona de raza negra, me preocupo por una sola liberación, que es la liberación total de todos los negros. Esta es una *realidad* que está completamente *desnuda*." Sally Kirkland y Judy Ann Elder, respectivamente, citadas en *The New York Times*, 22 de junio de 1969.

²⁰ Véase Daniel Bell: "Charles Fourier: Prophet of Eupsychia", *The American Scholar*, invierno de 1968-1969.

²¹ Friedenberg, *op. cit.*, pág. 89.

²² William Kornhauser: *The Politics of Mass Society*.

²³ El ejemplo más patente de estas tendencias lo encontramos en la defensa explícita de la represión de aquellas ideas que no coinciden con las aprobadas por la Nueva Izquierda. Véase Robert Wolff, Barrington Moore (h.), Herbert Marcuse: *A Critique of Pure Tolerance*, Boston, 1965, especialmente págs. 81-110.

XV

LA CRISIS DEL LIBERALISMO

El moderno liberalismo norteamericano es, en gran medida, culpable de su propia crisis actual. El liberalismo, que durante mucho tiempo fue la filosofía casi exclusiva del Estados Unidos industrial,¹ no sólo dominó la lucubración política del país sino que últimamente estuvo firmemente implantado en la sede del poder, desde la cual enfrentó a las fuerzas legislativas rural-conservadoras, abroqueladas pero colocadas en general a la defensiva. El Partido Republicano, desplazado del gobierno en 1932, necesitó 36 años, una guerra mundial, dos guerras asiáticas y una crisis interior de agitación social y racial para reconquistar la Casa Blanca. (La victoria de Eisenhower en 1952 fue un triunfo personal, no partidario; también habría ganado como candidato demócrata.) Sin embargo, ni siquiera el Partido Republicano volvió porque hubiera postulado una filosofía política distinta: lo que hizo fue capitalizar las divisiones del liberalismo norteamericano y el desasosiego de la nación frente a las recetas y el estilo liberales.

Las recetas y el estilo fueron antaño una respuesta creativa y humana ante las presiones e iniquidades del capitalismo industrial. Los conservadores norteamericanos tenían poco que decir

acerca de estos problemas, y el conservadurismo local, que recitaba homilías puritanas y ensalzaba las virtudes de la libre empresa, no consiguió acomodarse plenamente a la era industrial ni al despertar social y político masivo que ésta produjo. Así fue como el país quedó a merced, sea de los radicales doctrinarios, que abrevaban principalmente en la experiencia europea, o de los liberales, que procuraban adaptar a la nueva era industrial el idealismo y el optimismo de la tradición norteamericana. El éxito de los liberales salvaguardó la singularidad norteamericana... y éste fue su logro capital.

Sin los liberales, Estados Unidos podría haber caído en la postración económica o, lo que es quizás aun más posible, podría haber sufrido una crisis social y política antidemocrática. La solución liberal del *New Deal* fue genial, porque combinó el individualismo propio de la experiencia histórica norteamericana —un individualismo que ha reforzado intrínsecamente la renuencia conservadora a la acción social colectiva— con un sentimiento de responsabilidad social definido a través del proceso político. Al actuar así, los liberales norteamericanos rehuyeron inicialmente las rigideces dogmáticas de los socialistas europeos, aunque tendieron a compartir con éstos la proclividad a pensar que el gobierno debía ser el principal promotor de las reformas sociales. Al margen de las preferencias filosóficas, esta proclividad fue dictada por la situación que imperaba en Estados Unidos: el gobierno nacional era el único instrumento relativamente sensible al proceso democrático, el único que se podía emplear para expresar y satisfacer las necesidades sociales de las masas, el único que podía embotar el agudo filo de la desigualdad económica y social.

El Jano liberal

Sin embargo, en el curso de este proceso, el liberal norteamericano se convirtió cada vez más en un partidario del sistema estatista, confiado en sus recetas y convencido de que había descubierto la forma de manejar el cambio social. En verdad, el liberal norteamericano se convirtió en una criatura semejante a Jano, y adquirió gradualmente dos caras. A la par del liberal relativamente pragmático que estaba emparentado con la tradición democrática norteamericana y cuyos valores sociales suministraban el ancho marco para un enfoque no dogmático de la resolución de problemas, empezó a aparecer un liberal más ideológico, eventualmente más dogmático, cada vez más propenso a la ingeniería social abstracta, proclive a buscar su alimento intelectual en el radicalismo europeo de izquierda, ideológicamente hostil a la comunidad empresaria y bastante disgustado con la actitud “utilitaria” y no ideológica del gobernante liberal pragmático. La aparición del segundo liberal estuvo estrechamente ligada con el proceso en virtud del cual la comunidad intelectual norteamericana conquistó más prestigio e influencia después de la Segunda Guerra Mundial. Este liberal más doctrinario era, cada vez más, el que dictaba la línea y dominaba al liberalismo norteamericano, aunque durante 1960 todavía no pudo obtener el control pleno del Partido Demócrata.

El hecho de que el liberal doctrinario adquiriera prestigio e influencia política, aunque no poder —proceso que coincidió con la intensificación de las tensiones en la sociedad norteamericana— estuvo muy ligado con un cambio sutil pero importante que se registró en la retórica liberal. Esta tendió a subestimar tanto los elementos formales implanta-

dos en la adhesión de la democracia liberal al orden legal, como el orgullo patriótico por los logros constitucionales norteamericanos y los reemplazó por un mayor énfasis en el cambio social rápido, en la reestructuración de las relaciones económicas y en una reevaluación más general y muy crítica de la tradición norteamericana.

Además, el liberal doctrinario tampoco fue inmune al pecado de soberbia intelectual.² Puesto que ni los conservadores ni los comunistas habían podido igualar sus éxitos en el campo social, su confianza en sí mismo se transformó gradualmente en vanidad y ésta se expresó a menudo en la intolerancia para con los críticos y en la tendencia a catalogar como reaccionarios a todos quienes se apartaban de la pauta liberal, tal como él la definía. Esta tendencia se hizo más marcada en el mundo académico, un medio cada vez más dominado por intelectuales liberales,³ quienes eran más propensos que los usufructuarios liberales del poder a conceptualizar el liberalismo estatista y a excomulgar a los disidentes. Como consecuencia, un credo humano y creativo adquirió gradualmente matices de ortodoxia dominante.

Esto determinó que fuera más difícil descubrir las circunstancias nuevas e inusitadas, así como responder a ellas. El liberal abordó los dilemas de la tercera revolución norteamericana con una estrategia de *New Deal* probada y verificada durante la reciente crisis industrial-capitalista. En el análisis liberal doctrinario de los problemas que aquejaban a Estados Unidos en 1960 era poco lo que se apartaba de los principios y remedios elaborados en las décadas anteriores. Los liberales no se dieron cuenta de que las instituciones y organizaciones ajenas al gobierno federal eran más sensibles a los problemas sociales.

Para colmo, la mayoría de los liberales doctrinarios tardaron en descubrir la naturaleza antidemocrática y antiliberal de la Nueva Izquierda. Aquí influyeron varios factores y no fue de los menos importantes el que en otra época algunos de ellos hubieran coqueteado con el comunismo. Aunque el stalinismo había desilusionado eventualmente a la mayoría de los liberales, el temor a ser "rebasados por la izquierda" seguía siendo un reflejo muy fuerte, en tanto que las torpezas del maccarthismo habían hecho que el *anticomunismo* estuviera muy de moda, fuera socialmente aceptable y entrañara menos riesgos políticos que el ser camarada de ruta. En consecuencia muchos liberales doctrinarios, a diferencia de sus equivalentes políticos pragmáticos que estaban más a tono con el humor del electorado, respondieron al hecho de que las consignas enunciadas por la Nueva Izquierda *parecían* democráticas. Y excusaron sus procedimientos antidemocráticos como ejemplos de la exuberancia y el idealismo admirable de la juventud.

El menosprecio por los procedimientos legales ordenados, fundado sobre el argumento de que se habían convertido en un sostén de las instituciones conservadoras, implicó una contribución directa a la crisis de legitimidad del sistema norteamericano. Esta crisis está obviamente ligada con la renuencia de un sector numeroso de la comunidad liberal dominante a salvaguardar los procedimientos legales. La ambivalencia de muchos liberales destacados y su propensión a racionalizar los abusos de los militantes, propensión que es en parte el producto de una filosofía educacional muy permisiva, reflejaron su despreocupación por lo que ha sido tradicionalmente un ingrediente vital de la democracia: el respeto por el gobierno de la mayoría tal como ésta se expresa a través de los procedimientos democráticos consagrados.

El precio del escepticismo victorioso

La crisis de los valores liberales (y al diagnosticarla correctamente como tal, la Nueva Izquierda cobró confianza para atacar la democracia liberal) está ligada a su vez con causas más fundamentales. Al principio el liberalismo fue no sólo la expresión de una respuesta pertinente, moderna y humana a las condiciones creadas por el industrialismo, sino también un ataque contra las ortodoxias entonces prevalecientes. Estas ortodoxias, arraigadas en la sociedad tradicional, eran una amalgama de ideas religiosas e instintos conservadores. La Iglesia institucionalizada y los organismos rural-aristocráticos reforzaban a las ortodoxias y a su vez eran reforzados por ellas.

La ofensiva liberal contra estas ortodoxias y creencias profundamente arraigadas formó parte de la atmósfera naciente de racionalismo y escepticismo. Esta atmósfera era la más apropiada para satisfacer las necesidades de la nueva era industrial. Los liberales reflejaban el espíritu de la época cuando atacaban a la religión institucionalizada; estaban de moda con su anticatolicismo; eran modernos y modernizadores cuando combatían las concepciones rurales y aristocráticas de la vida. También tuvieron mucho éxito y a mediados del siglo xx Estados Unidos se había convertido en una sociedad esencialmente secular, con sus medios masivos y sus sistemas educacionales dominados —excepto en las escuelas parroquiales— por una filosofía intrínsecamente racionalista y escéptica.

El triunfo liberal marcó asimismo el comienzo de la crisis liberal. Junto con el éxito aparecieron testimonios de que Estados Unidos empezaba a convertirse en una sociedad desprovista de valores cohesivos o instituciones culturales cohesivas. Los

medios masivos no podían reemplazar a la religión como factor de integración, porque estaban desprovistos de inquietudes fundamentales y era evidente que el nacionalismo puro implicaba, por sí solo, una amenaza para los valores liberales. El escepticismo no bastó, sencillamente, cuando afloró como la antítesis victoriosa de la religión tradicional. Por tanto el encauzamiento de algunos liberales doctrinarios hacia la izquierda radical también fue, en parte, una consecuencia de su éxito. Como es comprensible, estos liberales doctrinarios no podían apropiarse de los valores que siempre habían combatido y entonces gravitaron hacia las creencias que la izquierda radical sustentaba con más pasión, porque dichas creencias también eran producto del rechazo de lo viejo. Sin embargo, el giro hacia la extrema izquierda no fue una solución aceptable para la mayoría de los liberales, en razón de que entrañaba una traición a sus ideales democráticos tradicionales. ¿Pero cuál, debieron preguntarse, habría de ser la sustancia de un escepticismo triunfante?

La fe es un factor importante de cohesión social. Una sociedad que no cree en nada es una sociedad en estado de disolución. Compartir aspiraciones comunes y sustentar una fe unificadora es esencial para la vida comunitaria. Este es un hecho que el liberal doctrinario y escéptico de hoy empieza a enfrentar, sobre todo como resultado de la ambivalencia con que defiende la democracia formal. En verdad, los principales beneficiarios de esta confusión liberal han sido los conservadores norteamericanos que, aunque insensibles en general a los problemas sociales del país contemporáneo, han cosechado dividendos políticos al propugnar el nacionalismo, la propiedad privada y el orden constitucional.

Desde la perspectiva del liberal que se ve a sí mismo como una fuerza progresista, la creencia es necesaria para la correcta asimilación social del cambio. Los costos sociales de la falta de convicción y los efectos paralizadores del escepticismo convertido en principio rector se manifiestan gráficamente en la reacción ambivalente del liberal frente al nuevo desafío negro. El liberal estuvo en la vanguardia de la lucha por la igualdad racial mientras los conservadores se oponían a ella, pero apenas se derrumbaron los diques conservadores y los negros enarbolaron reivindicaciones que no le habían sido transmitidas por el liberal blanco, éste quedó desconcertado. Un ejemplo es el de la lucha que se libró en la ciudad de Nueva York en torno del control comunitario de las escuelas y otro es el de la Universidad de Cornell, en donde estudiantes negros armados presentaron sus exigencias en forma de ultimátum. Como consecuencia, algunos liberales parecieron volverse conservadores: rechazaron la pretensión de los negros de contar con instituciones sociales autónomas. Otros capitularon indiscriminadamente: aceptaron todos los reclamos de los negros con la intención de expiar sus culpas, que eran las culpas de los blancos.⁴

Sin embargo, lo que la sociedad más necesitaba en ese momento de transición era precisamente lo que al liberal, inseguro de sí mismo porque su enemigo tradicional estaba postrado, le resultaba más difícil suministrar: la definición de sus principios, la afirmación de sus convicciones y la voluntad de actuar en función de su devoción por la democracia liberal. Los negros norteamericanos también necesitaban esta respuesta del liberal, porque la incorporación de cualquier grupo étnico o racial a la sociedad depende de la existencia de instituciones estables y de valores definidos, aunque no dogmáticos. La integración de los negros, ya de por sí

suficientemente difícil en la mayoría de las circunstancias, se convierte en algo imposible cuando las instituciones y los valores vigentes no proporcionan un marco elástico, capaz de absorber las tensiones propias del ingreso sin precedentes de una importante minoría racial en un sistema de participación societaria igualitaria. La aparición de jóvenes líderes negros radicales, antidemocráticos e incluso racistas, se debió indudablemente, en primer lugar, al hecho de que la comunidad blanca tardó en atender los reclamos de los negros; pero también se debió al creciente desprecio de la Nueva Izquierda y de los jóvenes líderes negros por los procedimientos democráticos y al descubrimiento de que ese desprecio podía expresarse impunemente, dada la ambivalencia del mismo liberal en relación con la legitimidad de dichos procedimientos y con el sentido de la creencia democrática.

Las ramificaciones de esta situación tuvieron mayor envergadura y fueron todavía más dolorosas para el liberal: sucedió que los trabajadores manuales de clase media empezaron a identificar al liberal doctrinario como su enemigo natural y a rechazar, en consecuencia, cada vez más, los valores liberales. Para el trabajador industrial de 1930 el símbolo del enemigo de clase era el banquero capitalista o el industrial rico. Todavía en 1948 Harry Truman conquistó la victoria electoral apelando a este sentimiento. Hacia fines de 1960 dicho símbolo fue reemplazado por otro: el enemigo de clase era el negro, respaldado por un intelectual liberal dogmático, que era preferentemente un profesor universitario.

Es innegable que en el resentimiento del trabajador manual norteamericano contra el idealismo social del liberal existe un elemento de justicia. La alta clase media cómodamente establecida puso en marcha la revolución racial que había sido muy

postergada y que era imperiosamente necesaria y lo hizo pagando por ello un precio relativamente bajo. La que cargó con el peso del cambio que se produjo en el campo de la educación, la vivienda y las costumbres sociales fue la clase trabajadora blanca, menos segura en lo económico y menos tolerante en lo racial. Muchos trabajadores industriales tuvieron la impresión de que los ricos no compartían los costos económicos de la revolución que se desarrolló en el área de las prácticas de contratación y de los programas sociales y de que los liberales militantes no estaban dispuestos a concertar las transacciones necesarias para apuntalar los penosos reajustes sociales con un mayor apoyo popular.⁵ Así fue como el rencor que gran parte del público norteamericano alimentaba contra la Nueva Izquierda tendió a asociarse con la actitud de los trabajadores industriales blancos que se sentían traicionados por las fuerzas liberales, siempre en beneficio de los elementos más conservadores de la política norteamericana.

La tendencia a multiplicar los organismos gubernamentales encargados de producir cambios sociales positivos generó frustraciones que, a su vez, agudizaron este sentimiento de desencuentro.⁶ En este caso las prácticas del liberal pragmático coincidieron con las preferencias ideológicas de su gemelo ideológico. La combinación de la teoría abstracta con un aparato remoto, vasto y complejo influyó mucho sobre la alienación y la irritación que experimentaron algunos sectores blancos del público norteamericano.

Esta política social tampoco fue siempre la más beneficiosa para los grupos desheredados. Así como los comunistas se habían equivocado al suponer que la agitación social (revolución) era el producto del malestar económico (explotación), el liberal doctrinario se equivocó al suponer que el progreso

económico engendraría el bienestar social. Ambos subestimaron las dimensiones psicológica y espiritual. Algunos liberales intuyeron esto y los experimentos destinados a combinar la iniciativa social, la libre empresa y el apoyo oficial (por ejemplo, en el programa Bedford-Stuyvesant de Robert Kennedy) apuntaban a suministrar una nueva orientación. Pero aunque la acción comunitaria como objetivo de gran envergadura era una idea noble, en la práctica también se convirtió en un medio para jugar el juego según las reglas políticas consagradas, a saber, organizarse con dos objetivos posibles: obtener más fondos públicos o crear una base para una política más radical.⁷

En el ínterin, la mayor intervención estatal y la ingeniería social deliberada que se inspiraba en las "teorías" del cambio social y el desarrollo, crearon una combinación de incompetencia en el trabajo, conflictos sectoriales, indiferencia social y complejidad política, combinación ésta que provocó la quiebra del consenso público y el alejamiento de la generación joven. Después de conquistar al fin una oportunidad única para materializar proyectos que acariciaba desde hacía muchos años, el liberal pragmático descubrió que su arsenal intelectual, fundado sobre una respuesta muy positiva a la crisis de la sociedad industrial avanzada, estaba exhausto. El liberal doctrinario, seguro de que contaba con los remedios y la teoría justos, fastidiado por el aparente conservadurismo del gobernante más pragmático y ambivalente respecto del anarquismo y el totalitarismo de la Nueva Izquierda, socavó su base de apoyo al destruir la confianza pública en su lealtad a la democracia liberal.

Por tanto el liberal contemporáneo corre el peligro de perder sus principales atributos: su optimismo, su fe en el futuro de Estados Unidos, su visión. Frente a la crisis que siente hondamente y que en

muchos sentidos previó mejor que el conservador, el liberal y sobre todo el doctrinario intelectual, tiende a replegarse cada vez más en un caparazón ideológico, disfrutando los placeres del ataque indiscriminado contra la naturaleza de la sociedad norteamericana y saboreando con delectación las predicciones apocalípticas sobre la ruina inminente de dicha sociedad.

La sociedad progresista ha sido descripta como aquélla en la que las metas utópicas se imbrican con las medidas prácticas,⁸ pero el liberal doctrinario parece cada vez más proclive a ofrecer sólo una combinación de recetas pedestres y soluciones dogmáticas. Su actitud respecto de la exploración espacial, que asoció la explosión del conocimiento con aspiraciones humanas muy sentidas, encierra una simbología sugestiva. La reacción del doctrinario frente a la aventura, el desafío y la oportunidad social que brindaba la era espacial fue poco imaginativa, políticamente torpe y psicológicamente anacrónica.⁹ Su invitación a concentrar toda la atención en la empresa terrenal inconclusa de Estados Unidos le volvió la espalda, sencillamente, al hecho psicológico de que la nación toma más conciencia de sus defectos cuando expande sus ambiciones y no cuando las comprime.

Fue la tradición de la frontera la que estimuló la imaginación de los norteamericanos, la que creó una sociedad dinámica y en crecimiento, y la que dio a Estados Unidos su mito integrador. La exploración científica, incluida la exploración del espacio, se ha convertido en el equivalente funcional de la tradición norteamericana de la frontera y esta empresa guarda una relación directa con los logros educacionales y científicos del país. No estamos aconsejando que se hagan menos desembolsos con fines sociales. Lo que queremos decir, en cambio, es que el mejoramiento general de la sociedad nor-

teamericana será el subproducto de una sociedad que arremete con su energía adquirida, que se fija objetivos totalmente nuevos —incluidos los que trascienden sus límites inmediatos— y que por esta vía toma mayor conciencia social y enfrenta con éxito los problemas pendientes del pasado.

Aun sin contar la posibilidad de que el impacto tecnológico del esfuerzo espacial termine por contribuir más que todas las doctrinas programáticas y sociológicas en boga a la resolución de los problemas del gueto urbano, dicho esfuerzo también tiene un importante aspecto internacional: una potencia de primera magnitud como Estados Unidos debe marchar a la vanguardia en aquellas áreas de la vida que son trascendentales y cruciales desde el punto de vista histórico. En la medida en que la nuestra es una era científica, si Estados Unidos no se proyectara más allá de las fronteras conocidas —y el espacio encierra un desafío dramático— perdería una motivación psicológica colosal para su esfuerzo innovador. Aunque quizá no sea muy simpático decirlo, el hecho es que una sociedad continental como Estados Unidos no podría sobrevivir si se convirtiera simplemente en otra Suecia. No podría sobrevivir en el plano internacional y ni siquiera es seguro que pudiese encontrar un equilibrio satisfactorio entre las necesidades materiales domésticas y las aspiraciones espirituales. La exploración del espacio es más compatible con la tradición de un país pionero cuya grandeza está asociada con la innovación de las estructuras constitucionales, del desarrollo económico, de la exploración continental y de la investigación científica.

El liberalismo contemporáneo no les ofrece, a muchos norteamericanos, ni principios ni progreso. La crisis del liberalismo norteamericano es, entonces, una crisis de confianza y de trascendencia histórica.¹⁰ Plantea la triste perspectiva de que el

liberalismo, que fue históricamente la fuente más vital de innovación de la democracia norteamericana contemporánea, se convierta en la expresión crítica de una minoría doctrinaria, cada vez más retrógrada a pesar de su retórica, y en un refugio para la protesta filosófica contra los efectos deshumanizadores de la ciencia, en tanto que la plasmación activa del futuro pasa a manos de una élite socialmente más conservadora pero tecnológicamente innovadora.¹¹

¿El fin de la democracia liberal?

La inauguración de una etapa de innovación tecnológica y conservadurismo político que conduciría a alguna forma de tecnocracia no es más que una de las posibilidades viables. Otras alternativas podrían ser más drásticas. Las tensiones socioeconómicas norteamericanas podrían agravarse si perdiera empuje el crecimiento económico y, con éste, la investigación científica y el desarrollo tecnológico, dos factores importantes de orgullo nacional. La tensión racial, la actividad de la guerrilla urbana y la alienación de los jóvenes, sumadas a una honda división nacional en torno del papel global de Estados Unidos, podrían producir una creciente ruptura del consenso nacional y determinar que la extrema izquierda o la extrema derecha capitalizara la desintegración política con una tentativa de tomar el poder.

En general, no parece haber muchas posibilidades de que un verdadero conato revolucionario culmine con éxito. Para convertirse en un instrumento revolucionario eficaz, la Nueva Izquierda actual no sólo debería abordar con más seriedad los nuevos problemas de nuestra época, sino que también debería dominar las técnicas, las aptitudes

y las formas organizativas necesarias para hacer una revolución en la sociedad más moderna y tecnológicamente más avanzada del mundo. Esto obligaría a transformar un movimiento juvenil bastante petulante, de clase media, apoyado desde una distancia segura por algunos sectores de la comunidad intelectual urbana más esotérica, en una organización asentada sobre una teoría sistemática, atenta a la naturaleza específica del país de hoy. El culto del Che Guevara por los SDS, un trágico rebelde del agro, y su creciente tendencia a emplear una ampulosa fraseología marxista-leninista, pueden ser recursos de los que se valen para enmascarar el hecho de que no saben adaptarse a la realidad actual, pero difícilmente auguran su transformación en una fuerza revolucionaria eficaz.

Existe una diferencia importante entre la actividad revolucionaria y la victoria revolucionaria. Es posible e incluso probable, que en los comienzos de la década de 1970 recrudezca la actividad revolucionaria: terrorismo, sabotaje, asesinatos selectivos, guerrilla urbana. Pero esta actividad no correrá por cuenta de la Nueva Izquierda sino de su heredera en ciernes, la Izquierda Violenta; no correrá por cuenta de los jóvenes idealistas que le infunden vehemencia y confusión sino de aquellos que están endurecidos, desilusionados y amargados por sus experiencias en prisiones y penitenciarías. Estos hombres estarán psicológicamente preparados para la violencia auténtica y desecharán como juegos de niños las manifestaciones pacíficas y las incursiones contra las oficinas de los decanos.

Pero incluso entonces es muy probable que triunfe el peso colectivo de las instituciones políticas y sociales, así como la fuerza coercitiva de la autoridad organizada. La Nueva Izquierda será tolerada mientras siga empleando esporádicamente la violencia, con general ineficacia; si se convierte

en Izquierda Violenta, es casi seguro que la represión caerá sobre ella. Lo cierto es que las revoluciones son rarezas históricas y en los tiempos modernos casi siempre han necesitado, para triunfar, que la disolución social interior se combine con la derrota militar externa. La organización del poder debe derrumbarse, las élites deben dividirse, el sistema socioeconómico debe fallar, debe cristalizar otro grupo conductor y por lo menos una parte significativa de las fuerzas sociales más creativas debe convencerse de que es viable una alternativa mejor. Cuando no están dadas estas condiciones, el empleo de la violencia revolucionaria tiende a engendrar la represión e incluso la represión brutalmente eficaz.¹²

La represión de la Izquierda Violenta empujaría casi con seguridad al país hacia la derecha. La coerción organizada obligaría a implantar una serie de controles sobre el individuo. Si las instituciones legítimas gobernarán el proceso en forma sistemática, probablemente se reforzarían los grupos políticos conservadores; si lo manejaran con ineptitud, probablemente prosperaría el activismo civil de derecha, fundado sobre diversas formaciones paramilitares. Pero incluso en este caso no sería probable que se materializara un golpe de extrema derecha. Para que se produjera semejante golpe los extremistas de derecha deberían lograr una cohesión organizativa y una trascendencia conceptual que parece estar fuera de su alcance, porque la mayoría de ellos ha quedado a la zaga del cambio que se registró en la sociedad norteamericana.¹³

Lo más probable, entonces, es que las refriegas civiles esporádicas produzcan una polarización de la opinión pública: el Partido Demócrata se identificará gradualmente con algunas de las posiciones menos extremas de la Nueva Izquierda y/o se di-

vidirá y el Partido Republicano tratará de explotar esta situación y de consolidar una mayoría nacional conservadora. Esto podría suceder paulativamente. Los dirigentes más conservadores (por ejemplo, Spiro Agnew, con su propuesta de una misión a Marte) se apoderarían de las facetas más audaces del sueño norteamericano, en tanto que la desilusión de la clase media baja respecto del liberalismo, el resentimiento contra la Nueva Izquierda y el miedo a los negros estimularía una consagración tan grande al orden, que el interés por el mejoramiento de las relaciones raciales se convertiría en una simple fachada y se borraría eventualmente de la agenda pública. La aparición de una respuesta política más reaccionaria no sería dramática ni tendría francos matices fascistas.

La decisión de los liberales doctrinarios de rehacer el Partido Demócrata a su imagen y semejanza o de fundar su propio partido, aceleraría este proceso. La insistencia en abordar con espíritu doctrinario los problemas complejos y la hostilidad a los acuerdos de tipo más general, son manifestaciones típicas de los tiempos de discontinuidad histórica. Como ya se ha visto, son características particularmente representativas de los miembros jóvenes y marginales de la sociedad. La consecuencia política sería una mayor presión sobre los liberales pragmáticos, menos ideológicos, a los que, por un lado, los aguijonearían los partidarios dogmáticos de la ingeniería social en gran escala que desean volver la espalda a los desafíos exteriores y por otro, los conservadores que ensalzan los méritos de la consolidación social y de las nuevas fronteras científicas.

El antiintelectualismo latente de muchos norteamericanos, intensificado por los desórdenes universitarios, agravado por la ambivalencia de los

intelectuales y agudizado por la hostilidad de clase contra los vástagos rebeldes de la clase media, también podría socavar el apoyo público a los institutos de enseñanza, en razón de lo cual la peligrosa amenaza de la izquierda coexistiría con otra amenaza igualmente peligrosa de la derecha. La universidad norteamericana se politizaría: estaría constantemente agitada por problemas ajenos al campo académico y sus cuerpos docentes y sus alumnos aprobarían resoluciones sobre todo tipo de cuestiones extemporáneas e inocularían cada vez más criterios políticos en sus empresas intelectuales o estaría sujeta a un control externo más estricto bajo la égida de asambleas y fideicomisarios conservadores que harían pesar sus prejuicios políticos sobre los mecanismos internos del sistema académico.¹⁴ La destrucción consiguiente de la universidad liberal sería en sí misma un grave síntoma de la decadencia de la democracia liberal norteamericana.¹⁵

En este contexto, la tarea ya abrumadora de crear una sociedad multirracial equitativa podría tornarse irrealizable. Las tendencias actuales auguran que la crisis se agravará a menos que se inicie inmediatamente un gran esfuerzo de mejoramiento social.¹⁶ La indiferencia, o peor aún, la hostilidad pública hacia semejante esfuerzo, abriría dos perspectivas igualmente espantosas para el futuro de las relaciones entre blancos y negros en Estados Unidos: la represión de los negros y/o su secesión. Cualesquiera de las dos sólo podría materializarse en el marco de una atmósfera política más reaccionaria y engendraría por sí misma presiones gigantescas en favor de un contraataque. La represión, incluidos los esfuerzos encaminados a implantar alguna forma de reubicación segregada, produciría grandes luchas, porque el negro norteamericano ya no es dócil y porque, además, muchos blancos se suma-

rían a su causa. Aunque la represión triunfara, sobre todo después de una sublevación masiva de los negros generada por un estancamiento angustiante, el precio a pagar se traduciría en una trágica inversión del proceso merced al cual la democracia norteamericana ha profundizado y expandido sus alcances en el curso de la historia nacional.

Otra amenaza, menos franca pero igualmente básica, se cierne sobre la democracia liberal. Ligada en forma más directa con el impacto de la tecnología, está relacionada con la aparición gradual de una sociedad más controlada y dirigida. Dicha sociedad estaría dominada por una élite que justificaría su pretensión de ejercer el poder político fundándose sobre la presunta superioridad de sus conocimientos científicos. Para lograr sus fines políticos, esta élite, ajena a las restricciones que imponen los valores liberales tradicionales, no vacilaría en influir sobre la conducta pública ni en ejercer una estrecha vigilancia y control sobre la sociedad, mediante el uso de las técnicas más modernas. En semejantes circunstancias, el empuje científico y tecnológico del país no se invertiría sino que se nutriría de la misma situación que estaría explotando.

La aparición de un gran partido hegemónico, paralelo a los agrupamientos de izquierda y derecha, más estrechos de miras y más vehementemente doctrinarios, podría acelerar el encauzamiento hacia el gobierno tecnológico de tipo gerencial. Ese gran partido hegemónico podría combinar en su seno la búsqueda de estabilidad de la sociedad norteamericana con su afinidad histórica por las innovaciones. Emplearía el desarrollo científico para enfrentar los males sociales, aprovecharía el talento intelectual de la nación para planificar objetivos más amplios y explotaría la existencia de grupos doc-

trinarios, que harían las veces de barómetros sociales y de semilleros de ideas novedosas. La persistencia de la crisis social, la aparición de una personalidad carismática y el uso de los medios masivos para conquistar la confianza pública, serían las piedras liminares de la transformación paulatina de Estados Unidos en una sociedad altamente controlada.¹⁷

Es posible que tanto a los doctrinarios como a los conservadores les resulte difícil resistir, en distintos sentidos, las tentaciones inherentes a las nuevas técnicas. La propensión de la izquierda doctrinaria a legitimar los medios en función de los fines podría inducirla a justificar el mayor control social con el argumento de que sirve al progreso. Los conservadores, preocupados por el orden público y fascinados por los dispositivos modernos, sentirían la tentación de valerse de las nuevas técnicas para contrarrestar la agitación, porque no se darían cuenta de que el control social no es el único recurso para encarar el cambio social acelerado.

Este desenlace, si se produjera, sería una respuesta muy pesimista al interrogante que gira en torno de la capacidad de la democracia liberal norteamericana para asimilar la revolución por la que está atravesando y para infundirle sentido. La importancia de este problema no se circunscribe al ámbito norteamericano. Sus implicaciones son más vastas. El éxito o el fracaso de Estados Unidos puede convertirse en un índice significativo para quienes se preguntan si una democracia moderna con un pueblo muy instruido puede protagonizar un cambio social de gran envergadura sin perder su carácter esencialmente democrático. Afortunadamente, la transición norteamericana también encierra el potencial necesario para una redención norteamericana.

¹ "Porque la nueva nación estaba impregnada no sólo de agrarismo sino también de liberalismo Whig hasta la médula. Ni el trono ni el altar, ni, sobre todo, la veneración por el pasado, se levantaban como barreras frente a las nuevas fuerzas niveladoras que la revolución industrial había desatado.

"El punto crucial político lo marcó la derrota del Sur en la Guerra Civil, que liquidó definitivamente la posibilidad de que existiera una nación asentada sobre valores agrarios y, en verdad, destruyó definitivamente la viabilidad de un conservadorismo que no fuera un refinamiento intelectual o un escudo para los intereses empresarios particulares. En la elección clave de 1896, los partidarios de Bryan fueron pequeños capitalistas rurales más resentidos por la posición desventajosa que ocupaban dentro del sistema que por la presencia del proceso industrial en sí. Cuando algunos escritores sureños reaccionaron en la década de 1930 frente a la crisis económica norteamericana y la crisis cultural consiguiente del capitalismo industrial con un manifiesto titulado *I'll Take My Stand*, que postulaba el agrarismo y rechazaba tanto el socialismo como el capitalismo industrial, optando por la pequeña propiedad, encontraron poco eco. El Sur respondió a la Depresión colocándose a la vanguardia de quienes apoyaban el capitalismo de Estado del *New Deal*." Véase Victor C. Ferkiss: *Technological Man: The Myth and the Reality*. Nueva York, 1969, págs. 65-66.

² Para algunos comentarios agudos, véase Andrew Knight: "America's Frozen Liberals", *The Progressive*, febrero de 1969.

³ Para un análisis de la posición del liberal en el mundo académico, véase Irving Louis Horowitz: "Young Radicals and the Professorial Critics", *Commonwealth*, 31 de enero de 1969, págs. 552-556.

⁴ Llama realmente la atención que ningún educador liberal de primera línea se haya atrevido a decirles a sus alumnos negros: "No practicaré una discriminación al revés al aceptar ciegamente todas vuestras exigencias por el solo hecho de que sois negros. Os trataré como trato a todos mis alumnos. La era de la discriminación ha terminado y no la reimplantaré bajo un nuevo rótulo. Entiendo las raíces psicológicas de vuestras reivindicaciones, así como algunos de vuestros temores al hecho de tener que competir con blancos mejor preparados. En consecuencia, haré todo lo posible por corregir esta situación, aunque ello cueste mucho y exija grandes esfuerzos organizativos, pero no haré

concesiones que contribuyan a perpetuar vuestra exclusión respecto de esta sociedad”.

⁵ Sorprende que organizaciones como la de los Americans for Democratic Action esperaran hasta después de las elecciones presidenciales de 1968 para empezar a subrayar la necesidad de que los liberales remediassen la actitud indiferente, e incluso agravante, que habían asumido respecto de la clase trabajadora industrial. En vísperas de las elecciones presidenciales, *The New York Times* exploró en una serie de artículos el origen étnico y económico de los partidarios que Wallace había reclutado en los distritos urbanos del Norte, y los identificó reiteradamente como miembros de la minoría étnica eslava. Posteriormente resultó que tanto en esa elección —en la cual, según el perfil de votantes de la NBC, Wallace obtuvo en todo el país el 22 por ciento del voto étnico italiano, el 17,8 del eslavo, y el 13 por ciento del judío (véase *Newsweek*, 11 de noviembre de 1968, págs. 35-36)—, como en las elecciones metropolitanas de 1969, el giro hacia el conservadurismo reflejó un desencuentro más generalizado de la población urbana con la filosofía liberal.

⁶ “Actualmente tenemos diez veces más organismos gubernamentales consagrados a los problemas urbanos que los que teníamos en 1939. El número de informes y escritos que es necesario redactar antes de hacer algo en la ciudad se ha multiplicado más o menos por mil. Los asistentes sociales de la ciudad de Nueva York pasan entre el 70 y el 80 por ciento de su tiempo llenando formularios para Washington, para el gobierno estatal de Albany y para la municipalidad de Nueva York. Sólo les queda libre el 20 o el 30 por ciento de su tiempo, o sea casi una hora y media por día, para atender a sus clientes, los pobres. Como informó James Reston en *The New York Times*, el 23 de noviembre de 1966, en los libros había 170 distintos programas federales de ayuda, financiados por más de 400 asignaciones independientes y administrados por 21 departamentos y organismos federales que contaban con la ayuda de 150 oficinas de Washington y más de 400 oficinas regionales. En una sola sesión del Congreso se aprobaron 20 programas sanitarios, 17 nuevos programas educacionales, 15 nuevos programas de desarrollo económico, 12 nuevos programas para las ciudades, 17 nuevos programas para el desarrollo de recursos, y 4 nuevos programas para la capacitación de mano de obra, cada uno de ellos con su propia maquinaria administrativa.” Véase Peter F. Drucker: “The Sickness of Government”, *The Public Interest*, invierno de 1969, pág. 8.

⁷ Para un buen análisis, véase particularmente la pág. 54 del número especial de *The Economist*, 10 de mayo de 1969.

⁸ De una disertación del profesor Joseph Blau, Instituto Aspen de Estudios Humanistas, enero de 1969.

⁹ El plan del presidente Kennedy para llegar a la Luna despertó especial encono. Por ejemplo, Lewis Mumford afirmó que "el programa de alunizaje... es un acto simbólico de guerra, y la consigna que llevarán los astronautas, proclamando que se hace en beneficio de la humanidad, pertenece a la misma categoría que la monstruosa hipocresía de la Fuerza Aérea: 'Nuestra profesión es la paz'... No por casualidad el apoteótico alunizaje coincide con la reducción del presupuesto educacional, con la bancarrota de los servicios hospitalarios, con el cierre de bibliotecas y museos, y con la creciente contaminación de nuestro medio urbano y natural, para no hablar de las otras muchas pruebas de tremendo fracaso social y deterioro humano." Véase *The New York Times*, 21 de julio de 1969.

Por el contrario, Michael Harrington destacó que "en la izquierda se observa un cierto puritanismo cada vez que aflora el tema del espacio. Está de moda denigrar el hecho de que se invierta dinero en el cielo cuando todavía hay tanta miseria en la tierra. Pero esta crítica hace caso omiso de dos detalles importantes. En primer término, si se concertara la paz, la reducción drástica del presupuesto militar de miles de millones, sumada al crecimiento normal de una economía de pleno empleo, suministraría fondos suficientes para reconstruir Estados Unidos y viajar a las estrellas. En segundo término, el espacio no está desprovisto de importancia social, científica e incluso estética. Es posible que allí encontremos sitio para los seres humanos, así como nuevos y vastos recursos para el desarrollo del mundo, y es indudable que estimulará un mejor conocimiento del hombre y el universo. Al margen de estas consideraciones pragmáticas, hay un imperativo moral en virtud del cual la humanidad está obligada a desplegar la totalidad de sus poderes, y los hombres pueden enorgullecerse con justicia de haber experimentado e innovado siempre". Véase *American Power in the Twentieth Century*, pág. 31.

¹⁰ El título de un libro reciente de Arthur Schlesinger (h.) es muy sintomático: *The Crisis of Confidence* (La crisis de confianza), Boston, 1969.

¹¹ Aunque la opinión pública puede cambiar radicalmente, vale la pena observar que en 1969 las encuestas demostraron que una sólida mayoría de jóvenes y de personas con educación universitaria eran partidarias de intensificar la exploración espacial. Quienes se oponían a la

idea eran mayoría entre las personas de más edad y entre aquellas que sólo tenían educación primaria. Cf. la encuesta Gallup citada por *The New York Times*, 7 de agosto de 1969, y la encuesta Harris, *The Washington Post*, 25 de agosto de 1969. Al mismo tiempo, los graduados universitarios tendían a pronunciarse por una aplicación más enérgica de la ley, recurriendo incluso a mayor cantidad de interferencias telefónicas. Véase la encuesta Gallup citada por *The New York Times*, 21 de agosto de 1969.

¹² Observadores tan disímiles como la Comisión Nacional sobre Causas y Prevención de la Violencia, por un lado, y Barrington Moore, severo crítico del actual sistema norteamericano, por otro, están de acuerdo en este punto. La comisión resolvió que "la violencia colectiva casi nunca es un instrumento eficaz para alcanzar los objetivos del grupo. Puede imponerse cuando un grupo supera a sus adversarios hasta el punto de que éstos deben optar entre morir o rendirse. Pero existen muchas más probabilidades de que en estas competencias triunfen los gobiernos modernos y no sus adversarios.

"Actualmente, en Estados Unidos, es probable que las tentativas revolucionarias de la izquierda abran las compuertas a la represión masiva de la derecha. Es muy probable que el estallido de actos de violencia en el contexto de las manifestaciones de protesta produzca el distanciamiento de los grupos que no simpatizan fundamentalmente con los disconformes.

"Las crónicas de los conflictos laborales norteamericanos inducen a pensar que la violencia, cuando la hubo, fue casi siempre improductiva para los trabajadores implicados. Cuanto más violento era el conflicto, tanto peores eran las consecuencias para los obreros." Véanse las conclusiones de un informe a la Comisión sobre la Violencia en E.U.A., *The New York Times*, 6 de junio de 1969.

Casi con el mismo criterio Moore advirtió acerca de que hay muy pocas perspectivas de que en Estados Unidos triunfe una revolución urbana, y que las revoluciones radicales victoriosas no han conseguido hacer hasta ahora "un aporte perdurable a la libertad humana". Véase "Revolution in America", *The New York Review of Books*, 20 de enero de 1969, pág. 10. Véase también el meduloso estudio de Bruce Smith: "The Politics of Protest: How Effective Is Violence?", *Proceedings of the Academy of Political Science*, julio de 1968.

¹³ En George Thayer: *The Farther Shores of Politics*. Nueva York, 1967, se encontrará una buena descripción de los grupos extremistas de derecha e izquierda.

¹⁴ Ejemplos de esto fueron, por un lado, el primer acto importante que efectuó el senado de la Universidad de

Columbia en 1969, que consistió en emitir un juicio acerca de la guerra de Vietnam, y, por otro, las objeciones que los fideicomisarios de la Universidad de California formularon contra una joven profesora negra de filosofía en razón de su filiación política.

¹⁵ La Nueva Izquierda no parece preocuparse por las consecuencias de largo alcance que tendrá el ataque contra las universidades. Por ejemplo, la exigencia de que las universidades desistan de realizar trabajos científicos para la defensa podría crear un complejo autónomo de institutos de investigaciones militares dependientes del gobierno, cuya naturaleza secreta las protegería de la influencia intelectual exterior, como ocurre en la Unión Soviética. Esto es precisamente lo que ya sucedió en el caso de los dispositivos para la guerra bacteriológica, que fueron perfeccionados en laboratorios oficiales secretos, sobre los que no pesaba el control de la comunidad científica. La eliminación de los centros de instrucción para oficiales de reserva también podría acelerar, en lugar de frenar, la aparición de un cuerpo profesional numeroso de oficiales de carrera o, para decirlo con otras palabras, de una casta militar.

¹⁶ Para una reseña del esfuerzo necesario, véase el *Report... on Civil Disorders*, especialmente págs. 225-226.

¹⁷ Esto también podría producir una paradoja histórica. Fascinada por la eficiencia técnica, la sociedad norteamericana, tradicionalmente democrática, podría convertirse en una sociedad muy controlada, en razón de lo cual desaparecerían sus cualidades humanas e individualistas. (La novela de Kurt Vonnegut, *Player Piano*, describe una sociedad de este tipo.) Por otra parte, la ineficiencia organizativa y la distensión gradual de los controles políticos, podrían determinar que los países comunistas prestaran más atención a los problemas del humanismo. Su ineficiencia socialista, combinada con estas inquietudes humanas, podría generar eventualmente un orden social más flexible.

Sin embargo, debemos destacar que esta perspectiva extraordinariamente improbable sólo es válida para los países comunistas más avanzados. El peso de la tradición política y las grandes aspiraciones de poder de la versión rusa del comunismo, así como el relativo atraso socioeconómico de la mayoría de los estados comunistas, atentan contra la concreción de este vaticinio. Para una crítica de la teoría de la convergencia, o sea, la que prevé la evolución del sistema comunista hacia la democracia liberal tradicional, véase el último capítulo del libro que escribí en colaboración con Samuel Huntington: *Political Power: USA/USSR*. Nueva York, 1964.

QUINTA PARTE

ESTADOS UNIDOS Y EL MUNDO

La relación de Estados Unidos con el mundo debe reflejar sus valores e inquietudes internos. Ya no es viable una discrepancia profunda entre la conducta exterior de una sociedad democrática y sus normas interiores. Las comunicaciones masivas dejan rápidamente al descubierto el abismo y restan el apoyo necesario para la política exterior. Así como una sociedad preocupada por la amenaza comunista en su interior puede desarrollar una política vigorosamente anticomunista fuera de sus fronteras y así como una nación que le teme a la revolución puede participar vehementemente en la actividad contrarrevolucionaria, así también una nación interesada en la justicia social y la adaptación tecnológica no puede dejar de adoptar la misma actitud comprometida en el plano internacional.

John Locke escribió en su segundo *Tratado sobre el gobierno*: "...al principio, todo el mundo era América". Hoy todo el mundo es Estados Unidos. en el sentido de que este país es el primero que vive los problemas sociales, psicológicos, políticos e ideológicos generados desde el momento en que el hombre adquiere de pronto, sobre su ambiente y sobre sí mismo, un poder totalmente desprovisto de antecedentes. Por tanto la tercera revolución norteamericana, que se produce en una época de creencias versátiles, en la que el cambio tecnológico se

expande aceleradamente, dicta con claridad el papel que le corresponde a Estados Unidos: el de un innovador social, que explota la ciencia al servicio del hombre pero sin fijar dogmáticamente el destino de este último. El éxito de Estados Unidos en la construcción de una sociedad democrática sana encerraría buenos augurios para un mundo que todavía está dominado por conflictos ideológicos y raciales, por la injusticia económica y social. El fracaso de Estados Unidos no sólo implicaría un golpe para las tendencias que prosperan desde las grandes revoluciones de fines del siglo XVIII, sino que podría encarnar una frustración humana aun mayor: la incapacidad del hombre para superar sus instintos más bajos y su capitulación ante la complejidad y el poder de la ciencia.

XVI

EL FUTURO NORTEAMERICANO

Si los problemas que acosan a Estados Unidos no hubieran sido identificados ni previstos, los peligros implícitos serían aún mayores. Pero la situación es otra. Hoy Estados Unidos es quizá más sinceramente autocrítico y tiene más exigencias para consigo mismo que cualquier otra sociedad: los informes nacionales que destacan los fracasos de la sociedad, las críticas devastadoras contra los defectos nacionales, los esfuerzos laboriosos encaminados a inventariar la situación social... todos estos elementos reflejan un estado de ánimo nacional más introspectivo y deliberadamente sobrio. Los estudios del futuro, organizados en gran escala (tanto por comisiones académicas especiales como por institutos privados bien provistos de fondos), indican que el país tiene cada vez más conciencia de que es posible e imperioso planificar el futuro y de que, a menos que exista una módica cuota de opción premeditada, el cambio degenerará en caos.¹ Esto no garantiza la certidumbre de que se montará una respuesta en escala nacional, pero sí indica que en los sectores que gobiernan la sociedad crece la convicción de que es necesario planificar dicha respuesta.

La vitalidad histórica del sistema norteamericano se explica por el hecho de que la adhesión a la idea del cambio democrático está hondamente arraigada en el pueblo. La tradición norteamericana que asegura la libertad de dialogar y la posibilidad de expresar las discrepancias al margen de toda traba jerárquica fue un factor importante en el proceso de apertura al cambio y permitió sacar beneficio de los movimientos de protesta (haciéndolos, en consecuencia, históricamente superfluos) mediante la adaptación y adopción de sus programas. Esto no implica negar el elemento de violencia que ha existido en la historia norteamericana ni el conservadurismo muchas veces manifiesto de su electorado. Sin embargo, la realidad fundamental de la vida norteamericana ha sido la asimilación del cambio acelerado que generaron la frontera, la inmigración y el desarrollo industrial. La realidad socioeconómica dinámica se ha combinado con un cierto conservadurismo político para crear un sistema sociopolítico pluralista que en el pasado absorbió, con notable elasticidad, cambios colosales y que, por las cualidades de su estructura, es capaz de emitir y descifrar señales de alarma en los momentos de creciente tensión social.

La sociedad norteamericana actual se ha fijado pautas más elevadas que las de cualquier otra sociedad: aspira a crear la armonía racial sobre una base de igualdad, a alcanzar el bienestar social en un marco de libertad personal, a eliminar la pobreza sin engrillar los derechos individuales. Quizás Estados Unidos soportaría menos tensiones si no pretendiera tanto, pero son precisamente estas metas ambiciosas las que le permiten salvaguardar su naturaleza innovadora.

Aunque la Nueva Izquierda y especialmente la Izquierda Violenta, han servido para robustecer por el momento las tendencias socialmente conser-

vadoras o incluso reaccionarias, es cada vez más probable que la impaciencia de los jóvenes imprima su sello sobre el sistema sociopolítico, sobre todo cuando empiecen a ocupar cargos más influyentes y lo hagan más sensible a la necesidad de introducir cambios y reformas. Además, la creciente experiencia internacional de la élite intelectual y empresaria norteamericana ya ha estimulado una mayor inclinación a analizar los problemas contemporáneos dentro de un marco más vasto, en el que la evolución política y la innovación social de otros países avanzados suministran lecciones para Estados Unidos.³

Como consecuencia de ello, hay más norteamericanos que entienden que las dos grandes áreas donde son necesarios los cambios y donde —esperamos— ya se estén gestando, son las que abarcan los aspectos institucionales y culturales de aquella sociedad. Los primeros corresponden, principal pero no exclusivamente, a la esfera política y los segundos a la educacional, sobre todo en lo inherente al contenido y la configuración de los valores nacionales. El cambio más deliberado en ambas órbitas serviría como catalizador para la reforma en otras áreas de la vida nacional y suministraría el encuadre y el estímulo para la adopción oportuna de los remedios necesarios.

Pluralismo participatorio

La proximidad del segundo centenario de la Declaración de la Independencia justificaría la convocatoria de una convención nacional constituyente que se encargaría de reexaminar el encuadre institucional formal de la nación. El año 1976 ó 1989 —en el que se celebra el segundo centenario de la Constitución— sería una meta apropiada para hacer

culminar el diálogo nacional sobre la pertinencia del ordenamiento actual, sobre el funcionamiento del proceso representativo y sobre la conveniencia de imitar las diversas reformas europeas en materia de división regional y de actualizar la estructura administrativa. Más importante aún sería redefinir, en cualquiera de estas dos fechas, el significado de la democracia moderna —una tarea ciertamente difícil pero no necesariamente más que la que abordaron los fundadores de la nación— y fijar metas sociales ambiciosas y concretas.⁴

Sin embargo, el sentido de la realidad nos obliga a admitir que la innovación política necesaria no emanará de la reforma constitucional directa, por muy deseable que ésta sea.⁵ Es más probable que el cambio imprescindible se produzca gradualmente y en forma menos ostensible. Sea como fuere, es verosímil que tenga, eventualmente, una envergadura de largo alcance, sobre todo a medida que el proceso político asimile progresivamente el cambio científico-tecnológico. Así, es posible que en la esfera política el flujo creciente de información y el desarrollo de técnicas más eficientes de coordinación permita devolver más autoridad y responsabilidad a los estratos inferiores del gobierno y la sociedad. Antaño, la división del poder engendraba tradicionalmente problemas de ineficacia, mala coordinación y dispersión de autoridad, pero ahora las nuevas técnicas de comunicación y computación permiten aumentar la autoridad de los estratos inferiores y practicar una coordinación nacional casi instantánea.⁶ La rápida transferencia de información, sumada a los métodos analíticos muy avanzados, también haría viable la planificación nacional en gran escala —en el sentido que le dan los franceses, de definición de metas—, planificación que no se concentraría sólo en los objetivos económicos sino

que definiría con más claridad los fines ecológicos y culturales.

Es seguro que, en razón del progreso tecnológico, la sociedad moderna necesitará cada vez más planificación. El manejo deliberado del futuro norteamericano se expandirá y el planificador se convertirá eventualmente en el principal legislador y manipulador social, desplazando al jurista. Este proceso determinará que se subraye de modo más neto la definición de metas y, por ende, un interés más premeditado por los fines sociales. La forma de combinar la planificación social con la libertad personal ya empieza a convertirse en el dilema clave del país tecnocrático y reemplaza a la búsqueda del punto de equilibrio entre las necesidades sociales y las exigencias de la libre empresa, búsqueda que era la preocupación de la era industrial.

Ya se admite que el reforzamiento del gobierno local y sobre todo del metropolitano, es una necesidad urgente del proceso democrático que se desarrolla en Estados Unidos. Es posible que la devolución de la responsabilidad financiera a los escalones más bajos del sistema político estimule la afluencia de personal más idóneo y una mayor participación en la toma de decisiones más importantes dentro del ámbito local. Los nuevos sistemas de coordinación podrían concertar el enlace entre la coordinación nacional y la participación local. Algunas grandes empresas ya han probado con éxito esta política.

La tendencia hacia la mayor coordinación y la menor centralización armonizaría con la tradición norteamericana, que consiste en atenuar las divisiones tajantes entre las instituciones públicas y privadas. A muchos europeos les resulta difícil entender las funciones que desempeñan instituciones como la Tennessee Valley Authority o la Fundación Ford, porque ellos están más acostumbrados

a distinguir netamente la esfera pública de la privada (cosa típica de la era industrial), a subordinar lo privado a lo público (como pretenden los socialistas y algunos liberales) o a hacer que lo público absorba lo privado (como ha sucedido en los países comunistas).

En otra época el problema de la propiedad era el elemento crucial social y político de una sociedad empeñada en modernizarse. La fuerza de la costumbre y el acomodamiento histórico trasladaron a la era industrial las formas de propiedad de la tierra que eran típicas de la era feudal-agrícola. En términos generales se pensaba que poseer una fábrica era lo mismo que poseer un campo. A la larga esto generó un serio conflicto entre las formas antiguas de evaluar los derechos individuales y las nuevas condiciones de la organización industrial, de los derechos colectivos del personal y de las instituciones sociopolíticas modificadas. El socialismo fue una solución extrema. En el Occidente más avanzado, la pauta general de acomodamiento se encontró en la propiedad accionaria despersonalizada y en la participación limitada de los trabajadores organizados en el ejercicio de la autoridad. La cuestión de la propiedad se replanteó en términos de control y regulación, en tanto que los nuevos dilemas vinculados con la participación económica y el bienestar psicológico de los trabajadores reemplazaron al problema de la explotación que se asociaba con la propiedad.

En el curso de este proceso, el gobierno federal se convirtió, incluso en Estados Unidos, en la institución clave encargada de reestructurar las relaciones sociales y surgió otro problema crucial: el que concernía al mayor o menor papel que debía desempeñar el Estado en los asuntos económicos. A diferencia de lo que había sucedido en la era agrícola, durante la cual pocas instituciones estata-

les se ocupaban de organizar y facilitar la existencia diaria del hombre, la era industrial allanó el camino para la intervención del Estado y estimuló el clamor de quienes reclamaban que el gobierno impusiera la justicia social. La dirección centralizada del Estado parecía ser la única alternativa al caos y la única respuesta a la injusticia social.

Nuestra era marcha hacia un nuevo sistema, que borra las diferencias entre los organismos públicos y privados y alienta una mayor participación conjunta en los unos y los otros de sus empleados y sus miembros. En Europa la cogestión implica no sólo la participación en las ganancias sino también, cada vez más, la intervención en la toma de decisiones. Es evidente que también en Estados Unidos aumentan las presiones encaminadas a adoptar una política análoga. Al mismo tiempo, es probable que, a medida que se ensanche la perspectiva social de la comunidad empresaria norteamericana, aumente el interés de los ejecutivos por los problemas sociales y que ello produzca la confluencia de la actividad privada y pública en los planos local y nacional. A su vez, esto podría contribuir a la mejor aplicación social de las nuevas técnicas gerenciales que, a diferencia de los procedimientos burocráticos del gobierno, son probadamente eficientes y sensibles a los estímulos externos.⁷

Es posible que este pluralismo participatorio sea razonablemente útil para subordinar la ciencia y la tecnología a fines sociales. Antaño, algunos interpretaron la aparición de la máquina como el despuntar de la utopía; otros la interpretaron como el comienzo de la desgracia. Igualmente, hoy algunos conservadores modernos piensan que la tecnología marca el comienzo de una nueva era feliz porque promete liberar al hombre de muchos problemas sociales, en tanto que a juicio de la Nueva Izquierda la tecnocracia reemplaza a la propiedad

como símbolo de la perversidad social.⁸ Sin embargo, el problema capital sigue girando en torno de los fines para los que se aplican la ciencia y la tecnología y una sociedad donde la coordinación efectiva se combina con la descentralización tiene más posibilidades de hacer cristalizar las discusiones y reflexiones necesarias. En esas condiciones se puede movilizar la idoneidad científica con fines sociales sin conceder a los científicos un papel político predominante en razón de las credenciales que acreditan su título.⁹ El pluralismo participatorio no asegurará automáticamente la sabiduría política ni la responsabilidad social, pero podrá contribuir a la creación de una sociedad más afín a ambas.

El pronóstico de los efectos sociales de la innovación técnica suministra un buen ejemplo de las formas necesarias que debe asumir la cooperación interinstitucional. Entre las necesidades más urgentes de la nación se cuenta la de crear una multitud de mecanismos encargados de vincular entre sí al gobierno nacional y a los gobiernos locales, a las academias y a la comunidad empresaria (en este contexto el ejemplo de la NASA puede ser particularmente reconfortante) con el fin de que evalúen conjuntamente no sólo los efectos materiales de las nuevas tecnologías sino también sus consecuencias culturales y psicológicas. Una serie de consejos nacionales y locales —que no estarían circunscriptos a los científicos sino que estarían compuestos por diversos grupos sociales, incluido el clero— podrían satisfacer esta necesidad y enfrentar la nueva gama de respuestas sociales al cambio.¹⁰

La tendencia a la eliminación gradual de las distinciones netas entre las esferas política y social y entre las instituciones públicas y privadas, no facilitará la clasificación en liberales, conservadores o socialistas —términos todos estos que provienen

de otro contexto histórico— pero implicará un paso importante hacia la democracia participatoria que algunos miembros de la Nueva Izquierda postularon a fines de los años 1960. Irónicamente, es probable que esta democracia participatoria se materialice mediante una simbiosis progresiva entre las instituciones de la sociedad y el gobierno y no mediante los remedios que propugna la Nueva Izquierda: la expropiación económica y la revolución política, dos panaceas netamente anacrónicas de la era industrial pasada.

Es posible que aquellos sectores de la sociedad norteamericana que se han alienado totalmente de ella piensen que la aparición evolutiva del pluralismo participatorio no implica una solución suficiente y que quienes tienen intereses creados en el statu quo la interpreten como un cambio excesivo. Pero las pautas múltiples de compromiso social podrán suministrarles, a los muchos norteamericanos que aceptan el concepto de cambio gradual y que valoran el orden formal, la válvula de escape creativa que anhelan, dentro de una sociedad cada vez más compleja y encaminada hacia la especialización. Incluso es posible que, dentro de este encuadre, los partidos políticos, tales como se los conoce tradicionalmente en Estados Unidos, sigan decayendo. En su lugar, los intereses organizados locales, regionales, urbanos, profesionales y de otro tipo, se convertirán en el pivote de la acción política y se formarán coaliciones nacionales cambiantes sobre una base ad hoc, en torno de problemas específicos de trascendencia nacional.¹¹

Es probable que en el futuro inmediato la táctica de la protesta callejera domine las dimensiones ostensibles de la vida política norteamericana. El progreso gradual hacia una nueva democracia cada vez más asentada sobre el pluralismo participatorio en muchas áreas de la vida es menos visible y en

verdad, a veces está totalmente eclipsado por la retórica prevaleciente acerca de la "sociedad represiva". Siempre que las crisis de corto alcance no aparten a Estados Unidos de la tarea de replantear la sustancia de su tradición democrática, la transición actual y sus tumultos profundizarán y ensancharán, a largo plazo, los alcances del proceso democrático norteamericano.

El cambio en la formación cultural

El desarrollo evolutivo de la democracia norteamericana deberá estar acompañado por cambios en los procesos de formación y configuración del contenido de su cultura nacional. Lo más probable es que la reforma cultural se produzca, como el cambio político, por evolución —alentada, en parte, premeditadamente, y estimulada, en parte, por el cambio social general— y no como consecuencia de la ingeniería programática. Es posible que la opción deliberada y consciente sea más importante en este contexto que en el de la transformación de los complejos organismos institucionales, porque en la sociedad moderna el sistema educacional y los medios masivos se han convertido en el principal instrumento para definir la sustancia de una cultura nacional. Esto vale sobre todo para la sociedad norteamericana, que ha preferido esas fuentes alternativas de cultura que son las iglesias y las costumbres tradicionales.

El sistema educacional tiene una mayor responsabilidad social en relación con los norteamericanos negros. En este caso existen dos necesidades simultáneas: robustecer la dignidad del ciudadano negro y aumentar sus oportunidades para el futuro. Ocasionalmente, estas dos necesidades han chocado entre sí, pero quizás el remedio a corto plazo consis-

tirá en combinar la búsqueda de una identidad propia, a la que se ha lanzado el norteamericano negro (mediante expedientes institucionales como cursos y pensionados autónomos), con una capacitación compensatoria masiva y científicamente controlada. El problema de hoy, y quizá de las décadas próximas, consiste en ayudar al negro a saltar la etapa industrial tardía del desarrollo norteamericano y para lograrlo habrá que combinar la comprensión de sus necesidades psicológicas con la admisión de que deberá realizar un esfuerzo intelectual disciplinado y encauzado. Será difícil ensamblar los dos elementos, pero es en esta área donde se configurará el progreso o el desastre eventual de las relaciones raciales en Estados Unidos.

Sólo se evitará la catástrofe racial si el grueso de la sociedad define más claramente los valores a los que aspira, si está dispuesta a crear un marco sensible para promoverlos y si tiene voluntad para insistir en el respeto por los procedimientos ordenados. Nada podría ser más destructivo que el pasar radicalmente de la aprobación —permisiva y motivada por los sentimientos de culpa— de cualquier exigencia que formulen los extremistas negros (lo cual sólo servirá para estimular la escalada del extremismo) a la pasividad insensible o al rechazo de los reclamos de los negros que pretenden participar equitativamente en la sociedad norteamericana. El factor crucial es el esfuerzo educacional masivo, pero para que éste dé resultados positivos es imprescindible asociarlo con el empuje de largo alcance que generan las necesidades de desarrollo de la sociedad norteamericana.

La difusión sin precedentes de la educación masiva en Estados Unidos, nos induce a preguntarnos, en términos más generales, si la ampliación mecánica del ciclo de enseñanza bastará para satisfacer las necesidades psicológicas y técnicas de la nueva

sociedad. La envergadura social y la duración de la actual educación de masas difieren del énfasis que se puso durante la primera etapa de la era industrial en una alfabetización masiva mínima para los varones (y del modelo medieval aun más elitista de educación muy limitada para una pequeña minoría). Los programas contemporáneos se fijan la meta de educar a un alto porcentaje de personas de ambos sexos y estipulan ciclos de enseñanza que duran entre diez y casi veinte años (en el caso de las especializaciones más avanzadas). En Estados Unidos, la enseñanza superior tiene por escenario un marco organizativo e incluso social relativamente autárquico, que crea condiciones propicias para un semiaislamiento prolongado respecto de los problemas de la realidad social. Como consecuencia, ha tendido a producirse, tanto en términos organizativos como de contenido, un divorcio entre la educación y la existencia social, divorcio del cual derivan las manifestaciones emocionales y psíquicas ya citadas de frustración e inmadurez estudiantil.

Si la educación se prolongara *intermitentemente* a lo largo de toda la vida del ciudadano, la sociedad estaría mucho más próxima a solucionar este problema. Se podría abreviar la duración de la etapa autárquica y relativamente aislada de la educación inicial. Tomando en cuenta el hecho de que actualmente la maduración física y sexual de los jóvenes se produce más temprano que antes, la educación se podría desarrollar en un encuadre de trabajo y estudio y se complementaría con una capacitación periódica adicional durante la mayor parte de la vida activa.

Hay razones para aconsejar que la educación inicial (que podría completarse en el hogar mediante dispositivos electrónicos) concluya alrededor de los dieciocho años. A este período inicial lo seguirían dos años de servicios en una tarea de interés so-

cial.¹² luego la participación activa en una tarea profesional junto con la capacitación avanzada y sistemática dentro de esta especialidad y finalmente ciclos regulares de uno y eventualmente dos años de estudio para ampliar e "integrar" los conocimientos. Estos ciclos se ubicarían en el comienzo de cada década de vida del individuo, más o menos hasta llegar a los sesenta años.¹³ Por ejemplo, la capacitación médica o jurídica empezaría después de sólo dos años de estudio en la facultad. Así se acortaría el lapso necesario para completar esa capacitación y quizá se conseguiría atraer un mayor número de aspirantes a ejercer estas profesiones. La sistemática actualización —y expansión— de conocimientos, impuesta formalmente, estaría asegurada a intervalos regulares durante la mayor parte de la carrera profesional.

La combinación de la especialización inicial con una ampliación posterior de los horizontes filosóficos y científicos contrarrestaría en parte la tendencia actual, que aún la especialización con el aumento del prestigio profesional. Lo cual promueve, a su vez, el estrechamiento de la perspectiva general. Esta tendencia podría invertirse gradualmente dentro de un encuadre en el que a la especialización propia de la edad en que el individuo tiene mayor capacidad de absorción, le seguiría la integración propia de la edad en que ha alcanzado la mayor madurez personal. Este enfoque alentaría la aparición gradual de una élite integradora, modernizadora, que manifestaría mayor interés por los valores humanos que subyacen en la sociedad, en una era en que la gran especialización científica conlleva el peligro de la fragmentación intelectual.¹⁴

El sistema formal de enseñanza ha tardado bastante en explotar las nuevas posibilidades de impartir educación complementaria en el hogar me-

diante el uso de consolas de televisión y otros dispositivos electrónicos. También ha desconfiado de la creciente propensión de las organizaciones no gubernamentales a elaborar sus propios programas de aprendizaje y capacitación. Sin embargo, las comunidades negra y empresaria intervienen más activamente en el proceso educacional, cada una a su manera, por razones tanto psicológicas como profesionales.¹⁵ La mayor diversidad que se observa en la capacitación educacional reforzará el pluralismo de la comunidad nacional y es posible que la mayor intervención de las empresas en la educación favorezca la adaptación más rápida al proceso de enseñanza de las técnicas y los conocimientos científicos más modernos. La comunidad empresaria norteamericana y, en menor medida, el gobierno, ya han abordado ambiciosos programas de "reequipamiento" y actualización gerencial, aproximándose así a la pauta de educación intermitente.

La modificación de los sistemas y la filosofía educacionales también deberá estar acompañada por cambios simultáneos en los procesos nacionales de mayor envergadura mediante los cuales se generan y difunden los valores. Visto el papel que desempeña Estados Unidos como difusor mundial de nuevos valores y técnicas, ésta es una obligación no sólo nacional sino también global. Sin embargo ningún otro país ha permitido tanto como Estados Unidos que su cultura de masas, sus gustos, sus pasatiempos cotidianos y, sobre todo, la educación indirecta de sus niños, estén exclusivamente en manos de la empresa privada y la publicidad, ni ha permitido que quien define las pautas estéticas y el contenido intelectual de la cultura sea, principalmente, un pequeño grupo de empresarios radicados en un centro metropolitano. La televisión norteamericana, en la cual un grupo relativamente reducido ejerce el monopolio de la cultura, demuestra

que el sistema de comunicaciones es insensible a los gustos y los valores filosóficos de una buena parte del país.¹⁶

El desagrado creciente con que reacciona el público frente a esta situación indica que quizá también deberá producirse algún cambio en este campo. Es probable que los intereses predominantes se opongan vehementemente a la descentralización y la dispersión geográfica de la industria de la televisión en un mayor número de unidades, a la orden de separar la transmisión de la producción de programas y a la ampliación de la programación educativa. Si debemos guiarnos por la experiencia pasada, el cambio se producirá por cansancio y mediante reformas parciales y no será el producto de un reajuste general. Es posible que, también en este contexto, los progresos científicos y tecnológicos se conviertan en los pioneros del cambio constructivo: quizás allanen el terreno (mediante *video tapes* domésticos, lentes controlados desde el hogar, programaciones en circuito cerrado) para una mayor diversidad que la que actualmente es viable, así como para que un mayor número de instituciones y organizaciones exploten en gran escala los medios audiovisuales. La televisión podría dejar de restringir los horizontes intelectuales, para convertirse en una fuente diversificada y fecundante que contribuya al desarrollo general de la cultura.

La creciente rebelión femenina, acelerada por la educación y las nuevas costumbres sexuales, también podría estimular el cambio cultural de nuestra sociedad. Probablemente no pasará más de una generación antes de que se produzca el ingreso masivo de las mujeres en las profesiones, los cargos ejecutivos y la política, y ya hay abundantes testimonios de que se sienten cada vez más irritadas por las desigualdades que las colocan actualmente en

inferioridad de condiciones. Esta mayor reivindicación de la personalidad femenina podría trasladarse al frente cultural de la sociedad norteamericana, reforzando un poco el interés social general por el crecimiento y las pautas culturales.

Humanismo racional

Ahora, el empuje tecnológico y la riqueza económica de Estados Unidos permiten expandir el sentido del concepto de libertad e igualdad, pasando de lo formal y exterior a las órbitas personal e interior de la existencia social del hombre. Al subrayar más deliberadamente estos aspectos cualitativos de la vida, Estados Unidos podría eludir la amenaza de despersonalización inherente a la mecanización autogeneradora pero filosóficamente neutra del ambiente y podría construir un marco social para la síntesis de las dimensiones exterior e interior del hombre.

Esta síntesis podría ser, eventualmente, el producto del violento conflicto entre el personalismo irracional de los "humanistas" y la racionalidad impersonal de los "modernizadores". El primer grupo, del que emana buena parte de la retórica de la comunidad literaria, los activistas estudiantiles y los liberales doctrinarios, comparte la tradición de escepticismo y descreimiento que tanto contribuyó a terminar con la hegemonía religiosa y filosófica del país preindustrial sobre los valores del país industrial y procura reforzar esta tradición con un nuevo énfasis en la emoción y el sentimiento. Dados su estilo dadaísta y su postura histórica de inspiración ludista es improbable que este sector conserve su vitalidad durante mucho tiempo. Ciertamente la transformación potencial de la Nueva Izquierda en Izquierda Violenta no lo hará más atractivo para

el público norteamericano. El segundo grupo, que está formado típicamente por los nuevos ejecutivos empresarios, el *establishment* gubernamental-comercial y los “hombres-organización” científicos, procura combinar el interés egoísta con un énfasis frío en la innovación racionalista. Puesto que no es capaz de suministrar una justificación emocional o filosófica satisfactoria para el uno o la otra, aleja a los jóvenes más idealistas.¹⁷

El choque entre estas dos orientaciones es destructivo y encierra una amenaza para la democracia liberal norteamericana. Fragmenta los vestigios de consenso heredados de la era industrial y polariza a la opinión pública pensante. Sin embargo, también promete una nueva perspectiva que se acomoda mejor a las necesidades de la sociedad norteamericana naciente, puesto que trasciende el marco cada vez menos válido que aprisiona todavía la cosmovisión del hombre moderno. Esta nueva perspectiva abarca la creciente certeza de que es imposible frenar la proclividad del hombre a la innovación científica y de que mientras funcione el cerebro del hombre ésta será una de sus expresiones. Pero también conlleva una mayor conciencia de que mientras el hombre se siga viendo a sí mismo como un ser específico, el idealismo será la forma capital de expresar su espíritu. La necesidad imperiosa de contar con la innovación y el idealismo estimula, pues, un enfoque humano racionalista que reemplaza gradualmente tanto al escepticismo liberal de algunos humanistas como a la indiferencia social conservadora de algunos modernizadores.

El humanismo racional se manifiesta en diversas formas: en primer término, se encarna en una nueva conciencia internacional que impulsa a muchos norteamericanos a trascender las preocupaciones puramente nacionalistas para consagrarse por ente-

ro a los problemas globales del desarrollo y la alimentación del hombre y que despierta en los jóvenes norteamericanos un interés constructivo por los problemas ecológicos; en segundo término, se encarna en una creciente tendencia a interpretar los problemas internacionales —no obstante la perduración de un anticomunismo profundamente arraigado— como casos humanos y no como enfrentamientos políticos entre el bien y el mal y, en tercer término, se encarna en un fuerte idealismo público que está despojado del deseo utópico, impaciente y a menudo intolerante de resolver inmediatamente todas las cuestiones de primera magnitud. Además, se manifiesta también en el hecho de que los norteamericanos no tratan de eludir los problemas de la ciencia, sino que procuran compensar su entusiasmo por la ciencia y su tendencia a verla como una herramienta idónea para abordar los problemas humanos, con una preocupación más intensa por las cualidades personales de la vida y con la búsqueda de definiciones de la naturaleza humana más filosóficas y ecuménicas, desde el punto de vista religioso. Esto hace pensar en la posibilidad de que se produzca un renacimiento de la religiosidad en un plano más personal, no institucional. Por fin, el naciente humanismo racional es históricamente contingente en el sentido de que no encierra, como lo hacía la ideología del siglo XIX, conceptos de organización social universalmente válidos sino que subraya la diversidad cultural y económica en escala mundial. Por este motivo, es probable que el humanismo racional tenga más validez histórica que las respuestas anteriores a los dilemas sociales. A diferencia de lo que sucedía en la era industrial, cuando la complejidad y la discontinuidad histórica generaban vuelos ideológicos de la mente hacia el atavismo o hacia utopías futuristas, en la era tecnocrática la mayor

disponibilidad de medios permite enunciar fines más viables y esto crea las condiciones adecuadas para una relación menos doctrinaria y más eficaz entre "lo que es" y "lo que debería ser".

Las grandes revoluciones de los siglos xix y xx buscaron la igualdad y la libertad, pero aun en ausencia de los conflictos raciales se descubrió que las dos eran difíciles de conciliar en una época en la que las instituciones tradicionales de una era religiosa, aristocrática y agrícola chocaban con los efectos del racionalismo escéptico, la democracia legalista, la conciencia social naciente y las necesidades de una sociedad urbano-industrial que se estaba desarrollando. En Estados Unidos, la asociación de la libertad con la igualdad fue particularmente perturbada por valores religiosos dogmáticos muy arraigados, valores que se consolidaron al ensancharse el abismo que separaba a la comunidad blanca, en plena etapa de progreso, de la comunidad negra, artificialmente estancada. La desigualdad se convirtió en una profecía que lleva implícitas las condiciones para su propia materialización y en una necesidad económica para el desarrollo económico del Norte.

El potencial positivo de la tercera revolución norteamericana consiste en que promete articular la libertad con la igualdad. El eslabonamiento es un proceso y no se puede concretar súbitamente. En verdad, es lícito prever que durante las próximas décadas se producirán retrocesos e incluso repuntes de las tensiones. Sin embargo, el humanismo racional naciente, aunque velado a menudo por polémicas apasionadas, forma parte de la "revolución cultural" que ha estado viviendo Estados Unidos, una revolución cultural más perdurable y profunda que aquella que dio origen a la expresión. La actual revolución cultural, asociada con la reforma política, podrá ensanchar gradualmente los al-

cances de la libertad individual al aumentar el sentimiento de realización de una cantidad sin precedentes de ciudadanos y podrá otorgar más sentido a la igualdad al hacer que el conocimiento sea la base del igualitarismo social y racial. Podrá crear las premisas para una sociedad socialmente creativa e individualmente gratificante que deberá desempeñar, es inevitable, un papel constructivo en el mundo.

NOTAS

¹ La inquietud no se circunscribe a los intelectuales sino que abarca también a los hombres de negocios. Por ejemplo, en marzo de 1969 la revista *Fortune* divulgó un plan para remediar la situación de "una nación de segunda categoría con una civilización construida sólo a medias", plan que contenía un programa de rehabilitación en gran escala.

Véase también el estudio más extenso de Leonard A. Lecht: *Goals, Priorities and Dollars: The Next Decade*. Nueva York, 1966, que contiene un plan muy detallado para asignar el PBN a varias tareas de renovación nacional, con especial énfasis en la estructura científico-tecnológica y ecológica de la sociedad.

² Para datos comparativos, véase *Toward a Social Report*, págs. 81-82.

³ Ahora se admite con más sinceridad que Estados Unidos tiene mucho que aprender de Europa occidental en materia de planificación urbana, organización regional, desarrollo de nuevas ciudades e innovaciones sociales y jurídicas.

⁴ Por ejemplo, 1976 podría ser una fecha tope para un esfuerzo masivo encaminado a terminar con la pobreza tal como se la define actualmente, o para colocar la educación de los negros a la altura del promedio nacional; 1989 podría serlo para los objetivos ecológicos.

⁵ Una reforma constitucional sencilla, pero confesadamente inalcanzable, sería muy útil para convertir al Congreso en una institución más sensible a la evolución social: se trata de la promulgación de un equivalente de la Vigésimosegunda Enmienda que limita la duración del mandato presidencial, en este caso para el mandato legislativo.

⁶ Estas técnicas también se podrían emplear para mejorar los procedimientos electorales y para facilitar las consultas entre el público y sus representantes. La maquinaria

electoral norteamericana no está a la altura, en lo que concierne al empadronamiento y la emisión de sufragios, de las innovaciones hechas en el campo de las comunicaciones y la computación electrónica. Las reformas en virtud de las cuales los representantes de la ciudadanía podrían consultar rápidamente a sus electores (por ejemplo, mediante consolas electrónicas para el voto domiciliario), y en virtud de las cuales estos electores podrían expresar fácilmente sus opiniones, son técnicamente viables, y es posible que se implanten en razón de que el público está cada vez más descontento con la maquinaria actual. La consulta más activa, que no debería realizarse necesariamente sólo en el plano nacional o en el contexto de las instituciones políticas, aumentaría la sensibilidad del sistema social y político norteamericano.

⁷ Esto resulta particularmente irónico porque el gobierno ha patrocinado la transferencia de muchas innovaciones tecnológicas del campo de la defensa al de la industria privada. Véase R. Lester y G. Howick: *Assessing Technology Transfer*, NASA, Washington, D.C., 1966, sobre todo págs. 42, 48, 76 y 79. Al mismo tiempo, los procedimientos burocráticos *internos* de muchos organismos oficiales marchan a la zaga de la innovación tecnológica cuando se los compara con los de los grandes bancos o corporaciones. La rigidez burocrática parece ser fruto de la magnitud y la jerarquía. Un estudio realizado por 16 investigadores administrativos de primera línea reveló, en la primavera de 1967, que las compañías pequeñas e independientes han introducido muchas más innovaciones tecnológicas que las empresas más grandes. Véase Peter Drucker: *The Age of Discontinuity*. Nueva York, 1969, pág. 62.

⁸ Se encontrarán ecos de esta doctrina en John McDermott: "Intellectuals and Technology", en *The New York Review of Books*, 31 de julio de 1969; y más aún en Theodore Roszak: *The Making of a Counter-Culture*. Nueva York, 1969.

⁹ Respecto del complejo problema que concierne al papel que desempeñan los científicos en la determinación de los lineamientos políticos, son muy pertinentes los comentarios de Don K. Price en *The Scientific Estate*, Cambridge, Massachusetts, 1965, y de Sanford A. Lakoff y J. Stefan Dupre en *Science and the Nation: Policy and Politics*. Englewood Cliffs, New Jersey, 1962.

No hay motivos para pensar que la competencia científica permite emitir juicios válidos sobre todos los campos de la existencia social o la política pública. En verdad, las observaciones de un pensador social francés acerca del peligro implícito en el hecho de prestar demasiada atención

a las opiniones no científicas de los científicos, aunque exageradas, tienen algún fundamento:

"Debemos llegar necesariamente a la conclusión de que nuestros científicos son incapaces de enunciar algo más que perogrulladas huecas cuando se apartan de sus especialidades. Esto nos trae a la memoria las mediocridades que apiló Einstein al disertar sobre Dios, el Estado, la paz y el sentido de la vida. Es obvio que Einstein, genio colosal de la matemática, no era un Pascal. No sabía nada sobre la realidad humana o política y, en verdad, no sabía nada sobre temas ajenos a la órbita matemática. La trivialidad de las opiniones de Einstein sobre cuestiones ajenas a su especialidad es tan notable como el genio que desplegaba en ésta. Parecería que cuando un individuo consagra específicamente todas sus facultades a un área particular ya no puede evaluar los problemas generales. Ni siquiera J. Robert Oppenheimer, que parece sensible a la cultura general, está a salvo de este juicio. Por ejemplo, sus declaraciones políticas y sociales apenas trascienden el nivel de las del hombre de la calle. Y las opiniones de científicos que cita *L'Express* ni siquiera están a la altura de las de Einstein u Oppenheimer. En verdad, sus grandilocuencias no se elevan por encima del nivel medio. Son generalidades vagas heredadas del siglo XIX, y la comprobación de que marcan el límite extremo del pensamiento de nuestras personalidades científicas debe tomarse como un síntoma de desarrollo incompleto o de bloqueo mental. Asusta, sobre todo, el abismo que existe entre el inmenso poder del que disfrutaban y su capacidad crítica, que debe estimarse como nula." Véase Ellul, *op. cit.*, pág. 435. Para algunas analogías sugerentes, véase R. Todd: "George Wald: The Man, the Speech", *The New York Times Magazine*, 17 de agosto de 1967.

¹⁰ Esto trascendería las funciones que se le fijaron a la Comisión Nacional sobre Tecnología, Automatización y Progreso Económico, autorizada por el Congreso en 1964, y también abarcaría los problemas de los que se ocupa, por ejemplo, la Sociedad Británica para la Responsabilidad Social en la Ciencia.

Un editorial que se publicó en *Science* el 1º de agosto de 1969, sobre "The Control of Technology", incurre en un error cuando da a entender que los únicos que deben ocuparse de esta cuestión son los científicos. También deben participar los especialistas en ciencias sociales, el clero y los humanistas, y se le podría dar intervención a la Comisión Especial sobre las Ciencias Sociales, creada en 1968 por la Junta Nacional de la Ciencia.

¹¹ Es más probable que estas coaliciones se formen en función de las actitudes filosóficas básicas respecto de los problemas de la vida moderna, y no de las divisiones tradicionales entre republicanos y demócratas o, como ha sucedido más recientemente, entre conservadores y liberales. En términos muy simplificados, los humanistas e idealistas de un bando podrían arremeter contra los pragmáticos y modernizadores del otro.

¹² Esta causa podría encararse tanto en el plano nacional como en el internacional, tanto en el público como en el privado. El no circunscribir este servicio a las causas nacionales estaría en consonancia con el idealismo humanitario de los jóvenes. Una forma correcta de abordar la cuestión consistiría en compilar una lista de actividades humanitarias aceptables, y los trabajos realizados en relación con ellas se computarían como equivalentes al servicio militar.

¹³ Así la universidad combinaría la ciencia con la filosofía pero ya no se parecería a una "cantina intelectual" de esas en las que se dictan cursos que abarcan desde la educación física hasta la literatura clásica, desde los temas "negros" hasta las últimas ciencias especializadas. En efecto, las funciones de la facultad *junior* y de la universidad estarían separadas en el tiempo y el espacio, probablemente en beneficio de ambas instituciones. Esto permitiría preocuparse por los grandes problemas sociales y evitar que la enseñanza superior se convierta en un proceso aristocrático. Al mismo tiempo, disiparía algunos de los peligros inherentes a la ilusión de que para crear una ciudadanía culta basta con hacer pasar a un montón de gente por la rutina educacional.

Además, los títulos universitarios tradicionales, como el de "doctor en filosofía", implican un proceso educacional terminal y reflejan la situación propia de una etapa más primitiva de la historia social. Puesto que el estudio se convertirá en un proceso continuo, vitalicio, los títulos se trasformarán en un anacronismo y habrá que modificar drásticamente su clasificación para marcar con más precisión las diversas etapas del conocimiento especializado y general.

¹⁴ "Una de las paradojas del futuro consiste en que mientras un número cada vez mayor de decisiones gerenciales se manejarán mediante el procesamiento de datos, apuntalado por redes de comunicación claras y veloces, la dirección y coordinación inteligente de los sistemas en gran escala de las organizaciones caracterizadas por la descentralización operativa, concederá una importancia aún mayor que la que se le concede actualmente al gerente ge-

neral sensato, ingenioso y con mucha experiencia. En síntesis, el postulado de que la descentralización eficaz se puede producir donde la centralización organizativa es eficaz, tendrá cada vez más aceptación, no como paradoja sino como realidad lógica." Véase *The United States and the World in the 1985 Era*, pág. 44.

¹⁵ Por ejemplo, la Olin Corporation hizo notar en un aviso que "la ignorancia no encierra potencial de crecimiento", e inauguró programas de alfabetización y enseñanza secundaria en tres de sus plantas. Otras corporaciones cuentan con programas análogos de capacitación.

¹⁶ "... la teledifusión le ha impuesto a la sociedad norteamericana lo que, en el supremo sentido cívico, puede ser una contradicción fatal. La extensión de las comunicaciones debería ser una extensión de la democracia. Sin embargo, al mismo tiempo que la base de participación de la democracia se ha ensanchado, la propiedad y el control de los medios de comunicación se ha acortado.

"Podría decirse, en verdad, que los programas de televisión, lejos de ser la expresión del deseo mayoritario, como dicen las redes, son lo que una minoría social le impone a la mayoría. La minoría está compuesta por los cincuenta principales avisadores, las tres redes de televisión y más o menos una docena de agencias de publicidad." Véase Alexander Kendrick: *Prime Time: The Life of Edwards R. Murrow*. Boston, 1969, págs. 12-13.

¹⁷ La psicología moderna toma cada vez más conciencia de que las cualidades no concretas, abstractas de la vida, tales como la bondad, la belleza estética y la moral, son cada vez más importantes para satisfacer los anhelos individuales en la sociedad moderna. Véanse, por ejemplo, de Abraham Maslow: *Motivation and Personality*, Nueva York, 1954. [Hay versión castellana: *Motivación y personalidad*. Barcelona, Sagitario, 1963] y *Toward a Psychology of Being*. Princeton, 1962. Sin embargo, la búsqueda de estas satisfacciones más abstractas y emocionales asume a menudo formas ridículas. Al finalizar 1960, Estados Unidos asistió a la proliferación de institutos y seminarios en los cuales los hombres de negocios y otras personas intervienen en sesiones especiales de "sensibilización", se someten al "condicionamiento mediante ondas cerebrales", realizan ejercicios yogas y largas meditaciones, y así sucesivamente. Estas modas reflejan la fractura de los encuadres de creencia más vastos e integradores, como lo hicimos notar en la segunda parte.

XVII

PERSPECTIVAS INTERNACIONALES

Es inevitable que se produzcan tensiones a medida que el hombre lucha por insertar lo nuevo en el marco de lo viejo. Durante un tiempo el marco consagrado acomoda elásticamente lo nuevo, adaptándolo a una forma más familiar. Pero hay un momento en que el viejo marco se sobrecarga. El nuevo material ya no se puede reducir a formas tradicionales y eventualmente se impone con fuerza inapelable. Ahora, resulta obvio que el viejo marco de la política internacional —con sus esferas de influencia, sus alianzas militares entre naciones-estados, su ficción de soberanía, sus conflictos doctrinarios emanados de crisis decimonónicas— ya no es compatible con la realidad.

En verdad, llama la atención comprobar con cuánta rapidez se han modificado, durante las dos últimas décadas, los estados de ánimo dominantes. La década de 1950 marcó la era de la certidumbre. Los dos bandos —el comunista y el occidental— se enfrentaban en un encuadre que lanzaba una convicción contra otra. Los maniqueos stalinistas chocaban con los misioneros de Dulles. Este estado de ánimo dejó paso, rápidamente, a otro y Jruschov y Kennedy fueron los puentes por los que el mundo transitó hacia una era de confusión. Las discrepan-

cias internas del mundo comunista generaron una crisis ideológica, en tanto que Occidente empezaba a cuestionar sus propios valores y su probidad. Los cínicos comunistas se enfrentaron con los escépticos liberales.

Hay indicios de que en la década de 1970 predominará la creciente conciencia de que ha llegado la hora de realizar un esfuerzo común, encaminado a configurar un nuevo marco para la política internacional, un marco que sea un canal eficaz para encauzar las tareas conjuntas. Sin embargo hay que admitir que no habrá una auténtica cooperación global mientras no exista mayor consenso acerca de las prioridades y los objetivos. ¿Deberá incrementarse el bienestar material del hombre y su desarrollo intelectual? ¿La respuesta es el crecimiento económico o el punto de partida debe ser un esfuerzo educacional masivo en escala internacional? ¿La salud debe ser prioritaria? ¿Qué relación existe entre el bienestar personal y el producto bruto nacional, quizá menos importante pero más fácil de medir? ¿Existe una relación necesaria entre el progreso científico y la felicidad personal?

Ya estamos todos de acuerdo en que es aconsejable reducir los presupuestos de guerra y organizar una fuerza internacional de paz. También existe mayor conciencia de la agresividad innata del hombre y de la necesidad de controlarla.¹ Las armas de destrucción total determinan que los efectos de la conflagración sean incalculables y por tanto reducen las posibilidades de que estalle una guerra de gran envergadura. También en este contexto la nueva conciencia global obliga a abandonar la pre-ocupación por la supremacía nacional y a acentuar la interdependencia de los países. En Estados Unidos, esta creciente conciencia internacional ha asumido, a veces, la forma de una mayor sensibilidad a la influencia del "complejo militar-industrial"²

y ha obstruido eficazmente el desarrollo ilimitado del armamento biológico-químico y su empleo en el campo de batalla. También ha estimulado las presiones encaminadas a rever las necesidades de la defensa y en otros países avanzados, sobre todo Japón y las naciones de Europa occidental, ha fomentado la creación de poderosos movimientos pacifistas.

Sin embargo, de la evaluación realista se infiere que en el futuro próximo no se concertará un acuerdo de seguridad global. Lo más que se puede esperar y buscar eficazmente es la ampliación de los tratados sobre control de armamentos, algunas restricciones unilaterales en los gastos de guerra y una cierta expansión de las fuerzas de paz de las Naciones Unidas. Los conflictos entre naciones son todavía muy reales, sigue habiendo discrepancias radicales en las interpretaciones del cambio mundial y las aspiraciones nacionales siguen siendo divergentes. Además, a diferencia de lo que sucede en Japón, Europa occidental y Estados Unidos, en la Unión Soviética y China no hay discusiones públicas en torno del armamentismo y los gastos de guerra. La discreción y la censura silencian las opiniones que difieren de la posición oficial y por tanto reducen la influencia que la creciente conciencia global puede ejercer sobre las alternativas políticas entre las que pueden optar los líderes de estos estados.

El cuadro es un poco más ambiguo en los campos del desarrollo económico y educacional-científico. Actualmente todos los grandes países aceptan el principio de que deben ayudar a los menos desarrollados. Esta es una nueva posición moral y un componente importante de la nueva conciencia global. Aunque las naciones todavía hacen valer su soberanía cuando fijan la escala de la ayuda que conceden (la mayoría cede menos del uno por

ciento de su PBN), en la práctica han creado un precedente que las compromete: la entrega de ayuda es un imperativo. Es probable que en los años próximos, aunque perduren los conflictos entre los estados, la ayuda económica se preste en mayor escala y sirva cada vez menos como vehículo de influencia política. Sin embargo, al mismo tiempo parece improbable que, a menos que se produzca una crisis de extraordinaria magnitud, esta ayuda alcance la envergadura suficiente como para contrarrestar las perspectivas amenazadoras que analizamos en la primera parte.

En cierto sentido, los adelantos tecnológico-científicos auguran mejores perspectivas para la rápida difusión global de los programas educacionales y de las nuevas técnicas. La televisión vía satélite ya permite difundir programas regionales de enseñanza (por ejemplo, en América Central) y se ha progresado un poco en la creación de institutos tecnológicos regionales (que podrían reducir eventualmente el drenaje de cerebros, que se origina, en parte, en la tentación que despiertan las becas en países más avanzados). El Comité de Ayuda para el Desarrollo de la OCDE encierra el potencial necesario para encarar sistemáticamente la satisfacción de las necesidades educacionales de los países menos desarrollados y, a diferencia de la UNESCO, no está sujeto a las presiones políticas de éstos.³ Este enfoque sería coherente con la aparición de una comunidad de naciones avanzadas más dispuestas a cooperar y capaces de adoptar una estrategia de desarrollo común. La difusión del inglés como lengua científica mundial acelera la formación de una familia científica global, cada vez más dinámica e intercambiable.

Sin embargo, en muchos países este progreso podría ser viciado por la incapacidad social para digerir y absorber el potencial positivo inherente al

crecimiento educacional y científico. Incluso es posible que la insuficiencia de sus recursos económicos, que sólo aumentan de modo marginal merced a una ayuda extranjera que se puede prever en condiciones razonables, haga abortar algunos cambios positivos, genere conflictos costosos en lugar de estimular el progreso social y produzca una parálisis política en lugar de una innovación institucional. En verdad, nuestro conocimiento todavía limitado de los factores que impulsan el desarrollo social y del papel que desempeñan en este desarrollo la religión, la cultura y la psicología, nos impide formular una estrategia eficaz para diseminar el conocimiento técnico y para aplicar la ayuda material.⁴

En este encuadre, que combina rudimentos de orden y elementos de caos, es probable que se materialicen dos perspectivas generales, ambas con una pertinencia inmediata para la política exterior norteamericana: por un lado, no es muy factible que una ola revolucionaria común barra a todo el Tercer Mundo, aunque es obvio que éste continuará experimentando cambios turbulentos; por otro lado, en el futuro previsible la Unión Soviética seguirá contando con una gran fuerza exterior, por lo que continuará siendo la rival mundial de Estados Unidos, pero su debilidad interior le impedirá ser su socia mundial.

El proceso revolucionario

El concepto de la revolución internacional inspirada por una ideología tuvo algún sentido cuando la revolución industrial pareció indicar que ciertas formas de organización social y de crisis social tenían una aplicación general. Esta tesis combinaba una perspectiva intelectual universal con un pro-

vincialismo geográfico e histórico. Daba por supuesto —en parte porque la información acerca de los procesos mundiales era relativamente limitada— que sobre la base de la experiencia histórica de unos pocos países occidentales se podía postular un encuadre global común. Ahora es cada vez más obvio que las condiciones sociales, así como la forma en que la ciencia y la tecnología se aplican socialmente, varían muchísimo, y que esta diversidad incluye matices muy sutiles pero importantes de tradición cultural, religiosa e histórica, además de factores económicos y técnicos.⁵

Asimismo, en Rusia y en China la intelectualidad revolucionaria de fines del siglo *xix* y comienzos del *xx* estaba a la vanguardia del proceso de modernización. Representaba a los sectores más avanzados de la sociedad, y por tanto su victoria política implicó intrínsecamente un progreso histórico de toda la sociedad. Ya no es así. La intelectualidad revolucionaria de los países menos desarrollados, para no hablar de sus equivalentes intelectuales y vicarios de la clase media norteamericana, representan a menudo un anacronismo social. En lo que concierne al proceso de modernización, las innovaciones científicas y tecnológicas han dejado atrás a esta intelectualidad, que generalmente es “analfabeta” en la materia.

Es posible, en consecuencia, que en algunos países y quizás incluso en los más modernos, estas intelectualidades anacrónicas consigan bloquear la actualización de sus sociedades, aferrándose para ello a valores esencialmente aristocráticos y anti-industriales e insistiendo en la necesidad de postergarla hasta después de producida la revolución ideológica. En este sentido, la revolución tecnocrática podría convertirse parcialmente en un fenó-

meno autolimitativo: diseminada por las comunicaciones masivas, crea su propia antítesis mediante el impacto de éstas sobre algunos sectores de la intelectualidad. En algunos de los países en vías de desarrollo, este proceso hasta podría enfrentar a la intelectualidad tradicional, que tiene una educación humano-legalista y que es más permeable a las apelaciones doctrinarias, con los oficiales, ingenieros y estudiantes más jóvenes, más innovadores y con más inquietudes sociales, que se han coaligado para ejecutar una modernización autóctona y socialmente radical, aunque ecléctica en lo programático.

En América latina las reformas más extremas podrán traer más recuerdos del peronismo y el fascismo que del comunismo. Hacia 1970 la población estudiantil sería de aproximadamente un millón de personas,⁶ y esto creará una base ambiciosa y políticamente versátil para la reforma. Además, es previsible que aumente tanto la oposición de los gobiernos latinoamericanos a la influencia económica y política de Estados Unidos,⁷ como su inclinación a emprender reformas domésticas de tipo radical, pero todo sucederá dentro de un marco que combinará a un catolicismo con mayor responsabilidad social, por un lado, con el nacionalismo, por otro, en una atmósfera de considerable diversidad nacional. Esto producirá una pauta muy diferenciada de cambio, pero es probable que ni siquiera sus manifestaciones radicales se inspiren en los países comunistas, sobre todo porque el relativo refinamiento cultural de las élites latinoamericanas determina que se sientan menos atraídas por los insípidos modelos del este europeo o soviéticos. Es más factible que la fuente de cambio revolucionario sea el ejército, compuesto por jóvenes oficiales con tendencias radicales en lo social e innovado-

ras en lo tecnológico y no los partidos comunistas locales. Lo que galvanizará el descontento latinoamericano no será tampoco la ideología, sino el sentimiento antiyanqui puro y simple.

Es probable que en otras regiones del globo parecidas combinaciones sociales engendren regímenes que compensarán, con su orientación doctrinaria, la debilidad de las tradiciones indígenas, sean éstas religiosas o intelectuales. Es probable que los golpes de Irak y Sudán de fines de 1960, organizados por alianzas de oficiales e intelectuales, se repitan en otros países de Africa y el Medio Oriente. Sin embargo, hay razones para dudar de la autenticidad y la profundidad del compromiso ideológico de estos nuevos regímenes. Una parte de su ideología ha sido plasmada por factores extraños (la cuestión de Israel y la actitud soviética); otra parte está compuesta por la retórica de moda y la mayor parte es muy versátil y está sujeta a cambios tajantes.⁸ Es indudable que los soviéticos y los chinos ayudarán y explotarán a estos regímenes. (Los segundos, por ejemplo, ya han introducido cuñas políticas en Africa oriental.) Aun así, se tratará más de una cuestión de cooperación táctica que de un control verdadero y una estrategia común.

Igualmente, es probable que en el sur y el sudeste de Asia las pautas revolucionarias tengan un sello esencialmente indigenista y diferenciado. Es muy posible que las dos grandes unidades políticas —India y Paquistán— que combinan una multitud de entes económicos y étnicos dispares, se fragmenten, sobre todo después que desaparezcan las élites actuales, cuya unidad se forjó en la lucha contra los británicos. En la India, el Partido del Congreso se debilita al mismo tiempo que aumentan las tensiones étnicas y la polarización de las

opiniones políticas. Si se rompiera la Unión India, el separatismo tamil meridional, probablemente de extrema izquierda, chocaría con el extremismo de derecha hindú septentrional, quizá de orientación más religiosa. Cada uno de ellos trataría de subrayar las diferencias doctrinarias y autóctonas que lo separan del otro. Tal como ya sucedió en China, el peso del atraso económico no tardaría en absorber, y quizás abrumar culturalmente, cualquier aproximación al comunismo que pudiera resultar de esta confrontación.

En China, el conflicto con la Unión Soviética ya ha acelerado la inevitable nacionalización del comunismo local. Este conflicto quebró la perspectiva universal de la revolución y, cosa que probablemente es más importante, determinó que la modernización china no se sujete al modelo soviético. Por tanto, cualquiera que sea el resultado a corto plazo, es probable que en los años venideros el desarrollo chino se aproxime cada vez más a la experiencia de las otras naciones lanzadas a un proceso de modernización. Es previsible que esto diluya la tenacidad ideológica del régimen y estimule una experimentación más ecléctica en lo que concierne a la configuración del camino chino hacia lo moderno.

Muchas de las conmociones del Tercer Mundo mostrarán inevitablemente una marcada orientación antinorteamericana, sobre todo allí donde la presencia y la fuerza norteamericanas han sido tradicionalmente más visibles. Sin embargo, es probable que en las áreas próximas a la Unión Soviética y China predominen, a largo plazo, las actitudes anti-soviéticas y antichinas, cualquiera que sea la índole de las reformas internas y la fachada exterior de los regímenes gobernantes. Esto vuelve a poner de relieve el hecho de que el proceso revolucionario

como tal no fijará necesariamente la orientación de la política exterior de las nuevas élites, orientación que estará determinada, más probablemente, por una combinación de antipatías tradicionales, temores actuales y necesidades políticas domésticas.

Además, la orientación básica de las nuevas élites dependerá cada vez más del impacto intelectual de los cambios internos que se produzcan en los países avanzados, cambios a los que estas élites asistirán directa y personalmente merced a los viajes, el estudio y los medios masivos globales. Esta relación íntima con la vida extranjera reducirá aun más la importancia de las ideologías integradoras, que anteriormente habían sido un sucedáneo para la visión clara del futuro y del mundo exterior. La uniformidad ideológica era la receta para reformar un mundo lejano y generalmente desconocido, pero ahora la contigüidad y la congestión global promueven la diversidad revolucionaria.

En consecuencia, los valores reales —que no deben confundirse con la retórica— de las élites ambiciosas de las naciones en vías de desarrollo, serán configurados por hechos tangibles antes que por generalizaciones abstractas. El éxito de los esfuerzos de Estados Unidos por crear una democracia viable y multirracial sin dejar, por eso, de mantenerse a la vanguardia en el campo de la ciencia y la tecnología; la capacidad de Europa y Japón para superar las tensiones psicológicas y sociales de la modernidad madura y finalmente, aunque no por que ello sea menos importante, la medida en que la Unión Soviética se aparte de la ortodoxia doctrinaria que frena su desarrollo social... he aquí los factores que tendrán una importancia crítica por la influencia que ejercerán sobre la cosmovisión de los líderes del Tercer Mundo.

Estados Unidos - Unión Soviética: una rivalidad menos vehemente y de mayor envergadura

Cuando los norteamericanos interpretan los cambios revolucionarios que se producen en otros países como algo automáticamente hostil a sus intereses, dichos cambios parecen más favorables a la Unión Soviética y se acomodan en el marco comunista mundial; a la inversa, cuando Estados Unidos interpreta estos cambios con criterio neutral, disminuye la atracción intrínseca que el modelo soviético ejerce sobre los revolucionarios del Tercer Mundo y los factores autóctonos afloran con más rapidez. La aparición de estados más militantes que la Unión Soviética y de grupos más activistas que los partidos comunistas prosoviéticos ya ha empañado el magnetismo soviético. El atractivo soviético también ha declinado porque la burocratización y las restricciones dogmáticas que pesan sobre la creatividad intelectual y la innovación social han convertido a la Unión Soviética en el país con el orden político y social más conservador del mundo avanzado.⁹

Por tanto, es probable que la rivalidad norteamericano-soviética asuma un carácter menos ideológico, aunque abarque un ámbito geográfico más vasto y sea más peligrosa desde el punto de vista del poderío en juego. Los mayores contactos directos entre las dos naciones, las restricciones impuestas por la admisión recíproca de que los actuales arsenales bélicos son muy destructivos y las menores expectativas ideológicas del Tercer Mundo, podrían estabilizar las relaciones norteamericano-soviéticas. Sin embargo, es posible que las maniobras y contramaniobras abarquen cada vez más áreas del globo, sobre todo si el desarrollo de las fuerzas militares soviéticas de largo alcance y par-

ticularmente de la aviación convencional y del transporte por mar, extiende la rivalidad norteamericano-soviética a territorios que antes parecían estar fuera del alcance soviético. La inestabilidad del Tercer Mundo podría despertar en cualquiera de los dos países la tentación de emplear su poder para desalojar o sustituir al otro, creando así situaciones análogas a la del incidente Fashoda, que en el siglo XIX estuvo a punto de provocar una guerra entre Francia y Gran Bretaña en una época en que estas potencias se estaban acercando (como continuaron acercándose) a un acuerdo europeo.¹⁰

En general, parece muy improbable que en la década próxima se materialice una cooperación estrecha entre Estados Unidos y la Unión Soviética. Esto se debe sólo parcialmente a la distinta naturaleza ideológica y política de los dos países. Muy probablemente un Estados Unidos comunista seguiría siendo rival de la Unión Soviética, así como la China comunista no tardó en serlo. Dada su magnitud y su poderío, una Unión Soviética democrática y creativa podría convertirse en una competidora más temible, para Estados Unidos, que el actual sistema soviético burocráticamente estancado e ideológicamente ortodoxo. Además, como muy bien lo prueba la historia de Estados Unidos, las naciones democráticas no son necesariamente pacifistas. La rivalidad entre las naciones está ínsita en un sistema internacional que funciona sin el consenso global y es el producto de siglos durante los cuales la cosmovisión del hombre estuvo condicionada por naciones rivales que exaltaban su superioridad individual y sus valores particulares. No es probable que esta rivalidad desaparezca, a menos que se practique una reconstrucción fundamental de las relaciones entre las naciones... y por tanto, del concepto mismo de soberanía nacional.

Actualmente la Unión Soviética presta poca ayu-

da a la elaboración de un nuevo esquema de cooperación internacional, no obstante el hecho de que dice estar en la vanguardia del progreso histórico y de que hasta hace poco fue la portaestandarte de una ideología que trascendía las fronteras tradicionales. La ironía de la historia quiere que ahora la Unión Soviética sustente una política exterior vehementemente nacionalista y una política interior que reclama la sujeción de las minorías no rusas. La Unión Soviética combate activamente los programas regionales de cooperación internacional, asigna una suma desproporcionadamente pequeña para la ayuda a las naciones menos desarrolladas (aproximadamente el 10 por ciento de la ayuda exterior norteamericana) y se opone a la exploración conjunta del espacio (manteniendo en el mayor secreto sus propias experiencias).

En verdad, uno de los resultados imprevistos de la disputa chino-soviética puede ser el endurecimiento de la mentalidad soviética y la adopción de una cosmovisión más paranoide. Aunque los líderes soviéticos quieren evitar un conflicto en dos frentes y por tanto se sienten empujados a adoptar una actitud conciliadora respecto de Occidente u Oriente, la misma magnitud del desafío chino agudiza sus temores, otorga prioridad a la preparación militar y estimula una gran preocupación por el carácter sagrado de las fronteras.¹¹

La debilidad interna y la inseguridad de los dirigentes soviéticos es un factor igualmente importante, pero que se cita con menos frecuencia entre los que impiden que la Unión Soviética concierte compromisos más sólidos en el campo de la cooperación internacional. Incluso cincuenta años después de su implantación, el sistema político que ellos encabezan carece de una legalidad elemental: la élite gobernante depende mucho de la coerción y la censura para conservar su poder, que no fue

adquirido mediante procedimientos regulares, constitucionales, sino al cabo de un prolongado forcejeo burocrático. (Un ejemplo es el de las luchas por la sucesión.) Dada la incapacidad doctrinaria del sistema político para responder a las necesidades internas de innovación social, un entendimiento general con Occidente provocaría inevitablemente una inestabilidad doméstica de largo alcance en la Unión Soviética y en los países de Europa oriental que están dentro de la órbita soviética, porque llevaría implícita la admisión de que la doctrina dicotómica leninista —que a su vez justifica el concepto leninista del partido rector— ya no es válida.

Esta actitud leninista conservadora refleja, en gran medida, la demora de la modernización y el desarrollo político de Rusia. En términos de la ciudad global, la Unión Soviética equivale a una comunidad religiosa arcaica que experimenta la modernidad en el plano existencial pero todavía no por completo en el normativo.¹²

Implicaciones políticas

Las proposiciones generales precedentes encierran varias implicaciones inmediatas para la política exterior norteamericana, tanto en términos de hipótesis rectoras como de posturas deseables. Antes de explayarnos, enunciaremos estas implicaciones en la forma más sucinta posible: una postura fundada sobre consideraciones ideológicas ya es anacrónica; no es probable que la base de un nuevo sistema internacional sea un eje norteamericano-soviético; las esferas de influencia tradicionales son cada vez menos viables; el determinismo económico en relación con los países menos desarrollados o con los estados comunistas no suministra una base sólida para la política; las alianzas regionales contra

naciones individuales empiezan a ser obsoletas; la presencia militar norteamericana de gran magnitud en el exterior empieza a ser contraproducente para los intereses norteamericanos y para el desarrollo de una comunidad internacional; la maquinaria diplomática norteamericana, perfeccionada en la era preglobal y pretecnológica, ya es arcaica y debe ser modernizada a fondo.

Aunque la política exterior norteamericana no ha sido tan indiscriminadamente anticomunista como a sus críticos les ha resultado cómodo afirmar,¹³ en los círculos oficiales norteamericanos ha existido una fuerte tendencia retórica a reducir los problemas internacionales a una confrontación ideológica y a identificar el cambio radical como algo opuesto a los intereses norteamericanos. En el futuro es más improbable que las transformaciones locales que se produzcan en diversas regiones del mundo sean interpretadas como componentes de una amenaza universal. Además, la pluralización gradual del mundo comunista seguirá agudizando las diferencias que existen entre los sistemas. Esto determinará que se recurra cada vez menos a la intervención norteamericana activa, la cual será imperativa, primordialmente, cuando haya que defender intereses norteamericanos concretos o cuando haya que contrarrestar un acto de franca hostilidad ejecutado por un país con fuerza suficiente como para amenazar a Estados Unidos.¹⁴

Una perspectiva menos ideológica reducirá la relación norteamericano-soviética a sus proporciones racionales. La principal amenaza que la Unión Soviética le plantea a Estados Unidos es de índole militar. Por tanto, una Unión Soviética más fuerte tiende inevitablemente a amenazar a Estados Unidos; y una Unión Soviética más débil se siente amenazada por Estados Unidos. Puesto que una guerra entre las dos superpotencias las destruiría a

ambas, el sentido común dicta la necesidad de concertar un acuerdo de control de armamentos entre los dos países. Las SALT (Strategic Arms Limitation Talks, o sea Conferencias sobre Limitación de Armas Estratégicas) continuadas entre Estados Unidos y la Unión Soviética deben interpretarse sobre todo como una negociación entre dos rivales. Precisamente porque serán prolongadas, las conversaciones se han convertido, involuntariamente, en el germen de facto de una comisión conjunta sobre armas y estrategia. Aunque su poder real sea limitado, la "comisión" influirá gradualmente y quizá cada vez más, sobre el comportamiento de ambos bandos, estimulando una mayor receptividad mutua a sus necesidades y temores prácticos.¹⁵

En el ínterin, hasta que se llegue a un acuerdo de aplicación obligatoria, el refinamiento tecnológico norteamericano basta para suministrar el grado necesario de ambigüedad a la relación de poder cualitativo y cuantitativo entre los dos estados. En la etapa actual de paridad destructiva, esta postura estratégica y psicológica es necesaria para reemplazar el empleo anterior del dispositivo de disuasión, manifiesto y creíble, que descansaba sobre la superioridad de la potencia destructora norteamericana. La disuasión en términos de paridad exige un poco de ambigüedad, así como la disuasión en términos de superioridad exigía una credibilidad incontestable.

Pero al margen de esta relación, las posibilidades de un acuerdo de gran envergadura son relativamente restringidas.¹⁶ Un eje norteamericano-soviético irritaría a demasiados países y por tanto despertaría en Washington y Moscú la tentación de explotar estos resentimientos. En efecto, cuanto más éxito tengan los esfuerzos encaminados a crear dicho eje, tanto mayores serán los impedimentos.

Además, como ya se ha dicho, la Unión Soviética no representa una alternativa social vital capaz de ofrecerle al mundo un modelo atractivo y válido para encarar sus viejos problemas o, sobre todo, los nuevos, que emanan de la ciencia y la tecnología. Como consecuencia, lo más que pueden pretender razonablemente los norteamericanos es que se produzca un aumento gradual de la participación soviética en la cooperación internacional, mediante proyectos como los de exploración espacial conjunta, estudios del lecho oceánico y así sucesivamente. Es posible que estos proyectos ayuden a configurar, en forma conjunta, una pauta de colaboración que se extenderá eventualmente a otras esferas.

Mientras tanto, es probable que la influencia norteamericana y rusa disminuya en áreas que ambas naciones definieron tradicionalmente como sus cotos particulares. En la ciudad moderna las áreas "reservadas" sólo son viables en las relaciones entre pandillas criminales; en la ciudad global es cada vez más difícil, o por lo menos costoso, mantener esferas cerradas de influencia. Europa oriental seguirá sintiéndose atraída por Occidente y sólo la coacción soviética directa puede impedir lo que en otras condiciones sucedería rápidamente: la incorporación de Europa oriental a un ente europeo más vasto. Ni siquiera la fuerza soviética podrá frenar totalmente este proceso: la atracción tradicional de la cultura de Occidente es demasiado grande y ahora la refuerza la creciente convicción de que, en razón de la brecha tecnológica que existe entre Oriente y Occidente, Rusia no podrá prestar una ayuda eficaz a Europa oriental para que ésta ingrese en la era postindustrial. Dicha atracción es saludable, porque la expansión gradual de los vínculos de Europa oriental con Occidente también

influirá necesariamente sobre la Unión Soviética y atenuará su orientación doctrinaria.

La idea de que existe una relación especial entre Estados Unidos y América latina también está condenada a decaer. El nacionalismo latinoamericano, que es cada vez más radical a medida que ensancha su base popular, desplegará una hostilidad creciente contra Estados Unidos, a menos que este país modifique rápidamente su postura. Por tanto, sería sensato que Estados Unidos renuncie expresamente a la doctrina Monroe y admita que, en la nueva era global, la contigüidad geográfica o hemisférica ya no tiene por qué ser decisiva en lo político. Lo más saludable para las relaciones panamericanas será que Estados Unidos las coloque en el mismo nivel que ocupan las relaciones con el resto del mundo y que se circunscriba a subrayar las afinidades político-culturales (como lo hace con Europa occidental) y los compromisos económico-sociales (como lo hace con los países menos desarrollados).

También sería aconsejable que Estados Unidos aborde con mucha paciencia el problema de la evolución política de los países comunistas y de los países en vías de desarrollo. Así como la introducción del poderío norteamericano no es siempre la solución, tampoco la promoción del desarrollo económico es una garantía de democratización, de estabilidad política o de simpatía por Estados Unidos. Como ya se ha dicho, en los países comunistas el cambio político no es un simple subproducto del desarrollo económico y la susceptibilidad de los países menos desarrollados a los programas radicales aumenta a medida que empiezan a desarrollarse. La ayuda extranjera y los contactos económicos más estrechos no son un paliativo para las crisis hondamente arraigadas ni un remedio para los ma-

les de las instituciones ideológicas sólidamente abroqueladas.

Estos son argumentos que pesan en favor de un enfoque cada vez más despolitizado de las relaciones económicas internacionales y la ayuda exterior, aunque el propósito final subyacente siga siendo político. Si lo que se busca es estimular la aparición de una comunidad de naciones más propensa a la cooperación, cualesquiera que sean sus sistemas internos individuales, entonces convendrá conceder a los organismos internacionales un papel más importante en la promoción del desarrollo económico y empezar a eliminar las restricciones al comercio. Es tanto más probable que estas medidas sean coronadas por el éxito cuanto que son menos políticas y no están condicionadas a la expectativa de que el apoyo económico directo produzca un cambio político rápido y fundamental.⁷⁷

Una actitud más objetiva respecto de los procesos revolucionarios mundiales y una preocupación menos ansiosa por la Unión Soviética también ayudarían a Estados Unidos a desarrollar una postura distinta hacia China. Esta y Asia meridional son áreas densamente pobladas que heredaron del pasado complejos problemas de organización social y que todavía están tratando de resolverlos en momentos en que el mundo avanzado empieza a abordar problemas de dimensiones nuevas. Hasta que se establezcan vínculos con China —los cuales se pueden buscar y orientar inicialmente por intermedio de Japón y Europa occidental— China continuará siendo una parte segregada y autoexcluida de la humanidad, tanto más amenazadora cuanto que su atraso se combinará cada vez más con un poderío nuclear masivo. Por tanto, Estados Unidos, en lugar de convertirse en un aliado indirecto de la Unión Soviética contra China —cosa que obviamente busca Moscú— deberá alentar los esfuerzos de otros paí-

ses por anudar lazos con China. Además, deberá tomar sus propias iniciativas, tratando de no comprometerse en acuerdos de seguridad declaradamente antichinos.¹⁸

En verdad, en nuestra era internacional los acuerdos de seguridad deben parecerse a los que rigen en los grandes centros urbanos: estos acuerdos no apuntan contra determinados individuos u organizaciones, sino contra quienes se apartan de las normas estipuladas. Es así como una asociación fundada sobre el concepto de la cooperación entre naciones unidas para diversos fines, incluidos los de seguridad, debe reemplazar gradualmente a las alianzas existentes, que generalmente se expresan en términos de un agresor potencial, identificado explícitamente sea en el tratado o en la retórica que lo acompaña. Aunque en principio éste sería sólo un cambio formal, porque la asociación de estados abarcaría por fuerza únicamente a los que comparten determinados intereses y temores, una estructura deliberadamente abierta, cuyos elementos de seguridad sólo fueran de tipo parcial y secundario, no perpetuaría en forma institucionalizada los conflictos de intereses, inevitables pero a menudo transitorios, entre distintos estados.¹⁹

La evolución de las formas de seguridad internacional facilitaría la reestructuración gradual del sistema norteamericano de defensa, y en el exterior, sobre todo, concentraría la presencia militar norteamericana en unos pocos países. Excepto en aquellos que se sienten directamente amenazados, la presencia militar prolongada de Estados Unidos tiende a fomentar sentimientos políticos antinorteamericanos, aun en naciones tradicionalmente amigas, como Turquía. Y aunque dicha presencia haya sido solicitada en otra época por los países en cuestión, con el transcurso del tiempo tiende a convertirse en un interés creado de Estados Unidos. Pues-

to que la destructividad de las armas nucleares frena el desencadenamiento de una guerra total y puesto que es probable que la violencia esporádica del Tercer Mundo reemplace a la preocupación por una guerra central, las fuerzas norteamericanas que fueron acantonadas en el extranjero porque se suponía que eran necesarias para garantizar la seguridad de distintos países frente a una amenaza común, llenan cada vez menos esta función. Con algunas excepciones (por ejemplo, Corea del Sur, Berlín o Alemania Occidental), la estabilidad global y los intereses norteamericanos probablemente no correrían peligro si pudieran circunscribir su sistema de defensa a un territorio más reducido (cosa que ya hizo la Unión Soviética con el suyo sin que su seguridad resultara, aparentemente, muy perjudicada) y si nos apoyáramos cada vez más en la movilidad de largo alcance.²⁰

Finalmente, las oportunidades y los peligros inherentes a la era científico-tecnológica obligan a introducir cambios sutiles pero importantes en las actitudes y la organización norteamericanas. Estos cambios no surgirán rápidamente. Tampoco es posible programarlos en detalle, y es difícil que se produzcan espectacularmente. Sin embargo, para desempeñar un papel mundial eficaz, Estados Unidos necesita una maquinaria diplomática capaz de explotar las últimas técnicas de comunicación y de usar un estilo y una organización sensibles a la configuración más congestionada de nuestra existencia global.

Actualmente Estados Unidos no la tiene. Su maquinaria diplomática sigue siendo el producto de los acuerdos tradicionales que se concertaron después de 1815, con una preocupación ritual por el protocolo. Está condicionada predominantemente para las relaciones de gobierno a gobierno y descuida a menudo el papel, hoy mucho más importante, de los

procesos sociales. No es casual que los periodistas, que dependen menos de los contactos oficiales y que son más proclives a introducirse en la vida de una sociedad dada, hayan sido muchas veces más sensibles que los diplomáticos norteamericanos locales a la configuración general del cambio que se registra en los países extranjeros. Las relaciones internacionales contemporáneas exigen cada vez más especialización en las comunicaciones científico-intelectuales, incluyendo la capacidad de entablar un diálogo eficaz con los sectores creativos de otras sociedades, y éstos son precisamente los campos en los que la capacitación y los procedimientos diplomáticos actuales tienen más deficiencias.

Además, la tradición en virtud de la cual los despachos secretos y los cables extensos abruma diariamente a las oficinas del Departamento de Estado, en Washington, es sencillamente anacrónica, porque no contempla la explosión de las comunicaciones modernas, ni la aparición de excelentes reseñas en los principales diarios norteamericanos y extranjeros, ni tampoco el papel de la televisión.²¹ Al comentar el informe Duncan de 1969, que encerraba una crítica para el servicio exterior británico, el especialista canadiense en ciencias políticas James Eayrs dijo: "Demasiadas personas deslizan demasiadas estilográficas sobre demasiadas hojas de papel, llenándolas de mensajes inútiles."²² En una oportunidad, Thomas Jefferson se quejó porque hacía un año que no recibía noticias de uno de sus embajadores. El actual Secretario de Estado podría quejarse lícitamente porque todos los días recibe demasiadas noticias de demasiados embajadores innecesarios.

Estados Unidos es el país que necesita reformar con más urgencia su servicio exterior y su equipo de orientadores políticos y es el que está en mejores condiciones para emprender dicha reforma. Es la

primera sociedad que tiene un enfoque global y la que cuenta con el sistema de comunicaciones más vasto e intensivo. Además, su comunidad empresarial también adquirió una gran experiencia en el campo de las actividades internacionales y ha dominado correctamente las artes de la reseña fiel, la representación extranjera y el control central... sin necesidad de recurrir a un personal numeroso ni a operaciones redundantes. También ha promovido la adopción de técnicas ultramodernas, como las conferencias por circuito cerrado de televisión, las computadoras compartidas y otros elementos.

Aunque éste no es el lugar indicado para esbozar en detalle las reformas necesarias, sigue en pie el hecho de que, dados los cambios fundamentales que se han registrado en la forma en que interactúan las naciones, urge practicar un estudio de gran envergadura y una modificación drástica de la estructura y el estilo vigentes del servicio exterior norteamericano. El mayor uso de las computadoras y la comunicación electrónica directa audiovisual en el campo diplomático permitirá reducir la dimensión y el número de las misiones norteamericanas en el exterior, equiparándolas, desde el punto de vista operativo, a las corporaciones internacionales más eficientes. También es necesario agilizar el proceso de toma de decisiones que tiene su sede en Washington, librándolo, además, de la maraña burocrática que lo oprime.²³

NOTAS

¹ Véanse particularmente Konrad Lorenz: *On Aggression*. Nueva York, 1966. También N. Tinbergen: "On War and Peace in Animals and Man", *Science*, 28 de junio de 1968.

² Para una crítica de la ofensiva radical contra el complejo industrial-militar, véase Stanley Hoffmann: *Gulliver's Troubles*, pág. 149.

³ Véase Frank S. Hopkins: "American Educational Systems for the Less Developed Countries", Washington, D.C., 1967 (mimeografiado), y su plan para una Administración del Desarrollo Educacional.

⁴ Es por esto que es especialmente meritoria la propuesta (1969) de la Asociación Nacional de Planificación para que se cree en Washington un instituto de investigación para el desarrollo y de asistencia técnica, que se encargará de suministrar ayuda a los países subdesarrollados y de realizar un estudio de gran envergadura sobre los problemas vinculados con el desarrollo.

⁵ Para un análisis anterior sobre las perspectivas de éxito revolucionario, véanse págs. 53, 117, 170-176 y 373-375.

⁶ Irving Louis Horowitz y otros: *Latin American Radicalism*. Las tendencias partidarias de los estudiantes latinoamericanos están correctamente tratadas en los capítulos 8-11 de Donald K. Emmerson: *Students and Politics in Developing Nations*.

⁷ Véase Claudio Véliz: "Centralism and Nationalism in Latin America", en *Foreign Affairs*, octubre de 1968.

⁸ Además, a estos regímenes les resulta difícil ingresar en lo que Huntington ha denominado la segunda etapa de la revolución: "Sin embargo, una revolución completa abarca también una segunda etapa: la creación e institucionalización de un nuevo orden político. La revolución exitosa combina la rápida movilización política con la rápida institucionalización política. No todas las revoluciones produjeron un nuevo orden político. La pauta de lo revolucionaria que es una revolución se encuentra en la celeridad y la envergadura con que se expande la participación política. La pauta del éxito de una revolución se encuentra en la autoridad y la estabilidad de las instituciones que ella genera." Véase Huntington, *op. cit.*, pág. 266.

⁹ Algunos científicos soviéticos, particularmente Kapitsa y Sajarov, ya han alertado sobre el precio que deberá pagar a largo plazo el desarrollo científico e intelectual de la Unión Soviética.

¹⁰ Véase mi artículo "Peace and Power", *Encounter*, noviembre de 1968.

¹¹ Para entender los temores soviéticos, habría que imaginar lo que sucedería si Estados Unidos tuviera frente a sí a 800 millones de mexicanos equipados con armas y cohetes nucleares y empeñados en afirmar a voz en cuello que Estados Unidos les arrebató una parte sustancial de su territorio, que el sistema norteamericano es intrínsecamente perverso y que el gobierno norteamericano es su enemigo. Sin duda una situación de esta naturaleza despertaría grandes aprensiones en el público norteamericano. El miedo

de los soviéticos es mayor en razón de que Siberia —relativamente inexplorada y deshabitada— atrae a las masas chinas como un imán, en tanto que los acuerdos territoriales ruso-chinos son discutibles desde el punto de vista histórico.

¹² Para una interpretación interesante de la historia rusa y de su "atraso" respecto de Occidente, véase Hugh Seton-Watson: *The Russian Empire, 1801-1917*, Oxford, 1967, sobre todo págs. 728-742.

¹³ La acusación de que Estados Unidos ha programado su política exterior fundándola sobre la hipótesis de que existe una conspiración comunista mundial monolítica entusiasma a algunos críticos académicos. En realidad, Estados Unidos fue el primer país que ayudó a Yugoslavia a fines de 1940; fue el primero que promovió el intercambio cultural norteamericano-soviético, y así sucesivamente.

¹⁴ En términos más específicos, sería deseable y correcto que Estados Unidos ayudara a Tailandia con armas y equipos si Vietnam del Norte amenazase a este segundo país. Lo mismo valdría para una amenaza de Corea del Norte contra Corea del Sur, o de los estados árabes contra Israel. Pero en ninguno de estos casos deberían comprometerse tropas norteamericanas a menos que interviniera directamente una potencia de primer orden, a saber, la Unión Soviética o China. La retracción total de Estados Unidos estimularía la agresión, pero la ayuda norteamericana debería bastar para convertir la guerra en algo inútil o muy costoso para el agresor. Repetimos: la intervención directa quedaría reservada para aquellas situaciones en las que estuviera comprometida una potencia con capacidad suficiente para amenazar a Estados Unidos.

¹⁵ La ciencia y la tecnología ya han revolucionado el ejercicio de la soberanía en las relaciones recíprocas entre los dos países. El empleo de los U-2, y posteriormente de los satélites de reconocimiento, abrogó la reivindicación de la soberanía ilimitada sobre el espacio aéreo nacional, y rasgó hasta cierto punto el velo de los secretos militares soviéticos. La resignación con que la Unión Soviética aceptó los vuelos de los U-2 fue el producto obligado de su incapacidad para derribar estos aviones. No obstante el incidente de mayo de 1960, quedó sentado el precedente de la inspección unilateral, que desde entonces se convirtió en una práctica a la que adhirieron ambos estados.

La siguiente conclusión de un especialista en la materia muestra hasta qué punto será difícil concertar un acuerdo sobre control de armamentos: "Hay razones para esperar (que se llegue a un acuerdo) siempre que ambas partes acepten el hecho de que la máxima aspiración que podrán

alimentar durante un tiempo será la de alcanzar un equilibrio estratégico en un punto muy alto del nivel de fuerzas. que sin embargo se empinará más lentamente; y siempre que ambas partes entiendan que en cualquier negociación deben darle primerísima prioridad a la ruptura del ciclo de acción y reacción." Véase George W. Rathjens: *The Future of the Strategic Arms Race*. Nueva York, 1969, pág. 40.

¹⁶ Comparto en este contexto las conclusiones a las que llegó Theodore Draper en su "World Politics: A New Era?", *Encounter*, agosto de 1968, pág. 12.

¹⁷ Esto no implica que haya que desistir de concentrar los esfuerzos en determinados países cuando la perspectiva del desarrollo económico coincida con los intereses más estrictamente políticos de Estados Unidos. En otras palabras, la ayuda económica internacional con propósitos humanitarios puede marchar a la par de la asistencia selectiva e intensiva a países en particular.

¹⁸ Véase mi artículo: "Meeting Moscow's 'Limited Co-existence'", *The New Leader*, 16 de diciembre de 1968.

¹⁹ Esto puede ser especialmente válido para los esfuerzos encaminados a construir un sistema de cooperación en el Pacífico. Es improbable que el sudeste de Asia, librado a sí mismo, pueda crear las bases de la seguridad regional, aunque cuenta con mayores logros económicos. Pero con la participación de Japón, Australia y Estados Unidos —y sin que ello esté específicamente dirigido contra China— podrían desarrollarse gradualmente algunas formas de cooperación, y el sistema podría abarcar eventualmente un número cada vez mayor de naciones.

²⁰ Las fuerzas de paz internacionales podrían contar con recursos de infraestructura si algunas de las bases desocupadas por los norteamericanos se transfirieran a las Naciones Unidas, con la autorización del país huésped. De todos modos hay que destacar que la opinión pública norteamericana parece poco dispuesta a aprobar que se empleen tropas norteamericanas para proteger a naciones extranjeras. A mediados de 1969 se preguntó, en el curso de una encuesta, si Estados Unidos debía ayudar a los países extranjeros invadidos por tropas comunistas. Los encuestados dispuestos a recurrir a la fuerza fueron mayoría sólo en los casos de Canadá y México (57 y 52 por ciento, respectivamente). En el caso de Alemania Occidental hubo un 38 por ciento de respuestas afirmativas, en el de Japón un 27 por ciento, en el de Israel un 9 por ciento (en este caso la agresión extranjera no debía ser necesariamente comunista), en el de Rumania un 13 por ciento. Cuando se sumaron las respuestas de quienes eran partidarios de su-

ministrar ayuda sin llegar a la fuerza, los resultados fueron del 79 por ciento para Canadá, del 76 por ciento para México, del 59 por ciento para Alemania, del 44 por ciento para Israel, del 24 por ciento para Rumania y del 42 por ciento para Japón. Véase encuesta Harris, citada por *Time* el 2 de mayo de 1969.

El estado de ánimo del país puede cambiar fácilmente en función de las circunstancias, pero la encuesta citada suministra un síntoma de la actitud general. Aconseja adoptar una política más selectiva en materia de intervenciones militares, y quizá guarda relación con la forma en que reaccionaría el público si se formara un ejército voluntario profesional. El ejército numeroso, compuesto por reclutas, fue hasta cierto punto un reflejo del nacionalismo populista que estimuló la Revolución Francesa, que veía a cada ciudadano como un soldado. Esto revestía más importancia en una época en que los armamentos eran relativamente sencillos y en que existía una fuerte motivación ideológica. Ahora que ambos factores se han modificado drásticamente, cobra peso la argumentación de los partidarios de una fuerza armada más profesional, dedicada a empresas más selectivas.

²¹ El autor de esta obra puede atestiguar, sobre la base de la experiencia personal que adquirió dentro del Departamento de Estado, que en la mayoría de los casos la imagen de la situación internacional que se obtiene leyendo los mejores diarios —incluidos, por supuesto, los extranjeros— es mejor, o por lo menos igualmente buena, que la que se obtiene leyendo los centenares de telegramas cotidianos, que a menudo reproducen las trivialidades de las recepciones diplomáticas.

²² *Montreal Star*, 9 de setiembre de 1969.

²³ Para un análisis más completo, véase mi "Global Political Planning", *Public Interest*, invierno de 1969.

XVIII

UNA COMUNIDAD DE NACIONES DESARROLLADAS

Un esfuerzo más amplio encaminado a frenar la tendencia global al caos debe consolidar los cambios inmediatos más necesarios. Para reaccionar eficazmente ante la crisis cada vez más grave que amenaza de distinto modo al mundo avanzado y al Tercer Mundo, habrá que formar, eventualmente, una comunidad de naciones desarrolladas. Las divisiones tenaces entre los países desarrollados y sobre todo aquellas que se fundan sobre conceptos ideológicos obsoletos, anularán los esfuerzos que despliegan los estados en forma individual para ayudar al Tercer Mundo. En el mundo avanzado podrán contribuir incluso al resurgimiento del nacionalismo.

Europa occidental y Japón

Desde el punto de vista norteamericano, los cambios más importantes y promisorios de los años próximos deberán materializarse en Europa occidental y Japón. La capacidad de estas áreas para seguir creciendo en el plano económico y para mantener formas políticas relativamente democrá-

ticas, ejercerá sobre la evolución progresiva hacia un nuevo sistema internacional, una influencia mayor que la que ejercerán los cambios que puedan producirse en las relaciones norteamericano-soviéticas. Europa occidental y Japón tienen más posibilidades de promover iniciativas encaminadas a tejer una nueva red de relaciones internacionales y puesto que, al igual que Estados Unidos, están en la vanguardia de la innovación científica y tecnológica, son las regiones más vitales del globo.

Si bien algunos estudiosos hacen hincapié en la perdurabilidad del nacionalismo europeo, el desarrollo de Europa occidental se encamina con mayor empuje hacia una cooperación creciente y, lo que es más importante, hacia una conciencia europea. Para los europeos jóvenes, Europa occidental ya es un ente único en todos los sentidos, con exclusión del político: aunque todavía está anacrónicamente gobernada por una serie de jefezuelos provinciales (que ocasionalmente reciben la visita escalonada del potentado extranjero de Washington), su Europa no tiene fronteras, está abierta al turismo irrestricto, al desplazamiento casi ilimitado de mercancías y cada vez más al libre tránsito de estudiantes y obreros. En verdad, todavía no ha madurado un regionalismo positivo, pero lo dicho suministra, por lo menos, la base psicológica necesaria para una nueva Europa. La revolución tecnocrónica ha acelerado la génesis de esta Europa y las ideas autárquicas de la era industrial ya influyen poco o nada sobre ella.

El impacto de la ciencia y la tecnología, si bien ha sido desquiciante para algunas sociedades (particularmente la de Italia, que está completando la etapa industrial de su desarrollo), ha estimulado una cooperación cada vez mayor. Sin embargo, en Japón, un país que carece de la válvula de escape inmediata que la unificación les suministra a los

europeos occidentales y que está sujeto a una presencia militar y política norteamericana muy visible, ha tenido un efecto irritante en el orden interno. Tiende a agudizar los conflictos políticos domésticos, polariza a la opinión pública y determina que la orientación futura del país sea incierta.² Los conflictos generacionales que son patentes en la mayor parte del mundo avanzado revisten una gravedad especial en Japón, donde la derrota en la Segunda Guerra Mundial produjo un cataclismo cultural y donde hace muy poco tiempo que se ha llegado a un punto de equilibrio entre las tradiciones y las instituciones democráticas modernas. La revitalización del nacionalismo japonés o el giro hacia el radicalismo ideológico implicaría una grave amenaza para la muy endeble estructura de paz del Pacífico y afectaría directamente los intereses de Estados Unidos, la Unión Soviética y China.

En consecuencia, debe hacerse un esfuerzo para forjar una comunidad de naciones desarrolladas que abarque a los estados atlánticos, los estados comunistas europeos más avanzados y Japón. No es necesario —y por mucho tiempo tampoco será posible— que estas naciones formen una comunidad homogénea semejante a la Comunidad Económica Europea o a la otrora soñada Comunidad Atlántica. Sin embargo, la marcha en esta dirección ayudará a terminar con la guerra civil que ha dominado la política internacional de los países desarrollados durante los últimos ciento cincuenta años. Aunque las disputas nacionalistas e ideológicas entre estas naciones guardan cada vez menos relación con los problemas reales de la humanidad, su perduración ha impedido dar una respuesta constructiva a los que han sido definidos como los dilemas clave de nuestro tiempo, tanto por los estados democráticos como por los comunistas. La falta de un com-

promiso unificador ha mantenido en pie los viejos conflictos y ha oscurecido los fines del arte de gobernar.

No es utópico decir que esa comunidad es necesaria, ni definir su creación como la tarea capital de la década venidera. Bajo la presión de la economía, la ciencia y la tecnología, la humanidad marcha sistemáticamente hacia la cooperación en gran escala. Toda la historia de la humanidad indica claramente que se avanza en esa dirección, aunque con reveses periódicos. De lo que se trata es de saber si el progreso espontáneo bastará para contrarrestar los peligros ya citados. Y puesto que la respuesta a este interrogante es probablemente negativa, resulta que una actitud realista exige acelerar deliberadamente el proceso de la cooperación internacional entre los países desarrollados.

La marcha hacia una comunidad más numerosa de naciones desarrolladas será necesariamente gradual y no excluirá relaciones más homogéneas dentro del ente mayor. Más aún, esta comunidad no se podrá forjar mediante la fusión de los países existentes en un ente mayor. El anhelo de crear un estado formal, más vasto, nace de un razonamiento que tiene sus orígenes en la era del nacionalismo. Es mucho más sensato tratar de asociar a los estados mediante una serie de vínculos indirectos y de limitaciones ya existentes a la soberanía nacional.

En el curso de este proceso, la Unión Soviética y Europa oriental, por un lado, y Europa occidental, por otro, continuarán manteniendo durante mucho tiempo las relaciones más íntimas dentro de sus propias áreas. Esto es inevitable. Lo importante, sin embargo, es crear una estructura más vasta que integre a las anteriores en diversas formas regionales o funcionales de cooperación. Semejante estructura no pondrá fin a la rivalidad nuclear entre Es-

tados Unidos y la Unión Soviética, que seguirá siendo el eje del poderío militar mundial. Pero en el encuadre cooperativo de más envergadura, la competencia entre Estados Unidos y la Unión Soviética podría parecerse eventualmente, por su forma, a la competencia colonial anglo-francesa del siglo XIX: Fashoda no vició la flamante entente europea.

Es muy probable que la marcha hacia esa comunidad deba pasar por dos etapas importantes y superpuestas. La primera de ellas implicaría la creación de vínculos comunitarios entre Estados Unidos, Europa occidental y Japón, así como con algunos de los otros países más avanzados (por ejemplo Australia, Israel, México). La segunda etapa implicaría la prolongación de los vínculos a los países comunistas más avanzados. Es probable que algunos de éstos —por ejemplo, Yugoslavia o Rumania— se aproximen a la cooperación internacional más rápidamente que otros y por tanto no es imprescindible que las dos etapas estén claramente delimitadas.

Estructura y foco

La comunidad emergente de naciones desarrolladas necesitará contar con una expresión institucional, aunque no sería prudente tratar de crear prematuramente demasiados compromisos de integración. Sería aconsejable formar al principio sólo un consejo consultivo de alto nivel para la cooperación internacional, que congregaría regularmente a los jefes de gobierno del mundo desarrollado para discutir sus problemas comunes políticos y militares, educacionales y científicos, económicos y tecnológicos, así como para abordar desde esta perspectiva sus obligaciones morales para con los países

en vías de desarrollo. Un mecanismo permanente de apoyo aseguraría la continuidad de estas consultas.

En consecuencia, dicho consejo de cooperación mundial sería algo más que la oecd porque operaría en un nivel superior y también se ocuparía de la estrategia política, pero sería más difuso que la NATO porque no trataría de forjar estructuras militares y políticas integradas. Sin embargo, un consejo de esta naturaleza, que quizá sólo vincularía inicialmente a Estados Unidos, Japón y Europa Occidental y que por tanto congregaría a los dirigentes políticos de estados que comparten ciertas aspiraciones comunes y problemas de modernidad, sería más eficaz que las Naciones Unidas para elaborar programas comunes, porque la capacidad de éstas se halla inevitablemente coartada por la guerra fría y las divisiones entre el Norte y el Sur.

La inclusión de Japón revestiría especial importancia, tanto para el desarrollo interno de la vida japonesa como para la vitalidad del ente. Japón es una potencia mundial y en un mundo de comunicaciones electrónicas y supersónicas sería un error psicológico y político catalogarlo primordialmente como una nación asiática. Japón debe ocupar un puesto compatible con su propio desarrollo avanzado y no un puesto de gigante entre pigmeos, que lo excluya de hecho de las conferencias entre las verdaderas potencias mundiales. Las conversaciones regulares norteamericano-japonesas en el plano ministerial son un arreglo bilateral positivo, pero Japón debe tener una participación más completa y creativa en la resolución de los problemas mundiales, en un encuadre más amplio, con socios ubicados en igualdad de condiciones.

Sin este encuadre más amplio existe el peligro de que el ritmo extraordinario del desarrollo socio-económico japonés se torne destructivo. Las pro-

yecciones automáticas del desarrollo japonés para el futuro, hechas con creciente frecuencia a fines de 1960, son engañosas: no toman en cuenta el efecto desquiciante que tendrá el impacto del cambio sobre las tradiciones japonesas. Existe la posibilidad de que en la década de 1970 Japón sea escenario de conflictos internos muy inquietantes, a menos que se encuentre la forma de estimular el idealismo japonés y de encauzarlo hacia metas más vastas que las del hedonismo insular y personal. La cooperación internacional, que implicaría la participación de Japón en la responsabilidad y el poder, podría suministrar esa válvula de escape.

El consejo también proporcionaría un encuadre político y de defensa en el cual los problemas de seguridad de cada país se podrían analizar en un contexto que tomaría en cuenta la relación ineludible que existe entre la política soviética en Berlín y la crisis chino-soviética, entre el desarrollo nuclear chino y sus consecuencias para la seguridad de Japón y para las relaciones entre Oriente y Occidente en Europa y así sucesivamente. También cuestiones como las que conciernen al rearme japonés y quizás a la formación de un arsenal nuclear japonés (algo que a juicio de un número cada vez mayor de japoneses es probable que se concrete en la segunda mitad de 1970),³ se podrían enfocar en términos de esta trascendencia de mayor envergadura antes que como una respuesta a consideraciones puramente locales. En verdad, dada la naturaleza de las comunicaciones y los progresos científicos modernos, no es demasiado temprano para pensar en la cooperación tecnológica entre Europa occidental y Japón y entre estos dos y Estados Unidos, en algunos campos de la defensa.

Sin embargo, es muy probable que los esfuerzos políticos y militares marchen a la zaga de los esfuerzos encaminados a ensanchar el horizonte de

la cooperación educacional-científica y económico-tecnológica entre las naciones industriales más avanzadas, que están empezando a ser postindustriales y que en algunos sentidos están ingresando en la era posnacional. La proyectada red de información mundial, para la que Japón, Europa occidental y Estados Unidos están muy maduros, podría crear la base para un programa educacional común, para la adopción de pautas académicas comunes, para la compilación organizada de datos, y para una división más racional del trabajo en materia de investigación y desarrollo. Las computadoras del Massachusetts Institute of Technology ya han estado "conversando" regularmente con las universidades latinoamericanas y no existe ningún obstáculo técnico que impida establecer un vínculo informativo permanente entre, por ejemplo, las universidades de Nueva York, Moscú, Tokio, México y Milán.⁵ Sería más fácil crear esta conexión científico-informativa que implantar programas educacionales conjuntos y además dicho nexo facilitaría la gestación de un sistema internacional de enseñanza al suministrar un estímulo adicional a la división internacional del trabajo académico, a la unificación de las pautas académicas y a la fusión supranacional de los recursos académicos.

Algunas actividades simbólicas conjuntas podrían acelerar este proceso. La exploración espacial es, quizá, la aventura humana más dramática que la ciencia ha hecho posible, pero actualmente Estados Unidos y la Unión Soviética la monopolizan casi por completo, sobre una base competitiva. La unificación de los recursos de Europa occidental, Japón y Estados Unidos para una empresa específica conjunta podría contribuir a acelerar la cooperación internacional.⁶ Además, convendría organizar una convención internacional sobre las consecuencias sociales de la ciencia y la tecnología aplicadas.

Esto no sólo permitiría evaluar por anticipado los efectos ecológicos y sociales de las nuevas técnicas, sino que también ayudaría a proscribir el empleo de productos químicos para someter y manejar al hombre, y a impedir que algunos gobiernos se dejen arrastrar por la tentación de cometer otros abusos científicos.

En el campo económico-tecnológico ya ha habido algunos casos de cooperación internacional, pero Estados Unidos deberá realizar mayores sacrificios para que esta cooperación se acentúe. Será necesario incrementar los esfuerzos encaminados a crear una nueva estructura monetaria internacional, con el riesgo consiguiente para la posición relativamente favorable que Estados Unidos usufructúa en el momento actual. Probablemente también habrá que derogar las restricciones a las actividades internacionales de las corporaciones norteamericanas y de sus subsidiarias y plantas en el extranjero, restricciones estas que el Congreso promulgó en los años 1949 y 1954. La aparición de una estructura auténticamente internacional de producción y financiamiento deberá estar acompañada por la formulación de una "teoría de la producción internacional", imprescindible para complementar nuestras teorías actuales sobre el comercio de ese tipo.⁷ El progreso en este contexto también facilitará la creación de un área de libre comercio, a la que se llegará mediante pasos graduales.

Los estados comunistas

~~Es posible que la Unión Soviética termine por participar en este encuadre más amplio de cooperación, empujada por la atracción intrínseca que Occidente ejerce sobre los europeos orientales —de tras de los cuales deberá marchar la Unión Soviética—~~

tica si no quiere perderlos por completo— y en razón de que ella misma siente la necesidad de colaborar más a fondo en la revolución tecnológica y científica. Es seguro que los europeos orientales se aproximarán a Europa occidental. Lo que ocurrió en Checoslovaquia en 1968 no es más que un presagio de lo que va a suceder, no obstante los violentos esfuerzos en contrario de la Unión Soviética. Sólo es cuestión de tiempo que los estados comunistas vayan a llamar individualmente a las puertas de la CEE o de la OCDE. Por tanto, aun es posible que los acuerdos más amplios entre Oriente y Occidente se conviertan en un medio del que se valdrá Moscú para conservar vínculos efectivos con las capitales de Europa oriental.

La evolución del pensamiento y la conducta yugoslavos prueba que los estados comunistas no son inmunes al proceso de cambio ni a las iniciativas occidentales inteligentes. Hace poco más de 20 años, los pronunciamientos yugoslavos se parecían a los que hoy formulan los chinos. Sin embargo, actualmente Yugoslavia marcha a la vanguardia de todos los estados comunistas en materia de reformas económicas, de liberalización de su sociedad y de moderación ideológica. Alrededor de 1960 se incorporó al GATT,⁸ y existe la probabilidad de que se asocie a la AELC⁹ e incluso al Mercado Común. Si bien Yugoslavia sigue consagrada a la idea del “socialismo”, sus criterios en materia de política internacional son moderados y han ejercido una notable influencia sobre el comunismo de Europa oriental.

En otros países del mundo comunista cristalizan lentamente tendencias parecidas. En verdad, los burócratas abroquelados las combaten, pero los reaccionarios libran, a largo plazo, una batalla perdida. Las fuerzas sociales se vuelven contra ellos y las élites conservadoras están a la defensiva en

todas partes. Es dudoso que consigan invertir la marcha hacia una sociedad más abierta, más humanista y menos ideológica, aunque ciertamente podrán demorarla. La resistencia de los regímenes dominados por burocracias conservadoras muy tenaces se debilitará aun más si Occidente interpreta que la guerra fría se debe primordialmente a las declinantes doctrinas egocéntricas de los gobernantes comunistas y si la aborda como una aberración antes que como una misión.

La receptividad soviética se podría estimular a largo plazo —y nuestro análisis anterior indica que el plazo será largo— si las iniciativas comunes de los europeos se abrieran deliberadamente a la participación del Este y si se crearan nuevos organismos oriental-occidentales destinados, inicialmente, sólo a promover el diálogo, el intercambio de información y el espíritu de cooperación. La definición deliberada de ciertos objetivos comunes en el campo del desarrollo económico, de la asistencia tecnológica y de los acuerdos de seguridad entre Oriente y Occidente ayudaría a estimular el sentimiento de que existen metas comunes, así como el desarrollo de un marco institucional rudimentario. (Por ejemplo, mediante lazos formales, en la esfera económica, entre la OCDE y el Consejo para la Asistencia Económica Mutua; en la esfera militar, entre la OTAN y el Pacto de Varsovia y mediante acuerdos entre Estados Unidos y la Unión Soviética para el control de armamentos o mediante la creación de un organismo informal para consultas políticas entre Oriente y Occidente.¹⁰

Una meta común de mayor envergadura también tendría otros efectos beneficiosos. Para empezar, es probable que al principio la Unión Soviética adopte una actitud vacilante o incluso hostil respecto de la iniciativa occidental. Por tanto, un enfoque fundado sobre un acuerdo bilateral norte-

americano-soviético como el que postulan algunos norteamericanos, podría fracasar y provocar una intensificación consiguiente de las tensiones. Pero no es inevitable que la renuencia soviética detenga los esfuerzos encaminados a crear una comunidad cooperativa de mayor envergadura ni que Moscú pueda explotarlos fácilmente para perpetuar la guerra fría. Por el contrario, la resistencia soviética sólo serviría para hacer más costoso su propio aislamiento. Al tratar de escindir a Europa oriental del Occidente, la Unión Soviética también se negaría ineludiblemente a sí misma los frutos de una cooperación tecnológica más estrecha entre Oriente y Occidente. En 1985, el PBN combinado de Estados Unidos, Europa occidental y Japón oscilará alrededor de los tres billones de dólares, o sea cuatro veces más que el PBN previsto para la Unión Soviética (suponiendo que ésta tenga una tasa favorable de desarrollo). A medida que algunos estados de Europa Oriental se inclinan gradualmente hacia una mayor cooperación con el MCE y la OECD, la Unión Soviética sólo podrá abstenerse pagando un precio oneroso en perjuicio de su propio desarrollo y su posición mundial.

Riesgos y ventajas

Es muy probable que la formación de semejante comunidad provoque acusaciones de que su presencia acentuará las divisiones en un mundo que ya está amenazado por la fragmentación. Hay dos respuestas para estas objeciones: primeramente, la división ya existe y de lo que se trata ahora es de buscar la mejor forma de encararla. Mientras el mundo desarrollado esté dividido y sea escenario de conflictos, no podrá formular metas coherentes. Incluso es posible que los países menos desarro-

llados saquen provecho de las rivalidades internas del mundo desarrollado, que lo incitan a competir en el suministro de ayuda, pero puesto que dicha ayuda tiende a buscar ventajas políticas inmediatas para el donante, está sujeta a fluctuaciones y es posible que disminuya a medida que amengüe la rivalidad.

En segundo término, es probable que la aparición de una estructura más abierta a la cooperación entre las naciones más desarrolladas acentúe la viabilidad de una estrategia a largo plazo para el desarrollo internacional, fundada sobre la conciencia global emergente y no sobre las viejas rivalidades. Esto podría reducir, en consecuencia, el interés por las ventajas políticas inmediatas, y podría allanar el camino para una ayuda extranjera más internacionalizada y multilateral. Aunque es probable que no desaparezcan los problemas enojosos de los aranceles y el comercio con el Tercer Mundo, quizá resulten más controlables en un encuadre que reducirá los obstáculos a la producción realmente internacional y, por consiguiente, el interés de un país determinado en tal o cual medida proteccionista. Sin embargo, la motivación subyacente de semejante comunidad tendrá muchísima importancia. Si la comunidad no nace del miedo y el odio sino de la convicción general de que los problemas mundiales se deben gobernar sobre una base distinta, no agudizará las divisiones mundiales —como antaño lo hacían las alianzas— sino que implicará un paso hacia una mayor unidad.

En consecuencia su aparición reforzará y quizás aun acelerará el desarrollo continuado de los organismos globales actuales —como el Banco Mundial— que son, de todos modos, instituciones de facto del mundo desarrollado que tienen la función de ayudar al Tercer Mundo. El creciente sentimiento comunitario del mundo desarrollado contribuirá a

consolidar estas instituciones, apuntalándolas con el apoyo de la opinión pública y es posible que también eventualmente en la creación de algo parecido a un sistema fiscal internacional.¹¹

En términos más específicos, Estados Unidos sacaría muchas ventajas de esta identificación con una meta de mayor envergadura. Esta meta tendería a reducir el creciente peligro de que Estados Unidos se aísle del resto del mundo, peligro que se intensifica inevitablemente en razón de los problemas asociados con el salto interno hacia el futuro.¹² Además, Estados Unidos no puede plasmar al mundo por su propia cuenta, aunque sea la única potencia capaz de estimular los esfuerzos comunes encaminados en ese sentido. Al alentar a las otras grandes potencias, al asociarse con ellas para suministrar una respuesta conjunta a los problemas que se ciernen sobre la vida del hombre en este planeta y al empeñarse en promover el uso conjunto y deliberado de las herramientas que la ciencia y la tecnología proporcionan, Estados Unidos alcanzaría en mejores condiciones el objetivo que proclama con tanta frecuencia.

La búsqueda de esta meta no se puede circunscribir, sin embargo, al mundo atlántico, y su motivación no debe emanar, ni siquiera implícitamente, de los temores militares que inspira una potencia exterior de primera magnitud. Una de las razones por las que ha declinado el interés popular por la concepción atlántica reside en que ésta ha sido asociada con las condiciones de la Europa de posguerra y con el temor a la agresión soviética. En tanto que esa concepción fue, en su tiempo, audaz, ahora carece de trascendencia histórica y geográfica. La conclusión de que los problemas de 1970 serán menos ideológicos y más ambiguos, y de que reflejarán en gran escala el malestar de un mundo que todavía no está estructurado en lo político y

que conserva muchas desigualdades en lo económico, obliga a adoptar un criterio más amplio, más ambicioso y más válido.

Este enfoque también ayudará a cerrar el debate sobre el globalismo norteamericano. Lo cierto es que buena parte de la iniciativa y del empuje necesarios para abordar una empresa de tanta envergadura deberán emanar de Estados Unidos. Dadas las viejas divisiones que existen en el mundo desarrollado y la debilidad y el provincialismo de las naciones en vías de desarrollo, si los norteamericanos restaran su ímpetu constructivo se perpetuaría, cuanto menos, el actual descarrío de la situación internacional. Si Estados Unidos siguiera la política que está de moda postular —la del aislamiento— sería imposible remediar ese descarrío. Aunque Estados Unidos pudiera desentenderse, a pesar del impacto y el empuje de su poderío, las críticas elocuentes al compromiso global norteamericano tienen una extraña entonación anacrónica, sobre todo cuando provienen de los europeos, cuya capacidad para salvaguardar la paz siempre ha distado mucho de ser admirable. Además, ni siquiera la diatriba más brillante contra la política norteamericana puede borrar el hecho de que, no obstante su historial presuntamente largo de errores y falacias, Estados Unidos se ha convertido de alguna manera en la única potencia que empezó a pensar en términos globales y a buscar activamente la concertación de acuerdos mundiales constructivos. En este contexto, es significativo comprobar que los mismos gobiernos que algunos críticos del compromiso global norteamericano elogian habitualmente se opusieron al Tratado de Prohibición de Pruebas Nucleares y al Tratado Contra la Proliferación de las Armas Nucleares. Fue la historia la que dictaminó que este país debía consagrarse a los asuntos internacionales en escala global. Es imposible dar

marcha atrás y el único interrogante válido es el que concierne a la forma que asumirá dicha consagración y a la naturaleza de las metas elegidas.

El debate en torno del globalismo cumplió, empero, una función útil. Aunque muchas de las críticas no suministraron los lineamientos de un programa significativo,¹³ la discusión puso de relieve la necesidad de volver a definir el papel de Estados Unidos en el mundo a la luz de las nuevas circunstancias históricas. Comprometido con el mundo por su propio crecimiento y por los cataclismos de dos guerras mundiales, Estados Unidos promovió primero y garantizó después la recuperación económica y la seguridad militar de Occidente. Esta postura, necesariamente marcada por inquietudes militares, giró cada vez más hacia una preocupación mayor por los problemas menos políticos y más fundamentales que la humanidad enfrentará durante el tercio restante del siglo.

John Kennedy captó la esencia de la nueva posición que Estados Unidos ocupaba en el mundo cuando se vio a sí mismo como "el primer presidente de Estados Unidos para el cual todo el mundo era, en cierto sentido, parte de la política doméstica".¹⁴ En verdad, Kennedy fue el primer presidente "globalista" de Estados Unidos. No obstante todo su internacionalismo, Roosevelt creía básicamente en un acuerdo como el de 1915, donde los "Cuatro Grandes" tendrían sus propias esferas de influencia. Truman reaccionó sobre todo ante una amenaza comunista específica y su política reflejó una neta prioridad regional. Eisenhower siguió el mismo rumbo, aplicando ocasionalmente precedentes europeos a otras regiones. Estos giros fueron síntomas del papel cambiante de Estados Unidos. Con Kennedy nació el sentimiento de que todos los continentes y todos los pueblos tenían derecho a esperar el liderazgo y la inspiración de Estados

Unidos y de que Estados Unidos les debía a cada continente y a cada pueblo una participación casi igual. El estilo evocativo de Kennedy, que de algún modo apuntaba más a la emoción que al intelecto, exaltaba el humanismo universal de la misión norteamericana, en tanto que su entusiasmo romántico por la conquista del espacio reflejaba su convicción de que el liderazgo científico norteamericano era necesario para que Estados Unidos cumpliera eficazmente su papel mundial.

El compromiso global es cualitativamente distinto de lo que hasta ahora se ha conocido por el nombre de política exterior. Es ajeno a las fórmulas categóricas y a las preferencias tradicionales. Sin embargo, su complejidad intelectual no niega el hecho de que, para bien o para mal, la mayor responsabilidad por la configuración del encuadre para el cambio recae sobre Estados Unidos. Este punto de vista se presta fácilmente a una interpretación equívoca y es muy impopular en algunos círculos. Las condiciones mundiales no reclaman una Paz Americana y ésta tampoco es la era de la omnipotencia norteamericana. Pero es innegable que a menos que Estados Unidos, la primera sociedad global, utilice su influencia preponderante para infundir una orientación y una expresión positivas al ritmo acelerado de cambio, este cambio no sólo podría convertirse en caos —al asociarse con viejos conflictos y antipatías— sino que eventualmente podría desbaratar el esfuerzo encaminado a mejorar la naturaleza y el carácter de la vida interior de nuestro país.

En síntesis: aunque el objetivo de plasmar una comunidad de naciones desarrolladas es menos ambicioso que la meta del gobierno mundial, también es más viable. Es más ambicioso que la idea de una comunidad atlántica pero es históricamente más válido para la nueva revolución espacial. Aun-

que reconoce la actual división entre naciones comunistas y no comunistas, trata de crear un nuevo marco para los asuntos internacionales, y no lo hace explotando estas divisiones sino esforzándose por salvaguardar y crear aperturas para una eventual reconciliación. Finalmente, admite que existe una cierta afinidad entre las naciones desarrolladas del mundo y que la única forma de montar una respuesta eficaz a la creciente amenaza de fragmentación global, que a su vez agudiza la creciente indignación del mundo contra la desigualdad humana, consiste en nutrir un mayor sentimiento de correspondencia entre ellas.

Hay por tanto una estrecha relación entre el significado histórico de la transición interior norteamericana, por un lado y el papel de Estados Unidos en el mundo, por otro. En una sección anterior de este libro redujimos las prioridades domésticas a tres grandes áreas: la necesidad de producir un reordenamiento institucional de la democracia norteamericana encaminado a aumentar la sensibilidad social y a borrar las fronteras tradicionales entre los procesos sociales gubernamentales y particulares; la necesidad de crear instituciones de avanzada encargadas de enfrentar las consecuencias involuntarias del cambio tecnológico-científico; la necesidad de introducir reformas educacionales destinadas a mitigar los efectos de los conflictos generacionales y raciales y a promover valores racionales humanistas en la nueva sociedad emergente.

Los equivalentes internacionales de nuestras necesidades domésticas entran en la misma categoría: la creación gradual de una comunidad de naciones desarrolladas sería una expresión realista de nuestra creciente conciencia global; el interés por la divulgación del conocimiento científico y tecnológico reflejaría una concepción más funcional de los problemas humanos, que otorgaría prioridad a la eco-

logía en lugar de otorgársela a la ideología. Los dos pasos precedentes estimularían la difusión de una cosmovisión racional humanista más personalizada que reemplazaría gradualmente a las perspectivas institucionalizadas de tipo religioso, ideológico y vehementemente nacional que han dominado la historia moderna.

Pero sea lo que fuere lo que el futuro les reserva a Estados Unidos y al mundo, la era tecnotrónica, que hace que muchas más cosas sean tecnológicamente viables y electrónicamente accesibles, determina que la decisión ponderada sea imperativa en el contexto de muchos más dilemas. La razón, la creencia y los valores van a producir un juego intenso de influencias recíprocas y la definición explícita de los fines sociales tendrá, por tanto, más importancia que en cualquier otro momento. Los fines hacia los que se orientará el poderío de E.U.A., la forma en que promoverá el diálogo social, la vía por la que se encarrilará la acción necesaria... he aquí dilemas que son al mismo tiempo filosóficos y políticos. La filosofía y la política serán esenciales en la era tecnotrónica.

NOTAS

¹ Un ejemplo rotundo lo dan las encuestas realizadas en Francia. Estas demuestran que la opinión pública francesa, que durante mucho tiempo pasó por ser muy nacionalista, apoya la formación de un gobierno europeo que tendría autoridad ejecutiva sobre el gobierno local francés en áreas como la de la investigación científica (66 por ciento en favor de un gobierno europeo, 15 por ciento en favor de un gobierno francés ejecutivo), y la de la política exterior (61 por ciento y 17 por ciento, respectivamente). Estas encuestas indican que la mayoría de los franceses son partidarios de salvaguardar la función ejecutiva de su gobierno sólo en cuestiones estrictamente internas, como las que conciernen a la política social, las vacaciones, la educación, y así sucesivamente. Véanse Alain Lancelot y Pierre Weill:

"The French and the Political Unification of Europe", *Revue française de science politique*, febrero de 1969, págs. 145-170.

² Por ejemplo, la coalición de centro-derecha que ha gobernado a Japón durante el período de posguerra se ha debilitado progresivamente. En 1952 obtuvo el 66,1 por ciento de los votos; en 1953, el 65,7 por ciento; en 1955, el 63,2 por ciento; en 1958, el 57,8 por ciento; en 1960, el 57,6 por ciento; en 1963, el 54,7 por ciento; en 1967, el 48,8 por ciento; y en 1969, el 47,6 por ciento.

³ Véanse al respecto las encuestas de opinión pública analizadas en *Peace Research in Japan*. Tokio, 1968, págs. 25-71. Indican que en Japón se prevé cada vez más la proliferación nuclear.

⁴ "Europa occidental y Japón presentan las oportunidades más inmediatas para la red de información mundial. Los europeos y los japoneses son cada vez más sensibles a la importancia de la red de almacenamiento y transferencia de información, similar a la que actualmente se está desarrollando en este país.

"El éxito que tengan los europeos en este proyecto dependerá, en parte, de su capacidad para modificar varias de sus actuales actitudes restrictivas. Una de ellas es la tradición latente de ocultamiento en materia de investigación y desarrollo. Otra es la resistencia nacionalista a compartir los recursos regionales de información. Sería lamentable que estas actitudes detuvieran la formación de la red, porque los europeos no pueden pensar, a largo plazo, en términos de 'investigación italiana' o 'investigación noruega', así como no se puede distinguir la investigación realizada en California de la realizada en New Jersey.

"Hay sobradas razones para alentar a los europeos con el fin de que superen estos problemas. La red norteamericana de transferencia de información debe conectarse directamente con el sistema regional europeo, para permitir un mayor intercambio de información." Véase *Television Quarterly*, primavera de 1968, págs. 10-11.

⁵ Véase en este contexto el discurso de Leonard Marks, director de la USIA: "A Blueprint for a New Schoolhouse", 8 de noviembre de 1967.

⁶ Para cálculos detallados sobre la probable participación financiera de otros contribuyentes, además de Estados Unidos, véase *The Economist*, 9 de agosto de 1969, pág. 3.

⁷ Judd Polk arguye que "lo que necesitamos no es una teoría del comercio internacional que se abstraiga de la producción, sino una teoría de la producción internacional que, por ser especializada, presuponga el comercio". Observa, a continuación, que "no se trata de entrometerse en la

economía de los demás; se trata de liberar las capacidades de producción de todas las naciones. Los problemas de la producción, vistos desde el ángulo de una economía mucho más vasta que la de la nación, son nuevos para todos. Estados Unidos no puede despreocuparse de su balanza nacional de pagos, pero, como se ha observado, empieza a descubrir que necesita urgentemente un sistema de contabilidad internacional tan completo como su sistema actual de contabilidad nacional. Necesita vigilar, particularmente, el cuadro total del movimiento internacional de los factores de producción. El solo hecho de tomar conciencia de esta necesidad implica haber realizado un progreso extraordinario en el breve lapso de 20 años, porque el dólar no puede desarticularse de su función internacional sin que se registre un desquiciamiento paralizante de la producción y el comercio que el dólar apuntala. Tampoco puede haber un mejoramiento práctico de esta función si no es en el contexto de las exigencias monetarias y crediticias de la nueva economía mundial." Véase su trabajo "The New World Economy", *Columbia Journal of World Business*, enero-febrero de 1968, pág. 15.

⁸ Acuerdo General sobre Comercio y Aranceles Aduaneros.

⁹ Asociación Europea de Libre Comercio.

¹⁰ Para un desarrollo más completo de estas propuestas, véase mi ensayo "The Framework for East-West Reconciliation", *Foreign Affairs*, enero de 1968. No se trata sólo de una cuestión de determinismo tecnológico y multilateral, como sugirió Pierre Hassner en "Implications of Change in Eastern Europe for the Atlantic Alliance", *Orbis*, primavera de 1969, pág. 246, sino también de una estrategia deliberada, aunque a largo plazo.

¹¹ A mi juicio, esta comunidad también suministrará una base para concretar propuestas de más largo alcance y más visionarias en materia de cooperación global. Por ejemplo, las contenidas en el interesante "Bulletin of Peace Proposals" que preparó el Instituto Internacional de Investigaciones para la Paz, de Oslo, en el otoño de 1969.

¹² Véase el revelador análisis de las actitudes extranjeras hacia Estados Unidos en las encuestas que cita *The Future of U.S. Public Diplomacy*, Informe de la Subcomisión de Asuntos Exteriores de la Cámara de Representantes, Washington, D.C., 22 de diciembre de 1968, sobre todo págs. 15-18.

¹³ Incluso un crítico que se identifica como simpatizante de la escuela "aislacionista o neoaislacionista" llega a la conclusión de que las alternativas que ofrecen los estudios más tradicionales de la política internacional, como Lipp-

mann o Morgenthau, contienen pocos elementos constructivos. Véase Charles Gati: "Another Grand Debate? The Limitationist Critique of American Foreign Policy", *World Politics*, octubre de 1968, especialmente págs. 150-151. Además, el hecho de que incluso algunos autores lúcidos sean propensos a ocuparse casi exclusivamente de las fallas de la política exterior norteamericana, determina que les resulte difícil explicar los logros bastante respetables que ha obtenido durante los últimos veinte años cuando se la compara, por ejemplo, con la de las potencias europeas. Así, el voluminoso (556 págs.) y a ratos notable libro de Stanley Hoffmann, *Gulliver's Troubles*, Nueva York, 1968, subraya sobre todo la impaciencia, la terquedad, las falsas interpretaciones, el fariseísmo, la credulidad, la condescendencia, la inflexibilidad y el estilo paranoico de la política exterior norteamericana. Esto lo empuja a decir en el plano más popular de un artículo periodístico ("Policy for the Seventies", *Life*, 21 de marzo de 1969) que "los norteamericanos... han sido preparados por la historia y el instinto para un mundo en blanco y negro, en el que reina la armonía o se desarrolla una batalla total". No explica por qué, entonces, Estados Unidos y la Unión Soviética consiguieron salvaguardar la paz, algo que las potencias europeas no lograron en el pasado.

Al mismo tiempo, los tradicionalistas que subrayan la vitalidad permanente del nacionalismo son intrínsecamente proclives a postular una política que ya no armoniza con nuestra época. Por ejemplo, en la misma víspera de los comicios en que el pueblo francés repudió a De Gaulle, Hoffmann pudo referirse a "un reaceramiento fundamental" con aquél. Véase "America and France", *The New Republic*, 12 de abril de 1969, pág. 22.

¹⁴ Arthur Schlesinger (h.): *A Thousand Days*, Boston, 1965, pág. 559. [Hay versión castellana: *Los mil días de Kennedy*. Barcelona, Aymá, 1966.]